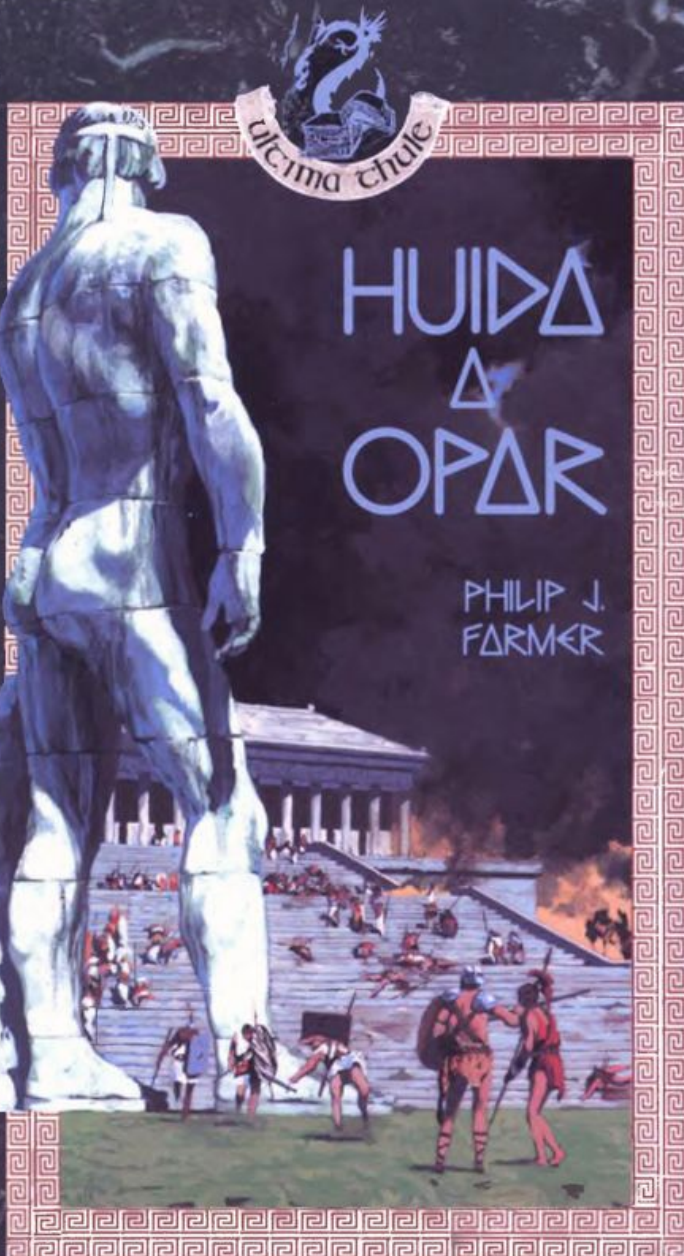


HUIDA A OPAR

PHILIP J. FARMER

Con un tratamiento que equidista tanto de la novela de aventuras como del relato histórico, característico de los mundos creados por Philip José Farmer, Huida a Opar continúa las exóticas aventuras narradas en Hadon, el de la antigua Opar, que tienen lugar en un imperio contemporáneo de la Atlántida, enclavado en el corazón del África antigua. Milenios después, Tarzán descubrirá las ruinas de Opar y sus fabulosos tesoros, custodiados por una de las descendientes de Hadon, Lá, la última sacerdotisa.

epublibre

Philip José Farmer

Huida a Opar

El mundo de Opar 2

ePub r1.0
Titivillus 13.04.15

Título original: *Flight to Opar*
Philip José Farmer, 1976
Traducción: Javier Martín Lalanda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

INTRODUCCIÓN

Philip José Farmer y la aventura clásica

Henos aquí de nuevo en la segunda, y por el momento última, entrega del mundo de Opar, la recreación, obra de Philip José Farmer, del mítico imperio centroafricano cuyos últimos destellos contemplaría Tarzán en la serie escrita por Edgar Rice Burroughs. Ella novela —adelantémoslo ya— se concluye con el nacimiento de Lá, posible —segura, diría yo— antepasada de la bellísima sacerdotisa que compartirá con ese buen civilizado metido a salvaje, el último de los Greystoke, algunas de sus aventuras más fantásticas, como El regreso de Tarzán *(The Retum of Tarzan, 1915) o* Tarzán y las joyas de Opar *(Tarzan and the Jewels of Opar, 1918). Farmer, cuya trayectoria literaria podrá encontrar el lector en la primera novela de la serie,* Hadon, el de la antigua Opar*, publicada en la presente colección, ha emprendido desde hace un cuarto de siglo una revisión de los mitos literarios más importantes de la novela de aventuras contemporánea —y clásica—, desde el Phileas Fogg de Jules Veme y el Sherlock Holmes de A. Conan Doyle (*The Other Log of Phileas Fogg*, 1973), hasta el Hareton Ironcastle de J. H. Rosny-Aîné (*lroncastle*, 1976) además de escribir distintas variantes de Tarzán (*A Feast Unknown*, 1968;* Lord of the Trees*, 1970;* Lord Tyger*, 1970) y supuestas biografías de Tarzán (*Tarzan Alive*, 1972) y de Doc Savage (*Doc Savage: His Apocaliptic Life*, 1973, 1975*[1]*), que lindan con el ensayo.*

Tras lo expuesto, alguien podría pensar que para comprender los guiños constantes en el terreno de la aventura y del pastiche a que Farmer nos ha acostumbrado desde hace un cuarto de siglo, haría falta releer un buen número de sus novelas. Y estaría en lo cierto. Pero tranquilícense, en la serie Opar sólo hay un guiño o recuerdo a una de éstas.

En efecto, la figura de Sahhindar, el semidiós o el inmortal frecuentemente citado en Hadon, el de la antigua Opar *que aparece*

fugazmente en Huida a Opar, *no es sino John Gribardsun, el científico inglés de la novela de Farmer* Time's Last Gift *(1972, 1977) que viaja hacia atrás en el tiempo y que, gracias a su intervención, conformará la historia de nuestro planeta.*

Pero ya no les entretengo. Disfruten con estas entretenidísimas aventuras que transcurren en la prehistoria de Tarzán. ¡Ah! Y buena lectura.

Javier Martín Lalanda

Dedicado a J. T. Edson, Almirante Honorífico de la Armada de Texas, *Sheriff* Adjunto Honorífico del Condado de Travis (Texas) y del Condado de Thuston (Washington) y creador de los personajes épicos Dusty Fog, Ysabel Kid, Mark Counter, Ole Devil Hardin y Bunduki.

Introducción del autor

Quienes no hayan podido leer Hadon, el de la antigua Opar, *primer volumen de la serie de la Antigua Opar, deberán acudir al mapa que aparece a continuación y que representa los dos mares del Africa Central que existieron hacia el año 10000 antes de Cristo. En aquella época el clima era mucho más húmedo y lluvioso que en la actualidad. Las regiones que ahora conocemos como Cuenca del Chad y Cuenca del Congo estaban cubiertas de agua dulce, formando una superficie cuya extensión era igual y quizás superior a la del Mediterráneo actual. La Era Glaciar estaba a punto de finalizar, pero los glaciares cubrían todavía gran parte de las Islas Británicas y del norte de Europa. El Mediterráneo se hallaba a un nivel entre cien y doscientos pies por debajo del actual. El Desierto del Sáhara que hoy conocemos lo formaban entonces grandes praderas, ríos y lagos de agua dulce y albergaba millones de elefantes, antílopes, leones, cocodrilos y multitud de otras especies animales, algunas de las cuales ya se han extinguido.*

El mapa muestra también la isla de Khokarsa, que dio origen a la primera civilización de la Tierra, y las mayores ciudades que crecieron alrededor del Kemu (Gran Agua), y del Kemuwopar (Gran Agua de Opar). La prehistoria y la historia de los pueblos de los dos mares han quedado resumidas en la Cronología de Khokarsa, *al final del primer volumen.*

El mapa que aquí se presenta es una modificación del que aparece en el primer volumen. Éste, a su vez, era una modificación del presentado por Frank Brueckel y John Hanvood en un artículo cuyo título, traducido, dice así: «La herencia del Dios Flamígero: ensayo sobre la Historia de Opar y sus relaciones con otras culturas antiguas» y que apareció en el Burroughs Bulletin, *editado por Vernell Coriell, House of Greystoke, 6657 Locust, Kansas City, Missouri 64131.*

Ésta serie procede principalmente de los libros de Opar de la serie de Tarzán, y el autor desea agradecer una vez más a Hulbert Burroughs que le haya permitido escribir estas historias.

Existe el rumor de que esta serie se basa en la traducción de alguna de las tablillas de oro descritas por Edgar Rice Burroughs en El regreso de Tarzán.

De esta especulación trataremos en un apéndice que incluiremos en un volumen posterior de esta misma serie.

Mapa de África Central, en el año 10000 A.C.

Capítulo 1

Hadon se apoyó en la espada y esperó la llegada de la muerte.

Desde la entrada del paso interior donde se encontraba dirigió su mirada hacia abajo, hacia la empinada cuesta de la montaña. Una vez más movió la cabeza pensativo. Si al menos Lalila no se hubiera dislocado el tobillo, no se encontrarían probablemente en una situación tan desesperada.

La cuesta que llevaba al paso era escarpada. Atravesar sus últimas cincuenta yardas suponía tener que utilizar las manos y las rodillas. En un espacio de cien yardas a partir del paso interior, unos riscos de casi cien pies de altura y sesenta yardas de anchura amurallaban el acceso, formando una especie de entrada exterior. Y ese muro natural caía abruptamente hacia el interior, como si fueran los bordes de la punta de una flecha gigante. La cuesta y los riscos se unían en el extremo de la flecha. Hadon se encontraba ahora en la estrecha abertura. Ahí comenzaba el sendero a partir de un saliente rocoso de unas diez pulgadas de ancho. Corría durante cien pies en un ángulo que formaba algo menos de cuarenta y cinco grados con la horizontal, a la vez que los riscos que lo encajonaban menguaban rápidamente en lo referente a su altura.

Se abría al exterior en la cumbre, donde el terreno era ya bastante liso. Al otro lado se hallaba el vasto bosque de robles.

La distancia entre las paredes del paso interior era la justa para que un hombre pudiera empuñar una espada. Hadon tenía la ventaja de que cualquiera que tratase de luchar contra él tendría que permanecer de pie antes de que pudiera ganar el declive menos pronunciado. Ese guerrero no tendría estabilidad en sus pies. Hadon, sin embargo, permaneciendo en el saliente, tendría una posición relativamente firme.

Sin embargo, los riscos extendían su alta verticalidad a una distancia de cinco millas a cada lado. Por eso los perseguidores no intentarían un ataque

frontal. Podrían recorrer la base de los riscos hasta encontrar un lugar desde donde poder iniciar la escalada. Luego subirían y retrocederían por la cima de los riscos. Pero hacer todo eso les llevaría entre ocho y nueve horas. No podrían avanzar más de media milla cada hora en aquel terreno áspero y pronunciado.

Los soldados también tendrían su orgullo y no podrían permitir que un solo hombre intimidara a cuarenta. En cualquier circunstancia, es decir, si emprendían un ataque directo o si optaban por dar un rodeo, darían tiempo suficiente a Awineth, Abeth, Hinokly, Kebiwabes y Paga para adentrarse muchas millas en el bosque. No tendrían conocimiento del tobillo herido de Lalila, por lo que supondrían que Hadon se habría detenido con el único propósito de dar tiempo suficiente a los refugiados para perderse en el bosque. Sin embargo, no les llevaría mucho tiempo enterarse de que se enfrentaban al hombre que había ganado los Grandes Juegos y cuyos maestros habían sido los mejores espadachines del Imperio de Khokarsa.

Abajo, al fondo de la pendiente, a unos veinte minutos de donde se encontraba Hadon, los soldados ascendían con paso firme. Iban precedidos por cinco perros, que tiraban fuertemente de las correas mientras hundían sus patas en la rala y escasa hierba del suelo, resbalándose de vez en cuando. Tres de ellos eran perros de presa de fino olfato y gruñían al captar el olor de los perseguidos. Los otros dos eran perros de guerra. Descendían del perro salvaje de las llanuras y habían sido criados para alcanzar el tamaño de los leopardos machos. Carecían de la resistencia de sus antepasados pero no temían al hombre. Parte de su entrenamiento consistía en atacar a esclavos armados. Si el esclavo mataba a los tres perros que se soltaban contra él, quedaba libre. Pero esto rara vez ocurría.

A cierta distancia por debajo de los perros y detrás de los perreros se encontraba el único oficial. Era un hombre corpulento y llevaba un casco cónico de bronce adornado en su parte superior con una larga pluma de cuervo. Su espada, aún en la vaina de cuero, era el arma larga, ligeramente curvada y de punta roma propia de los *numatenu.* La misma clase de espada que llevaba Hadon, lo que significaba que el oficial iba a ser su primer antagonista. El código de los *numatenu* así lo dictaba. El oficial quedaría deshonrado si enviaba a hombres de rango inferior a luchar contra otro *numatenu.*

Pero, con todo, las cosas no eran siempre como lo habían sido en los viejos tiempos. Ahora había hombres que llevaban el *tenu* sin ningún derecho a hacerlo, hombres que con frecuencia habían carecido de rivales

con los que batirse. Los códigos morales se estaban rompiendo junto con otras muchas cosas en aquellos tiempos de tribulación.

Por detrás del oficial, en disperso desorden, caminaban treinta soldados. Llevaban cascos redondos de bronce con protectores de cuero para las orejas y la nariz, corazas también de cuero, y de cuero eran también los faldones cortos que los cubrían. Portaban a la espalda pequeños escudos redondos fabricados en bronce, material que también conformaba las puntas de sus largas lanzas. Al avanzar, clavaban éstas en la tierra para ayudarse en su caminar por la pendiente. Llevaban así mismo unas espadas cortas enfundadas en sus vainas. Y a sus espaldas, bajo los escudos, se encontraban colocadas las bolsas de provisiones.

Detrás de los soldados caminaban cuatro campesinos vestidos con faldones de fibra de papiro. Se protegían con unos escudos redondos de madera que llevaban a la espalda e iban armados con espadas cortas enfundadas en unas vainas que pendían de anchos cinturones de cuero. En las manos llevaban sus lanzas de caza y completaban su armamentó con hondas y bolsas de piedras destinadas a las hondas, bolsas que pendían también de sus cinturones.

Estaban ya lo suficientemente cerca como para que Hadon pudiera reconocerlos. Eran los hijos del granjero en cuya casa se había detenido el grupo de Hadon para pedir comida. Tras un ligero conato de resistencia, los campesinos habían huido. Pero Awineth, en un ataque de furia por habérsele negado la hospitalidad, les había revelado indiscretamente su propia identidad. Por eso debían de haber acudido presurosos al puesto del ejército más cercano a notificárselo al comandante. Después, el comandante habría enviado aquella pequeña fuerza en persecución de la hija de Minruth, el Emperador de Khokarsa. Y en pos de Hadon y de los otros también. Awineth, naturalmente, sería llevada viva ante su padre, pero ¿cuáles eran las órdenes respecto al resto del grupo? ¿La captura, para ser devueltos a Minruth y que éste los juzgase? Los hombres, con toda probabilidad, serían torturados públicamente antes de ser ejecutados. Minruth, que parecía sentir una verdadera pasión por Lalila, se quedaría con ella para que le sirviese como amante. Tal vez. Pero también era posible que pudiese torturarla y matarla. Y estaba lo suficientemente loco como para descargar todo su odio contra Abeth, la hija de Lalila. Los guardianes de los perros no llevaban otras armas que dagas y hondas. Eso suponía que había nueve honderos en total. Y ésas serían las armas más mortíferas a las que Hadon se tendría que enfrentar. No tenía espacio suficiente para

esquivar un proyectil de plomo que le llegaría a la enorme velocidad de sesenta millas por hora, pero ellos se encontrarían con verdaderos problemas para conseguir una buena posición desde la que emprender la acción si a él le salían bien las cosas.

Hadon se volvió para mirar a Lalila, que se hallaba al final de aquel abrupto y escarpado paso. Estaba al fondo, sentada, a unos doscientos pies de distancia de él. El sol brillaba sobre su blanca piel y sus largos cabellos dorados. Sus grandes ojos violeta parecían negros con la distancia. Estaba inclinada hacia adelante, frotándose el tobillo izquierdo. Intentó sonreír, pero no pudo.

Hadon se dirigió hacia ella y, mientras se iba acercando, le invadió un profundo y doloroso sentimiento de añoranza y de pesadumbre. Ella era tan encantadora, él estaba tan enamorado de ella y los dos tendrían que morir tan pronto…

—Quisiera que lo hicieras, Hadon —dijo ella, mientras le señalaba el largo y estrecho puñal que reposaba en el suelo muy cerca de ella—. Preferiría que me matases ahora y que te asegurases bien de que moría. No estoy segura de que vaya a tener la fuerza suficiente para dirigir el puñal hacia mi corazón cuando llegue el momento decisivo. No quiero caer en las manos de Minruth. Y sin embargo… sigo pensando que quizás pudiera escapar más tarde. ¡No quiero morir!

—Ten por seguro que nunca conseguirías volver a librarte de él —le contestó Hadon.

—¡Entonces mátame ya! —replicó ella—. ¿Por qué esperar hasta el último momento?

Lalila inclinó la cabeza como para invitarle a descargar la espada sobre ella.

En vez de eso, él cayó sobre una rodilla y le besó en la cabeza. Ella se estremeció al sentir sus labios.

—¡Teníamos tanto por lo que vivir! —murmuró Lalila.

—Y aún lo tenemos —dijo él levantándose—. He sido un tonto, Lalila. Pensaba en hacerles frente según los dictados de la tradición. Un solo hombre en un paso, luchando valientemente, matando hasta que los guerreros se apiñasen ante mí y luego muriendo cuando una lanza atravesase mi brazo, demasiado cansado para seguir sujetando la espada en alto.

»Pero eso es estúpido. Porque puedo hacer otras cosas y las voy a hacer. Pero primero tenemos que alejarte de aquí; no demasiado lejos, porque no

tenemos tiempo. Ven.

Y le ayudó a ponerse en pie. Ella cojeó levemente, retrocediendo un paso por el dolor que le causaba el tobillo; pero no gritó.

—Te llevaría demasiado tiempo llegar renqueando hasta allá, incluso apoyándote en mí —dijo Hadon mientras devolvía la espada a la vaina y cogía a la mujer en brazos. Ella trató de preguntarle qué era lo que intentaba hacer. Pero Hadon la interrumpió.

—¡Calla! Necesito todo mi aliento.

Y prosiguió su camino a toda prisa hacia el bosque. Al llegar al linde, se detuvo unos segundos para mirar a su alrededor. Después se sumergió en la semioscuridad de los grandes robles, llevando a Lalila hasta los pies de un árbol gigantesco veteado de blanco y de marrón.

La rama más baja se encontraba a dos pies por encima de su cabeza. Levantó a su compañera para que pudiera asirse a ella y la empujó con fuerza hacia arriba para ayudarla a subir. Ella estiró su cuerpo hacia el árbol con el rostro vuelto hacia abajo, mirándole.

—Es posible que te duela, pero tendrás que hacerlo de todas formas —le dijo él—. Trepa todo lo que puedas y escóndete en el follaje. No tengo tiempo de quedarme aquí mirándote mientras trepas.

—¿Pero qué vas a hacer?

—Voy a matar a tantos hombres como pueda. Después echaré a correr, para que el resto me siga, y trataré de llevármelos lejos de ti y de los otros.

—¿Y me dejarás aquí para…?

—Morir de hambre, posiblemente. O ser devorada por los leopardos o por los osos. O que te cojan los forajidos —contestó él—. Es una oportunidad que hay que aprovechar, Lalila. Es mejor que quedarse aquí a esperar una muerte segura. Volveré a buscarte. No sé cómo, pero volveré por ti. Pero si no lo hiciera, toma el mismo camino que tomaron los otros. Te llevará al templo. Y una vez allí, en aquel santuario, te verás libre.

Entonces Lalila sonrió, pero aquella no era ciertamente una sonrisa de alegría. Las probabilidades de que él volviera eran escasas. Ella no podría recorrer a pie todas aquellas millas y más millas por el bosque, subiendo y bajando constantemente por entre aquellas montañas. Se podría perder con facilidad, y allí estaban los osos, los leopardos, las hienas y muchos otros animales de presa que poblaban los alrededores. E incluso, si de cualquier forma llegase a encontrar el camino del templo allá en Karneth, podría encontrarse con que el santuario había dejado ya de ser sagrado. Los seguidores de Minruth, adoradores de Resu, habrían profanado el templo

con toda probabilidad.

Pero no quiso expresar sus dudas en voz alta. En vez de eso, sólo dijo:

—¡Vete pronto, pues, Hadon! ¡Rezaré a mis dioses y a tu diosa para que nos volvamos a ver de nuevo! ¡Y pronto!

Ella inclinó su cuerpo hacia abajo y él le besó la mano. Luego se volvió sin decir palabra.

Capítulo 2

Hadon bajó corriendo unas cincuenta yardas por el antiguo y trillado camino que discurría entre los robles. Luego atajó por la derecha, caminando paralelo al sendero y regresó a la salida del paso. Si los perros seguían su pista hasta el árbol donde había dejado a Lalila, sólo le olerían a él. Los rastreadores únicamente verían sus huellas. El terreno no era lo suficientemente blando para mostrar que sus pies se habían hundido en la tierra más profundamente que si se hubiese tratado de una sola persona. Los perros seguirían su rastro por el sendero abajo y luego, con un poco de suerte, volverían al paso por el bosque… si para entonces quedaba algún perro. Y no quedaría ninguno si las cosas le salían bien.

No existía nada que impidiese que los perseguidores ignoraran sus huellas y siguiesen las de quienes se habían escondido. Tenía la esperanza de que cuando ellos estuvieran atravesando el paso, se encontrarían tan inmersos en la furia de la venganza que sentían contra él que dedicarían todo su esfuerzo a darle caza para matarle.

Volvió corriendo hasta el paso. En lugar de meterse entre sus altas y estrechas paredes, lo rodeó por el flanco derecho. Corrió a lo largo de él, subió por una pendiente y se quedó allí de pie, en el borde del risco. A su izquierda quedaba la ancha entrada del paso exterior, a cien pies por debajo.

Miró por encima del borde. Los rabiosos ladridos de los perros se oían ya fuertes. Los dos que iban en cabeza se encontraban a sólo cincuenta yardas de la boca del paso. Pero ahí la cuesta era aún más empinada y la marcha se hacía más lenta. Retrocedió por el borde hasta encontrarse encima del lugar donde empezaba el estrecho paso.

Buscó rocas lo suficientemente pequeñas para poder cargar con ellas, pero lo bastante grandes para que sirvieran al propósito que estaba pensando. Para cuando los primeros perros se encontraron a escasas yardas

por debajo de la boca de aquella grieta, ya había apilado siete peñascos pequeños junto al borde.

El oficial había ordenado a los que cuidaban de los perros que se detuvieran, si bien había tenido bastantes dificultades para conseguir su atención. Uno de los perreros vio por fin el movimiento de los labios del oficial y habló con los otros para que gritaran a los perros de presa que se callaran. Al no tener éxito en su intento, les golpearon con la mano. Los animales aullaron, pero por fin obedecieron.

Los perros de guerra no hacían ningún ruido. Caminaban casi pegados al suelo, con los ojos amarillos muy abiertos, y la baba goteándoles por entre sus largos y amarillentos dientes.

El oficial dio unas cuantas órdenes, aunque no lo bastante altas para que Hadon pudiera distinguir sus palabras. Los hombres seguían mirando hacia arriba, pero sus miradas estaban fijas en el paso, por lo que no vieron su cabeza asomando al otro lado del borde del risco. Muy pronto se darían cuenta de su situación. De repente, dos rastreadores soltaron a sus perros y les dieron las órdenes oportunas. Los animales, estallando en un estruendoso ladrido, se doblaron como si fueran arcos para lanzarse a continuación como flechas cuesta arriba. Hadon esperó. Ya se las vería con ellos más adelante. Los perros llegaron ladrando hasta el paso mientras los hombres de abajo se quedaban escuchando atentamente. Cuando el clamor se hizo más débil, se dieron cuenta de que no había nadie en el paso que pudiera oponérseles. El oficial sonrió y dijo algo a los otros tres rastreadores. Estos, sujetando aún las correas, azuzaron a los enloquecidos animales para que continuaran por delante de ellos. Hadon retrocedió pegado al suelo de forma que ninguna mirada casual pudiera detectarle. Cuando estuvo a unas cuantas yardas del borde del risco, se puso en pie. Cogió una roca, la levantó por encima de su cabeza y se fue con ella hasta el borde. Justo debajo de él se hallaban los tres perros, en fila, tirando cada uno de ellos con fuerza de la correa de su guardián.

Hadon calculó la velocidad de su avance y, con un intenso esfuerzo, sujetando en alto la pesada roca, la lanzó al vacío del desfiladero. Cayó a plomo, yendo a dar en el casco de bronce del hombre que iba en cabeza.

Su perro quedó libre de repente y salió lanzado arrastrando la correa tras él. Los otros dos hombres se detuvieron súbitamente y miraron hacia arriba. Tenían las bocas abiertas de asombro y sus rostros estaban pálidos.

Hadon retrocedió, recogió una piedra más pequeña y la lanzó al vacío. Los dos hombres giraron sobre sus pies para correr por el paso de abajo,

pero la piedra alcanzó a uno de ellos en el hombro, rompiéndoselo y dejándole sin sentido en el suelo. El superviviente, exhalando unos chillidos estridentes, dio un salto para salir del estrecho paso y comenzó a rodar por la empinada pendiente.

Hadon cogió otra piedra, tan grande como la primera, y la trasladó al borde del risco. Miró por encima de él y vio que el rastreador que bajaba rodando había derribado al oficial y a dos lanceros. Los cuatro rodaban sin poderse detener.

Realizó un inmenso esfuerzo y la piedra salió disparada. Cayó de golpe en la cuesta, rebotó y fue a dar contra un grupo de cuatro lanceros. Uno debió morir por el impacto; los otros fueron lanzados montaña abajo. Uno de ellos comenzó a rodar y fue a caer sobre otro hombre, derribándolo a sus pies.

La roca, con su velocidad de descenso sólo aminorada levemente por el golpe infligido al soldado, aplastó las piernas de otro lancero, lo derribó, siguió rodando, dio un salto y fue a dar contra el estómago de uno de los hijos del granjero. Luego continuó su camino montaña abajo. Ninguno de los hombres a los que había golpeado la piedra se volvió a levantar ni dio señales de que pudiera hacerlo.

Hadon, en lugar de volver corriendo en busca de una nueva piedra, regresó al punto desde donde no podía ser visto por los que se encontraban debajo del paso. Dejó caer la espada, todavía en su vaina, al otro lado del borde. Pasó al extremo del risco, se agarró un momento a la roca y luego se dejó caer. Había quince pies desde la cima hasta la base en ese punto, pero él medía seis pies y dos pulgadas. Era uno de los hombres más altos de Khokarsa y tenía unos brazos excepcionalmente largos. Rodó sin sufrir percance alguno, se levantó y recogió la espada. Tras ajustarse la vaina al cinturón, corrió hasta donde se encontraban los dos hombres caídos. Uno se hallaba muerto. El otro estaba inconsciente. Les quitó las hondas y las bolsas. Luego utilizó el puñal del herido para asegurarse de que aquel hombre nunca más volviera a ser un peligro para nadie.

Desenvainó su espada, Karken, el Arbol de la Muerte, e introdujo su punta roma en la fina y dura tierra. A los pocos segundos ya tenía colocado un proyectil bicónico de plomo en su honda. Y se dirigió a la entrada del paso.

Para entonces, el oficial ya se había incorporado y colocaba a los soldados en orden. Miró hacia arriba mientras gritaba y vio a su enemigo. Hadon sonrió y comenzó a hacer girar la honda desde los extremos de la

correa en círculos horizontales sobre su cabeza. El oficial gritó, con el rostro totalmente pálido. Quizás protestaba porque un *numatenu* utilizase una honda contra otro, no por encontrarse en peligro. Pero Hadon pensó que aquel oficial había perdido cualquier derecho al combate individual desde el momento en que había soltado los perros. Además, había decidido no jugar aquel juego de acuerdo con las reglas establecidas. Sería estúpido perder la vida por el código de honor si ello significaba que Lalila y los demás no iban a poder escapar. Su deber mayor era para con Awineth, la Suma Sacerdotisa de la gran Kho, convertida en refugiada que huía del blasfemo Minruth. Y también para con Lalila y su hija.

Era un ángulo difícil para cualquier hondero. No era fácil calcular la trayectoria del cono. En aquella posición, un hondero tenía tendencia a calcular por lo bajo, a lanzar el proyectil demasiado corto. Pero Hadon había dedicado cientos de horas a practicar con la honda y había cazado con éxito en la jungla de los alrededores de Opar.

Liberó el extremo de la correa al bajarla y el cono salió disparado. Durante unos instantes fue como algo borroso en el aire pero de repente se le vio salir rebotado de la nariz del oficial. La nariz desapareció en una mancha de sangre y el hombre se vio impelido hacia atrás, montaña abajo. Cayó de espaldas y resbaló más de sesenta pies por la cuesta abajo para detenerse finalmente cuando su cabeza golpeó contra el saliente de una roca.

Para entonces los honderos tenían ya colocados los proyectiles de plomo en las hondas y las hacían girar por encima de sus cabezas. Hadon retrocedió para ponerse fuera de su vista. Varios proyectiles disparados hacia arriba sobrepasaron el borde del risco. Otros se estrellaron contra la roca por debajo de él, originando cascajos por el fuerte impacto.

Durante aquellos escasos segundos de observación, Hadon había visto que los otros dos perros habían sido arrastrados hacia abajo. Uno de ellos estaba ahora a la vista, fuera del paso, aullando mientras corría tras el olor de Hadon. Seguiría su pista hasta el bosque, luego se volvería y finalmente le encontraría. De todas formas, Hadon tenía aún tiempo suficiente antes de tener que vérselas a solas con él.

De repente el paso se llenó de ladridos y gruñidos. Hadon echó un rápido vistazo por encima del borde. Era como había supuesto. El *rekokha* o sargento que ahora estaba al mando había soltado a los otros perros. Y ahora gritaba dando órdenes a los hombres y todos subían a cuatro patas. Evidentemente, el suboficial tenía la esperanza de que los perros

mantendrían ocupado a Hadon mientras ellos atravesaban el paso. El sargento pensaba bien. Hadon tendría que eliminarle cuanto antes.

Giró en redondo, colocó otro proyectil y soltó la honda. Cuatro perros aparecieron disparados por la salida del paso, los dos más rápidos, de presa, en cabeza; los dos perros de guerra, justo detrás. La piedra acertó al último perro en la pata trasera izquierda y lo derribó. Se levantó, aullando, arrastrando la pata, y trató de correr tras de los otros. Pero cayó y no pudo levantarse más.

Hadon se dirigió al borde del paso, pero por detrás del extremo del risco. En una rápida ojeada pudo ver que seis honderos seguían en pie, si bien con alguna dificultad, y hacían girar sus hondas en el aire. Dispararían contra él si se ponía a la vista.

Hadon hizo rodar una roca por el borde del paso, saltó detrás, cargó con ella y, tambaleándose, la llevó hasta la estrecha boca del paso. Colocándola en el suelo, esperó con la espada entre las manos.

De pronto oyó un resoplido. Se agazapó. Sostuvo la espada por encima de su cabeza. En aquel instante, las manos de un hombre se agarraron a la roca de la entrada. Detrás venía la cabeza del sargento. Sus ojos se abrieron de repente. Su sonrojada piel palideció. Comenzó a gritar y sus manos liberaron la presa. La hoja del *tenu* salió disparada hacia abajo. El sargento cayó hacia atrás, dejando las dos manos en la roca, que borbotaron sangre brevemente.

Hubo gritos desde abajo. Hadon se levantó y elevó la roca por encima de su cabeza, casi perdiéndola a causa de su enorme peso. Dio un paso adelante y la arrojó hacia abajo. Golpeó a un soldado que se encontraba a cuatro patas y que miraba incrédulo al cuerpo del sargento, que se encontraba frente a él. Le aplastó el casco y siguió rodando por encima de su cuerpo y luego cuesta abajo. Un hombre chilló y trató de rodar para salirse del camino, pero la roca le pasó por encima de un brazo.

Hadon se agachó súbitamente, pues los honderos habían disparado sus plomos contra él. Se estrellaron contra la pared rocosa por encima de su cabeza, haciendo saltar trozos de roca que le hicieron cortes en la cara y los brazos.

Retrocedió hasta situarse encima del paso. No era probable que los soldados lo intentasen de nuevo tan pronto. Tendría tiempo de ocuparse de los perros. Al menos eso era lo que esperaba.

Los animales volvían ya. Salían disparados de las sombras del bosque de robles justo cuando Hadon alcanzaba la salida. Los perros de presa se

detuvieron al verle. El perro de guerra, gruñendo, se lanzó hacia él. Hadon dejó caer la honda. Esperó y, cuando el perro saltaba hacia su garganta, blandió la espada. La hoja le cortó limpiamente la cabeza y el cuerpo del perro salió lanzado hacia un lado a causa del impacto. Hadon giró en redondo y escapó de allí, pero vio que la sangre que había saltado le cubría los pies.

En ese instante, los perros de presa iniciaron el siguiente movimiento. Aunque, en principio, eran entrenados para seguir pistas, también habían sido adiestrados para atacar. Uno salió disparado hacia él, pero se detuvo justo cuando se encontró cerca del alcance de la espada. El otro daba vueltas alrededor de Hadon para entrar como un rayo y sacar un bocado de sus piernas. Hadon se pasó el *tenu* a la mano izquierda, desenvainó su cuchillo y se lo lanzó. El perro de presa se hizo a un lado, pero demasiado tarde. El cuchillo se clavó en su cuerpo justo delante de la pata trasera derecha.

Hadon giró sobre sus talones, pasándose el *tenu.* de nuevo a la mano derecha. El perro que había tratado de morderle las piernas hizo un alto momentáneo. Luego empezó a dar saltos hacia adelante y hacia atrás, sin cesar de ladrar. Hadon retrocedió sin apartar sus ojos del animal. Se volvió a pasar la espada a la mano izquierda, se inclinó, extrajo rápidamente el cuchillo, lo limpió en la hierba y esperó. El perro se movía demasiado rápidamente para ser un blanco fiable para el cuchillo.

Unos segundos después Hadon avanzó hacia el perro. Este retrocedió, manteniendo una distancia de unos treinta pies, adelantándose y retrocediendo, acercándose y alejándose. Hadon siguió avanzando hacia el borde del risco. De repente, el perro se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Estaba a veinte pies de ser lanzado por encima del borde del risco.

Y mientras se arrancaba en ángulo escapando de Hadon, éste corrió hacia él. Ya no se movía de un lado para otro. Ahora corría en línea recta. Hadon lanzó el cuchillo y la hoja se hundió en el cuello del perro.

Momentos después se asomaba con precaución al borde del risco. La mayor parte del grupo estaba reunida a unos treinta pies por debajo del paso. Dos hombres se encontraban casi junto a la entrada. Ambos estaban a cuatro patas, pero llevaban lanzas. Estaba claro que, nada más llegar a la boca de la estrecha abertura, planeaban levantarse a la vez y arrojar sus armas contra Hadon si éste se encontraba allí esperándoles.

Corrió hasta el perro, levantó el cuerpo muerto por encima de su cabeza y siguió corriendo con él por el borde de la quebrada. En el momento en

que los dos soldados se ponían en pie, lanzó el cadáver contra ellos. El perro cayó sobre el primero, derribándole hacia atrás y haciéndole rodar cuesta abajo hasta el grupo de soldados que había debajo. El otro se quedó atónito, sin saber por un momento lo que estaba pasando.

Hadon miró alrededor. No quedaban ya piedras que arrojar ni rocas que dejar caer. Se echó a rodar a toda velocidad por el borde del estrecho desfiladero y se dejó caer en su interior. El soldado lo vio inmediatamente y trató de entrar gateando en el paso. Se levantó mientras Hadon corría hacia él, levantando su jabalina para lanzarla. El cuchillo de Hadon voló y se hundió hasta la empuñadura en la boca del soldado mientras éste caía desplomado hacia atrás.

Se había quedado sin su cuchillo, pero la caída lanza estaba allí, a su alcance.

Capítulo 3

Había transcurrido una hora. Hadon se encontraba agazapado cerca de la entrada, esperando. Los soldados se habían retirado a una distancia de cincuenta yardas más abajo y a unos cuarenta pies de la línea del paso. Estaban sentados, hablando. Parecían no hallarse de acuerdo. No era de extrañar. Sus perros habían muerto, lo que significaba que tendrían que seguir cualquier pista sin su indispensable ayuda. Tres de ellos se encontraban incapacitados; fuera de acción por lo tanto. Ocho habían muerto. La cuenta dejaba todavía a veintinueve vivos pero, de todos ellos, sólo podía entrar en el desfiladero uno cada vez y su antagonista estaba mejor armado ahora que cuando había comenzado el ataque.

Hadon miró hacia el amplio valle. A su derecha, allá abajo y al fondo, se podía ver, de trecho en trecho, entre los árboles, parte del camino real. Se divisaban unas figuritas muy pequeñas. De vez en cuando el sol se reflejaba en un casco, en la punta de una lanza. Estaban llegando refuerzos. Y con más perros. No se encontrarían delante del paso hasta la llegada de la noche, pero no esperarían hasta el amanecer sabiendo que Hadon se les podría escapar aprovechando la oscuridad. Además, su presa principal, Awineth, estaría cada vez más y más lejos.

Encenderían las antorchas y soltarían a los perros. En aquella ocasión tendrían demasiados perros para que él pudiera arreglárselas bien con un grupo tan numeroso y ellos invadirían el paso mientras él se ocupaba de la jauría.

Parecía que los soldados situados en la pendiente no habían visto aún a los soldados que se acercaban por el camino real. Pero pronto los verían. ¿Qué harían entonces? ¿Esperar a los refuerzos? ¿O continuar el asalto?

A la derecha, en la lejanía, más allá de la cima de la montaña del otro lado del valle, se alzaba el Khowot, la Voz de Kho, la Gran Diosa, Madre de

Todos. Y justo detrás de él se veía un borrón oscuro, que era todo lo que Hadon pudo observar de la ciudad de Khokarsa. La Voz de Kho había descargado grandes cantidades de lava y de gases venenosos mientras él y Lalila y los demás escapaban de la prisión subterránea de Minruth. Había sido una suerte para ellos que el terremoto que había precedido a la erupción les hubiera abierto el camino y que el temblor de tierra hubiera hecho tambalearse los edificios, llenando de pánico la ciudad. Después, el poderoso Khowot había vomitado lava blanca y caliente y enormes porciones de piedra y lava. En el caos de la huida de los ciudadanos, el grupo de Hadon había conseguido escapar al campo.

Pero incluso entonces, los soldados de Minruth habían continuado persiguiéndolos —y es posible que hubieran conseguido alcanzarlos— pero Kwasin, el hercúleo primo de Hadon, había saltado al bote lleno de soldados. Lo último que Hadon había visto de él, antes de que el humo velara la batalla, fue su tremenda hacha subiendo y bajando incansable.

Hadon estaba agradecido a Kwasin por su sacrificio, aunque éste hubiera sido motivado más por egoísmo que por otra cosa. Kwasin se creía el hombre más fuerte del mundo, y probablemente lo era. Pero odiaba a Hadon y había prometido encontrar al grupo más adelante y llevarse a Lalila.

Sin embargo, primero tendría que matar a Hadon.

Temible como era Kwasin, Hadon le presentaría una batalla que nunca podría olvidar. Si sobrevivía. Kwasin era mucho más alto y fuerte, pero no era tan rápido como Hadon. Ni tampoco podía igualar a su primo en el manejo de la espada. Sin embargo, el hacha, aquella gran hacha fabricada por Paga de una estrella fugaz… era tan pesada que solamente un gigante como Kwasin podía blandiría como si estuviera hecha de papiro.

El pensamiento de Hadon retrocedió ahora a la época en que había salido de Opar para participar en los Grandes Juegos de Khokarsa. ¿Quién podía haber adivinado entonces la interminable cadena de acontecimientos que le habían llevado hasta aquel paso en la montaña? Sólo la propia Kho, y Ella había dejado caer solamente unos ligeros indicios a través de la boca de Su portavoz, la sibila de la cueva situada junto a la cima del volcán.

Hadon había competido con otros jóvenes atléticos y ambiciosos en los Juegos Menores de Opar[2]. Tres, de entre todos ellos, eran los que habían sido elegidos: él mismo, su primo Taro y el hosco y odioso Hewako. Los tres, junto con sus suplentes correspondientes, habían viajado a bordo de una galera a través del Kemuwopar, el Mar del Sur de Opar. Habían

atravesado el fantasmal Estrecho de Kethna y luego habían recorrido todo el Kemu, el Mar del Norte, la Gran Agua.

Awineth, Reina de Khokarsa y Suma Sacerdotisa, hija de Minruth, quería un marido, un rey de su propia edad. Minruth le había pedido que se casase con él, pero ella le había rechazado. Se rumoreaba que Awineth se había llevado a su padre a la cama antes de tomar una decisión y que no lo había encontrado satisfactorio. Hadon dudaba de la veracidad de la historia porque era evidente para todo el mundo que hacía tiempo que padre e hija sentían una gran hostilidad el uno por el otro.

Otro rumor apuntaba a que Awineth sospechaba que su padre había envenenado a su madre. Hadon también dudaba de esto, aunque a Minruth no le apodaban El Loco sin una buena razón. Pero tampoco se habría atrevido a asesinar a su esposa, la Suma Sacerdotisa, la representante suprema de Kho. Seguramente había temido demasiado la ira de la Diosa. Pero también era posible que sí lo hubiera hecho y que, al ver que el rayo no descargaba su fuerza sobre él y que la tierra no se abría a sus pies, hubiera perdido mucho de su temor por Ella. Y podía haber sucedido que se le hubiese ocurrido derrocarla y hacer de Resu, el Dios Flamígero, la deidad suprema. Y con ello, el dominio total de los reyes sobre todos los asuntos, espirituales y temporales. Y, como consecuencia, una revolución en el papel del sexo masculino en Khokarsa.

Minruth no estaba satisfecho con ser el amo del Ejército y de la Marina ni con estar al cargo de la construcción de las carreteras y de los principales edificios. Quería el control de los impuestos, del sistema postal y de las organizaciones religiosas. Y sobre todo, quería terminar la construcción de la Gran Torre de Kho y Resu, aquel proyecto iniciado hacía quinientos años por el rey Klakor. La leyenda decía que el rey que la completara podría ascender al cielo, al palacio azul del Dios Flamígero y hacerse inmortal. Ahora estaba a medio terminar y Minruth tenía ya cincuenta y ocho años. Quería gastar todo lo que le fuera posible en realizar una construcción suprema.

Pero las sacerdotisas habían obstaculizado el proyecto durante medio milenio, retrasando su construcción. Los tiempos de tribulación también habían bloqueado su avance. Las sacerdotisas aducían que el Imperio se vería arruinado si todos los esfuerzos se dirigían hacia la terminación de la torre. Y eso era la verdad más segura. Igualmente obvio, por añadidura, era el hecho de que la estructura no podía aguantar mucho más peso. La torre tendría que ser abandonada a no ser que alguien inventara un nuevo tipo de

ladrillo que fuera muy ligero. Minruth había ofrecido una recompensa equivalente a los impuestos anuales de la ciudad de Bawaku a aquel que viniera con el tan deseado material de construcción.

Hadon había resultado vencedor en los Grandes Juegos, a pesar de sufrir un gran dolor cuando murió su amigo Taro. El orgulloso vencedor había desfilado hasta el palacio esperando ser proclamado marido de Awineth y Emperador de Khokarsa. En vez de eso, había recibido noticias que le habían dejado a la vez perplejo y ultrajado.

La Voz de Kho, la sibila de la cueva de la cima del volcán, había dicho que sus honores debían retrasarse. En primer lugar, tendría que dirigir una expedición al lejano Norte, a las costas del Mar Circundante. Allí debía localizar y traer consigo a tres personas procedentes del otro lado del Mar Circundante. Estas personas habían sido traídas a las costas del sur del Mar Circundante por Sahhindar. Pero el exiliado dios del bronce, de las plantas y del tiempo los había abandonado allí, enviando mientras tanto a Hinokly, miembro de una expedición anterior, de vuelta a Khokarsa con sus órdenes.

¿Por qué? Sólo la propia Kho lo sabía. Hadon había sospechado, en su ataque de rabia, que Minruth se las había ingeniado de alguna forma para producir este injusto aplazamiento. Pero, una vez que su cólera se hubo enfriado, comprendió que estaba incurriendo en pensamientos blasfemos. Ninguna sacerdotisa de Kho se atrevería a decir falsedades. Y menos cuando estaban por medio los mandatos de Kho. La respuesta de la Diosa sería inmediata y terrible.

Hadon había llevado a la expedición renuentemente hacia el Norte, había cruzado las Montañas Saasares y había llegado hasta las vastas sabanas que se hallaban debajo. Durante el viaje, se había encontrado con su primo Kwasin. El gigante venía huyendo de una tribu de salvajes y se había salvado gracias a que los hombres de Hadon habían repelido el ataque enemigo. Kwasin había sido expulsado de Khokarsa unos años antes porque había violado a una sacerdotisa y matado a los guardias del templo que la defendían. Lo normal habría sido que Kwasin hubiese sido castrado y su cuerpo arrojado a los cerdos.

Pero la Voz de Kho habló, y el castigo fue el exilio por tiempo indefinido.

Kwasin les acompañó el resto del viaje. Los tres forasteros, Lalila, Paga y Abeth, habían sido localizados después. Lalila afirmaba que Sahhindar les había traído desde el otro lado del Mar Circundante. Por razones que sólo él conocía, había tenido que abandonarlos entonces. Los tres acompañaron a

la expedición de Hinokly de vuelta a Khokarsa, pero los salvajes los atacaron, matando a todos menos a ellos tres y a Hinokly. Este quedó separado de su lado y emprendió el viaje de regreso a su tierra natal.

Lalila, sin embargo, dijo que Sahhindar había negado su condición divina. Era, según dijo, sólo un hombre. Pero admitió que había vivido más de dos mil años. Y que había nacido, dijo, en un distante futuro. En cierto modo, navegando en una «nave del tiempo», había viajado retrocediendo a un período dos mil años anterior al presente. Y que él era en realidad quien había hecho posible la civilización de Khokarsa.

En el viaje de regreso Hadon se había enamorado de Lalila. No era el único. Parecía como si ella proyectara un aura que conducía a los hombres hasta ella como el olor de la hembra de la mariposa nocturna atrae a los machos. Era innegablemente bella, pero había muchas mujeres en Khokarsa tan bellas como ella. Paga había dicho que era portadora de una maldición. Hacía enloquecer a los hombres y al mismo tiempo los llevaba a la muerte.

A Hadon no le había importado. Se encontró como en éxtasis cuando Lalila le dijo que le amaba. Que estaba dispuesta a olvidar su pena por Wi, su amante muerto.

Al llegar a Khokarsa, fueron recibidos con noticias alarmantes. Minruth había encerrado a Awineth en sus habitaciones y se había declarado gobernante supremo. Hadon, junto con los hombres de su grupo, fue hecho prisionero y conducido a Khokarsa, la capital del Imperio de Khokarsa. Kwasin había escapado, pero después también fue apresado.

Durante el terremoto que precedió a la erupción, Hadon, Kwasin y Paga consiguieron escapar y rescatar a Lalila, a su hija y a Awineth. Luego huyeron a las montañas que se hallaban al noreste de la ciudad.

Awineth y el resto del grupo aún podrían escapar. Lalila también, aunque sus probabilidades de supervivencia en aquellos bosques infestados de proscritos y de bestias salvajes eran escasas. Lo más probable es que muriera de hambre.

Pero, aun así, le habían ido saliendo las cosas mucho mejor de lo que hubiera podido esperar. Ahora se podía permitir un poco de esperanza, tanto para él como para Lalila.

Capítulo 4

El sol comenzaba la parte final de su recorrido. Para entonces Hadon había hecho rodar una piedra desde el extremo del bosque hasta el borde del risco, a unos cuarenta pies del paso interior. La empujó para que cayera y se quedó mirando mientras bajaba rebotando por la cuesta abajo. Los hombres que se encontraban allí, al oír el golpe que produjo al chocar contra el fondo del despeñadero, miraron hacia arriba. Unos se lanzaron a rodar hacia un lado, esperando salir del camino de aquella muerte que rebotaba, y otros se pusieron en pie y echaron a correr. Algunos perdieron el equilibrio en la escarpadura y cayeron al suelo.

La gran roca pegó en un saliente, dio un salto y fue a dar de lleno en el pecho de uno de los encargados de los perros. Este salió disparado hacia atrás, deslizándose sobre la espalda a lo largo de al menos cien pies. Luego quedó inmóvil. La roca, sólo frenada ligeramente por el impacto, bajó rodando y saltando el resto de su trayecto montaña abajo y siguió dando tumbos mientras atravesaba el prado que quedaba al fondo, para acabar estrellándose contra el tronco de un árbol.

Hadon había supuesto que mataría a más de uno. Sin embargo no se sentía demasiado contrariado. Su principal intención había sido que los soldados comprobasen que él seguía aún en la zona. Quería que ellos pensaran que intentaba guardar el paso hasta la caída de la noche y quizás hasta más tarde.

La treta tuvo éxito. Los hombres retrocedieron cuesta abajo hasta el prado. Una vez allí, conversaron durante un rato mientras miraban hacia arriba de vez en cuando. Era evidente que habían decidido esperar hasta que llegasen los refuerzos.

Pero no. Hadon estaba equivocado. Se movían por el prado. Según pudo observar, habían empezado a ascender por la cuesta arriba, esta vez en

ángulo. El final del sendero que seguían se encontraba a unas cinco millas de distancia, en el lugar donde los riscos eran más bajos. Planeaban ascender por las alturas escalables y retroceder luego por el borde del risco. A la velocidad con que llevaban a cabo la maniobra, ésta les llevaría al menos nueve horas. Hadon se dirigió al bosque. Trepó por el árbol caído sujeto entre dos robles y llamó suavemente:

—¡Lalila!

Pero no obtuvo respuesta. Trepó hasta una rama situada justo encima de aquella gruesa sobre la que había dejado a Lalila. Aún seguía en ella, de costado, dormida. Pero abrió sus ojos cuando él la llamó de nuevo.

Hadon descendió de la rama y le dijo:

—No te alarmes.

Y le explicó la situación.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó ella. Sus ojos violeta, totalmente abiertos, estaban enrojecidos. Se la veía demacrada y, cuando movió el pie lastimado sin darse cuenta, un gesto de dolor cruzó su rostro.

—Tenemos que marcharnos —dijo Hadon—. Te llevaré sobre mi espalda durante un rato y luego te apoyarás en mí mientras tratas de caminar. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Tendré que hacerlo —dijo, tratando de sonreír—. No hay otra elección ¿verdad? Pero tú ibas a dejarme aquí…

—He cambiado de idea porque la situación lo ha hecho. Puede que tenga que volver a abandonarte en algún momento, si se acercan demasiado. Pero cuanto más consigamos adentrarnos en el bosque, menor será la distancia que tendré que recorrer para volver por ti. Existe además la posibilidad de que logremos librarnos de ellos para siempre. Pero…

—Pero así y todo deberás abandonarme —atajó ella—. No puedes dejarles seguir la pista de los otros.

—Si la encuentran —repuso—. Tendremos que confiar en la suerte… y en Kho.

La ayudó a descender del árbol, lo cual no fue tarea fácil. Cuando se hallaron ya en el suelo, se colocó sobre el pecho la bolsa de provisiones que había recogido de un cadáver. Luego se inclinó hacia Lalila y ésta, mordiéndose el labio para evitar expresar su dolor, se colocó sobre su espalda. Él se levantó, colocó las manos bajo las piernas de ella y comenzó a caminar. Pronto se encontraron bajo las ramas de los árboles que se extendían sobre el sendero. Hadon no hacía ningún esfuerzo para andar deprisa ya que no debía desperdiciar fuerzas. Tenía por delante un camino

largo, muy largo. Además, los acontecimientos del día anterior y de ese mismo día le habían debilitado. Casi sin dormir, había tenido que utilizar el esfuerzo muscular y la tensión nerviosa equivalentes a los de cuatro guerreros.

Mantuvo sus ojos en el sendero, dándose cuenta de que las huellas del grupo de Awineth eran visibles incluso para una persona inexperta. Sus propias huellas quedaron patentes durante un rato. Luego desaparecieron. Esto se debía a que Hadon, en determinado momento, se había salido del sendero para introducirse en el bosque y luego había dado media vuelta. Sin embargo, eso no había supuesto una pérdida de tiempo. Dejaría a los perros completamente desorientados el tiempo suficiente para que él se hiciese entonces cargo de ellos.

Hacía frío a la sombra de los robles. También había un relativo silencio, sólo interrumpido por el graznido de un cuervo cercano y el lejano y animado parloteo de un grupo de monos. Al cabo de un rato, pudo ver algunos monos de los robles, criaturas cuyo tamaño no era mucho mayor que el de las ardillas, a las que disputaban nueces y bayas. Eran de color rojizo, a excepción de una especie de collarín de pelo blanco que hacía resaltar sus caras. Una pequeña banda de monos le siguió durante un rato, saltando de un roble al siguiente, antes de perder todo interés por ellos. Pero sus gritos siguieron oyéndose durante mucho tiempo.

De vez en cuando, Hadon se agachaba y Lalila descendía de su espalda. Entonces caminaban lentamente mientras él la sujetaba y ella andaba dando saltitos con una pierna. Cuando la pierna sana se debilitaba tanto que le era imposible continuar, descansaban unos quince minutos. Luego ella montaba de nuevo sobre la espalda de Hadon.

El camino seguía en ascensión constante aunque suave. Al anochecer se encontraban ya en la cima de una ensilladura de la montaña con picos a ambos lados. Por delante, con su cumbre nevada iluminada por el sol poniente, aparecía una montaña dos veces mayor que aquella en la que ahora se encontraban. El valle que les separaba de ella estaba demasiado oscuro para poder distinguir ningún accidente. Se encontraban rodeados de pinos, pues el clima era demasiado frío en aquel lugar para que crecieran los robles.

Lalila, sentada sobre un montón de hojas húmedas, temblaba.

—Nos vamos a helar.

Hadon mordió un trozo de pan duro y un trozo de cecina aún más duro. Lo tragó y dijo:

—No hace demasiado frío para dormir. Descansaremos un poco hasta que salga la luna. Eso nos supondrá unas dos horas de descanso. Luego continuaremos. El ejercicio nos ayudará a guardar el calor.

—Pero tú no puedes hacer eso —dijo ella—. Estarás demasiado cansado. ¿No les llevamos ya una buena ventaja? ¿No podríamos dormir al menos hasta el amanecer?

Antes de responder, Hadon se dirigió hasta un manantial cercano y recogió agua en el cuenco de sus manos. Después de beber, dijo:

—Eso depende de si nos siguen en la oscuridad o han decidido esperar hasta la salida del sol. Lo normal es que no se atrevan a meterse en estos bosques ahora. Se dice…

Se paró en seco. Y ella insistió casi en un murmullo:

—¿Se dice…?

Hadon se mordió el labio. No había pretendido asustarla, pero, si se quedaba callado, ella tendría aún más miedo.

—Se dice que este bosque está encantado por los demonios. Y, además, hay leopardos y hienas. La historia de los demonios puede ser un cuento de viejas inventado por la gente para tener algo con que asustarse. He oído muchos en mi vida. Y, si bien es cierto que yo nunca he visto a un demonio, sin embargo he oído historias de algunos que dicen que los han visto… o que conocían a gente que decía que los había visto. Pero de lo que no hay duda es de que los bosques de las montañas de Khokarsa están habitados por leopardos, hienas y osos. Si seguimos moviéndonos, no es probable que nos ataquen. Pero si nos encuentran durmiendo, quién sabe.

Él no le habló del *kokeklakaar,* el Asesino de los Largos Brazos de los Arboles. Se decía que era una peluda criatura semihumana que esperaba en una rama al viajero desprevenido. Y cuando su presa pasaba por debajo, se colgaba con un brazo de una rama y con el otro llegaba hasta abajo y cerraba sus pinzas, que eran como las de un cangrejo, sobre el cuello de su víctima. Y ¡zas! Las pinzas iban dejando al viajero sin respiración, se le iban clavando en el cuello y acababan por cortarle casi por completo la cabeza.

Luego, aquella cosa subía el cadáver hasta las ramas, trepaba hacia arriba y se sentaba a chuparle la sangre con su boca en forma de trompeta, hecha de cuerno.

No. No le iba a contar eso a ella. Ya tenía Lalila bastantes cosas para preocuparse.

—Los hombres de Minruth pueden creerse que son suficientemente numerosos y que ni los demonios se atreverán a atacarles. Si eso es así,

encenderán antorchas y seguirán a los perros. Pueden viajar mucho más rápidamente que nosotros. Y, si se apresuran, podrán hasta aquí para el amanecer. O quizás antes.

Hadon le indicó que el manantial se convertía en un pequeño arroyo y que parecía descender oblicuamente por la montaña. Al menos así lo hacía cuando él pudo verlo a la luz del día. Quizás más adelante diese lugar a cascadas de vez en cuando. Pero podrían seguir su curso, dejando que el agua borrara su pista.

—¿Y por qué ellos no han bajado también por el arroyo? —preguntó Lalila, refiriéndose al grupo de Awineth.

—No lo sé. Quizás lo hayan hecho más abajo.

—¿Pero no sabrán los soldados que eso es precisamente lo que hicimos cuando no encuentren nuestras huellas?

—Eres demasiado lógica —contestó él—. Por supuesto que sí. Enviarán a varios hombres tras nosotros mientras el resto sigue la pida. Pero si podemos despistar a los que nos sigan, podré ocultarte en algún lugar. Luego volveré para ver qué se puede hacer.

El agua del riachuelo estaba muy fría. No habían caminado mucho cuando sus pies estaban ya entumecidos. Lalila no hizo ningún comentario al respecto hasta que los pies de ambos dejaron de obedecerles y resbalaron, cayendo los dos de golpe y quedándose sentados. Hadon, lanzando una maldición, se puso en pie rápidamente. Después de que Hadon le ayudara, Lalila dijo:

—No siento nada por debajo de mis rodillas.

—Esa es una ventaja —respondió él—. Así no sentirás el dolor de tu tobillo lesionado.

Era cierto, pero sus propias piernas estaban tan rígidas y muertas como si fuesen muletas. La pérdida de sensibilidad le hacía incapaz de sentir las rocas y los agujeros del fondo del arroyo. Como consecuencia de ello, se caía de vez en cuando y sentía una fuerte impresión cuando se daba aquel baño helado. Temblaba, seguro de que si pudiera ver su piel la encontraría totalmente azul. Lalila castañeteaba los dientes y sentía temblar su cuerpo cuando él la sujetaba.

Después de un tiempo difícil de calcular y casi insoportable, llegaron a una cascada. Estaba demasiado oscuro para poder precisar hasta dónde llegaba. Pero eso daba lo mismo. Tenían que salir de allí y seguir hada el bosque por donde la pendiente no fuera tan pronunciada. La mitad del tiempo estuvieron resbalándose en las hojas mojadas y en el barro. Los

arbustos les arañaban y las piedras les hacían cortes en las piernas y en las nalgas.

Y salió la luna. No era de mucha ayuda en el lugar donde se encontraban, debido a que la espesura de los árboles era muy densa. Al cabo de un rato volvieron a ver el brillo del agua y regresaron a ella. El arroyo les permitió continuar durante quizás una milla y luego se convirtió de nuevo en catarata. Eso ocurría a la entrada de una garganta profunda y a la vez estrecha, que les obligó a caminar por el borde, pero no demasiado cerca de él. En una ocasión, Hadon resbaló en una mancha de barro y casi se precipitan los dos en el abismo. Lalila se lastimó de nuevo el tobillo.

Cuando por fin pudieron alcanzar el valle, vieron que las nubes cubrían las estrellas por el Oeste. Al cabo de quince minutos la luna se velaba y luego se ocultó del todo. Una fuerte lluvia les azotaba poco después. Se refugiaron bajo un árbol, sentándose con la espalda pegada al tronco. La lluvia empezó a filtrarse entre las hojas y corrió por el tronco, mojándolos. Hacía frío, pero aquél no era el frío del arroyo de la montaña.

—Si hubiera sabido que iba a llover —comentó Hadon—, habría ido por el sendero. La lluvia va a borrar todas las huellas. Y los olores también.

—¡Entonces no podremos encontrar a Abeth! —exclamó con fuerza irreprimible Lalila.

—Podemos encontrar el sendero y seguirlo. Pero si ellos tienen algo de sentido común, lo habrán dejado en el primer lugar en el que no pudieran dejar huellas. No te preocupes. Si existe la más mínima posibilidad, los encontraremos. Si acertamos a llegar hasta un templo, las sacerdotisas nos ayudarán a localizarlos. Ellas saben todo lo que sucede en estas montañas.

Hadon la ayudó a levantarse, la tomó en sus brazos y ella se abrazó a él. Pero Hadon se deshizo del abrazo y, hablando en un tono más bien fuerte para ocultar su propio agotamiento, dijo:

—No necesitamos volver al sendero todavía. Podemos atajar por la quebrada que vimos. Sin duda, el sendero la atraviesa, pero, cuando lo alcancemos, entonces veremos si podemos seguir subiendo por allí. Y no dejar huellas.

Llegaron a la quebrada cerca del amanecer. Tenía una anchura de unas cien yardas y sus paredes eran de piedra caliza. A pesar de todo, tenía algunas partes por las que se podía escalar y al final de una de ellas se veía un salientes.

—Subiremos hasta allí y dormiremos ocultos de la vista de cualquiera. Los perros serán incapaces de olemos allá arriba. Eso espero. Y no

dejaremos mucho olor en la roca cuando marchemos. De todas formas se habrá disipado para cuando lleguen aquí.

Y, en voz baja, añadió otro «eso espero».

En condiciones normales habrían podido llegar al saliente al cabo de quince minutos. Pero ahora tenían que detenerse con frecuencia para recobrar el aliento, tranquilizar sus jadeos y apaciguar los temblores de sus piernas. Lalila tuvo que ir sobre los hombros de Hadon la mitad del tiempo. Siguieron avanzando con esfuerzo y después de un buen rato consiguieron arrastrarse hasta el saliente. Tenía una longitud de unos quince pies y una profundidad de diez.

—¡Una cueva! —exclamó Lalila.

Hadon se puso en pie, sacó la espada y se adelantó con precaución. A medida que fue avanzando, comenzó a sentir un olor fétido, el hedor de las hienas, del que había tenido amplia experiencia durante su expedición por las sabanas al norte de Khokarsa. Pero ninguna de aquellas escurridizas bestias de grupa inclinada y mandíbulas como cepos surgió ante él. Al escudriñar dentro con más detenimiento vio huesos triturados, restos de pelo y deyecciones. Estas últimas eran antiguas.

Fue entrando, aún con precauciones, hasta donde el techo se inclinaba hacia abajo bruscamente. Poniéndose a gatas, trató de ver en la oscuridad. Más huesos y algo que parecía roca.

Salió al exterior y dijo:

—Podemos dormir aquí. Pero antes…

Miró hacia la depresión que habían dejado abajo. Unas minúsculas formas humanas cruzaban por el fondo del valle formando algo parecido a un arroyo de figuras. Calculando a bulto, podían ser unos doscientos.

Lalila dijo:

—Me alegro de que este refugio esté orientado hacia el sol. Pero me parece que no voy a poder recobrar el calor en toda mi vida.

—Ya vienen —dijo Hadon.

Ella se quedó consternada. Pero Hadon añadió inmediatamente:

—Sin embargo, aún van a tardar bastante en llegar hasta aquí. Y sería inútil continuar avanzando. Caeríamos muertos antes de poder llegar al fondo del próximo valle. Dormiremos.

—¿Y luego qué?

—Los perros harán el ruido suficiente para despertarnos. Y luego… bueno, luego, Lalila, tendré que dejarte. Y lo que haga después, eso no lo sé. Improvisar. Reza a Kho para que ayude a Su devoto adorador contra los

hombres de Resu.

Hadon comió un poco más de pan y cecina e insistió en que ella también lo hiciera. Luego se acostaron en la boca de la cueva el uno en los brazos del otro. Hadon, sintiendo los pechos desnudos de Lalila apretarse contra él, se vio sorprendido por el despertar del deseo. Hubiera pensado que estaba tan cansado que ni tan siquiera podría levantar la cabeza y menos aún hacer cualquier otra cosa. Se dijo a sí mismo que no era el momento de pensar en eso.

Y mientras lo pensaba, se quedó dormido.

Capítulo 5

Llevaba cierto tiempo vagamente consciente de que alguien le estaba molestando. De repente sintió que una mano le tiraba del pelo.

—¡Márchate! —gruñó. Y a continuación se despertó al notar un impetuoso cachete. Se incorporó violentamente y miró a Lalila.

—¿Qué…?

Los ladridos de los perros y las voces de los hombres contestaron su pregunta.

Se levantó haciendo muecas por el dolor que le producían los agarrotados músculos. Poniéndose a cuatro patas salió hasta el borde del saliente. Allá abajo se divisaba una larga procesión de soldados cargados de armas y armaduras. Y con cuarenta perros, por lo menos. Su algarabía, si no suficiente para despertar a los muertos, era capaz de hacer que se levantase de golpe el ser más agotado.

Hadon apartó la cabeza. Si a uno de aquellos hombres se le ocurriese mirar hacia arriba…

Lalila se había acercado también al borde. Comenzó a mirar hacia el valle, pero él le puso la mano sobre el hombro y le indicó que se agachara.

—Espera hasta que el último hombre haya desaparecido.

Se retiró agazapado hasta que estuvo fuera del alcance de la vista de los de abajo. Se incorporó y sacó las provisiones de la bolsa. Se volvió hasta Lalila y le entregó el desayuno. Mientras comían y remojaban la comida con agua de una cantimplora de cerámica que llevaban, él le dijo lo que tendría que hacer. Era sencillo: esperar hasta que él volviera.

—Puedo soportar que me dejes aquí —dijo Lalila—. Pero si no estás de vuelta dentro de dos días, sólo tendré dos opciones para elegir: morir de hambre o matarme. No puedo bajar de aquí sin tu ayuda.

Hadon no contestó de momento. Miró hacia el Norte. Aquel valle era

mucho más amplio que el que acababan de dejar. Incluso las montañas que lo bordeaban eran más altas. Debido al abultado lomo de la montaña sobre la que se hallaban, Hadon sólo podía ver la mitad del valle, la que se encontraba situada en la parte este. Estaba completamente cubierta de árboles, excepto uno de sus lados, que limitaba con un lago al Oeste. Si hubiera aldeas en las orillas del lago, tendrían que estar fuera de la vista, ocultas por el espinazo de la montaña. Y, suponiendo que hubiera aldeas allí, ¿podría confiarles el cuidado de Lalila? Aquélla era una región dominada por los adoradores de Kho y se suponía que habría varios templos diseminados por toda aquella zona montañosa. Ella podría refugiarse en uno de ellos, a no ser que lo que una vez había sido un lugar sagrado, inviolable, intocable incluso para el más malvado de los hombres, hubiese ya dejado de serlo. Y dijo:

—Quizás tengas razón. Te llevaré hasta abajo y allá tendrás que correr tus propios riesgos. Yo tendré que arreglármelas para alejarlos de la pista de Awineth y de los otros, aunque es posible que por entonces hayan perdido ya su rastro. Pero son tan numerosos que pueden dividirse en grupos y enviar gente por todo el valle. En realidad no sé qué voy a hacer, qué puede hacer un hombre contra tantos. Pero tú correrás mayor peligro allí que aquí.

—Lo que yo quiero es recuperar a mi hija —dijo ella—. Haré todo lo que digas. Sólo pensaba que debía decirte lo que sucedería si… si no volvieras.

Él había estado mirando hacia el valle, a su izquierda, mientras hablaban. Y en ese momento, presa del sobresalto, exclamó:

—¡Mira allí!

Lalila se acercó agachada hasta él, pero Hadon le hizo levantarse. Ella miró hacia donde él señalaba.

—¡Más soldados!

—No lo creo —respondió él—. No parece que vistan armadura. Podrían ser cazadores. Es posible que sean mercaderes: llevan grandes bultos. Tienen que saber lo que hacen pues las huellas de los soldados deben estar muy claras. Y también avanzan muy deprisa. Es como si tratasen de alcanzarlos.

Hizo una pausa y añadió:

—Eso cambia las cosas. No puedo bajarte cuando se hayan ido los soldados. Estos hombres estarían demasiado cerca de nosotros. Nos alcanzarían.

Lalila respondió:

—Haré lo que creas que es más conveniente, Hadon. No me gusta la

idea de quedarme aquí abandonada, pero puedo cuidar de mí misma.

Él se permitió echar un rápido vistazo sobre el borde del rellano de la cueva. El ruido, que disminuía, se oía como si los soldados hubieran pasado ya. Y, en efecto, allí iba la retaguardia sin dedicar siquiera una mirada hacia atrás. Hadon se levantó y dijo:

—No me gusta dejarte aquí, pero no hay otro remedio. Y tengo que ponerme en camino inmediatamente. Debo llegar hasta el bosque antes de que esos hombres lleguen aquí y me vean.

—Muy bien —dijo ella—. Ojalá estés pronto de regreso. Con Abeth.

—Si Kho quiere, lo estaré.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios alzados hacia él. Estaban agrietados y secos, pero, aunque tenía aspecto de estar agotada y su boca era árida, él sintió que el deseo volvía a agitarse en su interior. Se enderezó y, sonriendo, dijo:

—Tú serás capaz de hacer brotar la pasión en los hombres aún cuando estés en tu lecho de muerte.

—¿Qué?

—Que te quiero —contestó. Y se fue.

Bordeando la cresta de la montaña, fue viendo la otra parte del valle. El final del lago se hacía más grande y adquiría forma de óvalo. En el centro había una pequeña isla dominada por un edificio que brillaba en toda su blancura a la luz del sol. Era redondo y estaba rematado por una cúpula. Debía de estar hecho de piedra caliza, pues sería muy difícil llevar el mármol hasta allí, y parecía ser un templo de Kho o, al menos, dedicado a una de Sus muchas hijas. Lo que quería decir que Awineth y los otros se habían podido dirigir allí.

Es decir, si habían conseguido llegar. Era posible que aún estuviesen escondidos en el valle que había a su escalda.

Pero los soldados se habrían enterado de ello. Al menos, habrían enviado varias partidas pequeñas para darles caza mientras el resto del grupo continuaba su marcha. Y no lo habían hecho, lo que significaba que su comandante conocía la existencia del templo y que Awineth también la conocía. Al igual que Hadon, el oficial había calculado que el templo sería la meta de los refugiados.

Hacia el Oeste el lago se convertía en un río que serpenteaba adentrándose en el bosque. Hadon se deslizó hasta su sombra protectora y se dirigió en línea recta todo lo que le fue posible hacia el cercano lago. Bajo los pinos crecía el matorral, pero a medida que descendía se fue

encontrando otra vez con los robles. Los abundantes troncos, tan próximos unos de otros, y sus frondosas ramas se encargaban de que no creciese mucha vegetación por debajo de ellos. Hadon caminaba con rapidez, corriendo de vez en cuando y luchando contra la rigidez y el dolor de sus músculos. Aunque se hallaba en un terreno más agreste que el de los soldados, realizaba mayores progresos en su marcha. El sendero en el que ellos se encontraban se doblaba hacia el Noreste en un recodo y luego, suponía él, retrocedería bruscamente hacia el lago. A menos que algo sucediera, sería el primero en llegar al lago.

Dos veces se encontró con arroyos y se detuvo a beber. Terminó el pan y la cecina que había llevado consigo. No era suficiente, pero no tenía tiempo de cazar. Además, ¿qué podría él abatir con tan sólo un cuchillo y el *tenu*? La pregunta quedó contestada cuando, de repente, consciente de la oportunidad que se le presentaba, desenfundó su cuchillo y lo lanzó contra un mono. Se trataba de una especie de mayor tamaño que el pequeño mono de los robles y se había aventurado a descender hasta una rama baja para lanzarle gritos mientras pasaba. El cuchillo le cogió en el momento en que se volvía para dar un salto y escapar y se le clavó hasta la mitad de la hoja en el costado. El mono cayó con un ruido sordo, mientras sus compañeros se situaban de un salto en las ramas más altas y comenzaban a dar gritos de protesta y a chillar contra él.

Se detuvo lo suficiente para quitarle cabeza, cola, extremidades y piel. Cortando trozos de carne y masticándolos, siguió su camino. Hubiera preferido tomarse aquello asado, pero ya había comido antes carne cruda en las selvas de los alrededores de Opar cuando aún era un muchacho. Miró hacia atrás un momento y vio varios cuervos que descendían alrededor de los restos. Quizás la Diosa de los Cuervos, M'adesin, le bendeciría por haber dado comida a sus protegidos.

Por otro lado, y aquí Hadon por poco pierde su apetito, el mono podía ser sagrado en aquel bosque. Uno nunca sabía cuáles era los tabús locales hasta que no preguntaba en la zona. Y allí no había nadie a quien preguntar.

—¡Si he pecado, oh Diosa —dijo Hadon en voz alta—, perdóname! Lo he hecho por necesidad y por ignorancia. Necesitaba sustento para poder culminar esta misión, que es salvar a la Suma Vicaria de Kho, para luchar por Kho contra Sus enemigos.

En realidad, Hadon estaba en ese momento mucho más preocupado por sus amigos, Hinokly y Kebiwabes, el hombrecillo Paga —tan querido para Lalila— y la hija de ésta, Abeth. No hacía falta mencionarlo, desde luego.

Tampoco había razón para comentar que Awineth, aun siendo la principal representante de la poderosa Kho, era una zorra.

Hadon se desvió hacia el arroyo para lavarse la sangre del mono de cara, manos y pecho. Tiró el resto de la carne y siguió su camino. Vio un grupo de ciervos pastando en los claros abiertos entre los robles. Donde había ciervos, también podía haber leopardos. Pero no vio ningún signo de estos últimos, a excepción de algunas huellas de patas en el barro cerca del arroyo.

La noche le sorprendió todavía lejos del lago. Siguió avanzando en la oscuridad, aunque era consciente de que la falta de luz le haría dar ciertos rodeos. Cuando salió la luna, aún seguía caminando, pero ya a menor ritmo que por la mañana. Su deseo de tumbarse a dormir se veía contrarrestado por dos motivos. Uno, tenía que llegar al templo antes que los soldados. Si sus oficiales los conducían sin dejarles acampar, llegarían allí los primeros. Y segundo, estaba oyendo el rugido de un leopardo cerca. Estaría cazando ciervos, pero podría considerar que Hadon muy bien podía ser su cena si le encontraba durmiendo.

Murmuró una oración a Khukhaqo, Nuestra Señora del Leopardo. Pero no pudo evitar pensar que ella podría considerar que su primera obligación era el leopardo.

Ese pensamiento le hizo acelerar el paso. Y luego, después de una hora más o menos —no estaba en absoluto seguro del tiempo transcurrido— vio una luz.

Se encontraba justo enfrente de él y era pequeña. Pero al cabo de quince minutos se había hecho mucho mayor. Hadon se hallaba al borde del bosque. Tenía ante sí el lago, separado por una estrecha carretera de tierra y veinte pies de hierba cortada. La luz resultó ser tres enormes hogueras muy próximas entre sí. Ardían frente al blanco templo que él había visto desde la cueva. Los gritos y los chillidos viajaban tres cuartos de milla sobre la superficie del estrecho existente entre la orilla y la isla, mezclándose las voces de las mujeres con el agudo sonido de las trompetas, el batir de los tambores y el tañido del arpa. De vez en cuando invadía el aire el sonido de una bramadera.

El vello de la nuca parecía que se le ponía de punta, mientras un escalofrío le corría hacia abajo desde el cuello hasta el final de la espalda.

Las sacerdotisas estaban celebrando uno de sus ritos orgiásticos. Y a él, como hombre, no le estaba permitido mirar hacia las hogueras ni hacia las minúsculas figuras que danzaban delante de las llamas. Cualquier hombre

que pasase por allí estaba obligado a apartar su mirada y a seguir su camino con celeridad. Aquella carretera debía de estar probablemente prohibida para los hombres en aquellos momentos. Las gentes que vivían por allí estarían en sus casas aquella noche y no se aventurarían a salir hasta el amanecer.

Miró hacia el fondo de la carretera desde detrás de un árbol. Unos cien pies más abajo, cerca del borde del lago, se vislumbraba una estatua. No pudo distinguir los detalles, pues la luz de la luna llena y el destello de las hogueras no proporcionaban la suficiente iluminación para ello.

Incapaz de reprimir su curiosidad —justificándose con que tenía que investigar dada la urgencia de su misión— se dirigió hacia ella siguiendo el borde del bosque. Una vez cerca, pudo ver que tenía unos treinta pies de altura y que estaba tallada en madera. Representaba a un ser mitad mujer, mitad árbol. Ramas frondosas coronaban su cabeza femenina y sus brazos extendidos eran ramas que terminaban en dedos en forma de guirnaldas. Sus pechos eran enormes. Con uno daba de mamar a una ardilla. De los innumerables huecos que la cubrían, sobresalían cabezas de pájaros y de otros animales: civetas, servales, ciervos, cerdos, cuervos, avutardas, monos de los robles y lémures. La figura mayor era la de un bebé que sobresalía medio cuerpo de la enorme vagina.

Hadon se dirigió hacia el ídolo y realizó una inspección más detallada. El bebé tenía una bellota en una mano, simbolizando, supuso, los dones de la diosa a los habitantes del bosque de robles.

El ídolo era Karneth, deidad del roble. No sabía mucho de ella, puesto que no había robles en los alrededores de Opar. Aunque Opar estaba en las montañas, se encontraba demasiado al Sur y, por lo tanto, hacía demasiado calor para que aquel árbol se criara allí.

El templo, por tanto, estaba dedicado a Karneth, y las sacerdotisas celebraban ahora sus ceremonias secretas bajo la luz de la luna llena.

Awineth y Abeth podían estar ya en aquella islita. A los componentes masculinos del grupo se les podría haber prohibido tocar el sagrado suelo de la isla. ¿Pero dónde estaban?

Miró hacia un lado y otro de la orilla. Allí cerca había un largo embarcadero de madera, pero no se veían embarcaciones amarradas en él. Seguramente habían sido conducidas a la isla para evitar que algún insensato —no, loco— macho humano las utilizase para espiar los ritos.

Hadon sintió de nuevo un escalofrío cuando recordó las historias de lo que había sucedido a los hombres curiosos que habían sido sorprendidos

metiendo la nariz donde no les llamaban. Habían perdido algo más que la nariz.

Se sentó a reconsiderar la situación. Si Awineth se encontraba en la isla, tendría que asistir a los ritos como Suma Sacerdotisa que era. Pero Abeth, ahora que lo pensaba, no podría estar allí. Sólo las mujeres adultas podían participar. Ella tendría que estar con los hombres. Y puesto que no se veían casas cerca de la orilla, era razonable suponer que los hombres habían sido despachados, con la niña, a la aldea de pescadores que se encontraba en el otro lago.

Eso si en realidad el grupo había llegado allí. Pero, hasta entonces, nada indicaba que lo hubiera hecho.

Suspiró y se levantó. Sólo había una manera de averiguarlo. Debería andar el largo camino que llevaba hasta la aldea. Aquella carretera sin duda conducía hasta allá, pero recorrer todo el trayecto le llevaría por lo menos cinco horas. Y la aurora se presentaría en menos de dos.

No podía nadar hasta la isla y preguntar a Awineth. No habría ninguna excusa aceptable por haber violado la santidad del templo.

En ese momento oyó un ruido a su derecha. Se metió de un salto en la carretera y miró hacia el Este. Soltó un gruñido. Una sombra vaga se movía por el camino en dirección hacia él. Hasta sus oídos llegaban voces lejanas. A medida que el oscuro bulto se acercaba, se fue dividiendo en hombres. ¡Y perros!

Los perros, sin embargo, avanzaban silenciosos, lo que significaba que debían de llevar bozal.

Los soldados habían caminado más deprisa incluso que lo que él había esperado.

Y ya la luz de la luna destellaba indolente sobre las puntas de las lanzas.

Hadon se quedó petrificado y medio agazapado. Los perros pronto le olerían. Sus frenéticos gimoteos y gruñidos alertarían a los hombres de que alguien se encontraba en los alrededores. Se los liberaría de los bozales, de las correas y los perros saldrían disparados hacia él.

Estaba demasiado cansado para eludir su persecución. Incluso aunque hubiera estado descansado, no tenía ninguna ventaja.

Gruñó de nuevo. Sólo le quedaba una vía de escape: el lago.

No había tiempo que perder. Agazapado aún, se metió en el agua por detrás del embarcadero. Estaba fría, pero no tan fría —aunque no mucho menos— como la del arroyo de la montaña. Al encontrarse en el fondo del valle, había estado absorbiendo el calor del sol del verano. Pero no lo

suficiente, no lo suficiente.

Por un momento consideró la posibilidad de esconder la espada debajo de las maderas del embarcadero. Pesaba mucho y él necesitaba toda la capacidad de flotación que fuera posible. Sería insensato insistir en llevarla encima para luego hundirse y ahogarse sólo porque no había podido soportar el separarse de ella.

Muy bien. Así que era una insensatez ¿no? No quería estar sin ella cuando llegase a la otra orilla. ¿Quién sabía cuánto iba a tardar en necesitarla desesperadamente?

Empezó a nadar como un perro. Tenía que alejarse lo suficiente para que los soldados no le vieran. Si daba brazadas fuertes, agitaría el agua y aquello posiblemente llamaría su atención.

Avanzó con ritmo constante, nadando en ángulo hacia el Noroeste, pues, de otra forma, la corriente le llevaría hacia el Este, hacia la salida del lago. Pero la fatiga, a la que había que añadir el peso de la espada, frenaba su avance en demasía. La corriente le llevaba más allá de la isla.

Quizás se encontraba ya lo suficientemente lejos de la orilla para comenzar a nadar con normalidad. Empezó a utilizar los brazos para mover el agua y las piernas para avanzar. La luna brillaba blanca sobre las agitadas aguas, pero quizás los soldados pensarían que aquello se debía a los peces que saltaban a la superficie.

Pero no. Un grito le llegó transportado por la superficie del lago. Se volvió y permaneció vertical en el agua para mirar hacia la orilla. Los hombres se hallaban ya al borde del lago e invadían el embarcadero. Le estaban mirando y algunos señalaban hacia él. Le habían localizado. Sin embargo, con aquella luz y a aquella distancia era posible que no le hubieran identificado. Y si lo hubieran hecho ¿qué más daba? Les llevaba ventaja y ellos estarían tan cansados como él. No tenían botes, así que tendrían que quitarse las armaduras y todas las armas a excepción de las dagas. Eso les ocuparía algunos minutos, lo que le ayudaría a poner mayor distancia aún entre él y sus perseguidores. Nunca le alcanzarían.

Claro que podían enviar hombres dando un rodeo por el borde del lago con el fin de interceptarle en la otra orilla. Pero incluso podría llegar hasta allí antes de que ellos lo lograsen.

Luego la desesperación se apoderó de él. No conseguiría llegar hasta la otra orilla. Estaba demasiado cansado. Sentía los brazos y las piernas como si estuviesen hechos de bronce macizo y le costaba respirar cada vez más. La espada era como un brazo que surgía del fondo del lago y que trataba de

hundirle tirando de él hacia abajo.

Aunque intentaba nadar oblicuamente, dirigiéndose hacia el Noreste, la dirección que en realidad llevaba era en línea recta hacia la isla. Después de transcurridos unos minutos se dio cuenta de que también esto había cambiado, que su curso le llevaría más allá de la isla. Aquello podía suponer una ventaja: si conseguía ponerse a sotavento, se encontraría con que la corriente disminuía.

Volvió a nadar como los perros, con el agua justo debajo de la nariz y a veces un poco por encima. Como consecuencia de ello, acabó siendo empujado, cada vez con mayor fuerza y velocidad, hacia más allá de la isla. Pero no tenía otra alternativa. Continuar nadando como antes significaba el agotamiento definitivo.

Pronto se encontró a unas veinte yardas al otro lado de la isleta. Sacando las últimas fuerzas que le quedaban, avanzó hacia el Norte y poco después se encontraba ya en el lado este. La corriente era manifiestamente más débil allí y se hizo incluso más tenue a medida que se iba acercando a tierra. Pronto, durante una de sus aventuras exploratorias, su pie tocó fondo. Consiguió seguir avanzando unos pies más y logró ponerse en pie, con la superficie del agua justo debajo de la barbilla. Permaneció allí unos minutos, hasta que sus jadeos se convirtieron en profundas respiraciones. Luego avanzó hasta que el agua sólo le llegó hasta la rodilla.

Se sentó, sintiendo el frío limo sobre sus nalgas. Descansaría aquí y luego continuaría hasta la otra orilla. ¿Y por qué nadar?, pensó. Robaría —tomaría prestado, mejor dicho— uno de los botes amarrados en la orilla oeste. No tendría siquiera que cometer sacrilegio puesto que no pondría su pie en la isla. Permanecería fuera, en el agua.

Cuando sintió que ya tenía fuerzas suficientes, se levantó y caminó pesadamente por el agua a unos pocos pies de distancia de la hierba de la orilla. La música y los gritos, chillidos y cantos se oían fuertes. Siguió mirando hacia otro lado mientras avanzaba. En tanto no pudiera ver a las sacerdotisas, no las estaría espiando y, de esa forma, Karneth y sus adoradoras no tendrían ninguna razón para enfadarse con él.

Estaba ya a unas cien yardas del muelle cuando miró hacia el centro del lago. Se quedó petrificado. Había barcas navegando en él. Seis. Embarcaciones de buen tamaño, que transportaban al menos diez hombres cada una.

Capítulo 6

Entonces pudo ver que, si se trazaba una línea recta en sentido inverso a la dirección que seguían los soldados, esa línea llevaría hasta un sombrío grupo de arbustos situado bajo unos árboles en el extremo sureste del lago. Tenía que haber edificios y un muelle allí, probablemente utilizado por los pescadores que abastecían al convento con sus capturas. Los soldados los habían encontrado tras avistar a Hadon. O tal vez habrían tenido noticia de ellos al entrar allí. Eso no cambiaba mucho las cosas. El caso es que venían tras él.

¿O se imaginaban que sólo era un refugiado y el principal propósito de aquella tropa era la captura de Awineth? ¿Invadirían la isla incluso aunque no le hubieran visto?

Tenían que verse impelidos por motivos poderosos. Ningún hombre se aventuraría en aquel terreno tabú a no ser que estuviera poseído por un miedo tremendo o tuviera grandes deseos de conseguir recompensa. Y en este caso concreto, los soldados debían verse empujados por ambos motivos. Minruth no toleraría obstáculos, no aceptaría ninguna disculpa. Ejecutaría a cualquiera que se excusase con el asunto de la santidad religiosa. Tras una conveniente sesión de tortura, por supuesto. Y habría ofrecido una suma enorme por la captura de su hija. Dado el doble incentivo, los soldados harían caso omiso de sus temores.

Pero aún hallaba difícil de creer el hecho de que alguien profanase deliberadamente una isla sagrada y su templo.

Pero con todo, allí venían.

Y lo peor, pensando en sí mismo, era que podría ser avistado en cuanto encontrara un bote y se alejara remando. Y aquellas grandes embarcaciones, tripuladas por diez hombres, le darían alcance antes de llegar a la mitad del trayecto.

Apretando las mandíbulas en su frustración, se fue hasta la sombra de un árbol cuyas ramas se alzaban sobre el agua. Se sentó con cuidado de no tocar la orilla.

No todo estaba perdido. Aún no.

Las barcas se dirigían hacia el embarcadero y pasaron a unos treinta pies de donde se encontraba Hadon. Cada una llevaba once hombres, diez remeros y un oficial en la caña del timón. La luna iluminaba sus agotados rostros. Aunque la fatiga podía explicar parte de sus expresiones, el miedo —Hadon estaba seguro— completaba la otra parte. El rey Minruth había proclamado a Resu como la deidad principal y a Kho como su subordinada. Pero los hombres de Minruth habían sido educados, desde la infancia, para adorarla a Ella como la Creadora y Proveedora de todas las cosas. Que aquella isla no estuviese consagrada a Ella no tenía importancia. Karneth era Su hija. Además, se estaban preparando para atacar en el nombre de Resu y, por lo tanto, la atacarían a Ella.

Hadon se preguntó si aquellos hombres habían recibido la orden de tripular los botes o si se habían presentado voluntarios. Una cosa era dar alcance a la Suma Sacerdotisa y otra muy diferente poner sus manos sobre ella. El comandante, si era inteligente, habría pedido probablemente voluntarios. Siempre había hombres que anteponían la codicia a la religión y también había hombres que albergaban dudas secretas sobre la realidad de las deidades.

Hadon les observó mientras levantaban los remos y dejaban que las barcas encallaran suavemente en la playa.

Luego salieron del agua y arrastraron las embarcaciones hacia fuera.

El comandante, un hombre alto que llevaba en el casco tres plumas de cotorra, caminó hasta un árbol que crecía en la parte superior de una escalera de piedra. Se agachó luego junto al tronco y comenzó a mirar, desde allí detrás, el espectáculo.

Hadon miró también —no pudo refrenar su curiosidad— y lo que vieron sus ojos le dejó perplejo. Frente a los tres fuegos había una multitud de mujeres desnudas que se movían ondulantes, que danzaban y saltaban. Sus edades iban desde los doce años hasta la de una anciana marchita y torpe que debía de tener por lo menos ochenta. Tenían los rostros contraídos y expresaban a la vez salvajismo y éxtasis. Una saliva negra les corría desde la barbilla hasta los pechos. Llevaban el pelo suelto, que ondeaba a un lado y a otro según se movían. El sudor brillaba sobre sus cuerpos y hacían frenéticos gestos como si arañaran el aire. Giraban

violentamente y hacían cabriolas y se balanceaban hacia delante y hacia atrás, hacia atrás y hacia delante sin cesar.

También las que tocaban los instrumentos estaban desnudas, y la misma saliva oscura cubría sus bocas y sus pechos. Una de ellas tañía un arpa de siete cuerdas de tripa de cabra, hecha con la concha de una tortuga. Tres tocaban trompetas de metal. Seis hacían redoblar los tambores. Y nueve hacían girar las bramaderas por encima de sus cabezas.

El viento transportaba un olor acre que, según supuso Hadon, procedía de la sustancia que estaban masticando. Algunos decían que aquello era hoja de laurel, aunque otros afirmaban que se trataba de hiedra. E incluso otros suponían que era algo muy distinto. Ningún hombre lo sabía y sólo especulaban sobre ello en conversaciones reservadas cuando las mujeres no estaban presentes.

Fuera lo que fuese, se suponía que las conducía de lleno a un loco frenesí que las capacitaba para ver a la propia Karneth en persona. También se decía que les daba el poder de detestar a los espías masculinos.

A treinta pies del fuego mayor, el que ardía en el centro, se hallaba situada una jaula hecha con listones de madera. En su interior se encontraba agazapado un atemorizado leopardo. Hadon supuso que se trataba del animal preparado para el sacrificio. En los viejos tiempos, unos quinientos años atrás, la jaula habría encerrado a un hombre, prisionero hasta que le hubiese llegado la hora de ser despedazado por las uñas y dientes de las adoradoras de Karneth. Aún se rumoreaba que los machos humanos eran todavía víctimas de esos ritos en zonas más alejadas. Aunque aquella práctica había sido prohibida por la ley, no había habido muchas ejecuciones como castigo por su infracción. La policía masculina tenía prohibido entrar en el lugar del presunto crimen y las sacerdotisas encargadas de la investigación eran probablemente indulgentes.

Prescindiendo de las actividades nocturnas, no se permitía la presencia de animales machos en aquel tipo de islas. Pero esa noche, un animal macho había sido llevado hasta allí en espera de ser descuartizado. El leopardo seguramente mataría y heriría a alguna mujer, pero ellas no tendrían miedo ni les importaría lo más mínimo lo que les sucediese en su frenesí.

La ceremonia iba a quedar interrumpida, lo que era, en cierto modo, lamentable. En tanto que Hadon era ya, de alguna forma, culpable de haber estado mirando, le hubiera gustado haber terminado de ver cómo se las arreglaba el leopardo. ¿A cuántas se llevaría consigo aquel gato antes de

morir?

Hadon había supuesto que las tropas se desplegarían y que luego, a una señal de su comandante, cargarían sobre las mujeres. Pero, al parecer, el oficial pensaba de forma distinta. Seguía aún observando, esperando algo.

De repente Hadon supo de qué se trataba. ¡Pues claro! ¡Awineth no estaba presente! No había ninguna razón para atacar si ella no se encontraba allí.

¿Y dónde estaba? Probablemente en algún lugar del páramo, quizás en la aldea de pescadores o, podía ser, en el valle del otro lado de la cordillera del Oeste. O podía haber continuado con los otros por las montañas del Este, aunque esto último no parecía probable. Habrían dejado pistas y los soldados las habrían seguido.

El oficial abandonó su posición en el árbol y se volvió hacia la playa.

Hadon volvió a mirar las hogueras y vio por qué había actuado así aquel hombre. Awineth se encontraba ahora de pie frente a la hoguera central chillando tan alto que sus gritos se elevaban por encima de la música y de los gritos de las otras mujeres.

Formaba una salvaje pero bella figura, de mediana estatura, mostrando un pelo largo y negro como el azabache. Su rostro era llamativo y atrevido y sus ojos, grandes y gris-oscuro, parecían negros en la distancia. Tenía la piel blanca como la leche. Sus pechos eran grandes pero proporcionados y llevaban los pezones pintados de escarlata. El espeso vello púbico había sido pintado de verde en honor de Karneth. Una película de sudor la envolvía y la saliva negra le cubría la cara, los pechos y los muslos. Tenía las manos salpicadas de sangre, lo que indicaba que había estado realizando un sacrificio preliminar en el templo, al que habría acudido sólo lo más selecto de las sacerdotisas. La víctima podía haber sido un cuervo, si lo que Hadon había oído era verdad.

Detrás de ella se hallaba la Suma Sacerdotisa de la isla con una mujer joven, una mujer de mediana edad con muchos lunares, y una anciana arrugada y de pelo blanco a quien colgaban los pechos casi hasta el ombligo. Tenía la boca manchada de sangre: debía de haber bebido del cuello del animal decapitado. En efecto: llevaba la cabeza del ave en la mano.

La música calló. Las voces se fueron diluyendo mientras todo el mundo se volvía hacia Awineth. Ella continuaba su salmodia de gritos, pero Hadon, aunque podía distinguir las sílabas, no entendió una palabra de ello. Debía de estar hablando en el lenguaje ritual secreto, del que su amigo Hinokly había dicho que era la lengua que se hablaba cuando el héroe Gahete

desembarcó en la entonces deshabitada isla de Khokarsa.

Hadon se acercó más a los soldados, manteniéndose aún oculto entre las sombras de los árboles, flotando, mientras avanzaba apoyándose en el barro y en las hierbas. Se detuvo cuando se encontró a unos cuarenta pies del lancero más cercano.

—Avanzaremos corriendo en filas de seis —decía el comandante—. Capturaremos a Awineth, y luego tú, Tahesa, y tu escuadra registraréis el templo en busca de la niña. No creo que se encuentre ahí dentro. No es costumbre, por lo que yo sé, permitir la estancia de niñas aquí. Pero debe de haber sido encerrada en una habitación para que no pueda ver los ritos. Estas mujeres os atacarán; así que defendeos.

El comandante continuó explicando el plan:

—Cuando hayamos agarrado a Awineth, nos dirigiremos al templo y formaremos un círculo a la entrada mientras Tahesa busca a la pequeña. Te doy dos minutos, Tahesa; no es un lugar grande. Luego nos retiraremos a las barcas.

Hadon, con la oreja puesta cerca del agua, oyó que el hombre que se hallaba más cerca de él murmuraba:

—A mí no me gusta esto, Komseth.

Y Komseth respondió:

—Ni a mí tampoco. Pero, qué demonios, estamos bajo la protección de Resu ¿no? ¿Y qué pueden hacer contra nosotros unas mujeres desnudas y desarmadas? Además, acuérdate de la recompensa. Nos podremos retirar y largarnos de este ejército de porquería.

—Pero sigue siendo sacrilegio —añadió el que había hablado primero.

—¡Callaos ahí atrás! —ordenó el comandante—. Tahesa, tómales el nombre a esos dos. No, déjalo; lo negarían de todas formas. No tenemos tiempo para eso.

Los soldados se pusieron en pie y esperaron la orden de atacar. Hadon miró hacia las mujeres. Awineth, gimoteando una salmodia, caminaba hacia la jaula. Las mujeres formaban un círculo a su alrededor, ocultándola a ella y a la jaula de la vista de los soldados. El comandante dijo:

—¡Bien! Ni siquiera nos van a ver hasta que estemos encima de ellas.

Awineth había dejado de cantar. Se hizo el silencio, roto sólo por los gruñidos del leopardo y luego, tras un grito de Awineth, las mujeres cerraron el círculo, gritando, chillando.

El comandante bramó:

—¡Seguidme!

Y dio un salto, con los soldados pisándole los talones, entre los dos robles que enmarcaban la parte superior de la escalera.

Hadon esperó hasta que los últimos seis hombres hubieron subido las escaleras. Se levantó y corrió hacia la playa —no había otra forma de salir en defensa de Awineth y de Kho que poner el pie en tierra, y que la poderosa Kho y Karneth le perdonaran— y se agarró a la proa de la lancha más cercana. La arrastró hasta el agua y la empujó hasta dejarla a la deriva.

Retrocedió hasta la segunda chalupa y repitió la operación.

Por detrás se oían gritos, chillidos y el rugido del leopardo, pero no tenía tiempo de quedarse a mirar[1].

Para cuando consiguió lanzar la sexta embarcación al agua, se encontraba ya jadeante. La batahola de la isla era terrible, pero no apartó ni una sola vez la vista de su trabajo. Quedaban seis botes de remos por lanzar tras las lanchas y uno en el que embarcarse. Empujó y tiró de ellos durante un tiempo que le pareció una eternidad, para encontrarse después remando en una barca alrededor de la isla. Cuando llegó al otro lado, detrás del templo, arrastró la embarcación hasta la playa.

Se sentó para descansar unos momentos. Por lo que calculaba, los soldados podrían tener ya a Awineth en su poder y se estarían dirigiendo con ella hacia la playa. Pero esperaba que no fuera así. Cuanto más tiempo les llevase la captura, más lejos se irían las embarcaciones en su deriva.

Por los ruidos que se oían se podía deducir que los soldados no lo estaban teniendo nada fácil. Ni tampoco podían esperarlo. Las mujeres alcanzaban aproximadamente la cifra de ochenta, contando las sacerdotisas y mujeres del lago occidental. Se sentirían enardecidas por la profanación. La carencia de armas no les impediría atacar a los hombres. Enloquecidas por la droga, se lanzarían al ataque sin miedo a la muerte. Los hombres, aunque luchasen por sus vidas, se sentirían todavía inhibidos. No podían sobreponerse a toda una vida de condicionamientos en ese sentido. Al principio no, desde luego. Sólo lo harían cuando se vieran seriamente amenazados.

Hadon se puso en pie y comenzó a andar, rodeando el templo por un camino empedrado de losas planas y redondas. Cerca ya de la fachada, miró en derredor. No había ya nada que se pareciera al orden entre los soldados. Estaban dando golpes sin ton ni son entre la multitud de mujeres, y cada uno de ellos luchaba únicamente por salvar su propio pellejo. Al menos veinte de ellos yacían en el suelo enfrente de las hogueras. Un número similar de mujeres había muerto también. Mientras Hadon estuvo

observando, habían caído tres hombres atacados a arañazos, mordiscos y patadas por dos o tres hembras a la vez cada uno. Una mujer, con los ojos encendidos, se incorporó desde donde se encontraba, junto a uno de ellos, levantando en una mano los genitales arrancados del soldado. Otro militar le arrojó una lanza a la espalda y comenzó a correr hacia abajo, cayendo de rodillas mientras una delirante furia en forma de mujer le agarraba por detrás. El soldado trató de sacar su espada corta, pero una enorme y musculosa mujer le cogió de las orejas, le golpeó la cabeza contra el suelo y le arrancó la nariz de un mordisco. Ambos rodaron fuera de la vista de Hadon.

El enorme gato, con la sangre goteándole por las fauces, trataba de salir de la refriega. Corrió por entre el torbellino de soldados y mujeres, fue casi aplastado cuando una pareja enzarzada en la lucha cayó sobre él, empezó a rodar, se puso de nuevo sobre sus patas y se encontró frente a un hombre con una espada en la mano. El leopardo se agazapó, dio un salto y cerró sus mandíbulas sobre la garganta del hombre. La fiera giró rápidamente sobre sus cuartos traseros, se puso a dos patas y lanzó al aire una de sus garras. Una mujer se dobló sobre sí misma con los pechos desgarrados.

El leopardo se metió como una centella por entre el torbellino humano, evitando el choque, caminando en zigzag, hasta que encontró el camino que llevaba a la playa. Y desapareció entre los arcos de los robles. Sin duda, se dispondría a nadar, atravesaría el lago y desaparecería en el bosque.

Hadon se aventuró unos pasos más alrededor de la curva del edificio. Ahora podía ver ya a Awineth delante de la entrada luchando contra dos soldados. Dispuestos en un semicírculo frente a ella se encontraban el comandante, sin casco y empuñando el *tenu,* y cinco lanceros. Hacían frente con sus armas a una veintena de mujeres. Una de ellas agarró la lanza de un soldado y se arrojó hacia atrás, tirando de su dueño, que cayó al suelo de bruces. Dos mujeres pusieron sus manos sobre él y Hadon los perdió de vista mientras rodaban entre la multitud. Un instante después, Tahesa salía a la carga por la puerta del templo. Le seguían dos hombres. Abeth no estaba con ellos.

Tahesa gritó algo al comandante, que se volvió un segundo para hablar con él. Entonces una mujer se agarró a los tobillos del jefe de los soldados y tiró de sus pies. El militar cayó de súbito hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la piedra del suelo. Tahesa, de un tajo, levantó la tapa de los sesos a la mujer, pero otra mujer se apoderó del brazo que sostenía la espada y el soldado desapareció.

Ante lo sucedido, los demás hombres perdieron todo su valor. Comenzaron a correr junto al santuario en dirección contraria a donde se encontraba Hadon —lo que le alegraba infinito— perseguidos por los aullidos y chillidos de la multitud.

Awineth se apoyó en la entrada del templo, con la boca abierta y la mandíbula caída, mientras sus pechos subían y bajaban con rapidez.

Hadon dirigió su mirada hacia la escena que se desarrollaba junto a las hogueras. Los soldados supervivientes huían arrojando sus armas, con el solo pensamiento de llegar hasta los botes. Tan sólo unos pocos se dirigieron hacia los robles, y los que lo hicieron se encontraron pronto perdidos. Tendrían que nadar para escapar y era más que dudoso que, cargados con las corazas de cuero y los cascos, pudieran eludir la persecución de las mujeres.

Hadon corrió a toda velocidad por la explanada de la parte frontal del templo en dirección a Awineth. Ella levantó la vista cuando se lo encontró enfrente y, con la cara contraída, gritando, le atacó. A él no le sorprendió, puesto que, para ella, Hadon no era sino otro macho intruso. Incluso si le hubiera reconocido, le habría podido atacar. La última vez que la había visto, estaba muy enfadada con él porque se había quedado atrás para proteger a Lalila. De hecho, recordaba, había tratado de apuñalar a Lalila.

Hadon enterró su puño en el diafragma de Awineth. Ella se dobló hacia delante, vomitando líquido negro sobre Hadon, y cayó como muerta en sus brazos. Hadon la cargó sobre su hombro y echó a correr tan rápido como pudo hacia la parte posterior del templo. Había aún cierta actividad allí detrás, pero al otro lado. Hadon alcanzó el bote sin ser visto y colocó a Awineth en la proa. Empujó el bote, subió a él y comenzó a remar. Poco antes del amanecer llegaban al estrecho río que alimentaba el lago. La vegetación se cerraba sobre ellos, ocultándoles de la vista de los soldados que se habían quedado en tierra firme. Awineth se había despertado, pero se encontraba tan mal que sólo podía emitir débiles gruñidos mientras le miraba fijamente. Poco tiempo después, se había recuperado lo suficiente para maldecirle.

De todas formas, Hadon no esperaba ninguna gratitud.

Capítulo 7

Aproximadamente tres horas más tarde, el bote abandonaba el río y entraba en el lago más al Oeste. Su anchura era de unas tres millas. Y, a juzgar por la forma que Hadon había visto que tenía desde la montaña el día anterior, su longitud sería de unas seis o siete millas. El bosque de robles lo circundaba y por detrás y hacia arriba crecían los pinos.

El sol brillaba en las velas cuadradas y verdes de las embarcaciones de diferentes tamaños que por allí navegaban. Aquí y allá se veían botes impulsados por remos que arrastraban redes.

Hadon puso rumbo a la isla, que se encontraba a una milla más o menos de distancia, si bien tuvo que hacer varias pausas para contestar las preguntas de los pescadores. Eran Khoklem de raza casi pura, descendientes de aquellos que habían poblado por primera vez la gran isla de Khokarsa. Se los podía describir como de baja estatura, nariz chata, labios gruesos y pelo ralo. Tenían la piel más oscura que los habitantes de la ciudad, que eran una mezcla de Khoklem y de otra raza que llegó después, los Klemsaasa. Los hombres llevaban sombreros redondos de ala ancha, hechos de paja, y taparrabos. Las mujeres, sombreros cónicos, también de paja, pero sin ala, y taparrabos igualmente. Los niños no llevaban nada. Y todos tenían pintado en la frente un estilizado pez cornudo.

A Hadon le costaba esfuerzo conseguir que aquella gente le entendiese en su lengua, pues ellos hablaban en dialecto. Su vocabulario era diferente y aún conservaban algunos sonidos consonánticos explosivos que habían desaparecido del Khokarsano estándar hacía más de mil años.

Awineth le echó una mano. Ella les entendía mucho mejor, aunque no del todo, puesto que su lengua se parecía un poco al idioma ritual de las sacerdotisas. Cuando se enteraron de que ella era la reina Awineth, la Suma Sacerdotisa, estallaron en un gran griterío. Ya sabían que se encontraba en la

isla de Karneth porque, al llegar al lago oriental, Awineth había mandado por delante al resto del grupo. Ahora, al tener noticia de los acontecimientos de la noche anterior, los pescadores se encontraban preocupados. Varios botes salieron enseguida después de que Awineth les ordenara sacar a sus mujeres de la isla. Iban también a traer a las sacerdotisas, si aún vivían y si no se oponían a abandonar sus puestos.

Hadon y Awineth trasbordaron a un bote de pesca que les llevó a la aldea de la isla, que tenía unos cien pies de ancho por media milla de largo y estaba salpicada aquí y allá de chozas situadas junto a la costa. El poblado, protegido por empalizadas, se encontraba en la costa norte. Los tambores de su embarcación habían comunicado a la gente su llegada y ésa era la razón de que la multitud se congregase en el muelle para recibirlos. La mayoría eran niños, hombres y algunas mujeres demasiado viejas para haber podido asistir a los ritos.

En primera fila, sonrientes, se encontraban Hinokly, Kebiwabes, Paga y la niña, Abeth. Sus sonrisas, sin embargo, se desvanecieron cuando se dieron cuenta de que Lalila no venía con ellos.

Hadon saltó a la plataforma del muelle y abrazó a cada uno de ellos. Abeth, preciosa con su pelo dorado y sus ojos violeta, se lanzó a sus brazos llorando por su madre.

Hadon gritó para hacerse oír por encima de la algarabía reinante.

—¡Lalila está a salvo! ¡Tuve que dejarla en el paso del Sur! ¡Iremos en su búsqueda tan pronto como haya conseguido descansar!

Awineth desembarcó, ayudada por el jefe, a quien habló apresuradamente. Él se volvió y gritó hasta que consiguió la atención de todos. Hablaba a toda velocidad y con furia, señalando hacia el Este. Un hombre corrió hacia el edificio mayor del poblado, un edificio comunal construido con madera de pino y de roble y adornada con cabezas talladas de bestias, pájaros, peces y espíritus del lago y del bosque. Un minuto después, el hombre apareció en la parte más alta del edificio batiendo un enorme tambor. Las embarcaciones que aún se encontraban en el lago emprendieron inmediatamente su regreso a la isla.

Awineth llamó a Hadon para que se acercara.

—El resto de los soldados pronto estarán de camino hacia aquí. No dispondrán de embarcaciones, pero tienen hachas y podrán construir balsas. Esta gente es pacífica y sabe muy poco de la guerra organizada. Creo que lo mejor será que prosigamos nuestro camino. El valle que se encuentra detrás del próximo valle es grande y está bastante poblado de devotos

adoradores de Kho. De hecho, allí hay un colegio de sacerdotisas, donde nos podremos encontrar seguros. El paso hacia el valle tiene una trampa y puede cerrarse en cualquier momento. Estaríamos seguros durante bastante tiempo y yo podría organizar mi campaña desde allí.

—¿Me lo preguntas o me lo estás contando? —respondió Hadon.

—Quiero tu consejo. Después de todo, tú eres un soldado. Y hubieras sido mi marido… si Kho no hubiese dispuesto otra cosa.

—¿Estás preparada para seguir? —preguntó él—. Has estado despierta toda la noche y debes de estar terriblemente cansada tras la huida y los… agotadores ritos. Por lo que a mí respecta, me siento demasiado exhausto para caminar; y menos para correr.

—Si yo lo puedo hacer, tú también —dijo ella con sorna—. Además, estaba pensando que nos alejásemos lo suficiente para poder encontrar un lugar escondido donde dormir. No necesitamos estar en esta isla cuando vengan.

—No podemos atravesar directamente por el paso principal —dijo él—. Es de suponer que hayan enviado soldados allí para guardarlo. ¿No conocen los pescadores otros pasos? Algún reducto que pase desapercibido para cualquiera que no sea de la región.

—El jefe me ha dicho que hay uno. Es difícil pero se puede atravesar. Algunos de sus hombres nos guiarán.

—Entonces, estoy pensando que sería conveniente que el resto del poblado nos siguiese y pisotease nuestras huellas para confundir a los soldados. Y cuando lleguemos a un lugar donde no podamos dejar huellas, un espacio rocoso, por ejemplo, que se vayan en otra dirección y así consigan equivocar a nuestros perseguidores.

—Esa es la clase de consejo que yo quiero —dijo ella. Y mirándole intensamente a los ojos durante unos instantes añadió—: Te necesito, Hadon. Necesito que nos dirijas, que protejas a tu Reina y representante principal de la gran Kho. Por eso, si estás pensando en volverte en busca de esa salvaje de pelo rubio, esa perra de Lalila, olvídalo.

—¡No puede andar! —contestó Hadon—. ¡Tú lo sabes! ¡Se morirá de hambre!

—Es una muerte demasiado buena para ella —replicó Awineth.

Al oír esto, y viendo su sonrisa de triunfo y de odio a la vez, Hadon se sintió mareado. Algo explotó en su interior y durante unos instantes todo se volvió nebulosamente rojo.

—¿Te vas a atrever? —gritó Awineth. Entonces él se dio cuenta de que

había levantado el puño y de que Awineth había dado un paso atrás.

Respiró profundamente y bajó la mano. Su voz temblaba cuando dijo:

—Esta no es la orden de una gran soberana. Condenar a una mujer que no te ha hecho ningún daño…

—¡Ningún daño! —gritó ella— ¡Ningún daño! ¡Ella me robó tu amor! ¡Ella te embrujó! ¡Ella es en verdad la Hechicera del Mar, Hadon! ¡Te privó de los sentidos y te convirtió en un traidor! ¡Y tú sabes lo que les sucede a los traidores, Hadon! ¡Y no sólo eres un traidor a tu Reina, Hadon! ¡Eres un blasfemo, un infiel! ¡Rebelarse contra la que habla en nombre de Kho es rebelarse contra la propia Kho en persona!

—Yo no te he traicionado —replicó él—. ¡He luchado por ti y te he ayudado a escapar de Minruth! ¿Estarías hoy libre si no hubiera sido por mí? Si yo no me hubiera quedado a luchar en el paso ¿estarías tú libre?

—¡Te quedaste por Lalila, no por mí! —gritó ella.

—Me quedé por las dos —contestó él—. ¡Y aunque ella hubiera podido andar, también me hubiese quedado!

—¡Sí, y así podías haberles detenido lo suficiente para que ella escapase!

El jefe le dijo algo a Awineth. Ella se volvió y le habló rápidamente. Luego le dijo a Hadon:

—Él quiere saber si eres amigo o enemigo. Ha dicho que puedes morir ahora mismo si yo lo ordeno.

Hadon se tragó las palabras que se agolpaban en su garganta. Haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Cuáles son tus órdenes?

—Que salgamos en seguida.

Ella volvió a hablar con el jefe. Hadon se alejó y se sentó en el porche de la casa comunal. Abeth, atemorizada por tan furioso diálogo, corrió hacia él. Él la puso sobre sus rodillas y la abrazó. La niña volvió a llorar. Sus tres amigos les rodeaban.

Paga, el hombrecillo, fue el primero en hablar.

—¿De veras intentas dejar allí a Lalila? ¿La vas a dejar morir?

Hadon levantó la vista. Y, en voz baja, dijo:

—Vosotros sois todos mis amigos. Y sé que no me vais a traicionar. No, no pretendo abandonarla. Pero ahora debo hacer como que obedezco a Awineth. Si no lo hago, hará que me maten. Cuando lleguemos al bosque, me escaparé en la primera oportunidad que se presente. Pero eso no es nada fácil, amigos míos. Traerá problemas. ¿Cómo podré volver a reunirme con vosotros si he desobedecido a Awineth y si traigo a Lalila conmigo?

Awineth es capaz de ordenar que nos maten a los dos.

»¿Y entonces qué hago? Si Lalila y yo no nos volvemos a reunir con vosotros, ella nunca podrá ver a Abeth de nuevo. No será capaz de soportarlo. Y ya ha padecido suficientes sufrimientos hasta ahora.

Paga intervino de nuevo:

—Rescata a Lalila primero. Luego piensa en cómo arrebatarle Abeth a Awineth. Pero no olvides que yo quiero estar con Lalila y con su hija. También lamentaría mucho que algo les sucediera a cualquiera de las dos. Pero luego me aseguraría de que Awineth no viviera ya más. Le quedaría muy poco tiempo para disfrutar de su venganza.

Kebiwabes y Hinokly estaban atónitos. Aunque no amaban precisamente a Awineth, sentían por ella una gran reverencia. Era blasfemia tan sólo pensar en hacer el menor daño a la Suma Sacerdotisa.

Kebiwabes añadió:

—Debe de haber alguna forma. Tú estás demasiado cansado para pensar con claridad ahora, Hadon. Una vez que hayas descansado, encontrarás una salida. Y la solución que encuentres no necesitará incluir la muerte de Awineth.

—Paga fue el que dijo eso, yo no —contestó Hadon—, Aunque, si vamos a pensarlo…

Se quedó en silencio. No había ninguna necesidad de preocupar ya más a sus amigos.

Fue Paga el que habló ahora:

—Cuando te vayas, llévanos a Abeth y a mí contigo. Así no tendrás necesidad de volver.

—Tus piernas son demasiado cortas, Paga. Y la niña también será un estorbo para mí. Debo rescatar a Lalila lo antes posible. No tiene demasiada comida, ni tampoco agua; y hay leopardos y hienas ante los que se encuentra completamente indefensa.

—Llévanos contigo durante un cierto trecho, entonces. Y déjanos donde podamos estar ocultos tanto de la gente de Minruth como de la de Awineth. Luego puedes volver con Lalila.

—¿Y dónde iríais luego? —preguntó Hinokly.

—Lejos.

—¿Y pasar el resto de vuestras vidas huyendo y escondiéndoos?

—¿Y qué otra cosa hemos hecho Lalila, la niña y yo durante todos estos años? —dijo Paga enfadado—. ¿Qué está haciendo la grande y gloriosa Reina del poderoso Imperio de Khokarsa ahora? Huye y se esconde. Pero no

entra en mis planes vivir el resto de mi vida como una liebre. No. Sé de un lugar a donde podríamos ir y encontrarnos lejos de Minruth y de Awineth y de todas las demás plagas que convierten a esta civilizada nación en un foco de epidemias.

Los ojos de Paga brillaban mientras miraba a su alrededor. Hadon le observaba. Aunque el hombrecillo no llegaba más que hasta el plexo solar de Hadon y aunque era un salvaje procedente de las tierras heladas del otro lado del Mar Circundante, era tremendamente inteligente y estaba lleno de recursos. Era quizás el más astuto y el más perceptivo del grupo.

Tenía una cabeza grande, coronada por una abundante maraña de pelo castaño entreverado de gris y sus hombros eran tan anchos como los de Hadon. Los brazos los tenía gruesos, largos y musculosos y su torso era fuerte, grande y panzudo. Si sus piernas no hubieran sido tan cortas, su figura habría sido la de un hombre impresionante. La de uno que diera miedo, quizás. Tenía una nube blanca en un ojo y una gruesa cicatriz alrededor de él. Su barba, poblada y salvaje, le llegaba casi hasta el extremo de un ombligo lleno de cicatrices. Cuando abría la boca, enseñaba unos dientes gruesos, casi de animal.

Su madre lo había arrojado a la maleza poco después de nacer. Había algo en él que al parecer le resultó repulsivo, aunque podía haber sido que estuviera enferma o que hubiera tenido un sueño siniestro sobre él. El caso es que había sido lanzado contra una piedra y que se golpeó en el ojo al caer. Su madre se marchó y su padre, aunque lo buscó por todas partes, no pudo encontrarlo.

Paga aseguraba que habría muerto a no ser porque una loba lo había encontrado y se lo había llevado a su madriguera. Y, en lugar de comérselo, lo había criado con sus cachorros.

Hadon no sabía si aquello era verdad, aunque no veía ninguna razón para que Paga mintiese. Había historias por todo Khokarsa que hablaban de bebés que habían sido adoptados por hembras de animales: osas, hienas, perras salvajes, leonas. Él nunca se había tropezado con ninguno de ellos. Siempre pertenecían a un pasado distante o a una tierra lejana.

Fuera cual fuese la verdad de la historia, Paga había vuelto a ser aceptado en su tribu natal. Allí había conocido a Wi, que se convirtió en su único amigo. Paga había hecho un hacha para Wi con materiales extraídos de una estrella fugaz caída a la Tierra, una enorme masa de níquel y hierro. Wi había utilizado el hacha para matar a un gigante que había estado tiranizando a la tribu.

Paga tenía también una amiga, Lalila. Wi la había encontrado en una cueva y la había llevado a su casa, aunque ya tenía una compañera y un hijo. A las mujeres no les gustaba Lalila, y afirmaban que era una bruja que venía del mar y que había que matarla. Ella trajo la mala suerte y el mal consigo.

Paga odiaba a todas las mujeres por lo que su madre había hecho con él. Lalila, sin embargo, le trataba con amabilidad y de esa forma se ganó su amor. Estaba dispuesto a morir por ella, a morir si ella desaparecía de su vida.

Más tarde, el glaciar cercano a la aldea de Wi comenzó a moverse y obligó a la gente a escapar. Lalila se había encontrado separada de Wi, pero nadó en medio de las heladas aguas hasta el iceberg en el que habían quedado aislados Wi y Paga. Aunque la masa de hielo empezó a fundirse a medida que se dirigía hacia el Sur, los tres consiguieron llegar a tierra. Desde la costa se pusieron en marcha hacia el interior, hasta la aldea natal de Lalila. La encontraron desierta. Los habitantes habían muerto a causa de la peste o quizás habían escapado huyendo de sus enemigos.

Entonces nació la hija de Lalila y Wi. Cerca de allí, Wi fue muerto defendiendo a su mujer y a su hija, blandiendo su gran hacha hasta que tuvo un montón de cadáveres amontonados frente a él. Todo parecía perdido entonces, pero apareció un extraño, armado con un arco y flechas. Mató a los salvajes y tomó a los tres bajo su protección. Lalila se quedó entonces embarazada de él, pero perdió a la criatura.

El extraño les llevó hacia el Sur y, después de mucho tiempo de viaje, se hallaron al sur del Mar Circundante. Allí se encontraron con la expedición a la que pertenecía Hinokly. Los de Khokarsa pensaban que el forastero era Sahhindar, el exiliado dios del bronce, de las plantas y del tiempo, el hermano menor de Resu. Sahhindar, haciendo uso de su autoridad como supuesto dios, ordenó a esta expedición que llevase con ellos a los tres en su viaje de vuelta a Khokarsa. Ordenó que fuesen bien tratados, puesto que él volvería un día a Khokarsa para asegurarse de su bienestar.

Hasta entonces el dios Sahhindar no había vuelto a aparecer, pero las deidades a menudo no se muestran en sus formas verdaderas, sino que se manifiestan disfrazadas.

—De acuerdo, Paga —dijo Hadon—. ¿Dónde está ese lugar?

—Es el lugar del que tú hablabas con frecuencia cuando vagábamos por las sabanas —contestó Paga—. Un lugar en el lejano Sur, en el extremo del Mar del Sur, arriba en las montañas. Tu ciudad natal, Hadon. Opar.

Capítulo 8

Kebiwabes tuvo que despertarle dándole fuertes sacudidas en el hombro. Hadon se quedó un momento tumbado sin moverse ni hablar, hasta que el bardo le susurró al oído furioso:

—¡Hadon, que ya es hora! ¡Hadon, por el amor de Kho, despierta!

El cielo estaba negro, nublado y con la promesa de más lluvia. Volvió la cabeza y vio que la hoguera estaba casi apagada. Un hombre envuelto en una manta se hallaba sentado junto a ella con la cabeza caída sobre el pecho. Roncaba.

Los otros yacían bajo los pinos, envueltos en mantas y silenciosos. Pero faltaba alguien: Hinokly, Paga, Abeth.

—Están detrás de un árbol —dijo Kebiwabes—. Te dejamos dormir hasta haber recogido todo. Necesitabas todo el descanso posible.

Hadon se levantó y lio la manta a toda prisa alrededor de su equipaje. Asegurándose de que tenía sus armas —estaba todavía tan dormido que era incapaz de pensar con normalidad— salió dando tumbos tras el pequeño bardo. Los tres le esperaban bajo el árbol, como había dicho Kebiwabes. Hinokly llevaba a la niña en sus brazos, pero ella estaba despierta. Sus ojos eran enormes agujeros en una vaga blancura. Antes de salir caminando sin ruido y despacio, Hadon se volvió para dirigir una última mirada atrás. Awineth era una sombra oscura bajo un árbol, rodeada por cuatro habitantes de la aldea. Con el centinela y otros dos más eran siete. Todos ellos eran cazadores, no pescadores, expertos en traer la carne del bosque a la aldea y familiarizados con las montañas. Serían buenos rastreadores. Hadon, sin embargo, apostaba a que Awineth no perdería el tiempo enviándoles tras él. Despotricaría y rabiaría un rato y hablaría de lo que le haría cuando le capturasen. Pero se daría cuenta de que ella misma se hallaba en peligro todo el tiempo que permaneciera en aquel valle.

Aunque aquel grupo retrasaría sus planes, Hadon había decidido llevarse a sus amigos y a la niña consigo. No podía exponerse a que Awineth, en su rabia, pudiese matarlos a todos. Por lo que Hadon sabía de ella, eso sería precisamente lo que podía estar planeando. Una vez que los hubiera utilizado para ayudarla en el peligroso viaje hacia la fortaleza, se libraría de ellos. Odiaba a Hadon, y Abeth era la hija de la mujer a la que ella más odiaba; así que tendría que morir. Y Awineth encontraría una gran satisfacción en acabar con los amigos de Hadon, que habían sido testigos de su humillación.

Avanzaron con cuidado en la oscuridad, tropezándose aquí y allí con árboles y arbustos. El camino que habían tomado en su ascensión era estrecho y retorcido y, más que verlo, lo sentían. Dos horas después, se encontraban iniciando el descenso de la cuesta. El sol acababa de salir y su marcha se hizo más rápida. A mediodía se detuvieron para comer de las provisiones que llevaban en las bolsas. Y Hadon dijo:

—No podemos atravesar el valle en línea recta. Tendremos que ir bordeándolo por la cuesta. Dejaremos aquí el sendero. El matorral nos retrasará aún más.

Después de comer, trepó hasta lo alto de un gran pino. Se encontraba cerca de la copa cuando vio humo que salía del lago. Recorrió con la vista detenidamente el valle completo y descendió.

—La aldea está ardiendo. Los soldados la deben haber tomado.

—Y probablemente habrán matado a los pescadores —dijo Kebiwabes.

—Si es así, eso significa que habrá menos hombres tratando de darnos caza —dijo Paga animado—. Esos pescadores pueden ser gente pacífica, pero supongo que habrán luchado.

—Nos encontramos en otro Tiempo de Tribulación —dijo Hinokly el escriba—. Habrá miles de esos fuegos antes de que esto se acabe. A Minruth no le va a ser fácil tratar de obligar a la gente de Kho a admitir que Ella es inferior a Resu. Además, hay muchas ciudades a las que les gustaría ser independientes. Y aprovecharán esta oportunidad para tratar de conseguirlo.

—Esperemos que Ella no esté hastiada de todos nosotros y vaya a destruir el mundo —dijo Kebiwabes—. Ya lo hizo una vez, hace mucho tiempo, antes de que los Khoklem vinieran al Kemu. Sin embargo, se le ablandó el corazón y perdonó a un hombre y a una mujer. Pero no será tan compasiva la próxima vez.

—¿Fue una inundación que ahogó a todos menos a una pareja? —

preguntó Paga.

—Sí. ¿Pero cómo lo sabes tú? —preguntó el bardo.

—Mi tribu tenía una historia muy similar —respondió Paga—. Sólo que no fue Kho, sino nuestro dios, el Durmiente, el que envió las aguas para limpiar la tierra de la perniciosa raza. Él también permitió vivir a una pareja. El hombre construyó una enorme balsa y puso en ella a todas las especies de animales de la tierra. ¡Y vaya balsa que tuvo que ser, si consideras la cantidad de bestias, pájaros e insectos que existen! Yo ya he visto los suficientes para llenar una balsa tan grande como esta montaña, si se pudiese aplanar, y aunque sólo se eligiesen dos de cada especie. Y sé que debe de haber muchas más clases de criaturas que las que yo he visto. Haría falta una balsa seis veces mayor que esta montaña para albergarlos. Y una balsa veinte veces mayor para llevar toda la comida necesaria para alimentarles hasta que las aguas volvieran a su curso.

»¿Y luego qué? ¿No se ahogarían también los árboles y las hierbas? ¿Qué quedaría para que comiesen los animales herbívoros? ¿Y no los destruirían los carnívoros antes de que se muriesen de hambre? Además, ¿de dónde vinieron las aguas? ¿Y adonde se retiraron?

Hinokly sonrió. Kebiwabes y Hadon estaban sorprendidos. Luego Kebiwabes dijo:

—Todo es posible para Kho.

—Según mi gente, no fue Kho, sino el Durmiente, el que envió el diluvio. ¿Vuestra divinidad tiene forma de elefante, de elefante peludo, y duerme en un gran bloque de hielo?

—Kho adopta muchas formas —respondió Kebiwabes.

—Yo creo que el Durmiente de mi pueblo era un elefante, de mayor tamaño y más peludo que el animal que tenéis vosotros en el Sur —añadió Paga—. Cayó muerto en el hielo y así se mantuvo sin corromperse. Y el hielo se fue deslizando lentamente hacia el valle hasta llegar al mar, llevando consigo a la bestia muerta. Y mi tribu, pobres ignorantes, lo tomaron por un dios[3].

—¿Tú crees, entonces, que los sacerdotes y las sacerdotisas nos están mintiendo? —preguntó Hadon.

—Primero se han mentido a sí mismos.

—Sería prudente, Paga —intervino Hinokly—, no airear esos pensamientos. Las sacerdotisas son tolerantes. No les importa que la gente de fuera de Khokarsa dé culto a otros dioses distintos de Kho. Dicen que en realidad la adoran a Ella, porque Kho está en todas partes y es, de hecho,

cualquier deidad. Las deidades menores son sólo Sus diversas manifestaciones. Pero los ateos son exiliados y, si tratan de entrar de nuevo en el territorio, son muertos. Los sacerdotes de Resu sostienen que todo aquel que no rinda culto a Kho y a Resu debe ser muerto. Hasta ahora sus puntos de vista no se han convertido en leyes, pero, si Minruth gana, impondrá al pueblo la voluntad de los sacerdotes.

Mantuvieron silencio durante un buen rato mientras seguían un nuevo sendero. Descendieron por la pendiente de la cordillera del Oeste en dirección a la entrada sureste del valle. En una ocasión se detuvieron porque oyeron unos gruñidos de osos en las proximidades. Hadon siguió adelante, localizó a una hembra con sus dos cachorros en un agujero e hizo gestos a los demás para que le siguieran. La madre, un animal gordo de color pardo rojizo, se puso en pie con las zarpas levantadas para olfatear el aire. Se dejó caer al cabo de un rato y se volvió para seguir comiendo bayas.

Al anochecer se encontraban en el bosque de robles. Si encendían fuego era muy probable que alguien les pudiera ver, así que comieron una cena fría. Hadon encontró suficientes ramas lisas y grandes para que todos pudieran dormir en ellas y luego se ataron para no caerse, dispuestos a entregarse a un sueño reparador. Sueño que de vez en cuando fue interrumpido por las toses de un leopardo, los gruñidos de una piara de cerdos, el grito de un animal cazado por un depredador o el alboroto de un grupo de monos asustados. Reanudaron su actividad al amanecer, desayunaron deprisa y continuaron su viaje bajo las enormes ramas de los robles. Su avance era ahora más rápido a causa de la relativa escasez de matorral. Pero, por otro lado, el riesgo de que los vieran era mayor.

Al cabo de media milla Hadon se detuvo con la mano levantada. Los demás también se detuvieron.

—¿Qué sucede? —preguntó Kebiwabes en voz baja.

—Hombres. En esta dirección. Agachaos en ese hueco debajo de aquel árbol.

Mientras se apiñaban donde había indicado Hadon, Paga preguntó:

—¿Tienen perros?

—No —contestó Hadon—. No lo creo. Los oiríamos. Abeth: no digas nada pase lo que pase. Hinokly: si abre la boca, tápasela con la mano.

—No diré nada —replicó Abeth—. No estoy asustada.

Pero su palidez y sus ojos muy abiertos mostraban que lo único que hacía era intentar ser valiente.

—Tumbaos —dijo Hadon—. Quedaos absolutamente quietos hasta que

hayan pasado.

Él se aplastó contra el suelo con el oído sobre la tierra. El cuerpo del bardo, pegado a él, temblaba. Paga, por el contrario, estaba más firme que una roca. Al cabo de un instante, el suelo transmitía débilmente unos ruidos de pisadas. Los hombres pasaban a tan sólo diez pies de ellos. Iban en silencio, caminando a paso rápido. Hasta la nariz de Hadon llegaba el olor de unos cuerpos a los que hacía tiempo les faltaba aseo. Alguien escupió ruidosamente y le chistaron para mandarle callar. Hadon se preguntaba quiénes eran. Los dos hombres que él había visto y que iban en cabeza no llevaban armadura y portaban grandes fardos. Con toda seguridad, no eran soldados.

Luego recordó que había visto hombres desde el promontorio donde había dejado a Lalila.

Pero, si eran mercaderes como suponía, ¿por qué huían por el bosque ocultándose? ¿Y por qué tan lejos de la aldea? ¿Sería porque habían sido testigos de su destrucción? No, no estarían tan lejos del sendero. Habrían regresado a las tierras bajas o atravesado por el paso siguiente hacia el valle del otro lado.

¿Podían ser voluntarios del ejército de Awineth? ¿Habría alguna consigna de las sacerdotisas de Kho para que la gente se reuniera dos valles más allá?

No parecía probable. A no ser que fueran planes trazados hacía tiempo para una situación como aquella y que indicasen que el templo iba a ser el cuartel general de Awineth.

Supuso que aquellos hombres eran forajidos que llevaban el producto de su pillaje consigo para venderlo en la costa. Se habían encontrado con una guerra civil y, al ver tantos soldados por la zona, habían puesto pies en polvorosa.

También podían ser criminales de la ciudad de Khokarsa que habían encontrado demasiado calientes para ellos las tierras bajas y habían decidido refugiarse en las montañas. Tras haber recogido, naturalmente, un poco de botín que llevarse consigo.

Cuando el último de la banda terminó de pasar por fin, Hadon dio aviso a los otros de que siguieran callados. Salió del agujero y miró a su alrededor. Aún se podía ver al menos a diez hombres. Los demás ya habían doblado un recodo del sendero. Los dos primeros llevaban unas parihuelas de madera verde.

Sobre ellas iba tumbada una mujer. Un rayo de sol iluminó por un

instante su dorado y largo cabello.

—¡Lalila!

Capítulo 9

—¿Qué has dicho? —preguntó Paga en un susurro desde abajo.

Hadon se volvió con la cara totalmente pálida, pero no dijo nada. Y no habló hasta que el último de aquellos hombres hubo doblado el recodo del camino.

—Abeth, no grites. ¿Me lo prometes?

Ella movió la cabeza de izquierda a derecha, gesto que en Khokarsa significaba sí.

—Puede que sea mejor que le tapes la boca, Hinokly —dijo Hadon—. ¡Tienen a Lalila!

El escriba llegó justo a tiempo de evitar que la niña gritara. Ella luchó contra aquella imposición y luego, de repente, rompió a llorar.

Los otros salieron del agujero. Y Paga murmuró:

—¿Quiénes son? ¿Qué querrán hacer con ella?

—¿Qué querría hacer con ella cualquier hombre? —comentó el bardo—. Pero es posible que esté cometiendo una injusticia con ellos, lo confieso.

—Lo único que podemos hacer ahora mismo es seguirlos —dijo Hadon —. Puede que no sean peligrosos.

Pero si aparezco ante ellos, podría descubrir que eran malos. Y entonces sería demasiado tarde. Deben de ser por lo menos treinta y cinco. Si es que se trata de los mismos individuos que yo conté hace dos días. Demasiados para vérnoslas con ellos si son hostiles.

Abeth se subió a la espalda de Hinokly y Paga cargó con el petate del escriba. Y partieron los cinco, con Hadon caminando a unas cincuenta yardas por delante del resto. Seguía su camino sin perder de vista la espalda del último hombre de aquel grupo, pero con la precaución de situarse lo suficientemente por detrás y a un lado de él para que, si se le ocurría volver la vista, no le pudiese ver. Al cabo de un rato había sacado una cierta ventaja

a sus propios compañeros. El sobrecargado escriba y el hombrecillo de las piernas cortas no podían seguir su marcha y Kebiwabes tenía órdenes de no separarse de ellos.

Al cabo de una hora, la caravana se detuvo a descansar. Lalila bajó de las angarillas y aceptó un poco de agua de una jarra de barro. Estaba pálida, demacrada e inexpresiva. Un hombre alto y flaco y con espesa barba le dijo algo. Ella volvió el rostro hacia el otro lado mientras él y sus compañeros reprimían su risa. Pero no se rieron. Al parecer tenían órdenes de no hacer ruido.

Varios hombres consultaron con el individuo alto, que era probablemente el jefe, y luego nuevos porteadores levantaron las parihuelas y reanudaron la marcha. Para entonces los otros se habían puesto ya a la altura de Hadon.

—No creo que sean amistosos —dijo Hadon—. Parece que Lalila no se encuentra a gusto con ellos. Deben de ser forajidos.

El grupo atravesaba ahora el bosque en dirección hacia el Oeste, abandonando el sendero marcado. Hadon no tenía ningún problema en seguirlos, aun en el caso de que hubieran desaparecido de su vista. Tras media milla de maleza cada vez más espesa, llegó hasta otro camino. Era un sendero escondido que partía de forma abrupta desde un roble y que, al parecer, no se utilizaba con demasiada frecuencia. Para una persona no demasiado experta en detectar pistas podía haber pasado incluso desapercibido.

Hadon dudaba entre seguir el sendero o volverse hacia su grupo. Pero pensó que Paga era suficientemente experto en el conocimiento de los bosques y que vería el cambio de dirección. Así que decidió continuar.

Después de andar un cuarto de milla, vio que los forajidos se habían detenido de nuevo para descansar. Hadon regresó al sendero para asegurarse de que sus amigos no se habían perdido. Y al verlos en ese mismo momento cuando salían del bosque, les hizo señas de que siguieran sus pasos.

Los robles se fueron haciendo cada vez más escasos e iban siendo paulatinamente sustituidos por los pinos. El sendero zigzagueaba hacia adelante y hacia atrás por un terreno cada vez más inclinado y más duro. Culminó un promontorio y dirigió su vista hacia abajo. Allí había un pequeño valle de forma redondeada. En su extremo, la montaña continuaba su ascenso otros quinientos pies. A varios cientos de pies por debajo de la cúspide la roca se abría, formando obviamente una cueva. Varios hombres

se hallaban sentados a la entrada afilando espadas de hierro. Al ver esto, Hadon supo que se trataba de criminales, aunque ya estaba convencido para entonces de que aquella gente no podía ser otra cosa. Algunas de aquellas espadas habían pertenecido a los *numatenu*, lo que significaba que las habían robado o que habían asesinado a sus dueños.

En el pequeño valle había cabras pastando. Cerca de ellas se veían cinco hombres tendidos en el suelo y bebiendo de un pellejo de cabra bajo un árbol. Se levantaron de un salto al ver que la caravana salía de entre los pinos. Y se dirigieron corriendo hacia los recién llegados, riéndose y gritando.

Hadon se echó al suelo para poder observar. Llevaban a Lalila hacia la cueva, mientras los hombres que se hallaban a la entrada se metían en ella. Pronto volvieron a aparecer, seguidos de otra docena de ellos. Lalila fue introducida en la cueva. Los que habían cargado con las parihuelas salieron inmediatamente y se unieron a los demás para beber y charlar. Todo el mundo parecía feliz, a juzgar por sus risas.

Paga y los demás se reunieron con él. Kebiwabes comentó:

—No deben de tener muchas oportunidades de contar con una mujer entre ellos. Sin embargo, no parece que la violen. ¿Por qué? Es posible que la banda que la ha traído lo haya hecho antes, pero estos otros… no esperarían.

—Lalila es fácilmente identificable —dijo Hadon—. Minruth ha podido hacer correr la noticia de que la quiere y de que dará una gran recompensa por su captura. Intacta. Lo que no puedo entender es por qué no se la llevaron de vuelta a Khokarsa.

Paga siseó lleno de excitación mientras cogía a Hadon de la muñeca.

—¡Ahí está la razón!

Hadon siguió la dirección de su dedo. Una mujer había salido de la cueva y se encontraba ahora bajo el sol. Parecía disfrutar, allí de pie, del calor y de la luz. El hombre alto y flaco gritó. Dos hombres corrieron hacia ella y se volvió a meter en la oscuridad de la cueva.

—¡Awineth! —exclamó Hadon.

Capítulo 10

No era difícil imaginar lo sucedido. Parte de la banda de forajidos, al volver del valle cercano, habrían interceptado al grupo de Awineth mientras atravesaban el paso. Sus guías probablemente habían sido asesinados, ya que carecían de valor alguno en el sentido de obtener algún rescate por ellos. Ella les habría revelado su identidad, pensando que así les podría intimidar hasta el punto de que la dejaran en libertad. Posiblemente les habría prometido una gran suma de dinero si la conducían hasta el templo.

Pero, en vez de eso, ellos la habrían llevado hasta la cueva para ver qué decidía el jefe al respecto. Y él, dándose cuenta del tesoro que tenía entre manos, la llevaría de vuelta a la ciudad. Allí, él y sus compinches serían perdonados y se convertirían en ciudadanos ricos. Su cueva contenía ahora un doble premio.

—¿Quién dijo que el criminal nunca gana? —rezongó Hinokly.

—Esta noche descansarán —dijo Hadon—. Luego su jefe enviará mensajeros a la capital para notificar a Minruth que tienen a las dos mujeres en su poder. Negociarán todo lo que puedan para obtener lo más posible del asunto y luego acordarán la forma de entregar a las mujeres. Esa es la razón por la que trajeron aquí a Lalila. Y por la que no la han violado. El Rey no querría las sobras de unos sucios malhechores.

—Entonces tenemos tiempo de hacer algo —dijo Paga—. ¿Cuántos hombres hay?

—Cincuenta y cinco aproximadamente —contestó Hadon—. Pero no se encontrarán todos juntos a la vez. Una banda de ese tamaño necesita una gran cantidad de comida. Tendrán que enviar fuera a algunos cazadores. Nos quedaremos aquí escondidos hasta la caída de la noche.

Poco después del anochecer, los hombres, todos borrachos, se retiraron al interior de la cueva. Dos de ellos amontonaron una gran cantidad de

maleza sobre la entrada y salieron por un hueco que habían dejado sin tapar. Pertrechados de ganchos, recogieron más maleza y la apilaron en el hueco para no dejar resquicio alguno. La cobertura era espesa, pero no lo suficiente para ocultar toda la luz que procedía de la hoguera encendida en el interior de la cueva.

—Debe de haber otra abertura allí dentro —observó Hadon—. Si no, no habría ventilación.

Hadon se alejó del grupo tras una breve discusión con Paga, que quería acompañarle. Bajó lentamente la cuesta y bordeó la arboleda donde se guardaban las cabras. Estas balaron ante su presencia. No les prestó atención, sabiendo que el ruido que hacían los bandidos ahogaría el de los animales. Se acercó al costado de la cueva y trepó hasta la cima del promontorio. Su olfato le llevó hasta el humo que salía de un agujero de ventilación, de una grieta natural abierta en la roca.

Cara al viento, colocó la oreja cerca del orificio y se sintió gratificado cuando pudo distinguir un rumor de voces que venía del interior. Procedían de algunos que se encontraban cerca del fuego. Otras voces eran tan sólo meros barboteos o farfullas, probable producto del avanzado estado de embriaguez en que se encontraban los bandidos. Tuvo la impresión de que la cueva era grande y que se adentraba profundamente en la montaña. Debía de albergar mucha gente y de forma relativamente cómoda.

Parecía que habían transcurrido horas mientras Hadon trataba de escuchar las conversaciones de abajo. Había tanto griterío y tantos cantos que no podía distinguir con claridad ni siquiera lo que decían los que se encontraban directamente debajo de él. De repente, todas las voces menos una fueron acalladas. Aquélla, supuso, por lo que se desprendía de sus palabras, era la del jefe.

—¡Sí, por Kho, la voy a tener yo y sólo yo! ¡No he tenido una mujer desde hace tres semanas! ¡La última fue aquella gorda y apestosa pescadora que capturé en el bosque y que luego me hizo estar oliendo a pescado durante una semana!

—¡Y todavía hueles! —gritó alguien. Se oyeron potentes risas que pronto se acallaron.

—Ya habéis oído lo que ha dicho la Reina. Al Rey no le importa su castidad. Todo lo que él quiere es un cuerpo sano al que poder torturar. No va a convertirla en su concubina; faltaría más. ¿No es cierto eso, Majestad?

—Es cierto —respondió Awineth. Su voz se oía débilmente.

—Por eso, si a Vuestra Majestad no le importa y a Su Majestad tampoco,

¿por qué no puedo yo tenerla?

—¡Maldita sea! —exclamó un hombre—. Si tú puedes tenerla, ¿por qué no podemos tenerla todos los demás?

—Podréis… ¡mañana! ¡Esta noche es toda mía! ¡Por los pechos de Adeneth, miradla! ¿Habéis visto alguna vez semejante belleza? ¿Qué aspecto tendrá cuando vosotros, cabras cornudas, os hayáis acostado con ella? ¡Será una ruina! No, ella será mía primero. Toda la noche. ¡Fuera, fuera!

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros mientras tanto? —preguntó el mismo protestón—. ¿Jugar entre nosotros mientras tú la embistes? ¡Qué diablos, Tenlem! ¿Qué clase de todos para uno y uno para todos es esto? Tú prometiste…

—¡Cállate, Seqo! —rugió Tenlem—. ¡Cállate o te rajo el cuello! ¡Lo que yo digo lo cumplo! ¡Todos estaréis de acuerdo! ¡Así que digo que me voy a llevar a esta mujer para disfrutar de ella! ¡Tengo derecho! ¡Si no hubiera sido por mí, ahora estaríais todos colgados en cualquier plaza del mercado, sangrando hasta morir de vuestros arrancados genitales! ¿Cuántas veces os he salvado, zopencos? ¡Cuántas veces os he descubierto una buena tajada y os la he preparado de forma que nos la pudiéramos llevar con la pérdida tan sólo de unos pocos! ¡Cuántas veces, digo yo!

—¡Sigue adelante! —gritó Seqo—. ¡Pero mientras tú estés ahí fuera, robándonos nuestro legítimo disfrute —lo que es de uno es de todos, dijiste, mentiroso— puede que nosotros nos pongamos a disfrutar con esa mujer que está ahí!

Se hizo un silencio de nuevo. Luego se oyó un rugido, un ruido como de metal golpeado y un grito.

Tenlem, jadeante, dijo con voz potente:

—¿Hay alguien más que quiera morir? ¡Si es así, que lo diga en voz alta!

Awineth dijo algo, pero se encontraba demasiado lejos para que Hadon pudiera oír lo que decía.

—No, Majestad, ellos no os tocarán. No van a tirar por la borda cien mil *masuhnos* y el perdón. Están más borrachos que una cuba, pero no os tocarán.

Las palabras de Awineth, más altas ya, se oían nítidas ahora.

—¡Con sólo intentarlo, Kho les aplastaría!

—¡Claro! ¡Kho los aplastaría con un rayo, ja, ja! ¡A vuestro padre no parece preocuparle mucho Su ira! A él no le ha partido ningún rayo ¿no? ¡Vamos, ojos violeta! ¡Te voy a enseñar lo que es un hombre de verdad!

Hadon sintió de repente una especie de pasión tormentosa, algo como

un deseo casi insuperable de atacar a Tenlem cuando saliera de la cueva. Pero se agarró a la roca y, temblando, sujetó también a ella, como pudo, sus sentimientos. Sus ansias asesinas se mezclaban con su odio por Awineth. Ella había impulsado al jefe a abusar de Lalila, no para salvarse a sí misma, sino con el único objeto de obtener venganza.

Jadeante, se arrastró desde el agujero de ventilación de la cueva hasta el borde de la roca, situado justo encima de la entrada. Se agachó inmediatamente al ver el resplandor de una antorcha por debajo de él. Dos hombres sacaban a Lalila a cuestas. Tenlem era el que llevaba la antorcha y caminaba delante de ellos. Lalila no se resistía. Su aspecto de flaccidez daba la impresión de que se hubiese desmayado. Hadon no se lo creyó. Lalila era demasiado fuerte para eso.

Cuando el grupo hubo bajado ya la mitad de la cuesta en dirección a la arboleda, Hadon se deslizó por las redondas paredes de la cueva. Caminó ágilmente en aquella oscuridad débilmente iluminada por la lejana antorcha. No debía tropezar con nada para no caerse, pues el ruido alertaría a los otros.

En lugar de seguirlos directamente, torció hacia la izquierda. Las cabras se movían de un lado para otro, al extremo de sus cuerdas, y balaban. Los hombres atribuirían la inquietud de los animales a su propia presencia.

Se situó detrás de un árbol. Tenlem había clavado la antorcha en tierra. Y ahora clavaba la punta de su puñal en el suelo, junto a la antorcha. Evidentemente se estaba asegurando de que Lalila se encontrara a una cierta distancia del arma. Se quitó el faldón y el taparrabos y se quedó allí en pie, mirándola.

Ella yacía de espaldas, desnuda, inmóvil, en silencio.

Los dos hombres se encontraban de pie junto a la antorcha y sonreían a Tenlem. Este volvió la cabeza y les gritó:

—¡Volved a la cueva, hienas!

—¡Venga ya! —dijo uno de ellos—. ¡Al menos, déjanos mirar!

—¿Pero es que no tenéis ninguna decencia, muchachos? —dijo Tenlem mientras soltaba una enorme carcajada—. Volved a la cueva y aseguraos de colocar de nuevo las ramas para tapar la entrada. ¿Queréis que los soldados vean la luz?

Los dos hombres se volvieron de mala gana.

—¡Vamos, moveos! —les gritó Tenlem. Y se agachó para colocarse sobre Lalila. Entonces ella, de repente, en un rápido movimiento le agarró la nariz con una mano y los genitales con la otra. Él gritó de dolor y los otros se

volvieron corriendo. Tenlem la golpeó con fuerza en la cara con la mano abierta. Las manos de Lalila soltaron su presa mientras Tenlem le gritaba:

—¿Quieres que te suavice primero? ¿O prefieres hacerme feliz?

Lalila no le contestó. Los otros dos se acercaron hasta una distancia de unos cuarenta pies y se escondieron detrás de un árbol. Les invadía una risita nerviosa y se pinchaban, cómplices, el uno al otro con el dedo en las costillas.

Hadon echó a correr, trazando un amplio círculo en su recorrido, y se presentó por detrás de ellos en la oscuridad. Descargó con fuerza el filo de su espada desde la izquierda hacia el cuello del hombre situado a su izquierda, giró inmediatamente como un remolino y lanzó desde la derecha la espada contra el cuello del otro. Medio decapitados, los dos cayeron a tierra.

Hadon salió de detrás del árbol. Tenlem, gritando todavía, estaba medio agachado sobre Lalila. La tenía sujeta por los hombros, apretándola contra el suelo. Ella se debatía en silencio mientras él le gritaba para mantener la lucha, pues esto le excitaba aún más. De repente los chillidos se elevaron hasta convertirse en un grito de dolor. Lalila le había dado un enorme rodillazo entre las piernas.

Tenlem salió despedido, rodando, doblándose sobre sí mismo y sujetándose de nuevo la parte dolorida. Lalila se puso a gatas, con la cara contraída por el dolor de la rodilla y con una enorme expresión de rabia en su rostro. Se precipitó hacia el puñal que se encontraba clavado en el suelo junto a la antorcha. Tenlem no la vio. Estaba demasiado ocupado con su dolor. Arrancó a la vez la antorcha y el puñal y, con uno en cada mano, regresó hacia donde se encontraba el bandido.

Hadon se movió lentamente hacia ellos, con la espada en alto, preparada.

Tenlem vio a Lalila entonces y consiguió ponerse de rodillas, enfrentándose a ella. Le dijo a gritos que si no arrojaba el puñal al suelo la haría pedazos. Haciendo caso omiso de sus palabras, ella continuó arrastrándose hasta encontrarse a unos pocos pies de él. Se puso de rodillas e impulsó de golpe el extremo encendido de la antorcha hacia el bandido mientras se acercaba súbitamente a sus pies. La antorcha le entró en la boca y, gritando de agonía, sujetándose la cara con ambas manos, retrocedió.

Lalila volvió a colocarse a cuatro patas y continuó tras él. Tenlem llamaba a los dos hombres pidiendo ayuda. Lalila volvió a ponerse de rodillas y acalló sus gritos introduciendo la llama de la antorcha de nuevo

en su boca. Él cayó rodando, vuelta tras vuelta, gritando de dolor, hacia ella. Cuando al fin tropezó con Lalila, casi dio con el cuerpo de la mujer en el suelo. Entonces ella le golpeó la cabeza con la antorcha y a continuación metió el puñal hasta la empuñadura entre las costillas del hombre.

Hadon corrió hacia ella. Tenlem se hallaba tumbado de costado, con espasmos, y con unos ojos que parecían arder.

Lalila se incorporó, mirando a Hadon fijamente y con un extraño temblor en los labios. Él se arrodilló y la tomó en sus brazos mientras ambos se echaban a llorar. Finalmente, ella le dijo:

—¿Pero cómo…? No importa. ¡Estás aquí! ¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Abeth?

—Muy cerca —contestó Hadon—. Escucha. Te voy a dejar aquí unos minutos. Voy a traerles hasta aquí abajo. No podemos correr. No podemos ir lo suficientemente rápidos por tu tobillo.

—Ya está mejor —dijo ella—. Pero no puedo ir muy lejos aún.

—Lo sé. Por eso tenemos que evitar que nos sigan.

—¿Y cómo lo vas a hacer? Son demasiados.

—No te preocupes. Volveré.

Transcurrieron veinte minutos antes de que apareciera la comitiva. Abeth corrió hacia su madre, llorando. Paga pasó la mano cariñosamente por la cabeza de Lalila y Hinokly y Kebiwabes sonrieron, aunque un poco a la fuerza. Hadon les había dicho al volver lo que tenían que hacer.

Dejando a Lalila y a la niña en la arboleda, los hombres subieron por la cuesta hacia la cueva. Hadon llevaba la antorcha. A la entrada, se la pasó a Kebiwabes.

—No le prendas fuego a las ramas hasta que hayamos bloqueado esto por completo.

—¿Y qué pasará con Awineth? —preguntó el bardo—. También ella morirán.

—No se me ocurre la manera de sacarla de ahí —respondió Hadon con un gruñido—. ¡Además, esa perra debe morir!

—¡Pero es la Reina! —exclamó el bardo—. ¡Y la Suma Sacerdotisa de Kho! ¡La Diosa no se tomará esto a la ligera! Además, si muere, ¿cómo se podrá reunir al pueblo a su alrededor para luchar contra Minruth?

—Si hay alguna posibilidad, la sacaré de ahí —respondió Hadon—. ¡Pero los otros morirán!

Se pusieron a trabajar con el hacha de Paga y con las espadas tomadas a los dos bandidos que había matado Hadon. Aunque los golpes que daban

eran fuertes, el ruido no penetraba en la cueva. La maleza amontonada a la entrada ayudaba a amortiguar el ruido. Las paredes eran gruesas también y la gentuza de dentro estaba organizando un verdadero alboroto. Al cabo de una hora ya tenían un enorme montón de ramas sobre la entrada de la cueva. Otro montón quedaba allí cerca como reserva. Gran parte de la vegetación estaba verde, pero la habían mezclado con palos y ramas secas.

Al cabo de un rato, la falta de ventilación lanzó un remolino de humo procedente del fuego del interior de la cueva. Hadon oyó que varios hombres se aproximaban por el pequeño corredor que formaba la entrada que daba paso a las cámaras mayores. Arrancó la antorcha de la mano del bardo y prendió fuego a varias ramas y palos secos. Dentro se oyó un grito y los hombres empezaron a tratar de liberar la entrada de aquella barricada.

Hadon esperó. Si alguien salía en estampida quedaría momentáneamente cegado y a merced de su espada y de las armas de los otros.

Pero esto no sucedió. La madera seca prendió rápidamente. Las ramas verdes lo hicieron más lentamente, pero emitiendo un humo terriblemente sofocante.

A medida que las llamas se fueron haciendo mayores empezaron a oírse gritos y chillidos procedentes del interior de la cueva. El humo salía denso y fuerte por el agujero de ventilación. Al parecer nadie había pensado aún en taparlo e interrumpir de esa forma el tiro. Hadon pensó que para cuando se les ocurriera hacerlo, estarían ya tan agotados que les sería del todo imposible conseguirlo.

Los hombres arremetían contra el ramaje tratando de abrir un agujero. Pero las llamas les hicieron retroceder. Al cabo de unos segundos, algunos de los más histéricos volvieron a la carga, arrancando el ramaje con sus propias manos, gritando al quemarse y pidiendo misericordia. El fuego se convirtió en una rugiente llamarada y los hombres retrocedieron. Sus toses se mezclaban con el crepitar y el continuo silbar de las llamas.

Hadon subió hasta el agujero de ventilación. No podía mirar hacia abajo a causa del humo que salía, pero colocó la oreja cerca del borde. Se oían violentas y atroces toses y un sonido como si alguien lanzara piedras hacia el agujero.

Se puso en pie e introdujo la lanza por el hueco. Dio en algo sólido. Alguien gritó. Retiró la punta y se dio cuenta de que estaba manchada de sangre.

Hinokly subió hasta donde se encontraba Hadon. La luz del fuego de la

entrada daba a su rostro un aspecto agotado.

—Comprendo tu odio hacia Awineth —dijo—. Y yo estaría de acuerdo con lo que estás haciendo si ella no fuera la Reina. Pero lo es. Por el bien de nuestra tierra, por nuestra gente, no deberías matarla.

—He estado pensando también en eso —contestó Hadon—. Sin embargo, puede que ya sea demasiado tarde. De todas formas, veré lo que se puede hacer. Espero que no tengamos que lamentarnos después.

Paga se opuso violentamente. Los otros le dijeron que él no era nativo de aquella tierra; que no entendía los profundos sentimientos que tenían hacia su Reina, la Suma Sacerdotisa, y hacia su Diosa principal.

—Si la salváis, no obtendréis ninguna gratitud —decía Paga.

—Quizás no —respondió Hadon, empezando a retirar las ramas quemadas y las que aún seguían ardiendo. Era un trabajo terrible debido al calor. Para cuando hubieron retirado todo con las puntas de las espadas y de las lanzas, estaban ya llenos de ampollas, con abundantes quemaduras y sofocados por la tos. Retrocedieron unos pasos para dejar que el humo se disipara un poco mientras bebían agua de sus cantimploras de arcilla y se la echaban por la cabeza. No se oía ningún sonido dentro de la cueva. Entraron corriendo, tratando de respirar lo menos posible. Las antorchas clavadas en los agujeros de la roca se habían apagado, al haber el humo consumido el oxígeno. Al fuego de debajo del agujero de ventilación le quedaban aún algunos rescoldos. Aparecían cuerpos tirados por el suelo de la primera cámara. La luz de la antorcha de Hadon le mostró más cuerpos en la segunda habitación. La tercera estaba atestada de gente que se había refugiado allí porque el humo era menos denso en aquel lugar. Todos estaban muertos o inconscientes. Awineth se encontraba apoyada contra la pared del fondo. Estaba inclinada hacia adelante, pero no se caía porque se lo impedía un hombre derrumbado sobre sus piernas.

Hadon comprobó su pulso poniéndole la mano en el cuello.

—Todavía está viva —dijo.

Tosió y luego añadió:

—La voy a llevar fuera. Paga, Hinokly: mirad si aún hay alguien vivo. Si lo encontráis, matadlo.

—Aquí hay uno —dijo Paga. Y le golpeó el cráneo con el hacha.

—Yo tengo otro —dijo el escriba mientras le clavaba la lanza en la garganta.

Hadon cargó con la mujer y, tosiendo, la sacó al aire libre. Los tres hombres salían momentos después. El hombrecillo dijo:

—Uno de ellos velaba por ella. Así que quizás no esté demasiado cerca de la muerte.

Awineth empezó a toser. Sus ojos se abrieron y se les quedó mirando desde la profundidad de un rostro ennegrecido.

—Te encontrarás bien dentro de un rato —dijo Hadon. Se arrodilló, la ayudó a incorporarse y le puso un poco de agua en la boca. Ella tosió, arrojando el agua, pero él insistió y por fin pudo conseguir que Awineth tragase un poco. Y ella, con voz ronca, dijo:

—¿Viniste a buscarme?

—Claro que sí —contestó él—. Acuéstate y descansa ahora.

Bastante después, ya mucho mejor, Awineth preguntó:

—¿Qué pasó con tu mujer?

—Se encuentra bien.

Y le contó lo que había sucedido. Una extraña expresión cruzó el rostro de Awineth. Hadon no pudo saber si se trataba de decepción o de remordimiento. Pero dudó que fuera lo último.

Agachándose junto a ella y hablando en voz baja para que los otros no pudieran oírle, dijo:

—Escucha atentamente, Awineth. Me debes la vida a mí y sólo a mí. Si yo me hubiera marchado dejándote en manos de esos hombres, habrías sido irremediablemente entregada a tu padre. Y si yo hubiera dejado que el fuego siguiera ardiendo, ahora estarías muerta con toda seguridad. Tienes conmigo la mayor de las deudas. Puedes saldarla dándome tu palabra de que no nos harás daño a ninguno de nosotros de ahora en adelante.

—Me arden los pulmones —dijo ella. Y luego, tras un silencio durante el que su rostro se contrajo movido por duros pensamientos, añadió—: ¿Y qué pasaría si no te doy mi palabra?

—Yo no te mataré, aunque debería hacerlo. Te dejaré aquí. Puedes seguir tu camino hasta el templo. Pero los soldados te están ya buscando y pronto habrá más, muchos más, que se unirán al grupo. Puedes estar segura de ello. Quizás Kebiwabes y Hinokly se queden contigo. No lo sé. No sienten demasiado amor por ti como persona, aunque sí como Reina. Quizás puedan ayudarte a llegar. Sin embargo, ninguno de los dos es un buen conocedor de los bosques ni saben manejar la espada como es debido.

—Tú y esa mujer me habéis hecho mucho daño —dijo ella.

—Pero no intencionadamente. El bien que te he hecho sobrepasa con mucho cualquier daño que te haya podido causar de forma involuntaria. Además, vas a necesitar a todos los guerreros que puedas conseguir para tu

lucha con Minruth. A mí me conoce todo el mundo, puesto que soy el ganador de los Grandes Juegos. Y he demostrado mi valor como guerrero. Los hombres se sentirán orgullosos, sirviendo bajo mis órdenes, de servirte a ti.

Ella se le quedó mirando fijamente unos instantes, mordiéndose el labio mientras pensaba.

—Muy bien. Te daré mi palabra.

—¿Lo jurarás por la propia Kho?

—Lo haré. Y lo hago. Pero me complacería mucho si, después de que todo haya terminado, te fueras a Opar y te llevaras a esa perra y a su cría y a ese hombrecillo tuerto contigo. No me gusta la vista de ninguno de vosotros. De todas formas, podré soportarlo hasta que hayamos vencido.

—Lo que quiero es tu palabra, no tu amor —replicó Hadon.

Capítulo 11

El valle de Kloepeth tenía una longitud de veinte millas y una anchura de quince. Al contrario de los que se hallaban situados entre él y el Golfo de Gahete, estaba densamente poblado. Albergaba un gran lago y un río y eran numerosas las granjas diseminadas por todo el terreno. Su gente era también algo más sofisticada, puesto que tenían acceso al extremo noroeste del mar. Un desfiladero les bajaba hasta el Kemu y habían construido una carretera que finalizaba en un puerto, Notamimkhu. El extremo marítimo del paso estaba tan poderosamente fortificado que ningún ejército podía pretender una invasión desde allí.

El paso del Sur era angosto, con enormes montañas que se elevaban a ambos lados. Antaño, las sacerdotisas habían mantenido un sistema de defensa sobre el camino.

Un mes después de que Hadon y su grupo hubieran pasado por allí, el paso había sido cerrado. Un ejército de dos mil hombres había intentado atravesarlo. Mil de ellos consiguieron escapar con vida. Las avalanchas, preparadas por los hombres de Kloepeth, enterraron a los demás.

Fue un duro golpe para Minruth, que a duras penas podía permitirse semejante pérdida. Aunque sus ejércitos habían reconquistado Mineqo y Asema, y Awamuka estaba al borde de la rendición, Dythbeth todavía resistía. Qoqada había quedado intacta detrás, con un ejército encargado de sitiarla para hacer morir de hambre a sus habitantes. Pero Kunesa, Oliwa y Saqaba habían ganado una batalla contra el Sexto Ejército y habían puesto en fuga a los supervivientes, que habían vuelto a Asema.

Y a pesar de todo, Minruth había devastado un centenar de aldeas y de ciudades menores, incendiándolas y pasando a cuchillo a sus habitantes. Miles de refugiados habían buscado cobijo en las ciudades rebeldes, agotando sus medios y sus reservas de alimentos. Las enfermedades habían

brotado en estas áreas, enviando a miles de personas a la tenebrosa morada de la terrible Sisisken.

Ahora, lo más importante de todo era que la marina del Rey controlaba el mar que bañaba las costas de la isla de Khokarsa. En dos terribles batallas había hundido la flota de Dythbeth y la flota conjunta de las tres ciudades del Sureste.

La gente de la capital había regresado a la ciudad cuando pareció que el volcán, el Khowot, había mermado considerablemente su actividad. Comenzaron la labor de reconstrucción de las casas destruidas por las bombas de roca y por la corriente de lava. Los astilleros estaban construyendo una flota de treinta trirremes, sesenta birremes y varios cientos de embarcaciones menores. Se entrenaba a los hombres para tripularlas. La demanda de trabajo era tan grande que Minruth había interrumpido la construcción de la Gran Torre. Se decía que había sufrido un ataque de cólera cuando se le notificó que tendría que obrar así y que le había cortado la lengua al oficial que le trajo las noticias.

Awineth había establecido su cuartel general en el templo de Kloepeth. Día y noche se encontraba atareada leyendo las cartas que recibía a través del sistema postal secreto de las sacerdotisas y manteniendo entrevistas con espías procedentes de todo el territorio. Le llegaban incesantemente, a pesar de que los barcos de Minruth habían establecido el bloqueo de Notamimkhu. La flota había intentado penetrar por entre los acantilados similares a Scylla y Caribdis que enmarcaban el puerto. Pero después de que tres barcos fueran incendiados por proyectiles gigantes empapados en aceite, lanzados con catapulta desde arriba, la flota tuvo que volver la popa.

Llegaron noticias fidedignas de que Kwasin, el primo de Hadon, había escapado a la ciudad de Dythbeth. ¡Y que ahora era su rey!

Awineth había llamado a Hadon para contarle las noticias. Hadon se preguntaba cómo lo habría conseguido.

—El rey Roteka murió luchando en las murallas. Su mujer, Weth, se casó con Kwasin al día siguiente.

—Conociéndole a él, no me sorprende —comentó Hadon—. Bueno, el hecho de que se encuentre allí animará a los de Dythbeth. Puede ser muchas cosas, pero la verdad es que es un guerrero poderoso. Como un héroe de la antigüedad.

—Cuando los gigantes andaban por la tierra —dijo Awineth sarcásticamente. Se dirigió al general del Noveno Ejército, con base en Kunesu, que había llegado una semana antes para ponerse a sus órdenes.

—Keruphe, ¿qué piensas tú de esto? ¿Qué sería mejor, que me fuese a Dythbeth o a tu ciudad?

El general, un hombre bajo, calvo, fornido y de cara rojiza, frunció el entrecejo mientras pensaba.

—El área del Sureste está bien protegida y no se encuentra en peligro inmediato. Minruth lo sabe y por eso se va a concentrar en Dythbeth, que siempre ha sido un vivero de sedición. Su intención es conquistarla antes de enfrentarse a la siguiente amenaza importante. De hecho ha jurado matar a cualquier criatura viva que se encuentre en la ciudad, hombre, mujer, niño, perro, gato o ratón. Mi servicio de espionaje me dice que para ello ha preparado el avance de dos ejércitos, uno desde Minanlu y el otro desde Qoqada.

»Aunque Dythbeth esté en grave peligro, no es un caso desesperado. Si pudieras estar allí para animar al pueblo, con Kwasin a la cabeza de los defensores, Dythbeth podría resistir. Kwasin es una leyenda, tú lo sabes, y todo el mundo ha oído hablar de sus hazañas. Mientras Minruth esté ocupado con Dythbeth, nuestros ejércitos podrían irrumpir entre las fuerzas ligeras que ocupan Mineqo. Desde aquí podremos atacar Asema. Si consiguiéramos tomarla, controlaríamos la entrada del Golfo de Lupoeth. La armada de Minruth podría tenerla aún bloqueada, pero eso no evitaría que nosotros controlásemos todo el territorio que llega hasta el Golfo, desde Asema hasta casi la capital. Eso interrumpiría los suministros y la llegada de alimentos a la ciudad. Y también la mantendría bajo amenaza. Minruth tendría que retirar tropas del asedio de Dythbeth para asegurarse de que no atacáramos Khokarsa.

»Por otro lado, si Dythbeth cayera mientras tú te encontrabas allí, la pérdida sería grave. No podemos seguir sin ti, Majestad. Si murieras, los fieles creerían que Resu era más fuerte que Kho.

—No lo haré —dijo Awineth.

Y miró a su alrededor fijando la mirada en todos los que se sentaban alrededor de la gran mesa oblonga donde tenía lugar la reunión.

—¿Hay acuerdo sobre la idea de que me traslade a Dythbeth?

Las sacerdotisas y los oficiales movieron afirmativamente la cabeza. Era lo único que podían hacer, puesto que ella, obviamente, ya había tomado su decisión.

Se levantó de su asiento y dijo:

—Muy bien. Partiré pronto. Cuándo, eso no lo voy a decir ahora. Sé que todos me sois fieles, que todos sabéis mantener la boca cerrada, pero

Minruth puede tener espías aquí. Quiero partir de improviso, en medio de la noche, sin algarabías. De esa forma podré estar en Dythbeth antes de que los espías de mi padre puedan decirle nada al respecto.

»Mientras tanto, general, coordinaremos una detallada campaña. Me gusta lo que propones. Creo que es el mejor plan.

Los oficiales se levantaron, hicieron una reverencia y se retiraron. Los doce *numatenu* que componían el turno de día de la escolta de Awineth —entre ellos Hadon— se quedaron. Awineth, todavía sentada, pidió a Hadon que se acercara.

—Tardaremos al menos dos meses en prepararlo todo antes de mi marcha a Dythbeth —dijo—. No hay ninguna prisa en lo que respecta a Dythbeth, puesto que podrá aguantar seis meses o más. Tres veces ha tratado mi padre de asaltar sus murallas y las tres veces ha sido repelido con grandes pérdidas.

Awineth sonrió y añadió:

—Eso significa que tienes dos meses para estar con tu novia.

Hadon mantuvo su rostro inmóvil para no mostrar ninguna emoción, pero se sentía enfadado por dentro.

—¿Rechazas entonces mi petición de poder llevarme a ella, a la niña y a Paga con nosotros?

—Sí. Sólo serán una carga. Viajaré en un barco pequeño y veloz donde el espacio será de la mayor importancia. Además, Dythbeth tiene ya demasiadas bocas inútiles que alimentar. ¿Por qué querrías tú llevártelas de aquí, donde se encuentran a salvo, a un lugar donde estarán en grave peligro?

—Mi esposa dice que quiere estar conmigo, dondequiera que yo esté.

La sonrisa de Awineth significaba que sabía que él estaba furioso y disfrutaba el momento.

—Yo creo que los dos estáis siendo unos egoístas —dijo ella—. Ninguno de los dos está considerando el bien del Imperio. Entiendo por qué no queréis separaros, pero esto es la guerra y todos debemos hacer sacrificios.

—Será como la Reina desee —dijo Hadon fríamente.

—Estaremos fuera un año —dijo ella—. Quizás dos años. Sólo Kho sabe cuánto tiempo pasará antes de que alcancemos la victoria. Mientras tanto, tú deberías sentirte feliz sabiendo que Lalila está a salvo aquí —sin dejar de sonreír, hizo una pausa y añadió—: Y tu bebé.

Hadon se sobresaltó.

—¿Qué?

—Sí, un mensajero me dijo esta mañana que tu mujer está embarazada. Lalila fue al templo para que las sacerdotisas determinasen si estaba embarazada. Se le aplicó inmediatamente el ritual necesario y se supo que esperaba una criatura.

Hadon conocía ya de antemano el estado de Lalila, pero no sabía que ella había querido que le hicieran aquella prueba. Requería medios que sólo las sacerdotisas sabían, pero había oído que era necesario el sacrificio de una liebre.

—Suguqateth me ha dicho que tuvo un sueño hace dos noches respecto a la criatura —dijo Awineth—. Por eso llamó a Lalila al templo esta mañana. Al parecer, si su sueño no es falso, tu bebé está destinado a realizar grandes cosas. Pero será necesario que Lalila visite al oráculo antes de que podamos saber los detalles del glorioso futuro de ella.

—¿De *ella*?

—Suguqateth habló de una niña. Claro que —continuó Awineth— puede que no sea tuya. Mi padre la violó poco antes de que tú la rescataras, aunque supongo que no es necesario recordarte todo eso. Y si se hubiera retrasado unos minutos más en matar al jefe de los bandidos, habría más dudas incluso sobre la paternidad.

Hadon dominó sus deseos de darle una bofetada. Pero dijo:

—No hay muchos en esta tierra que puedan estar seguros de quién es su padre. Eso no importa.

—Es una buena cosa que Lalila tuviera una hija antes de casarse contigo —añadió Awineth—. De lo contrario habría tenido que seguir la antigua costumbre.

Se refería a las prostitutas sagradas. Todas las mujeres, si no estaban embarazadas en el momento de su primer matrimonio y si no habían dado a luz antes, debían ir al templo para ser prostitutas sagradas durante un mes. Se suponía que la eventual concepción ocurrida como resultado de este servicio era de origen divino. En teoría, un dios habitaba el cuerpo del macho fertilizador durante el acto sexual. Y ese dios era el padre de la criatura. Era un gran honor para la familia.

Aunque los antiguos habían creído en esto al pie de la letra, se sabía ya que el esperma masculino era el responsable de la concepción. Pero aquella costumbre milenaria se mantenía y los hechos se ignoraban. Las ministras de Kho aducían que esto no suponía ninguna diferencia. El dios seguía poseyendo el cuerpo del hombre y de ahí se deducía que el esperma era metafísicamente suyo, aunque físicamente fuera el del padre humano.

Los sacerdotes de Resu, el Dios Flamígero, sostenían que se trataba de una doctrina falsa. Si Minruth triunfaba, lo más probable era que tal costumbre fuera suprimida, como primera medida para conseguir que las mujeres se subordinaran a los hombres. De hecho, Minruth ya había revocado una serie de costumbres y de leyes en la capital respecto a la igualdad —algunos decían que superioridad— de las mujeres. Para conseguirlo, había sido necesario ejecutar a cierto número de mujeres y de hombres que se oponían a las medidas.

La mayor resistencia ante este nuevo orden había tenido lugar en las áreas rurales. Los agricultores y los pescadores eran muy conservadores y se mostraban reacios a cualquier cambio. Y, sobre todo, aún eran más testarudos cuando se trataba de asuntos de religión. Los habitantes de las ciudades eran más flexibles, pero también ellos se habían opuesto vigorosamente al Rey y a los sacerdotes hasta que un grupo de opositores fuera ahorcado públicamente.

—La sibila hablará en nombre de Kho mañana por la tarde —dijo Awineth—. Suguqateth y yo estaremos allí. Y tú también. La sibila ha pedido que asistas, lo que significa que tú, por supuesto, no puedes rechazar su invitación.

—Me gustaría estar allí —replicó Hadon.

Pero estuvo pensativo el resto del día. Como resultado de ello, aquella tarde no estuvo en buena forma e hizo un mal papel en el ejercicio con las espadas de madera. A pesar de su juventud, era el mejor espada de la escolta de la Reina, que estaba compuesta por veteranos con muchos años de experiencia. Pero no se pudo concentrar adecuadamente y perdió a los puntos con hombres a los que siempre había superado.

Awineth, contemplando la exhibición, sonreía cada vez que Hadon era batido.

Capítulo 12

El Templo de Kho se encontraba situado en la cima de una alta colina al norte de la ciudad. Estaba rodeado de robles gigantes, algunos de los cuales se decía que tenían una antigüedad de mil años. El edificio era redondo y abovedado y había sido construido con enormes bloques de mármol transportados a través del paso de la montaña hacía ya más de ochocientos años. Hadon y Lalila pasaron por una entrada eneagonal a una cámara cuyas paredes se hallaban decoradas con murales. Estaban pintados con azules fríos y rojos suaves y representaban etapas de la creación del mundo por Kho. En el centro se asentaba un colosal trípode de bronce. El objeto, también de bronce, con forma de campana que se hallaba sobre él emitía nubes de incienso por los orificios abiertos en los costados.

Hadon dirigió una mirada hacia la puerta redonda que se encontraba a su derecha y atisbo la estancia de las prostitutas divinas. Estaba dividida en pequeñas habitaciones mediante livianas paredes de madera pintadas de escarlata y azul. En el centro había un gran pilar redondo a cuyo alrededor las mujeres esperaban. Varios hombres hablaban con ellas, entre los cuales Hadon pudo ver a Paga y a Kebiwabes. El hombrecillo, que acababa de mirar hacia donde se encontraba Hadon, le saludó sonriente haciéndole señas. Cogió de la mano a una rubia que casi le doblaba en estatura y se fue con ella hacia una de las habitaciones.

La siguiente cámara tenía un techo el doble de alto que el de la anterior. Un altar de nueve soportes ocupaba el centro de la estancia. La tercera poseía un altar de doce soportes y su techo era tres veces más alto que el de la primera. Allí les aguardaban Awineth y la sacerdotisa principal del templo. Cerca de ellas se encontraba la escolta nocturna de la Reina.

Suguqateth les hizo señas de que le siguieran. La siguiente cámara era la más sagrada. Amplia, tenía forma oval. El suelo estaba recubierto de

baldosas blancas y una espiral de mosaicos variopintos. La espiral comenzaba en el centro y estaba formada por una fila de teselas dodecagonales. En cada una de ellas se dibujaba una minúscula escena que representaba un acontecimiento histórico. La espiral seguía curvas cerradas girando una y otra vez, con la parte exterior final tocando casi las paredes en tres de sus puntos. Finalizaba justo ante el pedestal sobre el que se encontraba la estatua de Kho. Su terminación era un cuadrado aún sin pintar.

La pieza en blanco inquietaba a mucha gente. ¿Por qué no se pintaban? ¿Qué significaba aquello? ¿No tenía la historia de Khokarsa ningún otro gran acontecimiento para que quedase allí reflejado?

La curiosidad de Hadon también se vio afectada y se sintió incómodo, pero no quiso hacer preguntas. Las sacerdotisas nunca divulgaban semejante información.

El principal objeto de atención de esta cámara era una imponente estatua de Kho. Tenía un cuerpo principal de mármol sobre el que se habían incrustado piezas talladas en marfil de elefante. Su corona era de oro y en cada una de sus doce puntas llevaba escudos de plata en los que se habían incrustado numerosos y enormes diamantes. Los ojos estaban pintados de azul intenso. Estaba desnuda y en su mano derecha sostenía una cornucopia rellena de gavillas de mijo. Su mano izquierda sujetaba una hoz, instrumento utilizado para cosechar o, como había ocurrido entre los moradores primitivos de aquel valle, también para la guerra.

A no ser por las tres mujeres y por Hadon, la gran cámara hubiera estado totalmente vacía. Permanecieron en pie unos instantes, haciendo el antiguo signo de reverencia, mientras el silencio reinaba a su alrededor. Goteaban las antorchas colocadas muy por encima de sus cabezas, que circundaban la habitación. Las sombras danzaban sobre la pared y una persona vestida de blanco apareció de repente procedente de las cercanías de la base del ídolo.

La sacerdotisa principal dijo:

—Nos quitaremos nuestras ropas. Cuando uno comparece ante la voz de Kho, debe mostrarse igual que cuando vino al mundo.

Se desvistieron, dejando la ropa en el suelo detrás de ellos. Suguqateth les sirvió de guía para que se acercasen. La figura vestida de blanco salió de los alrededores de la base, llevando un escabel de tres patas hecho de madera de roble. Lo colocó frente a la estatua y se quitó la ropa. Se trataba de una mujer muy anciana, de blancos cabellos y cubierta de arrugas. Sus

pupilas estaban enormemente dilatadas y su aliento despedía un fuerte olor acre.

Entonces, Hadon se dio cuenta de que había un agujero en el suelo justo enfrente del escabel. Mientras la anciana se subía a lo alto del elevado trípode, empezó a salir humo del agujero. Al principio era azulado y fino, pero a medida que la hechicera, con los ojos cerrados, empezó a salmodiar, se fue haciendo más denso. Se elevaba hacia un agujero escondido en las sombras del techo abovedado, con sus tentáculos formando torbellinos, envolviéndolo todo. Hadon tosió cuando respiró aquel olor fuerte y dulzón, algo que nunca había olido en toda su vida.

La mujer, balanceándose, salmodiaba en el viejo lenguaje ritual. Hadon se acercó aún más a Lalila. La sacerdotisa le hizo señas para que se colocase en su lugar primitivo. Luego tomó la mano de Lalila y la llevó a una distancia de tres pasos de la sacerdotisa oráculo. Después retrocedió tres pasos, deteniéndose junto a Awineth.

El humo continuaba saliendo. Las sombras parecían espesarse, como si rezumasen desde la base de las paredes. De repente Hadon sintió frío. El aire, aunque había sido frío cuando entró allí, era ahora helador. Empezó a temblar y a castañetear los dientes. Awineth le miró con una expresión de fastidio en el rostro. Él apretó las mandíbulas, pero no pudo evitar seguir temblando.

Las sombras avanzaban cada vez más. Se arrastraban cada vez más cerca, subiendo a la vez hacia las antorchas. Al cabo de un rato estaban ya a mitad de camino entre el suelo y el techo. Cubrían las antorchas con velos envolventes, sin extinguirlas, pero consiguiendo que pareciesen débiles y lejanas.

De repente se quedó sin aliento y su corazón, que había estado ya latiendo fuerte, comenzó a galopar. ¡La Diosa Kho se había movido!

No, era sólo su imaginación. La estatua estaba tan quieta como una roca. No había avanzado hacia él.

No podía estar seguro. Los objetos que quedaban en los extremos de su campo visual aparecían distorsionados, distanciados. Cuando volvía la cabeza para mirar directamente, volvían a adoptar la apariencia de normalidad.

Dio un salto, profiriendo un grito estrangulado, mientras la hoz arremetía por encima de su cabeza. Fue como una mancha borrosa que lanzó una vertiginosa sombra y que vino y se fue. Pero él oyó su silbido cuando cortó el aire.

Y sin embargo Kho no se había movido.

¿O sí? Aquellos ojos azules parecían ahora líquidos, como si estuvieran vivos. Minúsculas chispas doradas salían de ellos y luego se alineaban en tres círculos concéntricos. Empezaron a girar, lentamente al principio, luego más rápidos, rotando y rotando, y luego expandiéndose en sólidos orbes dorados, que quemaban como estrellas. Sus piernas se estremecieron y su vientre se contrajo. Los genitales se le encogieron. El suelo parecía a sus pies como si fuera de hielo y un viento frío le bajaba por la espalda.

Cayó sobre sus rodillas, gritando:

—¡Gran Kho! ¡Apiádate de mí!

Las mujeres no le prestaron atención. Sus ojos estaban clavados en la sibila.

Ésta gritaba ahora, con la saliva cayéndole de la boca, los ojos completamente abiertos y los huesudos brazos extendidos a ambos costados, batiéndose en el aire, como si se tratara de un buitre.

Se lanzó de golpe hacia adelante, produciendo un ruido sordo al caer.

El humo empezó a disiparse. Un momento después ya no salía del suelo. Las sombras se retiraron y el frío desapareció. Hadon, temblando, se puso en pie. Las mujeres no se habían movido aún, aunque estaba claro que la hechicera necesitaba atención. Le manaba sangre de la nariz y de la boca.

Instantes después, la sacerdotisa principal avanzó unos pasos y se arrodilló junto a la anciana. Le tomó el pulso y miró bajo uno de sus párpados. Después se levantó y dijo en voz alta:

—¡La sibila está muerta! ¡No pudo soportar más la presencia de la Diosa!

Awineth, pálida bajo su pardo pigmento, volvió sus ojos oscuros totalmente abiertos hacia Hadon.

—La Gran Kho ha colocado verdaderamente una pesada carga sobre tu hija aún no nacida —dijo—. ¡Una pesada carga, pero una carga que será gloriosa!

Lalila se volvió entonces. Estaba casi azul, de la palidez que tenía. Sus ojos se habían cubierto de círculos oscuros a su alrededor en unos pocos minutos.

—¿Qué ha dicho? —gritó.

Suguqateth contestó:

—¡Tu hija llegará a ser una gran sacerdotisa! ¡De lo contrario tendrá una vida breve y terrible! ¡Será la salvadora de una ciudad y fundadora de una dinastía que continuará durante doce mil años! ¡O morirá siendo joven,

habiendo llevado la más miserable de las existencias!

Awineth dijo entonces:

—Depende de si nace o no en la ciudad de tus antepasados, Hadon. ¡Si viene al mundo allí, en Opar, entonces será verdaderamente bendita! ¡Pero si no lo hace, sufrirá extraordinariamente y se irá muy pronto a la siniestra casa de la terrible Sisisken!

Lalila profirió un grito corto y agudo y cayó desplomada sobre sus rodillas, llorando.

Hadon estaba tan confuso que fue incapaz de decir una sola palabra. Además, ¿de qué servía protestar? La propia Kho ya había hablado.

Lalila levantó la cabeza y las lágrimas cayeron sobre sus pechos.

—¿Qué más profetizó?

—Mucho más. Pero tenemos prohibido decírtelo a ti o a cualquier otra persona. Los secretos de Kho quedarán encerrados en mi corazón y en el de la Suma Sacerdotisa.

—Entonces —dijo Hadon— Lalila deberá ir a Opar.

—Eso depende de lo que decida la Hechicera del Mar —replicó Suguqateth—. Nadie la puede obligar a ir. Pero si ama a su niña…

—¿Se le permitirá a Hadon venir conmigo? —gritó Lalila con ansiedad.

—¡No! —chilló Awineth—. ¡Él deberá quedarse aquí o en el lugar al que yo vaya! ¡Él es mi escolta y ha jurado acompañarme dondequiera que yo viaje, ha jurado luchar por mí hasta que Minruth haya muerto y yo me siente en el trono del palacio de Khokarsa!

Hadon no dijo nada. Awineth sonreía.

Se hallaba completamente desesperado y así hubiera continuado de no haber ocurrido un extraño suceso. Suguqateth, la sacerdotisa principal, había hecho un gesto de asentimiento con la cabeza. Y le había sonreído con intenciones de darle ánimos. En secreto, estaba diciendo que no a Awineth, pero Hadon no sabía lo que implicaba exactamente aquella negación.

Capítulo 13

Como siempre, Paga se mostraba escéptico.

—No se puede predecir el futuro —decía—. Si se pudiera, entonces resultaría que es tan inamovible como el pasado, lo que quiere decir que todo lo que vaya a venir está ya aquí. Eso también significa que tú y yo, todo el mundo, todos nosotros, no tenemos elección en lo que hacemos. Sólo creemos que actuamos libremente. Pero en la realidad no podemos evitar actuar de otra manera que la que decretan las deidades. Somos como los muñecos de esos espectáculos que tú has descrito, Hadon. Marionetas movidas por cuerdas. Es decir, lo somos si de verdad el futuro está fijado de antemano. Pero yo por lo menos no lo creo así. Si lo creyera, me mataría.

—Pero no podrías cometer suicidio a no ser que las deidades hubiesen querido que lo hicieras —replicó Hinokly.

El ojo sano de Paga chispeó y el largo pelo grisáceo de su rostro se dividió para dejar a la vista sus fuertes y macizos dientes.

—Buen argumento, escriba, pero muy discutible también. Por eso vamos a ser prácticos y vamos a dejar esta especulación inútil sobre las profecías y los futuros prefijados. ¿Qué pretendemos hacer? O quizás debería decir ¿qué creemos que pretendemos hacer? Cualquiera que sea la verdad, actuamos como si tuviéramos libre albedrío.

Se hallaban sentados alrededor de una gran mesa redonda de roble pulimentado, en un discreto rincón de la mayor taberna de la ciudad. Una serie de pantallas de madera de pino pintadas con escenas que ilustraban historias sobre Besbesbes, la diosa de las abejas, se hallaban dispuestas alrededor de la mesa, dándoles a los del grupo una especie de semiintimidad. Las carcajadas y los gritos de las mesas de alrededor hacían imposible que nadie pudiese escuchar disimuladamente.

En el círculo de pantallas se encontraban Hadon, Kebiwabes, Hinokly,

Paga y Lalila. Abeth estaba en casa, al cuidado de una criada dei templo enviada por la sacerdotisa principal, Suguqateth.

Lalila bebió un sorbo de un hidromel dulce fabricado en la zona y dijo:

—No importa si la profecía es cierta o si se trata de algo preparado por Awineth. Por lo que a mí respecta, yo creo que de verdad fue la Diosa la que habló. Si el resto de vosotros hubiera estado allí, también lo creeríais. Incluso Paga, que no cree en nada que no pueda ver —y a veces ni siquiera entonces—, se habría convencido.

Lalila miró a Paga, que no dijo nada, y continuó:

—Pero sea cual fuese la verdad, es evidente que Awineth no quiere que me quede aquí. Le gustaría que emprendiera mi viaje a Opar lo más pronto posible. Y, en realidad, si tengo que estar allí antes de que nazca la criatura, debería partir inmediatamente.

—Es un viaje bastante largo y peligroso en la mejor de las épocas —dijo Hadon—. Así que ahora…

Lalila puso su mano sobre la de él.

—Yo no me preocuparía si fueses mi guía. Pero lo que sucede exactamente es que no lo eres. Awineth está decidida a tenerte junto a ella. No creo que sea porque espera tomarte como amante en cuanto yo desaparezca de escena. Te odia demasiado para eso. No. Es una mujer rencorosa y lo que quiere es separarnos. Su promesa le impide hacernos daño directamente, pero eso no la detiene en lo que respecta a la acción indirecta. Puede negar que nos esté haciendo daño de forma alguna y de hecho hacer lo contrario. Y decir que, quitándome a mí de en medio, enviándome a Opar, lo hace por el bien de la criatura que va a nacer.

—Yo estaré contigo y con Abeth dondequiera que estéis —dijo el hombrecillo peludo.

—A no ser que la Reina requiera mis servicios —dijo Hinokly el escriba —, yo os acompañaré hasta Rebha, Lalila. Tengo un hermano allí que me puede acoger y puedo encontrar trabajo en esa ciudad. Rebha es probablemente el lugar más seguro del Imperio.

—Yo me quedaré con Hadon —dijo Kebiwabes—. Debo quedarme con él hasta el final.

Hadon no pudo por menos que reírse, y dijo:

—Esperemos que el final tarde en llegar.

Kebiwabes sonrió pero no dijo nada. Durante sus andanzas por las sabanas del Norte había decidido que Hadon iba a ser el héroe de un poema épico que el propio bardo iba a componer. Se titulaba *Pwamwothadon*, es

decir, «La canción de Hadon». Ya había terminado algunas partes del poema. El bardo, acompañándose de un arpa de concha de tortuga, había cantado aquellos pasajes en mercados, tabernas y en las cámaras de las sacerdotisas principales. Recogía los acontecimientos que iban desde la salida de Opar de Hadon, para acudir a los Grandes Juegos de Khokarsa, hasta su resistencia en el paso interior contra los soldados de Minruth.

Kebiwabes se aguantaba y evitaba discretamente cantar la última parte, que trataba del rescate de Awineth por parte de Hadon y de la promesa que el héroe le había obligado a hacer a ella. Aunque se suponía que las personas de los bardos eran sagradas, no siempre eran inmunes a las represalias. Nadie, independientemente de la alta posición social que tuviera, se atrevería a exigir venganza pública, pero podían ocurrirle cosas a un bardo que hubiera insultado a alguien de alta posición. Él o ella podían tener un accidente o simplemente desaparecer para no ser vueltos a ver ya nunca jamás. Que la Diosa castigase después al asesino no era ningún consuelo para el asesinado.

—No tenemos ninguna necesidad de decidir quién de nosotros irá con quién —dijo Paga—, si Hadon va también a Opar.

—¿Y cómo puedo hacer eso? —replicó Hadon—. He jurado proteger la vida de Awineth hasta que se halle a salvo en su trono del palacio de Khokarsa.

—Pero ella juró que no nos haría ningún daño —dijo Lalila—. Y ahora se está asegurando de que nos separemos y de que yo tenga que emprender un peligrosísimo viaje a Opar. Ha roto su juramento, lo que significa que tú no debes sentirte obligado por el tuyo.

—Pero tú dijiste que creías que la propia Kho en persona había hablado a través de la sibila. Y por eso Awineth no es responsable de tu marcha a Opar.

—No, no lo es —contestó Lalila— Pero sí es responsable de que te tengas que quedar aquí. Si la Diosa quiere que vaya a Opar para que nuestra hija pueda tener una larga y gloriosa vida, querrá con toda seguridad que su padre esté con nosotras. Y con la peculiaridad de que su padre es un héroe y nos es necesario para ayudarnos a sortear los peligros. Awineth, por tanto, se está oponiendo a las órdenes de la Diosa.

Hadon dijo sonriente:

—No sé quién es mejor dando explicaciones racionales, si tú o Awineth.

—Racionalización es el segundo nombre de cualquier mujer —dijo Paga —. Escuchad, vosotros dos. Hadon dice que Suguqateth indicó que Awineth

no iba a salirse con la suya. No sabemos por qué tendrá ella que ir contra la Reina, incluso en secreto. Pero tú dices que quiso dar a entender que era así. Si eso es cierto, ¿por qué no has vuelto a tener noticias de Suguqateth? ¡Ya han pasado tres días desde entonces!

—No lo sé —dijo Hadon—. Pero las sacerdotisas rara vez hacen algo prematuramente. Ella nos avisará cuando crea que es el momento de actuar.

—Sería mejor que lo hiciera pronto —comentó Hinokly—. He oído decir que Awineth va a dejar el valle dentro de una semana para irse a Dythbeth.

—¿Qué? —exclamó Hadon—. ¿Tú has oído eso? ¿Dónde? ¡Por las tetas de la Gran Kho! Se supone que eso es un secreto conocido sólo por… Es lo mismo. Ni siquiera yo debería estar hablando del asunto. Pero si tú has oído hablar de esto ¿quién más lo sabe? ¿Quién te lo dijo?

—La doncella que cambia las sábanas de mi habitación —contestó el escriba—. La convencí para que me hiciera un pequeño trabajo extra, llamémoslo así, y mientras charlábamos después dijo que había oído por casualidad a un mayordomo contarle a un supervisor que la comitiva real emprendería viaje antes de diez días.

Hadon dio un puñetazo en la mesa, desplazando las jarras de tal forma que parte del hidromel se derramó sobre la madera.

—¡No se lo repitas a nadie que no sea de nuestro grupo, Hinokly! ¡Y los demás, guardároslo para vosotros! ¿Os dais cuenta de lo que sucedería si Awineth se enterase de lo suelta que tiene la lengua alguien que pertenece a su propio entorno? Todo el mundo sería objeto de intensos interrogatorios. Y, por intensos, quiero decir ¡tortura! Iría derecha, empezando por ti, Hinokly, y luego por la doncella, el mayordomo y el supervisor, hasta la fuente de la filtración. Y ninguno de los que nos encontramos aquí estaríamos seguros, pues nos hemos enterado del asunto gracias a ti. Yo podría estarlo, supongo, si se lo contase a Awineth. Pero ella aprovecharía la ocasión para encerrarte, Lalila. No podría hacerte daño, puesto que tú no estás obviamente involucrada en la propagación de la información. Sin embargo, podría tenerte incomunicada para que no pudieras comentarlo con nadie. Y yo no podría conseguir verte de ninguna manera. Nosotros emprenderíamos el viaje y entonces tú serías liberada y enviada a Opar.

Lalila se había puesto pálida. Los otros tampoco parecían tener excesiva salud, ni siquiera bajo aquella luz rojiza.

—Pero si no informo de esto, entonces soy desleal por no cumplir con mi deber —consideró Hadon—. ¿Cómo podría hacerlo? Todos vosotros os

encontraréis en grave peligro entonces y seguramente no volveré a ver jamás a Lalila.

Hadon se quejaba lastimeramente.

—Eso no es un dilema insoluble —dijo Lalila, acariciándole el brazo—. Envíale una nota anónima avisándola. Pero no le reveles la fuente de la información. De esa forma cumples con tu deber y a la vez evitas hacer daño a gente inocente.

—¿Gente inocente? —preguntó Hadon—. ¿Quién sabe quién es o no culpable? Puede que no haya nadie culpable en el entorno de la Reina. La propia Awineth puede haber deslizado una palabra a sus camareras, y una de ellas ha podido dejar caer unas palabras en el oído de su amante. Pero podéis estar seguros de que Minruth no tiene espías aquí. Si averiguan que Awineth va a abandonar el valle, la estarán vigilando. Y una vez que se encuentre de viaje, acompañada por una guardia relativamente pequeña, estará expuesta a cualquier ataque.

—Escríbele entonces de forma anónima y dile que debe cambiar sus planes, que no debe permitir que nadie conozca el cambio hasta el último momento —aconsejó Hinokly.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dijo Hadon—. Para empezar ¿cómo le hago llegar la nota a Awineth? Cualquier mensajero será detenido, con lo que obtendrán de él la identidad del remitente, puedes estar seguro.

—Escribe la nota —dijo Lalila— y yo me encargaré de que pueda circular por el sistema postal del templo. Suguqateth ha pedido verme mañana por la mañana. No sé por qué, aunque sospecho que me dirá lo que tiene pensado hacer contigo y conmigo, Hadon. En cualquier caso, dejaré caer la nota en la cesta de las ofrendas que hay fuera del salón de las prostitutas sagradas.

—Es terrible tener que acudir a estos medios indirectos. Sería estupendo poder llegar directamente hasta Awineth y decirle que se encuentra en peligro.

—Ya eres lo suficientemente mayor a estas alturas para saber cómo funciona el mundo —le dijo Hinokly.

—Sí, lo soy y lo sé —respondió Hadon—. Pero eso no me impide quejarme de ello una y otra vez.

—Los héroes no se quejan —dijo el bardo. Pero se echó a reír.

—Los héroes sólo existen en las canciones y en las historias —dijo Hadon. Y retirando su silla de madera se levantó—. Los héroes son hombres que, por casualidad, tienen que vérselas, de forma más o menos adecuada,

con acontecimientos heroicos. Y que son lo bastante afortunados también para atraer la atención de un cantor o de un narrador de historias. Por cada héroe cantado hay cien sobre los que nadie dice nada. De todas formas, ya estoy cansado de toda esta charla sobre los héroes.

Al día siguiente se sintió mucho mejor. Había escrito la nota y se la había dado a Lalila, que se llevó a Abeth al templo con ella mientras Hadon se ponía el uniforme de *numatenu* de la guardia de la Reina. Llevaba un alto sombrero escarlata de tres caras y redondeado en la parte superior, adornado con una pluma roja de águila pescadora. De su cuello colgaba un rosario compuesto por ciento cuarenta y cuatro cuentas de electro de nueve facetas cada una. Sobre los hombros llevaba una especie de chal, tejido con fibras de papiro, de cuyos bordes pendían veinticuatro borlas de cuero, cada una anudada tres veces, que representaban las principales ciudades del Imperio de Khokarsa.

Sobre su pecho afeitado estaba pintada la cabeza estilizada de una hormiga roja que indicaba el tótem de Hadon y, de paso, su lugar de nacimiento, puesto que este tótem sólo se encontraba en Opar.

Un ancho cinturón de piel de leopardo sujetaba sus faldillas de rayas hechas de piel de tejón. De la parte derecha del cinturón también colgaba una vaina de piel de rinoceronte que escondía un cuchillo de lanzar. A la izquierda se encontraba un soporte de madera en el que se alojaba su espada de *numatenu.* La ranura admitía la hoja sólo hasta su parte más ancha. De esa forma se proyectaba por encima del soporte la mitad de aquella larga espada, ligeramente ahusada y de punta roma. Y así Hadon, como todos los *numatenu* uniformados de la Reina, tenía que sujetar la parte superior asiendo la empuñadura con su mano izquierda. A él no le importaba. Sólo los *numatenu* llevaban sus armas de esta forma. Era un honor.

Hadon había heredado la espada de su padre. Kumin había sido un *numatenu* que había ofrecido sus servicios a los gobernantes de Opar, aunque él había nacido en Dythbeth. Kumin se había casado con Pheneth, hija de un capataz minero. Pheneth tuvo siete hijos, pero sólo tres alcanzaron la madurez. Su primer hijo había sido de Resu, el Dios Flamígero, concebido en la casa de Resu durante el mes en que Pheneth dedicó su cuerpo al templo del dios. Este hijo había muerto a causa de las fiebres.

Cuando Hadon tenía siete años, su padre perdió un brazo en el curso de una batalla contra los piratas en el vasto complejo subterráneo bajo la

ciudad. Su rey había muerto también y su viuda, Phebha, había elegido un nuevo marido, Gamori, que se convirtió en rey. Kumin había considerado —y rechazado— el suicidio, la solución habitual elegida por los *numatenu* mutilados. En vez de eso, aceptó un trabajo como barrendero en el Templo de la Dorada Kho, en Opar.

A partir de entonces, la vida de Hadon había transcurrido llena de penurias. Y había tenido que soportar muchas humillaciones a causa del cambio de su posición social. Pero su padre le había enseñado a tener orgullo, a soportarlo todo con miras a un resultado que mereciese la pena. Su tío Phimeth, que había sido en su juventud probablemente el mejor espada del Imperio, le había enseñado todo lo que ahora sabía sobre el *tenu.*

Cuando Hadon ganó los Juegos Menores de Opar, recibió la espada de su padre. A pesar de que técnicamente Kumin ya no era *numatenu*, mantenía la potestad de regalar su arma a quien él creyera que se la merecía. Hadon, aunque podía utilizar la espada por derecho de herencia, no era técnicamente un *numatenu.* Según la costumbre, se le concedía un cierto tiempo después de recibir la espada para revalidar su derecho a usarla. Si lo conseguía, debería ser iniciado en el no muy precisamente definido gremio de los *numatenu.* Se había ganado este derecho al menos una docena de veces y había pasado por los ritos poco después de su entrada en aquel valle.

Esperaba que le habrían hecho capitán de la Guardia porque, después de todo, si no le hubieran engañado, habría sido el marido de Awineth y, por lo tanto, el primer mandatario de Khokarsa. Lo menos que ella podía haber hecho era nombrarle jefe de su guardia personal. Pero no. Se le concedió el cargo de lugarteniente, bajo las órdenes inmediatas del capitán Nowiten, un veterano de treinta y cinco años.

En otras circunstancias, Hadon se habría sentido afligido y ofendido. Pero ahora sólo le importaban dos cosas: que Lalila llegase a Opar y asegurarse de que él también se fuese con ella.

Meditando la forma de conseguir ambas cosas sin faltar a su palabra, estuvo paseando por la ciudad de Akwapi y llegó hasta el Templo de Resu, un gran edificio cuadrado construido de granito y coronado en cada esquina por minaretes fálicos.

En el porche de columnas estaban hablando cuatro sacerdotes. Tenían las cabezas afeitadas a excepción de una especie de crin que iba desde la frente hasta la nuca y que mantenían rígida y tiesa con grasa de águila. Habían llevado barba y bigote de acuerdo con el decreto de Minruth, que contravenía la antigua tradición, pero cuando las noticias de la prisión de

Awineth llegaron al valle, los sacerdotes volvieron a toda prisa a su anterior estado de caras afeitadas. Y no sólo eso, sino que también habían renunciado a la doctrina de Minruth que preconizaba la dominación del Dios Flamígero. Lo que no se sabía era si habían dado este paso movidos por la pura ortodoxia o por simples deseos de sobrevivir. Fueran cuales fuesen los motivos, los sacerdotes habían salvado la vida. Si se hubieran quedado junto a Minruth, habrían sido hechos pedazos por los coléricos adoradores de Kho. El templo podía haber sido demolido y la estatua de Resu reducida a pedazos o llevada al templo de Kho para ser colocada a los pies de la Diosa.

Estos actos de profanación habrían acabado en sentimientos de culpa para los responsables y en horror para los no participantes. Fueran las que fuesen las grandes pasiones suscitadas en este asunto, Resu seguía siendo un dios. Teológicamente, había sido colocado al mismo nivel que su madre, en teoría, aunque en la práctica, para la mayoría de los fieles, Kho era la primera. A pesar de todo, Resu era una deidad, y tocar con mano violenta a sus vicarios, estatuas y casas de oración era sacrilegio. Las sacerdotisas decían que estaba permitido, que el propio Resu había repudiado a aquellos de sus adoradores que trataban de desplazar a su madre. Los que habían cometido sacrilegio en su ira, todavía se sentían inquietos. Esperaban su castigo en cualquier momento.

Cuando la venganza divina no llegaba después de un largo periodo de espera, el sacrílego tenía dos reacciones. Una era pensar que las sacerdotisas tenían razón: Resu había vuelto la espalda a su propia gente porque habían tratado de encumbrarle por encima de su madre. Pero otra reacción era el sentimiento de que quizás Resu había muerto… si es que había vivido alguna vez. Y si nunca había existido ¿qué sucedía entonces con Kho?

Poca gente se atrevía a expresar en voz alta tales pensamientos y nunca se pronunciaron públicamente, por supuesto.

Los sacerdotes se hallaban muy juntos unos de otros, con sus flotantes vestimentas elevándose y descendiendo con la brisa. Sus manos derechas, las manos ritualmente puras, pasaban las cuentas de los rosarios mientras gesticulaban con la izquierda. Dejaron de hablar un instante mientras Hadon, al pasar, les saludó. Se preguntó qué estarían discutiendo. ¿Graves asuntos teológicos? ¿La dificultad de obtener raciones suficientes en aquel ya superpoblado valle? ¿O, como muchos sospechaban, eran espías que transmitían información sobre los movimientos de Awineth?

Si esto último era cierto, no era asunto que incumbiera a Hadon.

Aquello correspondía al contraespionaje de Awineth.

Capítulo 14

Hadon se paseó por el mercado, una amplia plaza formada por diversos edificios gubernamentales, el Templo de Takomin, diosa del comercio, de los ladrones y de los zurdos, el Templo de Besbesbes, diosa de las abejas y del hidromel, y un gimnasio. En el centro de la plaza había una fuente, una gran pileta poco profunda de piedra caliza, con una estatua sobre un pedestal en el centro. La estatua era de bronce y representaba al diosecillo del río local, Akwaphi, en el acto de crear la cabecera del río. La creencia local era que las mujeres que no habían conseguido quedarse embarazadas como prostitutas divinas, podrían volverse fértiles si bebían del caño del diosecillo. Esto había dado más de un susto a muchos hombres, que trataban de evitar su presencia cerca de aquella fuente.

Hadon tenía sed, pero en lugar de beber del caño de la fuente, compró una infusión caliente de hibisco. Mientras la tomaba, se dedicó a mirar todo lo que sucedía a su alrededor, una escena que no dejaba de atraer su atención. El ambiente era ruidoso y pintoresco, animado por los mercaderes, la gente de la ciudad, los agricultores y los cazadores. Para aumentar el griterío estaban los patos parloteando en sus jaulas, los cerdos gruñendo en sus cochiqueras, los búfalos domésticos mugiendo, los cebados perros comestibles ladrando, los monos sujetos con collar o con correa gritando en sus jaulas, los cuervos y las cotorras dando graznidos o agudos chillidos, los perros de caza —a la venta— ladrando y una cría de leopardo en su jaula rugiendo.

Había pequeños puestos por todas partes, colocados sin orden ni concierto, desde los que los mercaderes pregonaban sus mercancías. Pescado fresco y seco, piezas de cerdo en adobo, costillares y piernas de buey, patos y aves de caza sin desplumar colgando del cuello, huevos de pato frescos o cocidos, hogazas de pan de bellota, carretadas de mijo en grano,

jarras y barriles de hidromel, barriletes de miel, carísimos toneles de vino y cerveza importados justo antes del bloqueo, hojas secas de hibisco y medicinas y hechizos para curar el acné, los dientes flojos, las cataratas, las marcas de viruela, la impotencia, las almorranas, el glaucoma, la obesidad, la anemia, las fiebres, las lombrices, la amnesia, el insomnio, el dolor de espalda, la ansiedad, la enuresis, el estreñimiento, la diarrea, el mal aliento, el estrabismo, los tartamudeos diversos, la timidez, los tumores, la malaria, los catarros, la sarna, las distintas clases de piojos, la sordera y las infinitas dolencias de la larga lista de enfermedades, azotes de la humanidad incluso en el año 10000 a. de C. y que también daban a cierta gente, incluso entonces, la posibilidad de obtener algún beneficio.

La plaza estaba sin pavimentar. Y aunque la tierra se regaba con agua varias veces al día, no era suficiente para evitar que se levantara el polvo. Subía y caía, cubriendo poco a poco a los que andaban todo el día por allí. El sudor dibujaba en sus rostros líneas definidas y, al final del día, el hedor de los cuerpos sin lavar, de la orina humana, del estiércol animal, de los excrementos de los pájaros, del hidromel, del vino y cerveza derramados, de la carne, de las aves y del pescado en mal estado, todo creaba una mezcolanza de olores repugnantes. Nadie sabía, sin embargo, que eran tan repelentes. Llevaban toda la vida acostumbrados a ellos, al igual que se habían acostumbrado a los miles de moscas que volaban y zumbaban por allí, deteniéndose en la carne, en los excrementos y en los rostros de las personas.

Hadon terminó su infusión de hibisco y continuó su paseo, entreteniéndose en los puestos, examinando la mercancía, oyendo conversaciones sin querer, pasando el tiempo mientras esperaba que finalizase la entrevista de Lalila con la Suma Sacerdotisa. Lo que le llamó finalmente la atención fue un hombre que había entrado en el mercado unos minutos antes. Medía alrededor de seis pies y tres pulgadas de altura, estatura que en cualquier momento atraería la atención de Hadon, pues él medía seis pies y dos pulgadas, lo que le había convertido en el hombre más alto de Opar. Al llegar a la capital de Khokarsa se había visto un tanto contrariado al descubrir también que no era el hombre más alto del Imperio. Aún así, eran muy pocos los que podían mirarle de arriba a abajo.

El extraño había surgido de una calle lateral con paso largo y arrogante. Llevaba la cabeza orgullosamente erguida y parecía un águila por la forma en que la movía de un lado para otro. Tenía el pelo largo, liso y muy negro. Le caía sobre la frente formando un flequillo cortado a pocas pulgadas de

las cejas. Sus grandes ojos se hallaban ampliamente distanciados y, cuando Hadon se encontró lo suficientemente cerca de él, pudo ver que eran de color gris oscuro. Tenían un aspecto extraño e inquietante, como si vieran todo lo que se ponía delante de ellos de una forma clara y analítica y, a la vez, lo que no estaba allí.

El rostro era bien parecido, aunque no tuviera unas proporciones regulares. La nariz era pequeña pero recta, el labio superior corto, la barbilla cuadrada y profundamente hendida. Su cuerpo era musculoso y sus huesos grandes, sugiriendo todo el conjunto más al leopardo que al león.

Su única prenda era un taparrabos de piel de antílope, lo que hizo pensar a Hadon que se trataba de un habitante de las montañas, puesto que aquella gente llevaba muy poca ropa encima durante el verano. Por otro lado, la gente de la montaña usaba las pieles de los animales locales y no había antílopes en aquella zona.

Su única arma era un cuchillo de mango largo que colgaba de un cinturón de cuero.

Las plantas de sus pies desnudos eran callosas, durezas que tenían un espesor de más de media pulgada.

El forastero se dedicó a pasear de un lado a otro, encontrándose en una ocasión con la mirada de Hadon. Este no quería parecer demasiado interesado, por lo que desvió inmediatamente la vista. Otras personas también miraban al extraño personaje. Su altura llamaba la atención, pero el hecho de que fuera un recién llegado era razón suficiente para producir miradas de curiosidad y murmullos disimulados. Todo el mundo estaba obsesionado con los espías, sobre todo desde que la Reina había ofrecido fuertes recompensas por informaciones de ese tipo.

El forastero iba de un lado a otro, deteniéndose para tomar un té de hibisco, comer unas nueces o echar un vistazo a un espectáculo de marionetas. Luego eligió un lugar sombrío bajo la toldilla del puesto de un vendedor de liebres y se sentó en cuclillas. Así permaneció tanto rato, inmóvil, a no ser por precisos movimientos para espantarse las moscas de la cara, que Hadon perdió su interés por él. El tipo, aunque de apariencia chocante, probablemente era tan sólo un cazador. Habría bajado a dar una vuelta y disfrutar quizás de alguna de aquellas atracciones tan cosmopolitas. No parecía tener mucho dinero. Las pocas monedas que había gastado habían salido de una pequeña bolsa, bastante plana, que llevaba atada al cinturón. Si necesitase mujeres, sin embargo, no le haría falta el dinero. A un hombre con su físico y sus facciones se lo rifarían las prostitutas

sagradas. Su única dificultad sería poder salir de la habitación.

Hadon se encontraba inmerso en sus pensamientos cuando vio que cinco montañeses se acercaban al forastero. Llevaban gorros de piel de tejón, con la cabeza del animal todavía unida a la piel, chalecos y taparrabos de cuero de tejón y botas con polainas cruzadas de piel de zorro. La cabeza estilizada del tejón aparecía pintada en sus torsos desnudos y en la frente. Llevaban sacos de cuero a la espalda y largas lanzas, con punta de bronce, en la mano. Y de los cinturones les colgaban espadas cortas y cuchillos guardados en las vainas.

Hadon se acercó un poco más, movido más por la curiosidad que por cualquier otra cosa. El forastero no se había levantado. Miraba con párpados pesados los rostros de aquellos hombres que le preguntaban algo, mientras sonreía débilmente. Hadon se detuvo cuando estuvo ya lo suficientemente cerca para oírles. Podía incluso oler el humo que impregnaba los cueros de tejón, los sobacos tanto tiempo sin lavar, la grasa rancia de tejón del pelo y el olor dulzón del hidromel derramado sobre el pecho de aquellos hombres.

—Nos resultas un tanto curioso, forastero —le decía con su típico acento uno de ellos—. Nunca hemos visto a un cazador como tú por estos pagos, si es que eres cazador.

—Soy cazador —respondió el forastero con voz profunda.

—No de esta zona, no señor —replicó el primer interlocutor mientras se tambaleaba y parpadeaba con ojos inyectados en sangre—. Conozco todos los acentos de este valle y, de hecho, todos los de estas montañas. Nadie habla de forma tan curiosa como tú.

—Es una pena —dijo el forastero—. De todas formas, mis asuntos no te incumben.

—¿De veras? —terció otro cazador—. Mira, tú: los asuntos de cualquiera son los asuntos de todos. Minruth tiene espías por todas partes y la gente de Awineth está alerta ante ellos. ¿Te has presentado ya al comandante de la guarnición?

—No sabía que tenía que hacerlo —respondió el forastero—. Pero lo haré. Cuando me apetezca.

Miró a Hadon y dijo:

—*Numatenu*, Hijo de la Hormiga Roja, ciudadano de Opar, quizás tú puedas decirme si lo que dicen estos hombres del tejón es correcto. ¿Debo declarar el motivo de mi visita en el puesto local?

—La primera vez que vienes aquí, sí —contestó Hadon—. Al parecer no

has estado en este lugar con anterioridad.

El primer interlocutor, un hombre corpulento de pelo entreverado de gris, se agachó y se inclinó hacia adelante para mirar el cuchillo que pendía del costado del forastero.

—¡Oye! ¡Eso no es bronce! ¡Es hierro! ¡Por Renamam'a, es hierro pero no es como el hierro que yo he visto siempre!

Hadon vio que de la vaina sobresalía como una media pulgada de una hoja brillante y gris.

—¿Podría ser eso acero, forastero? —preguntó—. Mi propia espada está hecha de hierro al carbono, pero yo he visto una espada hecha de este mismo material mezclado con níquel y templado hasta hacerle adquirir una gran dureza y un corte que ningún otro metal haya podido jamás conseguir. Kwasin, mi primo —quizás hayas oído hablar de él—, tiene un hacha que está hecha con el hierro más duro que he visto en mi vida. Procedía de una estrella fugaz, de todas formas, y así debe de ser el metal que usan las deidades.

—Esa debe de ser el hacha de Wi, fabricada por un hombrecillo peludo y tuerto llamado Pag —replicó el forastero—. ¿Cómo fue a caer en manos de ese Kwasin?

Hadon estaba demasiado sorprendido para contestar. Aquel forastero no era un cazador de las montañas ignorante de los asuntos de fuera de aquel valle. Además no era un hablante nativo del idioma de Khokarsa, forzado por la estructura fonética de la lengua a añadir una *-a* a Pag. ¿Pero cómo sabía aquel individuo que Pag era el verdadero nombre del hombrecillo?

Hadon, sin habla de momento, se quedó mirando al forastero. Mientras tanto, el corpulento montañés se puso en pie súbitamente, perdiendo casi el equilibrio, y alargó la mano para agarrar al forastero de la muñeca. Pero falló porque el hombre de los ojos grises dio un paso atrás.

—Escucha —dijo el montañés—. ¿Cómo has podido conseguir un cuchillo como ése? No eres un hombre rico ni un *numatenu*. ¡Lo has tenido que robar!

—El cuchillo era de mi padre —respondió el hombre de los ojos grises —. Sin embargo, no tengo por qué dar cuentas de ello ni a ti ni a nadie.

Miró a su alrededor. Los montañeses se habían colocado en semicírculo enfrente de él. La retirada del hombre se vio cortada por el tenderete.

Hadon se separó un poco y dijo:

—Tiene razón. Su única obligación es presentarse al comandante del puesto. No tiene por qué contestar ninguna de vuestras preguntas.

—¿De veras? —preguntó el robusto cazador—. Y si le permitimos que se vaya ¿cómo sabremos que va a presentarse en el puesto? ¿Qué le va a impedir irse de la ciudad y volver a su puesto de espía en las montañas?

—Me estás acusando de ser un espía y un ladrón —dijo tranquilamente el forastero.

—¿Sí? ¿Y qué?

Otro montañés, delgado, tuerto, con los dientes en desorden y la nariz rota, dijo:

—Será mejor que nos entregues tu cuchillo, hombre sin tótem. Haz lo que te digo y nosotros olvidaremos tus insultos.

Sus ojos grises se agrandaron, pero no replicó. Hadon vio ahora lo que pretendían hacer. A ellos no les importaba que fuera un espía. Codiciaban su cuchillo. E intentaban conseguirlo aunque tuvieran que matar por ello. Después de todo, era un desconocido y, por lo tanto, un sospechoso. Y no llevaba marca de tótem que pudiera atraer a sus compañeros en su defensa.

Hadon dijo:

—Este hombre no tiene ninguna obligación de daros su cuchillo. Vosotros no tenéis ninguna autoridad aquí. Así que marchaos. Yo mismo lo llevaré al puesto.

—¡Es un espía y un ladrón! —gritó el corpulento montañés—. ¡Entrega aquí ese cuchillo, descalzo! ¡O, por la Gran Diosa Tejón, te lo quitaremos nosotros!

Dos de los hombres se volvieron hacia Hadon, con las lanzas en posición de ataque.

—Y ahora sigue tu camino y ocúpate de tus propios asuntos, *numatenu* —dijo uno—. Nosotros nos ocuparemos de este cochino espía.

—Gracias por tratar de protegerme —dijo el forastero a Hadon—. Pero puedes evitar problemas y derramamiento de sangre si me permites que sea yo el que maneje este asunto.

El hombre hablaba ciertamente la lengua de Khokarsa con un acento extraño, lo que, unido a sus ademanes, contradecía su salvaje aspecto. Daba la impresión al oído de estar oyendo a una persona bien educada perteneciente una clase social superior.

—No permito que unos belloteros sarnosos me vengan con órdenes —dijo Hadon. Todavía no había desenvainado la espada, pues tenía la esperanza de que los montañeses se asustasen antes. Una vez que hubiera sacado la hoja de la vaina, estaba obligado a utilizarla.

—¡Belloteros! —gritó el hombre más próximo con los ojos muy abiertos

y la cara encendida—. ¡Vaya con el pisaverde de la gran ciudad! ¡Ya vas a ver tú quién es un bellotero!

Y diciendo esto arremetió con su lanza. Hadon desenfundó la espada en cuanto el hombre hubo terminado su frase. Su hoja cortó de un tajo la punta de bronce en forma de hoja de la lanza, cambió de dirección y cercenó la mano izquierda del hombre. Hadon giró entonces y llevando la hoja al final del círculo repitió el primer golpe, consiguiendo separar la punta de la caña de la lanza de otro montañés. Este arrojó la lanza al suelo y escapó corriendo por el mercado gritando socorro.

Todo esto había sucedido en menos de seis segundos. Ahora, tres de los montañeses yacían en el suelo, muertos. Dos mostraban un profundo corte en la garganta y el tercero tenía una herida sangrante en el plexo solar. El forastero limpió su cuchillo en la vestimenta del hombre más corpulento y lo volvió a meter en la vaina. Luego se enderezó y se apartó el pelo de la frente con gesto airado. Hadon observó una delgada cicatriz que empezaba justo encima del ojo izquierdo, le subía por la cabeza y terminaba sobre la oreja derecha.

—Todo este asunto fue estúpido —dijo—. He tratado de evitarlo pero ellos han insistido.

—No serán mucho problema —dijo Hadon—. Los agresores ha sido ellos. Yo lo testificaré. Puede que algunos de los de su tótem, sin embargo, quieran buscar una venganza de sangre. Estos montañeses tienen viejas costumbres, ya sabes. De todas formas, no hay duda de que intentaban robarte, así que su clan puede tenerlo en consideración.

—El cuchillo era sólo una excusa —dijo el forastero—. Ellos sabían que les vi cometer un crimen hace dos días, en las montañas, al Norte. Yo bajaba por el camino cuando oí unos gritos. Me dirigí hacia los arbustos y me arrastré sin ser visto hacia donde se encontraban esos hombres. Le habían cortado el cuello a un granjero y a sus dos hijos pequeños y estaban violando a su mujer. O intentándolo. Estaban todos tan borrachos que ninguno de ellos podía conseguirlo. Así que también le cortaron el cuello y se marcharon tambaleándose con el producto de su lamentable saqueo. Yo salí del bosque para comprobar si alguien vivía y sucedió que uno de los asesinos se volvió y me vio. Me marché de allí, pero no intentaron seguir mi pista. Llegué aquí y nos volvimos a encontrar. Ya viste lo que sucedió.

Hadon miró hacia la parte noroeste de la plaza del mercado. Unos oficiales, guiados por el cazador superviviente, salían en tropel del edificio de la policía. El hombre gritaba y señalaba a Hadon y al forastero. Después

de un breve intercambio de opiniones, los alguaciles apretaron el paso hacia ellos, con el montañés trotando delante de los guardias y volviendo la cabeza de vez en cuando para chillarles.

Hadon pensó que el montañés, o bien estaba poseído por un exceso de confianza en su causa o estaba demasiado borracho para preocuparse de las consecuencias. Sabía que el forastero había sido testigo de los asesinatos. Entonces ¿por qué traía a la policía? ¿Pensaba que sus acusaciones de espionaje enturbiarían el asunto y desacreditarían todo lo que pudiera decir el forastero?

Podía haber tenido razón, pero en su estado de embriaguez había olvidado que Hadon podía testificar contra él. Y si pensaba que los agentes también arrestarían a Hadon, estaba muy equivocado.

Hadon comenzó a decirle esto al forastero pero el hombre sonrió y dijo:

—No soy un espía. Pero no puedo permitirme ser interrogado.

Y se fue. Hadon se le quedó mirando atónito. Nunca había visto correr a un hombre de forma tan rápida y, sin embargo, con tanta facilidad. Parecía como si corriera con displicencia, ahorrando energía para una emergencia.

—¡Se fue por ahí! —gritaba el montañés. Los agentes comenzaron a seguirle pero Hadon les llamó. Les explicó lo que había sucedido y, como consecuencia, el montañés fue arrestado y conducido a la cárcel.

El jefe de policía se mostró respetuoso pero firme.

—No podemos mantenerle detenido a no ser que le acuses de asalto sin provocación previa —dijo—. Después de todo, sólo tenemos el informe del forastero sobre el asesinato, si es que fue un asesinato. Puede que sólo haya sido un ajuste de cuentas entre clanes, en cuyo caso los respectivos tótemes se encargarán del asunto. A no ser que el forastero comparezca como testigo, nosotros no podemos hacer nada. Y tú deberás admitir que es sospechoso el hecho de que escapara.

—No necesariamente —respondió Hadon—. Hay tanta histeria sobre los espías que puede que haya pensado que no estaría seguro a pesar de ser inocente. En cuanto al montañés, yo le acuso de asalto sin provocación previa con intención de matar.

—Es su palabra contra la tuya —dijo el jefe de policía—. Así que el juicio será una mera formalidad. ¿Quieres que lo ejecuten, que lo azoten o que lo vendan como esclavo?

—Dejo mi prerrogativa en manos del juez —respondió Hadon—. Sugiero, sin embargo, que si lo condenan a ser esclavo, no lo vendan a un sólo individuo. Es demasiado peligroso para eso. Debería ir a una cadena de

trabajos forzados del Gobierno.

—Le daré tu recomendación al juez —respondió el jefe de policía. Saludó y dio órdenes de retirar los cadáveres.

Hadon abandonó el mercado y llegó al Templo de Kho unos minutos antes de que Labia saliera de él. Tenía un aspecto demacrado, como si hubiera pasado por una prueba penosa y severa. Al ver a Hadon, sonrió al principio y luego se le quedó mirando con los ojos muy abiertos. Hadon bajó la vista y vio sangre seca en sus fuertes piernas, casi tapada por una nube de moscas.

—Se me pasó por alto —dijo. Y mientras se dirigían a su vivienda le contó todo el incidente de la plaza del mercado.

De repente, ella se detuvo, llevándose la mano al pecho.

—¡Sahhindar! —exclamó.

—¿Qué? —acertó a decir él, mientras en su interior sentía un sobresalto, seguido de un cierto sentimiento como de irrealidad—. ¿Quieres decir que…?

—¿Quién más puede tener una altura de seis pies y tres pulgadas y el pelo negro con flequillo sobre la frente para ocultar semejante cicatriz y ojos grises y que hable Khokarsano arcaico? ¿Quién más tiene semejante cuchillo, de tan duro y fino metal? ¿Pero qué está haciendo aquí? ¿Estará tras de nosotros, de Abeth, de Paga y de mí? Dijo que lo haría.

—He visto a un dios —medio susurró Hadon—. Un dios de carne y hueso.

—Él dijo que no era un dios, que era tan vulnerable ante la muerte por accidente o por homicidio como cualquiera de nosotros —dijo Labia—. Lo que pasa es que envejece muy lentamente. Yo no entendí la mayor parte de las cosas que me dijo. Viene de un mundo diferente.

—Sea cual sea la verdad —dijo Hadon—, no tiene por qué preocuparnos a no ser que nos involucre en sus asuntos. Y de él depende hacérnoslo saber. ¿Qué te dijo Suguqateth?

Lalila miró a su alrededor y bajó la voz, aunque no parecía que nadie se interesase por ellos.

—Dijo primero que no debemos contar a nadie lo que te voy a decir. A Kho no le gustaría. Segundo, que cuando estuvimos con la anciana sibila, Awineth no nos contó todo lo que había dicho la anciana. Suguqateth lo oyó todo, naturalmente, pero había recibido órdenes de Awineth de guardar silencio. Suguqateth piensa, sin embargo, que Awineth está equivocada. Que no tiene derecho a suprimir las palabras de Kho cuando fueron dirigidas a

nosotros. Awineth, piensa ella, está poniendo sus sentimientos personales por encima de los dictados de la Diosa. Y por eso Suguqateth cree que está justificado que ella nos revele todas las palabras de Kho.

—¿Cuáles fueron? —preguntó Hadon.

—Debo salir hacia Opar lo antes posible. Y tú me tienes que acompañar allí. Sólo así nuestra hija alcanzará larga vida y grandeza.

Capítulo 15

Faltando una hora para la media noche, el grupo abandonó la posada de la Cotorra Roja. El cielo estaba nublado. Las únicas luces eran unas cuantas antorchas distantes llevadas por las patrullas nocturnas. Todos llevaban capas y capuchas y portaban armas y bolsas de provisiones. Todos excepto Abeth, que viajaba dormida sobre la espalda de Hinokly. Su guía era una sacerdotisa, arrebozada en un manto negro.

Para el amanecer se encontraban en las montañas situadas al noreste de la ciudad. Continuaron el ascenso y llegaron al estrecho y escarpado paso para el mediodía. Desde allí descendieron hasta un pequeño valle, para ascender de nuevo por otra montaña aún más alta y escarpada.

Cercano el anochecer del día siguiente, ascendieron hasta una meseta. Y junto al sol poniente divisaron el Kemu, la Gran Agua.

—Necesitamos descansar, pero no podemos detenernos —dijo la sacerdotisa—. Awineth ya habrá sacado un ejército en persecución vuestra. Sin duda alguna habrá enviado tropas por el paso de Notamimkhu. Estarán registrando las orillas este y oeste del paso. El puerto de Notamimkhu está bloqueado pero eso no nos va a impedir utilizar pequeñas embarcaciones en otros lugares.

La sacerdotisa les llevó hasta el extremo de la meseta e hizo gestos señalando algo que se encontraba abajo. A unos cuatrocientos pies por debajo de ellos, al pie del acantilado, el mar subía y bajaba sombrío en la oscuridad iluminada por la luna. Pero algo brillaba claramente en la negra superficie del mar: era un barco fondeado aproximadamente a un cuarto de milla de donde se encontraban.

La sacerdotisa sopló en un silbato de hueso en forma de pez con cabeza de cotorra. De una cueva cercana salieron seis hombres que llevaban cuerdas, poleas y pesados trípodes de madera. Dispusieron el equipo y, al

cabo de un rato, Hadon se encontró descendiendo en una especie de cesta amarrada al final de una cuerda. A varios pies sobre la superficie del mar se encontraba un saliente que sobresalía de la pared del acantilado. Hadon aterrizó sobre él, salió de la cesta, tiró dos veces de la cuerda y vio cómo la cesta volvía a subir. Al cabo de quince minutos, todo el grupo, incluida la sacerdotisa, se encontraba en el saliente. Ella encendió un farol de los llamados de seguridad y lo balanceó de atrás hacia adelante. Al poco tiempo se pudo distinguir el difuso contorno de un bote de remos que partía del blanco barco de vela.

Hadon, Abeth, Lalila, Paga, Hinokly y Kebiwabes llegaron al barco en dos viajes. Fueron colocados a toda prisa bajo cubierta e inmediatamente el barco levó anclas y comenzó a moverse hacia el mar abierto, lentamente al principio, a toda prisa después, empujado por la brisa.

La mañana les sorprendió apretujados unos junto a otros mientras el barco avanzaba más deprisa que al principio. El escotillón estaba abierto y la luz del día lo inundaba todo. En el extremo de la escalera se encontraba un joven con flequillo, ojos azules y pelo rojizo. Llevaba un chaleco marrón de nutria marina, un rosario de cuentas de madera, todas talladas con el rostro de Piqabes, la diosa del mar, y un tocado hecho con la cabeza de un águila pescadora. En su pecho llevaba la silueta azul del pez roncador de alta mar.

—¡El capitán Ruseth a vuestro servicio! —dijo alegremente—. ¡Vamos, salid de ahí! ¡El desayuno, o lo que más se le parece, se va a servir enseguida!

Ruseth no parecía lo bastante mayor para ser el capitán, aunque, como Hadon recordó, el título no era necesariamente muy importante. El comandante de un barco tripulado por dos hombres podía ser capitán. Sin embargo, su misión era importante, a pesar de su juventud, por lo que tenía que ser muy competente. Si no, Suguqateth de ninguna manera hubiera confiado en él.

Salieron bostezando, rascándose, soltando ventosidades y parpadeando medio cegados por la luz. El sol lucía en lo alto de un cielo sin nubes. El mar estaba rizado, con grandes olas redondas. Hacia el Sur, apenas visibles, se encontraban las cumbres de las montañas que bordeaban la costa noroeste de la isla de Khokarsa. No había ningún otro barco a la vista. Ninguna otra criatura viviente, en realidad, a no ser por los omnipresentes *datoekem*, grandes pájaros blancos con negros picos ganchudos.

Soplaba una buena brisa que procedía del Noroeste. El barco navegaba casi en línea recta rumbo al Este. El peñol móvil fue dejado libre por la

derecha, sujeto con cabos, de forma que el viento incidiera perpendicularmente, por lo que el barco cortaba las olas con un ángulo bastante incómodo para todos aquellos marineros improvisados. Ruseth y sus cuatro hombres parecían estar encantados.

Uno de los marineros trajo cubetas llenas de galleta seca hecha de harina de escandía, huevos duros de pato, cecina de buey, aceitunas y vino. Hadon desayunó sobre la cubierta inclinada cerca de Ruseth, que había tomado el timón.

—Yo no soy marino —dijo Hadon— pero parece que nos estamos moviendo a mayor velocidad que la de cualquier barco que haya visto en mi vida.

—¡Es una preciosidad! —gritó Ruseth—. Yo lo diseñé y lo construí con mis propias manos. E inventé la vela triangular. La llamo la vela cangreja, porque se mueve hacia adelante y hacia atrás, por contraste con la antigua vela cuadrada.

—Tiene un aspecto extraño, debo admitirlo —dijo Hadon—. ¿Y por qué es superior a la vela cuadrada?

—¡Nos permite ir contra el viento! —respondió Ruseth, sonriendo orgulloso.

—¿En contra?

Hadon dio un paso atrás, separándose del pelirrojo.

—Eso huele a…

—¿Magia? ¿Magia negra? ¡Tonterías, amigo mío! ¿Cómo se te puede pasar por la cabeza que las representantes de la gran Kho, las sacerdotisas, iban a ser mis patrañas si yo utilizara las fuerzas del mal? ¡Ni pensarlo!

Y se dispuso a explicarlo virando hacia el viento con un peñol giratorio.

Hadon escuchaba. Luego comentó:

—Sorprendente. Qué sencillo parece cuando tú lo describes. ¡Es increíble cómo no se le ha ocurrido antes a nadie!

Ruseth parecía enfadado. Pero soltó una carcajada enseguida.

—Eso se diría probablemente del hombre que pensó en hacer fuego la primera vez. O del primer hombre que hizo hidromel.

Y añadió a continuación:

—Concebí esto por primera vez cuando tenía dieciséis años y vivía en una pequeña aldea de pescadores en el extremo noroeste de la isla. La idea me vino una noche durante un sueño, así que no tiene mucho mérito. Sin duda alguna fue la propia Piqabes la que me lo envió. Pero debo confesar que yo llevaba ya mucho tiempo pensando en velas y en navegación. De

todas formas, soñé con la vela cangreja y trabajé con pequeños modelos en mi tiempo libre. Y, como puedes suponer, siendo pescador, no tenía mucho tiempo. Luego me construí un barco pequeño. Me llevó todo un año hacerlo. Y meses aprender cómo hacerlo navegar. La gente de mi pueblo estaba interesada en el asunto. Admitían que yo podía navegar más rápido que ellos, pero decían que los viejos métodos eran ya suficientemente buenos para ellos. Yo pensé que había encontrado mi fortuna en esto. Así que me fui a la capital para conseguir una audiencia en el Departamento Naval. Me costó tres meses conseguirla. Mientras tanto tuve que trabajar por las noches como camarero en una posada. Durante el día me sentaba frente a una oficina mientras se me helaban los pies hasta que un almirante se dignó recibirme.

Ruseth hizo una pausa y añadió:

—Le mostré cómo funcionaba mi invento con modelos y gráficos. Y le invité a que viniera a un viaje de prueba en mi barco. Allí había algo revolucionario. Algo que cambiaría toda la historia de la navegación, que haría mucho más rápido y más fácil navegar a vela. Y adivina qué pasó.

—Creo que puedo adivinarlo —dijo Hadon—. Ya he tenido alguna experiencia con la mentalidad militar.

—¡Me echaron a la calle! ¡Y me dijeron que no volviera más por allí! Aquel almirante, un viejo pato hinchado de alcohol, dijo que yo estaba loco. En primer lugar, el aparejo no funcionaría de la forma que yo decía. Y segundo, sus principios iban en contra de la naturaleza, por lo que todo aquello era blasfemo.

Se quedó pensativo con un rictus de amargura en el rostro y prosiguió:

—Me quedé malhumorado y también atemorizado, porque no quería que el almirante me echara encima a los sacerdotes de Resu. Y sólo pensé en irme a mi casa y olvidarme por completo de todo el asunto. Pero, en vez de eso, me fui al Templo de Piqabes que está en una pequeña isla cerca de la entrada del Golfo de Gahete. Le mostré a la sacerdotisa principal lo que había tratado de mostrar al burócrata naval. Le dije lo veloz que mi barco podría llevar el correo del templo. A ella le gustó la idea y, para no alargar más la historia, aquí me tienes, dirigiendo un barco construido por el Templo de Kho, al servicio de Awineth, llevándote a una lejana ciudad del Mar del Sur, del Kemuwopar. ¡Qué cosas! ¡Yo que nunca he tocado siquiera la tierra firme al norte de aquí!

Hinokly había permanecido en la proximidad de los dos hombres. Y dijo:

—¿Entonces este barco puede alcanzar y sobrepasar a cualquier otro barco en el mar?

—¡No lo dudes! ¡El *Espíritu del Viento* puede mostrar su popa a cualquier buque en los dos mares!

—Y si el viento cesa ¿cómo se podría librar de una galera?

—No podría —respondió Ruseth—. Lo único que nos quedaría entonces sería rezar a Piqabes para que levantase de nuevo el viento.

Hadon siguió hablando un buen rato con el pequeño pelirrojo. Ruseth le dijo que se dirigirían hacia el Este a lo largo de la costa norte de la isla pero que se mantendrían a unas diez o quince millas mar adentro. La mayor parte de las patrullas de la marina de Minruth se movían cercanas a la costa. Una vez que la isla de Khokarsa se encontrase a sus espaldas, tomarían rumbo al Suroeste siguiendo la costa del continente hacia la ciudad de Qethruth.

—En condiciones normales, enfilaría directamente hacia el Suroeste, hacia la ciudad palustre de Rebha —dijo Ruseth—. Pero el barco va sobrecargado. No tenemos comida suficiente para llegar hasta Rebha, así que nos detendremos junto a un pueblo que hay a unas cuatrocientas millas costa arriba de Qethruth. Yo nunca he estado allí, por supuesto, pero la sacerdotisa me dio instrucciones y también una carta de presentación para la sacerdotisa de Karkoom. Nos reaprovisionaremos allí y luego atajaremos por el Sur en dirección a Rebha.

Hadon preguntó qué harían si la aldea estaba bloqueada. Ruseth se rio y dijo:

—Tú no sabes mucho de las realidades navales ¿verdad, mi alto amigo? Las fuerzas de Minruth se encuentran poco diseminadas por lo escasas que son. Minruth no tiene barcos para bloquear una por una todas las pequeñas aldeas de la costa o incluso de la propia Khokarsa. Tengo mis dudas de que tenga siquiera una birreme en Qethruth.

—¿Y qué me dices de Rebha?

—Tú has estado en el Estado Mayor de Awineth —contestó Ruseth—. ¿Qué has oído de Rebha?

—Nada —respondió Hadon—. Ningún barco correo llegó de Rebha. Es un largo camino y los barcos están desapareciendo constantemente.

—Sí —corroboró Ruseth—. Apostaría a que la Armada tiene grandes buques amarrados en Rebha. Es un puerto de reaprovisionamiento y de reparaciones muy importante, si es que se le puede llamar puerto. Controla también la parte sür del Kemu y, en cierto modo, el Estrecho de Keth.

Los días y las noches fueron pasando sin incidentes dignos de mención. El tiempo era bueno en general, aunque se produjeron algunas lluvias y una borrasca ocasional. De vez en cuando veían algún barco, pero siempre en la lejanía. La mayoría de ellos parecían ser galeras mercantes o barcos de pesca que llevaban su carga seca desde las aguas continentales hasta las islas.

—Hay rumores de que la piratería comienza a florecer de nuevo en esta zona —dijo Ruseth—. Eso era de esperar, naturalmente. La armada de Minruth está demasiado ocupada con la guerra como para perseguir piratas. No hay necesidad de preocuparse. Ningún pirata nos podrá alcanzar.

—A menos que haya calma —dijo Hinokly.

Ruseth se rio, pero luego se mostró preocupado.

Las condiciones del viaje no eran buenas. Iban demasiado apiñados. El camarote se volvía excesivamente caluroso y con muchos olores cuando todos dormían en él. Si el tiempo y la mar lo permitían, Hadon, el escriba y el bardo dormían en cubierta. Al cabo de una semana, a Hadon le fue invadiendo la impaciencia y comenzó a mostrarse irritable. Era imposible acostarse con Lalila por falta de intimidad. Ellos no eran como los Gokako, los simiescos esclavos de Opar que copulaban públicamente y a menudo en masa. Además, no había mucho que hacer a bordo de un navío pequeño. Hadon disipaba parte de su aburrimiento aprendiendo todo lo que podía sobre el arte de navegar. Antes de que hubiese transcurrido una semana, ya relevaba a los marineros de sus deberes.

Tomaba el timón un par de horas todos los días. Al principio se sentía nervioso y cometió algunos errores graves al virar o al voltejear. Ruseth estaba al tanto para hacerse cargo de la maniobra si algo iba mal, y por eso no ocurrió ningún desastre.

—Ya eres un buen marinero con buen tiempo —le dijo Ruseth—. Ya veremos lo que haces cuando nos encontremos con una bonita tormenta. Pero pido a Piqabes que no nos haga pasar por ello.

Hadon insistió en que los otros aprendieran también cuanto les fuera posible sobre los asuntos del barco. Sobre todo por una razón: les impedía aburrirse. Y por otra: porque así se aseguraban de que no se quedarían en desventaja o indefensos si algo les sucedía a los marineros.

—También —dijo Hadon— en el futuro podríamos necesitar manejar un barco como éste nosotros solos. Incluso podríamos tener que robar un barco y viajar con él a alta mar.

Esa era la razón por la que Hadon le había pedido a Ruseth que le

enseñase todo lo que pudiera sobre navegación.

—El sol durante el día y las estrellas por la noche —decía Ruseth—. Desgraciadamente el Kemu está a menudo nublado y hay lluvia abundante, pero he oído que el clima es más seco y más cálido que antes. De todas formas, no se puede depender con frecuencia de las estrellas para que te guíen. Pero se puede confiar bastante en la aguja imán. Mi abuelo dice que no es tan fiable en el Kemuwopar, en el Mar de Opar. Afirma que hay demasiadas montañas con demasiado mineral de hierro por todas esas costas.

—Lo dudo —dijo Hinokly. Y los dos se enzarzaron en otra de sus discusiones.

Para hacer que el tiempo transcurriera más placenteramente, Kebiwabes solía cantar. Mientras pulsaba su lira de concha de tortuga, recitaba poemas de amor, canciones marineras, baladas, canciones de duelo, oraciones y poemas épicos: *El canto de Gahete*, *El canto de Rimasweth* y *El canto de Kethna*. También ensayaba ante ellos pasajes y secciones de la obra en la que estaba trabajando: *El canto de las andanzas de Hadon el de Opar*.

El protagonista de este canto disfrutaba oyendo sus aventuras hechas poesía. Mucho de lo que allí se decía era exagerado, estaba distorsionado o a veces incluso era una auténtica mentira. Pero no oponía ninguna objeción. La poesía pertenecía al oculto reino del espíritu, no al de la superficie, al de la realidad. Ni tampoco le importaba oírse descrito en términos fulgurantes como un héroe. La modestia no era una virtud en Khokarsa.

Al cabo de dos semanas, empezaron a ver más embarcaciones. La mayoría eran barcos de pesca de las ciudades y villas costeras, pero el número de buques mercantes fue elevándose en proporción. Aunque la rebelión había rebajado considerablemente el tráfico marítimo, todavía había muchos hombres que desafiaban a los piratas y a los barcos encargados del bloqueo con tal de obtener beneficios.

Karkoom era una villa cuya población ascendía a quinientas personas y se componía de un núcleo de cabañas y edificios comunales sobre pilotes situados tras una empalizada. Se encontraba al extremo de un puerto más bien estrecho formado por dos penínsulas rocosas. Ruseth dirigió hacia allí el barco con precaución, preparado para escapar en el caso de que cualquier buque de la Armada se encontrase anclado en el puerto. Había espacio suficiente en el paso para maniobrar pegado a la roca, pero no mucho para virar o maniobrar contra el viento.

Respiraron con alivio cuando vieron que los cuatro grandes buques que

se encontraban en puerto eran mercantes. Dos eran de Qethruth, uno de Miklemres y el otro de Siwudawa.

Ruseth metió el barco y lo amarró en el muelle. Dejando a dos miembros de la tripulación de guardia a bordo, Ruseth y los demás visitaron el templo local de Kho. Fueron bien recibidos después de que Ruseth hubo entregado su carta de presentación. La sacerdotisa principal, Siha, dio órdenes de que reaprovisionaran el barco. Luego les ofreció una pequeña fiesta privada, en la que se enteró de las noticias de Khokarsa y les informó a su vez de las noticias y rumores que había recibido en los últimos meses.

Por primera vez en mucho tiempo, Hadon y Lalila durmieron juntos, y en una cama que no subía y bajaba, ni se balanceaba ni se movía. Al día siguiente partieron al mediodía, después de, naturalmente, recibir la bendición ritual de la sacerdotisa.

También se encontraban presentes varios sacerdotes del Templo de Resu y parecían bastante amistosos. Los habitantes del poblado, como los ciudadanos de Qethruth, se habían declarado neutrales, pero Hadon no confiaba en ellos. Por todo lo que sabía, los sacerdotes podían haber enviado un barco con noticias de que los refugiados se encontraban allí. Pero, por otro lado, ¿a quién podrían hacer llegar la información?

Para cuando las noticias llegaran a Khokarsa, sería y demasiado tarde para que Minruth pudiera hacer nada al respecto. Podría ser que hubiera un barco de guerra anclado en algún lugar cercano a la costa, pero eso daba lo mismo. Ningún barco podía competir en velocidad con el *Espíritu del Viento*.

Sin embargo, era posible que se pudiera enviar un mensaje a Rebha. Los sacerdotes podían suponer, o podían averiguarlo mediante el espionaje, que Hadon llevaba allí a Lalila.

Si así era, no había nada que él pudiera hacer al respecto. Se encogió de hombros. Consideraría todas aquellas posibilidades cuando lograran llegar a su destino.

Capítulo 16

Rebha surgía lentamente tras el horizonte del Sur. Ruseth estaba encantado porque sólo había tenido que pasar dos días dando vueltas por la zona antes de encontrar la ciudad. Durante este tiempo, sobrepasaron a muchos barcos, lo que quería decir que Rebha no podía estar muy lejos de allí. Ruseth saludó a muchos de ellos, pero todos se encontraban en la misma situación. Algunos, convencidos de que el capitán de aquel navío de aspecto tan extraño tenía que ser un mago que conocía el camino, habían intentado seguirles. Pero aquellos barcos, tan grandes y pesados y que dependían tan sólo de los remos, no podían seguir al *Espíritu del Viento* ni con la vista tan siquiera.

—Deben de pasar muchos barcos de largo sin encontrar Rebha —comentó Hadon a Ruseth.

—No —contestó el pelirrojo—. Sus capitanes llevan tanto tiempo en esta ruta, que han desarrollado un sexto sentido. Notan como una comezón cuando están en la zona. Saben casi al minuto cuándo es hora de disminuir la velocidad y empezar a buscar. Además, un capitán que está atento a su velocidad y a la brújula, al sol y a las estrellas cuando están visibles, no se va a alejar mucho de su rumbo.

Una hora después, Ruseth gritó. Los otros llegaron corriendo al timón, que él todavía sujetaba.

—¿Veis aquel humo hacia el Noroeste? —preguntó—. Viene de la parte alta de la torre que hay en el centro de la masa de edificios. A no ser, claro está —añadió—, que sea un barco ardiendo.

Pero no lo era. Al final del día siguiente vieron la parte superior de la estructura, la llamada Torre de Diheteth. Era de cedro y había sido construida hacía cien años por el almirante que fue su gobernador. Su parte superior, de quinientos pies de altura, estaba pavimentada de piedra. Allí se

mantenía siempre un gran fuego encendido para que los barcos pudieran ver su luz o su humo. En días claros, la parte más alta de la columna de humo podía verse desde una distancia de más de ciento veinte millas, siempre, por supuesto, que el viento no fuera tan fuerte que disipase el humo demasiado pronto. En las noches estrelladas, el fuego de la torre se veía a más de veintiséis millas de distancia.

El tráfico en ese momento empezaba a hacerse más denso: por todas partes se veían unirremes, birremes, trirremes y barcos de vela, si bien con cientos de yardas de por medio. Hadon estaba sorprendido ante semejante cantidad de navíos. Rebha tenía que ser grande para controlar todo aquel tonelaje.

Y verdaderamente era grande, le aseguró Ruseth. Se hallaba enclavada en la parte más alta de una isla sumergida en la que se habían clavado miles de pilotes de madera o construido pilares de piedra. El fondo marino se encontraba a una profundidad de entre veinticinco y cincuenta pies por debajo de la superficie de la isla, y la ciudad se elevaba sobre pilares de entre treinta y cincuenta pies sobre la isla, sin contar la torre de señales. Los pilotes se habían clavado sobre el zumaque que cubría la superficie caliza de la amplia meseta. La ciudad era más o menos circular y tenía un diámetro de dos millas. Se estimaba que tenía una población, permanente o transeúnte, de unas cuarenta mil almas.

Hadon estaba deseando ver aquella fabulosa ciudad sobre palafitos. Había oído hablar mucho de ella durante su viaje desde Opar a los Grandes Juegos, pero la galera que le llevaba había pasado de largo, navegando directamente desde el Estrecho de Kethna a la Isla de Khokarsa.

Ruseth se negó a entrar de día, manteniéndose mientras tanto dando vueltas en círculo, en espera de la caída de las sombras. Cuando ya se hizo de noche, Ruseth dirigió el *Espíritu del Viento* hacia el sol poniente, un carbón encendido contra el humo oscuro. Instantes después salieron las estrellas y, con ellas, la pequeña pero viva llamarada de la eminencia de la Torre de Diheteth, que fue aumentando en tamaño y fulgor, elevándose como una estrella a medida que se fueron acercando.

Cuando se encontraron a menos de una milla del vasto y oscuro conglomerado de edificios salpicado de minúsculas luces por doquier, Ruseth arrió la vela mayor. Ya para entonces el hedor de la ciudad, llevado por el viento, era muy fuerte.

Hinokly, que había estado en Rebha en una ocasión para visitar a su hermano, explicó la razón del olor[1].

—Todo tipo de basura, de desechos y excrementos son arrojados al mar que se encuentra debajo. La mayor parte de todo eso se lo lleva lentamente la corriente, pero mucho se queda atrapado entre los pilares y los muelles flotantes. Ya visteis la basura flotando en el mar cuando pasamos al sureste de Rebha. Y a pesar de estar a varias millas de distancia, la capa que formaba era verdaderamente gruesa.

—Sí —dijo Hadon mientras echaba una mano a Hinokly con un extremo de la vela—. Yo vi también los cocodrilos de mar, los peces roncadores, los pájaros y las nutrias marinas. Debe de haber miles de todos ellos por aquí viviendo de la basura y de los excrementos.

Hinokly añadió:

—Hay tantas aves que Rebha está medio blanca por culpa de sus excrementos. Bajo la ciudad, los cocodrilos y las nutrias hacen que la vida resulte muy peligrosa para quien tenga la mala suerte de caer al agua o se aventure demasiado cerca del borde de los muelles. Cada cierto tiempo, según dice mi hermano, se organiza una batida para limpiar la zona de depredadores. Matan montones de cocodrilos y de peces roncadores, si bien no tantas nutrias. Estos animales son demasiado sagaces: escapan nadando en cuanto huelen que hay cacería. No hay barco que pueda igualarlas en velocidad.

»Por eso Rebha tiene la Gran Fiesta del Cocodrilo —son una excelente comida— y durante una temporada es relativamente seguro pasear por los muelles de abajo. Es decir que los cocodrilos marinos escasean entonces, aunque no los cocodrilos de dos patas. Rebha tiene serios problemas con la delincuencia. ¿Pero qué ciudad no los tiene?

El viento cesó de repente y el mar se serenó con la aparición de grandes olas planas. Mientras el barco se deslizaba por su propio impulso, la tripulación arrió el mástil. Luego sacaron unos remos largos y pesados y comenzaron el trabajo de meter el barco bajo el fondo de la ciudad. Se movía lentamente bajo la masa de arriba, pasando entre dos sólidos pilones que llevaban escritos enormes números blancos. Aunque estaba oscuro, había luz suficiente que procedía de antorchas distantes y se divisaban grandes fuegos encendidos en braseros a unos cien pies más adelante. Navegaron junto a los muelles en los que se encontraban atracados grandes galeras mercantes, pequeñas galeras privadas, barcos de pesca e incluso botes de remos. A unas doscientas yardas hacia el interior, las antorchas iluminaban un edificio situado junto a una gran dársena. Se encontraban demasiado lejos para distinguir las palabras pintadas sobre la estructura,

pero Hinokly dijo que el edificio albergaba inspectores de aduanas y soldados de marina.

Enfilaron rumbo opuesto, dejando atrás una serie de grandes monolitos y buques atracados. En varias ocasiones tropezaron con algún otro barco o arañaron el costado de la nave con un embarcadero, pero su avance lento impidió que el ruido fuera fuerte o que el casco quedase dañado. De vez en cuando oían un profundo gruñido, como si hubiera cerdos en las cercanías, o un ruido como si alguien sorbiera un líquido con fuerza. Procedía del monstruoso pez de las profundidades que se alimentaba en aquellas aguas. Hadon pudo ver uno a la difusa luz de un grupo de antorchas distantes. Su aceitoso lomo plano era lo suficientemente amplio como para que se pudieran colocar de pie en él tres hombres uno junto a otro. Para salvar su longitud hubiera hecho falta dar un gran salto de la cabeza a la cola. Una especie de zarcillos de espesa carne nudosa le brotaban de encima de los ojos. Su boca tenía la forma de dos palas colocadas una sobre la otra.

Unos minutos después, Ruseth dejó de remar. Y en voz baja dijo:

—*Kwa-kemu-kawuru-wu.*

Algo se movió en el agua a unos cuantos pies a la derecha de Hadon. Una sucia espuma blanca brilló en la oscuridad mientras un objeto tan largo como su barco se deslizó junto a él. Hadon tuvo la impresión de haber visto unos ojos abultados, un lomo arrugado y una larga cola, pero podía ser sólo su imaginación, pues sabía que correspondía a la imagen de un cocodrilo marino. Y enseguida desapareció.

Volvieron a reanudar el trabajo con los remos, pensando que en cualquier momento una fila de dientes encajados en unas mandíbulas más duras que el hierro podían clavarse en las palas de los remos y arrancárselos de las manos. Ya había sucedido más veces, si las historias de Hinokly eran ciertas.

Se vieron obligados a desviarse del rumbo que llevaban por culpa de una galera ampliamente iluminada. Sobre su cubierta se movían hombres armados y de su interior salían los gruñidos, los chillidos y el hedor de los cerdos.

—Es necesario guardar el ganado hasta poder subirlo al primer nivel —dijo Hinokly—. Hay ladrones humanos, aunque éstos no suponen la amenaza mayor. Las nutrias marinas podrían subir al barco y chupar la sangre al ganado y luego comérselo. No atacan al hombre a no ser que se sientan acorraladas, pero entonces resultan más peligrosas que un leopardo. Y puede que sea así, porque son más grandes que los leopardos. Yo vi en

una ocasión a una nutria marina luchar contra un leopardo en una fiesta que daba mi jefe en Khokarsa. Y la nutria mató al leopardo. Aunque, en realidad, la nutria también murió de las heridas dos días después.

Algo crujió por encima de sus cabezas. Hadon miró hacia arriba y vio débilmente una figura oblonga que aparecía en la oscuridad a unos cincuenta pies por encima de ellos. Algo chocó contra el agua, justo al lado del barco, salpicando su costado. La figura alargada desapareció.

—Alguien ha tirado la basura —comentó Hinokly.

—Remad más rápido —ordenó Ruseth—. El ruido y el olor atraerán a las bestias.

Se apresuraron a obedecer. Hadon pensó que era el momento oportuno de hacer una pregunta:

—¿Cómo sabes adonde vas en este oscuro laberinto?

—La sacerdotisa me dio un mapa y también instrucciones verbales —respondió Ruseth—. Me dijo que tenía que llevar el barco por entre los pilares cuarenta y cuarenta y uno partiendo del extremo suroeste y a lo largo del costado sur. Luego teníamos que seguir una fila de pilotes y virar hacia el Oeste al cabo de doce pilotes. Después de llegar a la décima fila, teníamos que pasar veinte pilotes para llegar a un muelle donde hay tres antorchas encendidas —continuó—. Ese de ahí enfrente. No podíamos seguir una ruta recta porque debíamos evitar ciertos muelles y caminos acuáticos bien vigilados.

El barco tropezó ligeramente por estribor con el borde de una tabla y luego más fuerte contra el final. Un rostro apareció en la ventana de una cabaña. Un momento después aparecieron tres figuras encapuchadas y envueltas en sus capas. Una apagó rápidamente las antorchas en el agua. Otra dijo:

—¿Cuál es la contraseña, forasteros?

—Aquella Palabra hablada en el Principio…

—Por la Gran Kho —respondió la sacerdotisa—. Entrad en la cabaña.

Entraron todos inmediatamente. La mujer cerró las contraventanas de madera, dejándoles a todos sumidos en la oscuridad. Un momento después, una chispa saltó del roce del hierro y el pedernal, cayó en un recipiente lleno de aceite y el aceite ardió. Con su tenue y titilante llama azul la sacerdotisa prendió una vela y luego tres más. Colocó una tapa de metal sobre el recipiente y el fuego se apagó, pero no antes de que el humo les hubiera hecho a todos toser.

Se retiró la capucha de la cabeza, revelando el rostro de una mujer de

mediana edad.

—¿Y vuestra documentación?

Ruseth extrajo un rollo de papel de papiro de la bolsa de cuero que colgaba de su hombro. Ella rompió el sello y extendió el documento sobre la mesa para leerlo a la luz de la vela. Sus ojos se agrandaron, de vez en cuando se detenía para mirar a los recién llegados. Finalmente, tomó una pluma de hueso con punta de bronce, la mojó en un tintero y escribió una nota al final de la última página, la firmó y rubricó, secó la tinta con arena, pasó la mano por encima, enrolló el papel y le aplicó un sello. Después se lo entregó a Ruseth.

—Así que tú eres Hadon —dijo—. El hombre que debería haber sido Emperador, consorte de nuestra Suma Sacerdotisa si la Voz de Kho no hubiera decretado lo contrario. Y tú —dijo mirando a Lalila—, tú eres la Hechicera del Mar. Suguqateth me dice que llevas a alguien en tus entrañas que está destinado para grandes cosas. Si nace en la Ciudad de los Tesoros, en Opar. Veremos qué podemos hacer para que lleguéis allí.

Hadon había leído su firma. Y le dijo:

—Karsuh, parece que has estado esperando nuestra llegada. Al parecer, las noticias sobre nosotros se nos han adelantado a pesar de que navegamos en el barco más rápido de los Dos Mares.

—No, Hadon —respondió ella—. No esperábamos a nadie en particular. Siempre nos mantenemos vigilantes aquí. Este es un puesto del sistema secreto de mensajeros. Sin embargo es cierto que hemos oído algo de vosotros. Hace cuatro días atracó aquí una galera ligera de la Armada. El almirante Poedy recibió un mensaje de Minruth. Advertía al almirante que Awineth, Hadon y otros podían encontrarse posiblemente camino de Rebha. No había datos seguros al respecto. Significaba únicamente que las autoridades de Rebha deberían estar vigilantes ante vuestra posible presencia. Minruth pensaba que podrías intentar escapar de Khokarsa si las fuerzas de Awineth sufrían una derrota. No había descripción de tu barco, Ruseth, lo cual es una suerte. Pero eso no quiere decir que no la haya después.

—Si pudiéramos conseguir que nos reaprovisionaran esta misma noche, podríamos partir antes del amanecer —dijo Hadon.

—Eso no va a ser posible —contestó Karsuh—. Podemos introducir cierta cantidad de comida en el barco esta noche. Pero hay ya tanta actividad patrullera que con toda seguridad llamaríamos la atención si transportásemos grandes cantidades a la vez. Nos llevará varios días. Ten en

cuenta que el almirante Poedy teme —y con razón— que haya mucha gente leal a Awineth en Rebha. En esto no están incluidos los grandes mercaderes que viven en Rebha y Poedy está seguro de que la mayoría de sus oficiales son fieles a Minruth. Son las clases inferiores, los pescadores, los marineros, los obreros, los contrabandistas de Rebha los que más desconfianza le producen. Por eso tiene patrullas vigilando a todas horas y sobre todo por la noche. Esa es la razón por la que nos tenemos que mover despacio y de forma circunspecta.

Y luego añadió pensativa:

—De hecho, si descubriese que el Templo de Piqabes está ayudando a Hadon y a Lalila, arrestaría a todas las sacerdotisas de la ciudad. Está buscando una excusa, aunque se da cuenta de los peligros que eso encerraría. Quizás esté esperando un levantamiento, porque eso le daría la oportunidad de limpiar los barrios más deprimidos. Sabemos por nuestros espías que ya ha señalado por lo menos a trescientos hombres y mujeres para matarlos, gente de la que él sospecha que se dedican a actividades delictivas o subversivas. Y con razón, añadiría yo.

—¿Cuánto tiempo supondrá el reaprovisionamiento? —preguntó Ruseth.

—Por lo que me has dicho de vuestra falta de víveres, unas tres noches —contestó Karsuh—. Mientras tanto, debemos ocultar vuestro barco. Incluso con el mástil bajado, sus líneas son lógicamente muy poco familiares. Un inspector se daría cuenta enseguida de que había entrado ilegalmente. Si un navío como ése hubiera atravesado los canales normales, él habría tenido noticias de ello, podéis estar seguros.

—Necesito saber dónde vas a llevar el barco —dijo Hadon— por si se da el caso de que tengamos que escapar de repente. Nos encontraríamos en un verdadero apuro si ni siquiera supiésemos dónde estaba el buque.

—Se encontrará en un muelle cercado, a diez manzanas al Oeste y treinta al Norte desde aquí —dijo la sacerdotisa—. Mis hombres lo llevarán allí. Vamos, salgamos ya.

Con la mujer por delante, llevando una linterna de aceite de pescado, caminaron por el muelle hasta llegar al fondo de una escalera de madera que se retorcía hacia arriba para meterse en la oscuridad. Subieron deprisa, deteniéndose en tres descansillos para recuperar el aliento. Al terminar de subir, se hallaron en una calle estrecha. Allí, sobre la ciudad, el cielo se encontraba casi limpio, sin nubes, a no ser porque la luna estaba medio velada. A ambos lados surgían casas de madera sin pintar, de tres pisos de

altura. Las ventanas situadas al nivel de la calle tenían contraventanas. Las puertas parecían sólidas y estaban provistas de cerraduras de bronce macizo. Las ventanas de los pisos superiores estaban abiertas. El extremo de la calle se hallaba tenuemente iluminado y, cuando llegaron, vieron dos gigantescas antorchas ardiendo sobre candeleras ante la puerta de un gran edificio. Al pasar por allí, oyeron un jaleo como de juerga que procedía del interior. Sobre la puerta había un gran tablero en el que estaba pintada la cabeza de un mandril ribereño. Debía tratarse del edificio en el que podían alojarse los marineros de este tótem y donde los ciudadanos de Rebha pertenecientes al mismo tótem se reunían con motivo de diversos acontecimientos sociales.

La sacerdotisa les hizo continuar por un tramo de escalones junto a una rampa hasta un nivel superior. Hadon trató de memorizar la ruta pero la oscuridad y los muchos giros, subidas y bajadas que emprendieron acabaron por confundirle. Se extrañó de la ausencia de gente a hora tan temprana. Karsuh le dijo que había toque de queda.

—Poedy lo impuso hace dos meses, claramente para impedir más revueltas. También porque así es más fácil controlar las actividades delictivas. Cualquiera al que se le sorprenda fuera después del anochecer, se convierte automáticamente en convicto, con la excepción, por supuesto, de las emergencias justificadas.

De repente, Karsuh se detuvo:

—¡Oh, oh! —exclamó.

Una luz había iluminado de repente la esquina de la calle unas cien yardas más abajo. Muy pronto se hizo más potente.

—¡La patrulla!

Capítulo 17

La sacerdotisa se volvió y corrió junto a ellos y todos la siguieron. Kebiwabes, que llevaba a Abeth dormida, empezó a rezagarse. Hadon le tomó la niña de los brazos. El grupo retrocedió hacia las escaleras hasta llegar al cruce anterior. Aquí giraron hacia el Norte y caminaron apresurados hasta que Karsuh se detuvo.

—Esta es la Calle de las Colmenas Volcadas —dijo.

Golpeó la puerta de una ruinosa estructura, dando tres toques rápidos con el puño, luego seis y después nueve. Esperó y, al poco, alguien al otro lado de la puerta golpeó doce veces. Karsuh volvió a dar tres golpes más.

En ese momento se vieron unas fuertes luces en el cruce. Varios hombres, con sus cascos de bronce, corazas y puntas de lanza brillando a la luz de las antorchas, se presentaron ante su vista. Unos segundos después, nuevas luces aparecieron por el otro extremo de la calle y, tras ellas, una nueva patrulla entró por el cruce. El grupo quedaba atrapado entre las dos.

Se oyeron ruidos de cadenas tras la puerta. Y Karsuh dijo:

—Por lo que más queráis, amantes de Kho, abrid rápidamente.

Se oyó el golpe de una cadena, se retiró un tirador, la madera chirriaba contra la madera como si se hubiese encajado una barra en un hueco demasiado estrecho. Un patrullero gritó y su grito encontró eco en el grupo del otro cruce. Y, a la vez, las dos patrullas comenzaron a correr hacia el grupo situado enfrente de la puerta.

De repente ésta se abrió de par en par. La lámpara de la sacerdotisa iluminó el rostro parpadeante de un hombre vestido sólo con una faldilla y que llevaba una espada corta en la mano. Detrás de él se veía un estrecho vestíbulo con desconchados de pintura en las paredes y una escalera medio derruida.

—¡Karsuh! —exclamó el hombre. Y dio un paso atrás para que los

refugiados entraran en tropel.

—¡La patrulla! —dijo Karsuh—. ¡Nos persiguen! ¡Cierra la puerta!

El hombre obedeció de inmediato y no había acabado de correr el pasador de bronce cuando ya, al otro lado de la puerta, los hombres la golpeaban con insistencia.

—¡Abrid, en nombre del emperador Minruth y de su representante, el almirante Poedy!

—Hay poco tiempo para explicaciones —le dijo Karsuh al hombre—. Estas personas son importantes. Este es Hadon de Opar. Ya has oído hablar de él. Y esta mujer y su hija están bajo la protección de la propia Kho.

La puerta se estremecía ante los fuertes golpes de los de fuera. De repente, la punta de una lanza apareció una pulgada a través de la hoja de la puerta. El vestíbulo y la parte superior de la escalera se empezaron a poblar de luces. Hombres, mujeres y niños miraban desde las puertas y los escalones.

—Gahoruphi —continuó la sacerdotisa—, tendrás que sacar a todos de aquí. Los soldados buscarán ayuda y se llevarán a todo el mundo. Poedy está buscando la oportunidad de hacer un escarmiento con los que se le resistan. ¡Serán los cocodrilos para todos vosotros, incluidos los niños!

—Lo sé —dijo Gahoruphi. Se volvió y gritó a la gente que llenaba ya el vestíbulo. Hadon se preguntaba de dónde habían podido salir todas aquellas personas. Tenían que haber estado hacinadas en las habitaciones.

Una mujer gorda y desnuda que alimentaba a un bebé hizo gestos a la sacerdotisa, que pidió a los otros que la siguieran. Atravesaron todos el vestíbulo en fila india entre hombres armados y luego subieron por la chirriante escalera. Los golpes de la puerta eran cada vez más fuertes y frecuentes. Hadon miró hacia abajo. La cabeza de un hacha asomó por la puerta. Al retirarse, Gahoruphi introdujo su lanza por el agujero. Un hombre gritó fuera. Gahoruphi retiró su lanza y gritó:

—¡La primera sangre!

Lalila dijo a la sacerdotisa:

—¿No crees que morirán todos?

—Algunos morirán —respondió Karsuh—, pero el resto nos seguirá por caminos secretos hasta el templo.

Abeth, que había permanecido silenciosa a causa del terror que sentía desde que fuera tan salvajemente despertada, empezó ahora a llorar. Lalila la cogió en brazos y la consoló.

En el vestíbulo del segundo piso, salía aún más gente por las puertas de

las habitaciones. El tufo de los cuerpos sin lavar llenaba el aire y todo eran gritos y preguntas en aquel ambiente. La sacerdotisa se detuvo para decirles que la siguieran. Hadon, sin embargo, la cogió del brazo.

—¿Por qué tenemos que escapar? —dijo—. Todavía hay sólo unos pocos soldados fuera. ¿Por qué no los matamos antes de que puedan llamar a otros y arrojamos luego sus cuerpos al mar?

Se produjo un fuerte ruido abajo mientras la puerta caía. El golpear de las hojas de las armas y los gritos de los heridos se oían por doquier.

—¡Voy a llevar a la mujer y a la niña al templo! —dijo Karsuh. Y llamó a la mujer gorda, cuyo niño lloraba ahora a voz en grito.

—¡Hinqa! Quédate aquí hasta que Hadon se vea obligado a escapar y luego llévale hasta el templo.

Lalila dirigió una mirada desesperada a Hadon, como si no esperara volver a verle jamás. Luego cruzó a toda prisa el vestíbulo y subió por otro tramo de escaleras. Se dirigía probablemente al tejado y, por ahí, a dondequiera que la llevara la sacerdotisa.

El hombrecillo, Paga, dudó un momento. Evidentemente se encontraba ante el dilema de cumplir su deseo de luchar al lado de Hadon o de asegurarse de que Lalila se encontrara a salvo. Hadon señaló a Lalila con la espada y dijo:

—Necesitará a un hombre para que la defienda, Paga, si yo caigo.

El escriba y el bardo se quedaron mirando añorantes a Lalila. Querían librarse del baño de sangre que estaba a punto de producirse pero no eran en absoluto cobardes y cumplirían con su deber.

Hadon se abrió camino escaleras abajo por entre la multitud. Kebiwabes y Hinokly le siguieron. El vestíbulo estaba atestado de hombres que trataban de atacar a los soldados, que habían avanzado únicamente unos pocos pies dentro de la casa. Hadon, al ver que la situación hacía imposible el que pudiera prestar su ayuda, retrocedió. Se abrió camino con esfuerzo entre las mujeres y los niños que gritaban y subió hasta el segundo piso. Allí se dirigió hasta la ventana que daba a la calle y abrió sus contraventanas de madera. Abajo había como dos docenas de soldados. Dos de ellos tocaban silbatos de bronce para llamar a más patrullas.

Ya para entonces, las ventanas de todas las calles que Hadon podía ver desde allí estaban iluminadas. Por ellas asomaban cabezas e incluso había ciudadanos fuera, en la calle, unos con lámparas, otros con antorchas. Todos llevaban espadas, hachas o cuchillos.

Hadon se metió en el apartamento más cercano, dos habitaciones con

mantas en el suelo que hacían las veces de camas, y corrió hasta la ventana para mirar hacia abajo. Aquella calle no estaba ocupada. Los soldados se apelotonaban todos alrededor de la puerta o golpeaban las contraventanas con lanzas y hachas.

Kebiwabes, Hinokly, Ruseth y sus cuatro marineros entraron un momento después. Hadon les dijo:

—¡Seguidme! —y sacó su cuerpo por la ventana.

Tras permanecer colgado de sus brazos durante unos instantes, se dejó caer. Rozó la pared de la casa y se impulsó con las manos, saliendo despedido un poco hacia afuera. Sus largas piernas, flexionadas, recibieron el impacto con facilidad. Instantes después, ya tenía su *tenu*, Karken, el Arbol de la Muerte, fuera de la vaina. Su filo dio un tajo en la espalda de un soldado, después de otro, luego de otro. La cabeza de un cuarto cayó sobre los tablones. El brazo de un quinto sonó sordamente contra el suelo.

Un lancero giró entonces sobre sus pies, con la boca abierta para dar la alarma y con el arma vuelta hacia Hadon. Karken cercenó de un solo golpe la punta de la lanza desde el mango y la cabeza del soldado desde el tronco. Ruseth se le unió ahora, tomando una lanza de un soldado caído y hundiéndola en la garganta de otro mientras se volvía.

Empezaron a llegar hombres corriendo de todas las puertas de arriba y de abajo de la calle, envalentonados por este ataque a la patrulla. Antes de que transcurrieran dos minutos, todo había terminado para las dos docenas de soldados.

Pero sus silbatos habían atraído a más patrulleros. Desde lejos se oían gritos y las respuestas de agudos silbatos, y la luz de muchas antorchas iluminaba los aleros de las casas varias calles más allá. Fue en ese momento, cuando la multitud que había inundado las calles se quedó repentinamente callada, cuando el viento cayó sobre la ciudad de Rebha.

En un instante todo fue quietud, como si alguien hubiese arrojado un saco sobre cada uno. El ruido de los patrulleros que se aproximaban era aún distante. Un momento después, el viento silbaba sobre las casas y entre las calles y las llamas de las antorchas, que se debilitaban hasta apagarse. El sudor de sus cuerpos se enfrió, evaporándose de repente.

Hacia el Norte aún destellaban los relámpagos. Formas oscuras, con rostros airados, rostros malvados, se revelaban ante los retorcidos resplandores que se acercaban presurosos a la ciudad.

La mujer gorda, Hinqa, sujetando al niño con una mano, agarró una antorcha de la mano de un hombre que estaba allí cerca. Gritando y

haciendo que el niño comenzara a su vez a gritar de nuevo, sacudía la antorcha por encima de su cabeza. Todos se volvieron para mirarla.

—¡Kho nos ha enviado el viento! —gritaba—. ¡Utilicémoslo como ella quiere!

Hadon se le quedó mirando, preguntándose qué querría decir, qué pretendía hacer. No era el único. Los que estaban cerca se apartaron de ella, atemorizados por su mirada salvaje, por aquel aspecto terrible de mujer obviamente poseída por un espíritu extraño.

—¡Quememos la ciudad! —gritaba—. ¡Quemémosla! ¡Quemémosla! ¡Quemémosla! ¡Destruid a los adoradores de Resu y a los súbditos de Minruth el Tirano! ¡Que los fieles del Dios Flamígero ardan en llamas!

Su antorcha formó un arco que terminó dentro de la ventana de un segundo piso. Que había encontrado en qué prender quedó demostrado un momento después. Las llamas rompieron la oscuridad de la ventana y se extendieron rápidamente por la habitación.

—¡Sí! ¡Que arda! —gritó un hombre. Y lanzó su antorcha hacia la ventana de una casa al otro lado de la calle.

—¡Arde! ¡Arde! ¡En nombre de Kho, arde!

Hadon estaba horrorizado. Parecía que todos se habían vuelto locos de repente, como si el viento hubiera insuflado una locura divina en ellos. Si quemaban la ciudad ¿adonde escaparían? Tendrían que huir en barcos, de los que no había número suficiente para todos, o saltar al mar. Y se ahogarían o serían devorados por los cocodrilos, por las nutrias, por los peces roncadores.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritaba. Pero nadie le oía, excepto el bardo, el escriba y Ruseth. Estaban tan pálidos como él, muy juntos los unos a los otros, como si fueran el único islote de cordura en un mar de locura.

Todo el mundo lanzaba ya antorchas al interior de las casas. El viento avivaba las llamas como si fueran esclavos de galeras, empujándolas a trabajar más deprisa.

Los hombres de las patrullas corrían ya, atraídos por las llamas y el gentío. La multitud se lanzó contra los patrulleros, arrollándolos, haciéndolos trizas con las uñas o despedazándolos.

A lo lejos, por la parte de donde soplaba el viento, flotaba el sonido agudo de numerosos silbatos. En alguna parte doblaban los tambores y poco después comenzó a sonar una gran campana. Todo esto fue seguido poco después por el clamor de numerosas campanas. Parecía que toda la ciudad, toda la madera y todo el aire, se estremecía con los golpes del

bronce.

Hinokly gritó al oído de Hadon:

—¡Están locos, locos! ¡Van a destruir toda la ciudad con el fuego, los muy imbéciles, a no ser que las autoridades puedan sofocar el fuego! Pero esta gente no va a permitir que los bomberos se acerquen para apagarlo. ¿Qué les pasa?

—¡No lo sé! —respondió Hadon—. ¡Tenemos que encontrar a Lalila! ¡Debemos volver al barco lo antes posible!

Hizo gestos a los otros para que le siguieran. Con bastante dificultad se metió por entre la cada vez más numerosa multitud hasta llegar a la casa. Estaba vacía, pero las llamas y las nubes de humo llenaban ya el vestíbulo del segundo piso. La casa entera estaría ardiendo al cabo de unos pocos minutos.

Con los otros tras él, subió las escaleras hasta el tercer piso y, sirviéndose de una escalera de mano, hasta el tejado. Era lo suficientemente liso para permitirles caminar por su inclinada superficie. El tejado de la casa cercana era accesible: caminaron un poco más y se encontraron en él. Vieron una trampilla abierta. ¿Habrían entrado por ella Lalila y la sacerdotisa?

De la trampilla empezaron a salir volutas de humo. Segundos después, las llamas salían a borbotones.

—El tejado que hay al otro lado —gritó Hadon, y dirigió a sus amigos por la inclinada superficie, que ya sentían caliente en sus pies desnudos, hasta el tejado siguiente. Este pertenecía a una casa de la calle adyacente. En ese momento se preguntó qué habría sucedido con los cuatro tripulantes de Ruseth. No podía hacer nada. Tendrían que salvarse por su cuenta.

Miró por el borde del tejado. Aquella calle también se encontraba llena de una multitud enloquecida que aplicaba antorchas a las casas y a los muebles. El viento iba dirigiendo las llamas hacia el Sur. Y ya empezaban a cruzar la calle, hasta las casas del otro lado, algunas chispas y pequeños trozos de madera ardiendo. Estas casas estaban ya en llamas, y la rapidez de la transmisión del fuego indicaba lo pronto que la ciudad entera podría estar convertida en una hoguera.

Se veían muchas luces a lo lejos, en el mar. Hadon supuso que pertenecían a barcos de la Armada que habían sido enviados para prestar ayuda. Del rápido ascenso y descenso de las antorchas y de las lámparas se podía deducir que el mar estaba bastante movido.

—¡Tenemos que bajar antes de que nos encontremos con el camino

cortado! —gritó Kebiwabes.

Hadon asintió y ambos levantaron una trampilla para bajar rápidamente al piso bajo. Lo consiguieron justo a tiempo, saliendo a la calle con la ropa chamuscada y el pelo churruscado.

Gran parte de la multitud se había marchado de allí para entonces. Al parecer, habían ido a unirse a un grupo que se empeñaba en una batalla varias calles más abajo. Del ruido de las armas y los gritos de los heridos y moribundos Hadon dedujo que debían de estar involucrados varios centenares de personas en la refriega.

Al ver la entrada de una escalera pública, corrió hacia ella. Había varias personas allí con la misma idea. Las siguió mientras bajaban por todos los recovecos hasta que se encontró en un embarcadero. El viento soplaba sobre las llamas de las antorchas colocadas en estacas sobre la pared de una cabaña. Si soplara un poco más fuerte, las antorchas se apagarían. A su luz vacilante, hombres, mujeres y niños se encaramaban a botes y barcos o remaban ya escapando de allí. La mar era gruesa, con olas largas y poderosas que rompían contra los enormes pilares. Algunas embarcaciones eran arrastradas, a pesar de los esfuerzos de sus tripulaciones, contra los costados de los pilares. El casco de uno de los barcos se rompió contra un pilar y el navío empezó a hundirse.

—No todas las personas han perdido el juicio —dijo Hinokly—. Muy pronto, todo el mundo, enloquecido o no, estará aquí abajo, luchando con todas sus fuerzas para escapar del infierno.

Hadon no replicó. Sacó a una mujer del agua y la sentó sobre el muelle. Y mientras ella recobraba el aliento, le preguntó:

—¿Dónde está el Templo de Kho?

—Mi marido ha muerto —dijo ella gimiendo.

Hadon la sacudió por los hombros.

—¿Dónde está el Templo de Kho?

—Y a mí qué me importa.

—¡Si no me lo dices, te dejaré aquí y morirás!

—No me importa —volvió a decir, y empezó a lamentarse por la muerte de su marido.

Kebiwabes dijo entonces:

—La calle situada encima de nosotros está ardiendo. Enseguida se propagará el fuego por la escalinata. La madera está seca.

Desde arriba bajaban los gritos de los que se habían quedado atrapados por las llamas. Los fuegos que habían producido se estaban volviendo

contra ellos.

—Nadaremos hasta ese muelle de ahí enfrente —dijo Hadon—. Hay barcos en él sin nadie en cubierta.

—Ahí vienen —dijo Ruseth, señalando las escaleras por las que bajaba una docena de personas en tropel.

Hadon envainó la espada y se tiró al agua. Nadó buceando hasta salir a la superficie en medio de una gran masa flotante de basura podrida y excrementos. Una enorme forma de costado redondeado y lomo plano surgió delante de él, emitió un sonido ronco y luego se hundió. Hadon nadó sobre aquello, sintiendo verdadero pánico durante un segundo cuando sus pies tropezaron con algo suave y grasiento.

Había unas veinte yardas hasta el muelle siguiente. Hadon salió del agua y luego ayudó a Ruseth y a los otros a subir. Por entonces, ya habían sido ocupadas seis embarcaciones, tres botes de remos y tres pequeñas barcas de pesca. Una lancha con un solo mástil era lo único que quedaba y hacia ella corrían una docena de personas. Hadon rugió y se precipitó hacia ellas, agarrándolas desde atrás y lanzándolas al agua. Cayeron seis antes de que los otros se pudieran dar cuenta de lo que estaba sucediendo. Volvieron con cuchillos y espadas en la mano. Ruseth se unió a Hadon y ambos avanzaron hacia los seis hombres y mujeres. No intentaban acercársele: el hecho de que blandiera un *tenu* les hacía desistir. De repente, Hadon se detuvo y les dijo:

—No hay necesidad de que haya derramamiento de sangre. Yo necesito esta lancha sólo para llegar al Templo de Kho. Podéis venir con nosotros y, después de que lleguemos allí, podéis seguir con el barco. Eso es lo mejor que podemos hacer todos. Nosotros os necesitamos para que nos ayudéis a remar y vosotros tenéis necesidad de nosotros.

Kebiwabes y Hinokly se colocaron al lado de Hadon. Esta fuerza adicional, unida a la lógica de la argumentación de Hadon, convenció a los seis de que la cooperación era lo mejor. Todos subieron a bordo y sacaron la barca del muelle mientras se acercaba más gente gritando y mostrando idénticas intenciones. Algunos saltaron al agua en un vano intento de subir a bordo. Y todos menos uno se volvieron hacia el muelle. Este uno comenzó a dar gritos despavoridos y a agitar convulsivamente las manos en el aire como si algo hubiera tirado de él desde abajo. Sin duda eso era lo que en realidad había sucedido.

Con diez remeros, la embarcación se movió de forma bastante rápida. Hubo varios momentos tensos cuando un gran pez la levantó y la lanzó contra un pilar, pero pudieron evitar la colisión dándole empujones con los

remos. Una sección del suelo de la calle de arriba cayó al agua con sus maderas encendidas silbando, y llegó a salpicar agua dentro del barco. Sobre los remeros cayeron chispas y rescoldos calientes, haciéndoles gritar de dolor o de miedo, pero nadie sufrió quemaduras graves.

Su guía, remando en la parte derecha de la proa, se volvía de vez en cuando para ordenar un cambio de dirección. Antes de que transcurrieran diez minutos, parecía que ya habían pasado el área del fuego. Al menos, la luz lanzada por las llamas había aminorado su resplandor y ya no había olor a humo. Pero había mucha actividad por todas partes allá arriba. La gente gritaba, las campanas sonaban y de vez en cuando se oía el ruido de las pisadas de numerosos hombres corriendo. El número de personas que corría presa del pánico por las escaleras abajo tratando de alcanzar los barcos fue aumentando paulatinamente. Era evidente que no podían hacer otra cosa. Si toda la ciudad era presa de las llamas, no se iban a quedar allí para perecer abrasados.

Por fin, el hombre hizo gestos señalando a su derecha y trazó con su mano una señal peculiar. Hadon le preguntó:

—¿Qué significa eso?

—Quiere decir que atracamos aquí —le respondió Ruseth, señalando una serie de plataformas paralelas que subían y bajaban con las olas.

La lancha entró en la cresta de una ola entre dos plataformas. La gente de la derecha se agarró a los extremos libres de las cuerdas atadas a los postes y, no sin cierta dificultad, Hadon y su grupo subieron hasta el muelle y se sujetaron a la barandilla de cuerdas. Los de la lancha apretaron los extremos de los remos contra el muelle y hundieron sus paletas para remar mientras la embarcación salía de entre las plataformas.

Los extremos de la plataforma central se prolongaban hacia el exterior desde el final de las escaleras, balanceándose hacia arriba y hacia abajo a medida que las olas subían y bajaban. Un ingenioso mecanismo de bronce funcionaba de delante hacia atrás y de arriba a abajo, de tal forma que hacía que la plataforma se moviese verticalmente, a la vez que impedía que se desconectase o que chocase contra las escaleras. Sin embargo, los brazos y juntas de metal chirriaban como si necesitasen grasa.

Con Hadon a la cabeza, se dirigieron hacia la escalera. Había luz, proporcionada por antorchas colocadas en las plataformas. Pero fue disminuyendo a medida que ascendían. Para cuando llegaron al nivel de la calle, apenas podían ver una tenue claridad. Salieron de la escalera para entrar en una habitación oscura. Hadon pidió a los otros que se estuvieran

quietos y callados mientras él tanteaba en busca de una puerta. Al poco encontró una. Su pasador se movió hacia arriba con facilidad y Hadon se encontró en otra habitación oscura. Inmediatamente sintió algo suave y ligero por su cara, pecho y piernas. Fueran lo que fuesen aquellas cosas, se movían con facilidad al principio, pero luego comenzaron a ofrecer resistencia. Y unas campanillas comenzaron a sonar en la estancia. De repente se abrió una puerta en el extremo opuesto de la habitación. Entró una fuerte luz, seguida de hombres armados de espadas. La luz aumentó, esta vez procedente de una trampilla en el techo. Y unos hombres le miraron desde arriba parapetados tras sus lanzas.

Capítulo 18

Las campanillas habían dado el aviso en el momento en que Hadon empujó las cuerdas atadas a ellas. Se quedó inmóvil, pero gritó:

—¡Yo soy Hadon, el marido de Lalila, la mujer que llegó aquí tan sólo hace un poco! ¡Karsuh la trajo aquí con la niña!

El oficial dijo:

—Lo sé —y dio una orden y las cuerdas cayeron al suelo. Después de inspeccionar al resto del grupo —era evidente que Karsuh había dado su descripción— les hizo pasar a la habitación siguiente. Subieron por una larga escalera de caracol y salieron a una cámara más grande. Estaba hecha de mármol y decorada con murales y estatuillas de marfil y oro colocadas en nichos. Siguieron al oficial por una serie de espléndidas salas y volvieron a subir por otra escalera hasta el tercer piso. Bajaron hasta un vestíbulo y luego tomaron otra escalera para subir siete pisos por el interior de una torre, tal como pudieron ver cuando se encontraron en la parte más alta de ella. Lalila, Abeth, Karsuh y un cierto número de personas más se hallaban en aquella cámara sin paredes. Miraban hacia abajo, hacia una ciudad que se consumía rápidamente. Las llamas se habían extendido a nuevas zonas y se habían iniciado incendios en muchos lugares muy alejados del fuego principal. Estaba claro que estos nuevos incendios habían sido provocados por gente contagiada de la misma histeria y de la misma manía autodestructora que se había apoderado de la gente de la Calle de las Colmenas Volcadas.

Desde aquella altura se podían ver muchas cosas. Las llamas iluminaban a los bomberos y a los voluntarios que arrojaban cubos de agua por entre los boquetes de las calles, a los soldados luchando contra los alborotadores y los saqueadores, a la gente que atestaba las avenidas, que atropellaban a los soldados que se dirigían hacia las llamas para apagarlas y a los refugiados

que se amontonaban unos encima de otros, gritando y arañándose a las entradas de las escaleras.

Aquí y allá los edificios se retorcían doblegándose finalmente ante las llamas, desplomándose a veces por entre los restos de los pisos bajos y dejando espacios vacíos llenos de humo.

Hadon dirigió una rápida mirada a todo aquello y luego rodeó la cintura de Lalila con sus brazos y la besó. Ella, sobresaltada, dio un grito —no le había visto llegar— y luego hundió su rostro en el pecho de él.

—Dondequiera que voy —dijo—, dondequiera que voy, muerte, miseria, odio, destrucción.

—Eso es sólo porque existen la muerte, la miseria, el odio y la destrucción —le respondió Hadon—. No estás bajo una maldición. No más que cualquiera de nosotros.

Ella comenzó a decir algo, pero el griterío de los que les rodeaban ahogó sus palabras. Se asomaron para ver la causa del alboroto. El fuego había prendido en los edificios que rodeaban la base de la gran torre situada en el centro de la ciudad. Si alguien lo había iniciado deliberadamente o si el viento había llevado chispas y ascuas ardiendo hasta las casas, eso nadie lo sabía. Ni tampoco importaba. Las llamas rugían, iluminando las casas y las calles, que se encontraban atestadas de gente. A la velocidad con que se propagaba el fuego —las llamas lamían ya el primer piso— la torre no podría ser salvada.

Karsuh dejó de mirar la escena. Las luces del incendio y de las antorchas colocadas a lo largo de la barandilla hacían brillar su rostro. Era como una máscara de cobre que simbolizara la aflicción.

—Rebha pronto estará envuelta en llamas de un extremo a otro —dijo —. Kho debe de haber enviado este viento. Kho ha hecho enloquecer a la gente. Juntos el viento y la locura harán que la antigua Rebha arda hasta el mar. No quedará nada de ella, ni siquiera los pilares.

—Entonces debemos ponernos a salvo —dijo Hadon—. ¿Quieres llevarnos hasta nuestro barco, el *Espíritu del Viento*? Puedes venir con nosotros, naturalmente.

Karsuh avisó a gritos a sus guardias, que rodearon a todo el grupo. Bajaron por la escalera de la forma más rápida posible. El templo parecía vacío, a no ser por los que se habían reunido en la parte alta de la torre de vigilancia. Hadon llevaba a Abeth en esta ocasión. La niña se agarraba a él, con su carita pegada al cuello de Hadon. No gritó, ni siquiera se le escapó un susurro. Estaba demasiado atemorizada. Cualesquiera que fuesen sus

sentimientos por dentro, por fuera estaba tan quieta como si estuviera muerta.

Cuando llegaron a la escalinata bajo el nivel de la calle, Karsuh lanzó un grito:

—¡Han desaparecido todos los barcos!

Los hombres que caminaban delante de Hadon soltaron una maldición y empezaron a correr escaleras abajo. Hadon se volvió, le pasó la niña a Hinokly y comenzó a correr tras los guardias. Su objetivo era una barca de remos que acababa de soltar amarras. En ella iban seis personas, tres hombres, dos mujeres y un muchacho de unos doce años. Todos ellos tenían puestos los cinco sentidos en su tarea, que era alejar la barca del muelle lo más posible para evitar que otros la abordasen. Sobre el embarcadero, rodando hacia adelante y hacia atrás, se veían los cuerpos de una docena de personas. Unos eran guardias del templo, otros eran ladrones. Estos últimos debían de haber venido nadando desde otros muelles situados bajo las calles cercanas después de que desaparecieran todas las embarcaciones en aquellos muelles. Algunos se debían de haber ahogado en el intento y otros habrían muerto peleando por las barcas. Y ahora escapaba la última de ellas.

Los guardias eran valientes. Saltaron sin dudarlo tras la barca. Uno fue a dar con sus pies en la popa y cayó hacia adelante. Antes de que consiguiera levantarse, recibió un golpe en el cuello con el extremo de un remo. Otro guardia cayó al mar y se agarró al borde de la popa. Empezó a encaramarse en la embarcación pero fue golpeado en el casco con otro remo. Aún se las arregló como pudo para sujetarse a las tablas, pero tuvo que soltarse cuando un remo le rompió los huesos de los dedos.

La barca, sin embargo, perdió algo de su ímpetu inicial cuando sus remeros tuvieron que dedicarse a golpear a los guardias. Tres de estos últimos, que habían podido saltar al agua cerca de la embarcación, nadaban ahora hacia ella. Aunque sus cascos y corazas de bronce les empujaban hacia abajo, se las arreglaban como podían para mantener la nariz por encima del agua. Lo que iban a hacer cuando llegasen hasta el bote era algo que probablemente no se habían parado a pensar. Obedecían las órdenes de la sacerdotisa y eso era todo lo que tenían que pensar por el momento.

Hadon se detuvo al borde de los escalones y luego se hizo a un lado para dejar a los otros pasar. Tres de los remeros aún seguían utilizando los remos. Los otros se habían puesto de pie, o lo intentaban, sujetando con fuerza sus remos dispuestos a dejarlos caer sobre los nadadores. Uno de los que remaban era el muchacho y no resultaba demasiado efectivo.

Había ya una distancia de unos treinta pies entre la barca y el puerto. Demasiada para que Hadon pudiese saltar, incluso si hubiera podido tomar carrerilla. Extendió la mano y agarró a Ruseth por el brazo.

—Tenemos que conseguir esa barca —le dijo—. Si no, moriremos abrasados. O nos ahogaremos para no quemarnos. ¿Eres buen nadador?

—¿Y se lo preguntas a un pescador de Bhabhobes? —le respondió Ruseth.

—Nos tiraremos al agua, bucearemos hasta la barca y luego saldremos por delante de ellos —propuso Hadon—. Yo subiré por el lado izquierdo de la proa…

—Por babor —interrumpió Ruseth.

—Al infierno con eso —le respondió Hadon—. El costado izquierdo. Tú vas por el derecho.

—Por estribor —dijo Ruseth con una sonrisa divertida. Hadon no sabía si darle un golpe o una palmadita en la espalda. El pequeño pelirrojo tenía agallas de verdad. ¡Bromear en un momento como aquél!

—Tenemos que llegar, salir y subir a toda velocidad —recomendó finalmente Hadon—. ¡Vámonos!

Gritando, se abrió paso a empellones entre la multitud, tirando a algunos al suelo y a otros al agua. Se detuvo guardando el equilibrio en el borde del embarcadero mientras Ruseth llegaba a su lado. Cuando el muelle flotante se elevó sobre la cima de una ola, se lanzó al agua. Se mantuvo bajo la superficie, moviendo brazos y piernas con toda su fuerza, dejando que la pesada espada le arrastrase un poco hacia el fondo. La corriente tendía a llevarle hacia la derecha, pero eso mismo estaría haciendo con la barca de remos.

Cuando ya no pudo aguantar más la respiración y sus brazos y piernas parecían rellenos de bolas de plomo, salió a la superficie, por delante de la barca, a diez pies de distancia de ella. Pudo ver a los remeros trabajar frenéticamente, recortados contra las luces de las antorchas del puerto. Esperaba que ellos no le hubiesen visto en la oscuridad que reinaba allí delante.

A unos pocos pies de donde se encontraba, salió una cabeza a la superficie. Era Ruseth. El marinero se volvió y sus dientes brillaron en la oscuridad. Hadon le hizo gestos señalando la barca, que se aproximaba rápidamente. Buceó de nuevo y salió a la superficie cuando el bote comenzaba a descender de una ola. Estiró la mano hacia arriba y se agarró a la madera de la proa justo en su extremo más saliente. Con un impulso

hacia arriba que hizo crujir los músculos de su espalda —¿o eran las maderas de la barca?— se situó en el borde de arriba, con su vientre apretado contra las tablas. Un momento después aparecía la cabeza de Ruseth por el otro lado, subiendo, luego bajando hacia adelante, mientras también caía sobre el vientre. Llevaba su cuchillo entre los dientes.

Los dos remeros que se hallaban más cerca eran una mujer y el muchacho. El chico estaba a la izquierda, a unos pocos pies tan sólo de Hadon. Él y la mujer debían de haberles oído o notado su peso sobre la proa. Gritando, se pusieron en pie y se volvieron utilizando sus remos como armas. Hadon, despellejándose el vientre, se incorporó sobre la borda. Ruseth hizo lo mismo. Y chocaron. La barca se inclinó hacia la proa y la mujer y el muchacho se tambalearon y cayeron de nuevo sentados sobre el banco con los remos aún amenazadoramente levantados. El muchacho no era lo suficientemente fuerte para mantener su remo enhiesto y se le cayó sobre el hombro. La mujer adelantó el suyo y se incorporó del banco, tratando de golpear a Ruseth con la madera.

Ya para entonces, los dos hombres habían logrado incorporarse, tropezándose el uno con el otro, pero consiguiendo realizar una labor efectiva. Hadon golpeó al muchacho en la cara. Ruseth apuñaló a la mujer en el cuello. Detrás de ellos, los cuatro hombres dejaron de remar y se pusieron en pie para poner sus remos en juego. La barca se balanceó a izquierda y derecha y luego descendió por la pendiente de una ola. Durante unos instantes, los cuatro se vieron obligados a mantener su equilibrio. Hadon no hizo ningún caso al peligroso movimiento, si bien un balanceo demasiado violento le podía arrojar por la borda, y avanzó hacia ellos. Para entonces ya había desnudado su espada. Al cabo de veinte segundos había terminado de limpiar la barca de gente.

Ruseth arrojó al mar a la mujer, que seguía sangrando del cuello, y al muchacho, que continuaba inconsciente. Al caer, el joven, recuperado el conocimiento al contacto con el agua, comenzó a nadar hacia el muelle. Hadon pensaba que no lo conseguiría, pero le deseó suerte. No tenía nada contra él. De hecho, si hubiera habido sitio suficiente, le habría permitido seguir a bordo. Pero los suyos estaban primero, Lalila y la niña, luego Paga, porque él amaba a Lalila y Lalila le amaba a él, y luego sus amigos.

No fue difícil volver con la barca al muelle, puesto que no se había alejado demasiado. Entró tan deprisa, deslizándose sobre la curvatura descendente de una ola y luego volviendo a subir, que su costado dio contra el muelle. Sobre el borde del embarcadero se habían situado demasiado

deprisa algunas personas con la intención de lanzarse a la barca, y fueron aplastadas entre el casco y el embarcadero. Por suerte, Lalila y los otros no se encontraban en el borde. Habían sido empujados hacia atrás por aquellos que ahora se ahogaban o gritaban de dolor y de horror.

Mientras Ruseth agarraba un cabo para evitar que la embarcación se separara del muelle, Hadon hizo girar su espada por encima de la cabeza. Aquellos que se encontraban en el borde del embarcadero se hicieron atrás. La sacerdotisa Karsuh, gritando órdenes y amenazas, ayudada por sus guardias supervivientes, consiguió que los demás dejaran libre el muelle. Lalila, Abeth, Paga, el escriba y el bardo se encaramaron a la barca. Hadon le dijo a la sacerdotisa que subiera también. Había sitio para ella. Pero la mujer contestó:

—No. Yo me quedo aquí. Mi deber es rezar por la salvación de mi pobre gente.

Hadon le dedicó un saludo, admirando su devoción pero poniendo en duda su sentido común. Dio la orden y los otros comenzaron a mover la barca. Mientras se alejaban, vio a más gente que seguía bajando, con tanta desesperación que algunos eran empujados y caían por los lados de la escalinata. El humo salía con fuerza por detrás de ellos y, después, regueros de fuego corrían por el alquitrán vertido en las juntas de las tablas.

Karsuh trató de abrirse camino hacia la escalinata por entre la multitud. Fue apartada a un lado y cayó al agua. Si hubiera caído en el lado en el que se encontraba la barca, Hadon habría hecho un esfuerzo para rescatarla y subirla a bordo. Pero pronto se perdió de vista al otro lado del embarcadero.

Hadon agarró un remo y comenzó a remar con fuerza junto a los demás. Viraron en ángulo y enfilaron hacia las aguas exteriores, fuera de la zona de influencia de la ciudad-palafito. A causa de la mar picada, era imposible poner rumbo al Oeste, la ruta más corta hacia la seguridad o, al menos, una forma de aminorar el peligro en el que aún se encontraban. La única ruta práctica era navegar en línea recta por entre los pilotes siguiendo la dirección de la corriente. De esa forma evitarían derrotar contra los pilares. Incluso así, tenían que rodear un cierto número de muelles flotantes, lo que les obligaba de vez en cuando a acercarse peligrosamente a las enormes columnas.

Cuando se encontraron cerca de los muelles, se vieron también amenazados por cientos de refugiados que saltaban al mar y nadaban tras la barca. Hadon tuvo que dedicarse a animar a su tripulación a seguir remando y a que no prestaran ninguna atención a la gente que trataba de

agarrarse a los remos y a los costados de la embarcación. Aunque estaban desesperados, los nadadores no eran lo suficientemente fuertes para sujetar los remos sobre los que habían logrado hacer presa. Se les resbalaban las manos y volvían a caer. Unos cuantos consiguieron aferrarse al borde de la popa. Sólo entonces permitía Hadon a Hinokly y a Paga, que eran los que estaban situados más atrás, dejar de remar unos instantes para clavar el puñal en las manos de los que intentaban abordarles.

Por fin pudieron salir de debajo de aquella cubierta sobre la que se encontraba Rebha. Aquí la mar era aún más gruesa, sin la resistencia que podían ofrecerle los grandes pilares. Necesitaban descansar, pero Hadon les obligó a seguir empleando el mismo esfuerzo.

—Todavía siguen arrojándose al mar —dijo—. Podremos bajar el ritmo dentro de un rato, cuando estemos fuera del alcance de los nadadores más fuertes.

Para entonces toda la ciudad parecía estar ya envuelta en llamas. Las lenguas de fuego se elevaban inmensas por doquier, recortando los profusos niveles escalonados de los edificios, la torre del Templo de Kho y la Torre de Diheteth. La luz dejaba ver cientos de minúsculas figuras oscuras en los extremos de las calles más exteriores, que se arremolinaban por todas partes y que saltaban al agua, a veces solas, otras veces por docenas. El viento transportaba los gritos incluso por encima del rugir de las llamas y de los ruidos de las paredes y de los trozos de los cimientos al caer. Luego, la gran Torre de Diheteth, envuelta en una sábana giratoria roja y anaranjada, se derrumbó. Su caída ahogó todos los demás ruidos. Golpeó contra los edificios inferiores, enviando una nube de fragmentos ardiendo a gran altura por el aire, atravesó los cimientos y, llevándose consigo muchas de las estructuras que la rodeaban, se aplastó contra el mar. Aunque gran parte del fuego del edificio se había extinguido, todavía ardía una parte considerable de él. Y ésta chocó contra los pilares y los muelles, prendiendo en algunos de ellos y perdiéndose después en el holocausto general. Ya para entonces, grandes zonas de la ciudad se iban hundiendo en el mar. La Torre de Kho, más pequeña, se deslizó graciosamente por entre sus cimientos, manteniendo su posición vertical hasta que su base se hundió, con un siseo, en las alborotadas aguas.

Los remeros continuaron remando, aunque enmudecidos por el temor. Al cabo de dos horas, una poderosa ciudad de cuarenta mil almas, una antigua ciudad, la labor de muchos brazos y de muchas mentes a lo largo de muchas generaciones, un lugar único en el mundo, erigida en la vastedad

del mar, había quedado destruida.

Hadon había tenido sus dudas sobre la racionalidad de los seres humanos antes de que todo esto sucediera. De ahora en adelante, nunca creería que la gente actuaba siguiendo los dictados de la razón. Quizás lo hacían las personas la mayor parte del tiempo. Pero detrás, o debajo, de aquella máscara de lógica residía la anarquía, la sinrazón, la emoción.

Él se eximía de esta acusación, por supuesto.

Capítulo 19

La tormenta se desató unos pocos minutos después de que la Torre de Kho se derrumbara. Los supervivientes relacionarían ambos acontecimientos como causa y efecto y la historia se divulgaría a lo largo y ancho de los dos mares en el sentido de que fue la propia Kho quien había iniciado el fuego y enviado después la tormenta para arrasar hasta los pilares de la ciudad y desperdigar los restos de Rebha por todo el Kemu. Donde antaño se elevara cincuenta pies sobre las aguas, donde su torre se podía ver a veintiséis millas de distancia, donde el humo de la torre se divisaba a ciento veinte millas en la lejanía del mar, ahora ya no quedaba nada que demostrase que alguna vez había habido algo que no fuera el mar.

En aquellos momentos, los que se encontraban a bordo de la barca estaban únicamente preocupados por sí mismos. El primer golpe del frente tormentoso estuvo a punto de hacerles zozobrar. Se recobraron y, mientras Lalila y Abeth achicaban el agua con cubos de piel de cocodrilo, los hombres doblaban sus espinazos para mantener la barca en línea recta con las olas. Si se descuidaban y se deslizaban hasta colocarse paralelos bajo las poderosas olas, podían —y seguro que sucedería— quedar debajo o volcar en medio de un torbellino para no volver a salir jamás a la superficie. Si aquello sucedía, que fuese al menos sin sus ocupantes dentro.

Estaban dedicados a esta tarea cuando apareció una trirreme y pudieron arreglárselas para subir a bordo trepando por escalas de cuerda y agarrándose a otras cuerdas que les lanzaron los del barco. Abeth se sujetó fuerte al cuello de Hadon y colocó las piernas enlazadas a su cintura mientras les subían los del barco hasta cubierta. Una mar especialmente gruesa barría el puente unos momentos después. Hadon oyó un grito y, cuando se hubo quitado el agua de los ojos, miró en derredor. Un segundo antes, Hinokly estaba a su lado. Y ahora había desaparecido. No había

tiempo para pensar en su destino o sentir lástima por él. Había salido indemne de muchas aventuras y había sobrevivido cuando otros habían muerto. Y ahora, después de todo, también él se había ido a la morada de la terrible Sisisken.

Agarrándose a las cuerdas dispuestas a lo largo de la cubierta, siguieron a un oficial. Por dos veces, potentes olas estuvieron a punto de arrancarles del barco y lanzarles al mar. Poco les faltó para caerse de la escalera y precipitarse de golpe mientras bajaban a una bodega repleta de refugiados recogidos antes de que estallara la tormenta. Cuando cerraron el escotillón, allí quedó la gente rodeada de oscuridad y de terror, en aquel lugar donde el olor del vómito luchaba contra el olor del miedo. La niña, Abeth, gimoteaba de vez en cuando y Lalila trataba de calmarla. Pero su voz traicionaba su propio pánico reprimido. Hadon se sentó junto a ellas, rodeando a Lalila con su brazo. Paga y Kebiwabes se pegaban a su espalda. Ruseth se acurrucaba frente a él. Después de lo que a todos les parecieran horas, y es posible que lo fueran, Hadon se dirigió a Ruseth.

—¿Cuánto tiempo puede un barco como éste aguantar una tormenta así?

—No hay forma de predecirlo —respondió Ruseth—. Sólo podemos esperar que Piqabes no tenga planes para llevarnos a su seno.

Un minuto después, toda la gente que había en la bodega se vio lanzada con fuerza hacia adelante, y un segundo más tarde formaban un montón de cuerpos que alcanzaba seis pies de altura contra el mamparo. Un ruido de maderas rotas se oyó incluso por encima de sus gritos. Algo golpeó la escotilla de la bodega, haciéndola astillas, y el agua empezó a entrar de repente. Hadon se abrió camino entre los cuerpos hasta llegar con sus manos al suelo y tiró de Lalila, que estaba abrazada a Abeth, y las sacó de aquella masa retorcida que pataleaba y gritaba. La levantó en el aire hasta conseguir arrastrarla junto a la niña, hasta el pie de la escalera. Nada más alcanzar el primer peldaño, la cubierta se escoró con fuerza, lanzándoles hacia atrás de nuevo contra el mamparo. Por suerte para ellos, el golpe fue amortiguado por los cuerpos de los otros.

Se revolvieron entre aquella masa luchando por aferrarse otra vez a la escalera. Una vez más la cubierta se ladeó, en esta ocasión precipitándoles contra la propia escala. Y de nuevo se libraron del contacto directo contra la dura madera. Aquellos que habían estado intentando subir por la escala, actuaron de escudos involuntarios. A pesar de todo, incluso aquel amortiguado efecto de la colisión fue suficiente para hacer daño a Hadon y

a Lalila. Abeth había tenido suerte. Apenas sufrió daño alguno.

Los que fueron capaces de hacerlo, consiguieron subir por la escalera a empujones o tirando de los otros para apartarlos de su camino. Al poco, todos, excepto los que se encontraban malheridos y el grupo de Hadon, se hallaban fuera de la bodega. Hadon había contenido a sus camaradas para que no se incorporasen a aquella fuga impulsada por el pánico. Les había gritado que esperasen, dando incluso un golpe en la barriga al bardo para que se apartase de la escalera. Y luego, una vez que hubo quedado el camino libre, les dijo:

—Ya nos podemos ir.

Con Hadon a la cabeza, subieron por los pronunciados peldaños. Para entonces ya se podían ver las cosas mejor: acababa de amanecer. El cielo aún se mantenía gris negruzco pero el viento había desaparecido como si Piqabes hubiera proclamado un edicto. Las olas eran redondas de nuevo y no aquellas formas, altas y afiladas como acantilados, que habían sacudido y zambullido el barco de forma tan violenta.

A pesar de todo, el buque, aunque un poco escorado hacia babor, no daba la impresión de moverse mucho. Subía y bajaba de forma muy ligera y su avance de proa parecía totalmente nulo.

Hadon dio un grito. Los otros, al llegar hasta él, no pudieron evitar una exclamación. Se encontraban en la parte delantera del navío, lo que, dada la situación, no dejaba de ser una circunstancia afortunada para ellos. La parte posterior del buque había desaparecido. Se había partido, desgajado del resto del buque y desaparecido en el mar.

Hadon bajó por la inclinada cubierta hasta la barandilla y echó una mirada a los restos machacados de los remos que sobresalían de las tres hileras de abajo. Había cuerpos colgando de las portillas, pero otros, heridos o ilesos, trepaban por las portañolas en busca de una superficie donde situarse entre aquella ruina.

A Hadon le invadió una sensación de irrealidad. ¿Con qué había chocado el barco? ¿Qué era lo que lo mantenía a flote?

—Perece como si fueran maderos, cientos de troncos, miles quizás —murmuró.

—Eso es lo que son —le contestó Ruseth—. Hemos chocado contra una de esas colosales balsas de los
K'ud"em'o
, la gente del tótem de la Nutria Marina que vive en la costa, al sur de la ciudad de Bawaku.

Bawaku, recordó Hadon, era una importante ciudad portuaria situada en la costa oeste del Kemu. Se hallaba también levantada en armas contra Minruth.

Ya empezaba a notarse más vida a bordo de barco. Los marineros se habían recuperado de la colisión y empezaban a liberarse de las cuerdas a las que se habían atado en cubierta o salían ya de las bodegas donde se habían refugiado. Un oficial gritaba a unos marineros para que cortasen la jarcia suelta desprendida del mástil, que se había partido y había caído a la cubierta de proa. Varios cuerpos yacían debajo.

—¿Qué cree que está haciendo? —dijo Ruseth—. Este barco nunca ya volverá a navegar.

Hadon miró a su alrededor y dijo:

—El oficial es un *datoepoegu*, un segundo de a bordo. Es el único oficial que veo. Los otros deben de haber estado en la sección de popa o han quedado heridos bajo cubierta.

—Hay muchos hombres heridos —dijo Lalila, refiriéndose a los gritos y llamadas de socorro que salían de abajo.

Hadon señaló hacia los troncos.

—Ahí hay algunas personas. Deben de ser los
K'ud"em'o
.

Unos cincuenta hombres y mujeres con algunos niños y perros avanzaban por la superficie de la inmensa balsa. Sus oscuras facciones indicaban su origen Khoklem básico: narices chatas, labios gruesos y pelo liso y oscuro. Llevaban el pecho pintado con cabezas rojas estilizadas de nutrias marinas. Sus largos cabellos los repartían en siete tirabuzones, cogidos cerca del nacimiento del pelo con unas cintas de cuentas brillantes de color azul. Los dientes de los hombres habían sido limados para dejarlos puntiagudos. Llevaban taparrabos de piel de nutria marina, aseguradas por unas estrechas cintas de cuero atadas a la cintura y a los muslos. De no ser por el uso de esta prenda y de los brazaletes, tobilleras y rosarios de metal con que se adornaban, irían desnudos.

Las mujeres llevaban unos pequeños delantales triangulares hechos de piel y sujetos por cuerdas a la cintura. Sus mejillas habían recibido una buena capa de colorete y tenían los labios pintados con alguna sustancia de color azul. De la nariz les colgaban unos grandes anillos de bronce o de oro. Todos llevaban tridentes o espadas cortas y puntiagudas. Sin embargo, no actuaban de forma beligerante o defensiva. Únicamente parecían curiosos.

Para entonces, el teniente se había dado cuenta de que era el único oficial a bordo. Llamó a los hombres para que abandonasen la inútil tarea de dejar libre el mástil y les envió a atender a los heridos, que es lo que debería haber hecho desde el principio.

Hadon lanzó un cabo por el costado del buque y bajó por él. El barco había irrumpido contra una pared de pequeños troncos, cuya altura le llegaba a la cintura, construida alrededor de la balsa, por cuyo hueco podía entrar el agua. Ésta le llegaba aquí hasta el tobillo, debido principalmente a que el peso del barco hacía que esta parte de la balsa se hundiera un poco bajo la superficie.

Hadon avanzó por el agua, dejó el barco atrás, siguió unas veinte yardas y se detuvo donde los troncos estaban apenas mojados en su superficie. La gente de la balsa aminoró el paso y hablaron entre ellos. Sus perros, unas grandes bestias escuálidas y huesudas, corrían ladrando hacia él. Hadon se detuvo a esperar, con la mano derecha levantada mostrando el signo universal de la paz. Los animales se detuvieron justo a unas pulgadas de él y uno de ellos se puso a olisquearle el talón por detrás. Hadon no se acobardó. Esperó tan plantado como un árbol. Un hombre, que llevaba el único sombrero de todo el grupo, consistente en un alto cilindro de alas anchas con tres largas plumas blancas que sobresalían desde la copa, se acercó hasta él. Era muy ancho, con prominente barriga y ojos rasgados, y apestaba a pescado. Hadon supuso que su sonrisa era amistosa, aunque aquellos afilados dientes la hacían parecer siniestra.

Se llevaron a cabo las presentaciones. El hombre era Qasin, jefe del clan de la Nutria Marina Roja. Su nombre significaba Corazón Negro, aunque aquello no implicaba necesariamente nada menospreciativo respecto a su carácter. Parecía verdaderamente generoso. Se ofreció a recoger a los heridos y llevarlos a un «área de personas enfermas». Al menos ésta fue la interpretación que Hadon dio de la pronunciación del hombre. Qasin hablaba Khokarsano comercial, una jerga entendida en la mayoría de los grandes puertos y utilizada por las tripulaciones políglotas de los buques mercantes y de la Armada. La forma en que pronunciaba ciertas vocales y consonantes hacía que resultase difícil entenderle.

Hadon consiguió hacerle saber que él no tenía autoridad sobre el barco ni sobre la tripulación. Él y sus amigos eran sólo pasajeros, recogidos a bordo tras la destrucción de Rebha.

Al oír esto, los ojos de Qasin se abrieron de pronto y le pidió a Hadon que le diese más detalles. El jefe dio un grito entonces y los otros corrieron

junto a él. Les parloteó en un idioma que no sonaba lo más mínimo a ninguna lengua de Khokarsa que Hadon hubiera oído en su vida. De hecho, parecía la lengua de los Klemqaba, los pueblos primitivos que vivían allá al sur de Bawaku.

En cierto momento del discurso, la gente empezó a alborozarse, a cantar, a bailar, a dar vueltas sobre sí mismos, a abrazarse y a besarse. Cuando el jefe hubo terminado de hablar a su gente, se volvió hacia Hadon.

—No nos regocijamos porque toda esa gente haya muerto —le dijo—. Aunque, sin duda, han debido de hacer algo para merecerlo. De otra forma Piqabes no les habría enviado semejante muerte. Pero nos sentimos felices porque esto significa que Rebha ha dejado de ser un peligro para nosotros. Demasiadas veces nuestras balsas han derivado hasta la ciudad y el comandante de Rebha nos ha impuesto fuertes multas por los daños y las muertes causadas. Pero no se nos puede culpar por ello, pues Piqabes es la que envía las corrientes que llevan nuestras balsas a veces contra los pilares de Rebha.

»En otras ocasiones, aunque no nos acercásemos lo suficiente a Rebha para, según ellos, constituir ningún peligro, así y todo decían que estábamos demasiado cerca según las leyes de Rebha. Y entonces el comandante enviaba a sus marinos a nuestras balsas y éramos multados por infringir las leyes. Y los beneficios que habíamos obtenido de nuestro duro viaje pasaban a sus manos. Estos marinos también se llevaban aparte a nuestra mujeres, se supone que para interrogarlas, y luego las violaban. Y si nos atrevíamos a quejarnos, éramos multados por causar dificultades, ¡por mentir! No, no sentimos ningún amor por Rebha y menos por su Armada. Pero Piqabes nos ha vengado. ¡Todo el honor a la Diosa de los Dos Mares!

Qasin pronunció lo que parecía toda una retahila de órdenes a sus hombres. Mientras tanto, otros se les habían unido, procedentes de ambos extremos de la balsa. Al final se encontraron reunidas unas trescientas personas. Cuando su jefe hubo terminado se diseminaron todos para subir por las cuerdas al navío escorado. El *datoepoegu* trató de detenerlos, pero ellos hicieron caso omiso de su presencia. Cuando sacó su espada para amenazarles, fue golpeado desde atrás con la parte plana de un hacha. Su cuerpo inconsciente fue arrastrado por cubierta y arrojado al mar por la parte rota de la galera. Hadon pensó que, con toda probabilidad, estaría muerto, pero el oficial salió a la superficie un minuto después, farfullando y medio atragantado. Consiguió nadar hasta la balsa, donde Hadon le extendió una mano para subir a bordo.

Después de que se hubo recuperado lo suficiente como para sentarse y poder hablar, el oficial le dijo a Hadon:

—¡Tienes que darme tu nombre! ¡Necesito que actúes de testigo cuando llegue la ocasión de someter a estos salvajes a juicio! ¡Ya viste cómo realizaron un abordaje no autorizado a uno de los barcos del Emperador y como me atacaron a mí, a uno de sus oficiales delegados!

—Si yo estuviera en tu lugar, guardaría silencio sobre mis intenciones —le contestó Hadon. Y le volvió la espalda, alejándose de su presencia.

Ayudó a Lalila y a Abeth a bajar del barco. Ya para entonces la mayoría de los marineros y de los refugiados que quedaban vivos lo habían abandonado. A los que podían andar se les instaba a transportar a aquellos de sus compañeros que tuvieran heridas de consideración. Se habilitaron literas traídas del barco o preparadas con tablas arrancadas del propio navío. Tan pronto como los marineros hubieron quedado separados del resto, bajo guardia, comenzó el desmantelamiento de la galera. Martillos, sierras y palancas de bronce arrancaron las tablas. Se enrollaron las cuerdas y se pasaron a la balsa. Se vaciaron las bodegas. En un tiempo sorprendentemente breve, el barco había desaparecido. Toda su madera y sus accesorios de metal fueron transportados a tierra firme, si es que se podía utilizar semejante término para designar lo que, después de todo, era únicamente una enorme almadía. Las provisiones y las cuerdas fueron llevadas hacia un pequeño poblado situado en el extremo oeste de la enorme balsa.

Los muertos del barco habían sido colocados aparte, unos junto a otros, codo con codo. Se los había desposeído de sus ropas, de sus anillos y de sus armas, que habían sido llevados a alguna parte desconocida. El oficial se encontraba ahora ya en pie y protestaba vigorosamente. Nadie le concedía la mínima atención, lo que no dejaba de ser una verdadera amabilidad, relativamente hablando. El oficial seguía exigiendo a Hadon que le ayudara a conseguir la devolución del barco. Hadon le contestó que los dejase en paz. ¿No se daba cuenta de que se encontraba completamente a merced de la gente de la balsa? Si los
K'ud"em'o
querían le podrían matar y arrojar su cuerpo al mar. Si persistía en su actitud estaría poniendo en peligro a toda su tripulación. Si la gente de la Nutria Marina Roja se veía obligada a asesinarle, tendrían que deshacerse de todos los testigos, lo que significaba también que Hadon y su grupo se hallarían en grave peligro, a pesar de no pertenecer a la Armada:

De hecho, dijo Hadon lanzando una centelleante mirada al oficial, si no cesaba en su inútil y verdaderamente peligrosa intromisión, él mismo le daría un empujón y le tiraría al mar. No estaba especialmente interesado en la posibilidad del fallecimiento repentino del oficial pero no quería verse envuelto en posibles repercusiones a consecuencia de sus palabras.

—¡Eres un traidor!

—No soy partidario del blasfemo y traidor rey Minruth —le contestó Hadon en tono despreciativo mientras ponía la mano en la empuñadura de su espada. ¿Tendría que decapitar a aquel estúpido para evitar problemas en el futuro? Y eso sin tener en cuenta la gratitud adicional por parte de la gente de la balsa.

—¡Eres un rebelde y, lo que es peor, reniegas de la primacía de Resu! —replicó el oficial.

—Puesto que estoy en posesión de todas mis facultades, claro que lo soy —contestó Hadon—. Y en cuanto a quién es el rebelde y quién no lo es, de eso no hay ninguna duda. Tú eres el rebelde y el traidor y, sin ninguna duda, la odiosa Sisisken, hija mayor de la gran Kho, te ha señalado ya como huésped prematuro de su casa.

El oficial se puso pálido. Hadon se alejó y se dirigió hacia una sacerdotisa que administraba los ritos finales a los fallecidos. Cantaba el cántico de los muertos mientras embadurnaba la frente de cada cadáver con arcilla negra, azul y roja, disponiendo las manchas para que formasen las esquinas de un triángulo. Su núbil ayudante, cuyo rostro y pechos estaban pintados en círculos alternos de negro y blanco, agitaba un incensario, donde ardían agujas de pino, sobre el rostro de cada cadáver después de que la sacerdotisa lo hubiera ya pintado. Nueve veces se balanceaba el incensario mientras la ayudante gritaba el nombre de la víctima. Cuando no había podido conseguir que los supervivientes le dieran el nombre de alguno de aquellos muertos debido a que su rostro se hallaba totalmente desfigurado, ella le daba el nombre del primer hombre creado por Kho: Qawi.

El jefe, Qasin, estuvo un rato observando a su esposa y Reina, la sacerdotisa principal, realizar su oficio entre los muertos. Luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza y seis hombres musculosos comenzaron a arrojar los cuerpos al mar. Después de que se hundiera el octavo cadáver, apareció en el agua el grasiento lomo de un pez roncador y el noveno cadáver fue engullido por unas mandíbulas cavernosas.

—Piqabes no desperdicia nada —dijo Qasin mientras hacía el antiguo signo utilizado ya sólo entre los ancianos y los primitivos—. El pez se come

a nuestros muertos y nosotros nos comemos al pez.

Capítulo 20

Mientras seguían al jefe hasta la aldea central, Hadon le contó la historia de su grupo. Al principio había dudado si debía revelar sus identidades, pero la actitud de los
K'ud"em'o
parecía no ofrecer peligro. Además, Hadon pensó que esto aseguraría a los
K'ud"em'o
que ellos no estaban con los marineros.

El jefe se mostraba perplejo. No había recibido noticia alguna desde que la balsa se había hecho a la mar desde su base en tierra hacía cinco meses ya, y las noticias de Khokarsa solían tardar tres meses en llegar.

Qasin escuchó atentamente, aunque interrumpió a Hadon frecuentemente con exclamaciones de horror o de rabia. No eran, sin embargo, los cambios políticos los que le preocupaban, puesto que la lealtad de su tribu al concepto de imperio era más bien tenue. Era la revuelta religiosa lo que le ponía frenético.

Llegaron a la parte central de la balsa que —Hadon se enteró entonces— tenía milla y media de largo por media de ancho en la parte más amplia. Constaba de cincuenta cabañas en forma de colmena construidas con palos de bambú y con cubiertas de caoba. Se apoyaban en soportes cuyos extremos se clavaban en agujeros abiertos en los troncos. Cada una albergaba a unas diez personas y varios perros. Con mal tiempo, también tenían dentro cabras, monos y cotorras domésticos.

La cabaña central era la más grande. Era el santuario de la diosa de ojos verdes, Piqabes, diosa del mar. Frente a la entrada, había un gran bloque de madera de caoba rebajado con una escalinata de doce escalones cortados a cada lado. Encima del bloque se había colocado una inmensa mole de granito en cuya parte superior se había excavado un agujero y en su interior

se había cincelado una composición espiral.

—La piedra de C'ak'oguq"o —dijo el jefe al ver la expresión curiosa de Hadon—. Es nuestra diosa de la curación, aunque puedes llamarla Qawo si quieres. La piedra se encuentra situada delante de su templo en nuestra aldea principal —continuó Qasin—. Es decir, hasta que hayamos ensamblado nuestra balsa y colocados los suministros y mercancías comerciales en ella. Luego la llevamos con mucha ceremonia a la balsa y la colocamos aquí, delante del templo de Piqabes.

Hadon estaba sorprendido por la historia del jefe. Cada dos años se cortaba una enorme cantidad de árboles valiosos en las tierras altas del país de los K'ud"em'o y se echaban al río principal. Los troncos bajaban flotando y atravesaban muchos rápidos y numerosas cataratas. Al final, llegaban a la desembocadura del río y entraban en una bahía protegida por un gran rompeolas de tierra construido por la tribu. La desembocadura del río estaba a bajo nivel en aquella época, pues la tribu había desviado la corriente principal hacia un antiguo canal.

Los troncos se ensamblaban en la tranquila zona situada detrás del rompeolas hasta tomar la forma de una balsa cuya longitud era tres veces superior a su anchura. Grandes enredaderas sujetaban y mantenían unidos dos tercios de los troncos. El resto quedaba asegurado con puentes de madera, ajustados con recalces clavados en agujeros abiertos en los troncos. Cuando la balsa estaba ya totalmente construida, las casas ya levantadas, los suministros almacenados y los animales y las personas se habían trasladado ya a ella, entonces se destruía el rompeolas. Esta era una operación que no encerraba excesiva dificultad, puesto que, de todas formas, la acción del mar había ido haciendo lentamente su trabajo. El río era entonces reconducido a su curso principal y aquello hacía que la balsa iniciara su movimiento hacia el mar, a la vez que se terminaba por derruir el dique de tierra.

La fuerza del río empujaba suavemente la balsa hacia el interior del Kemu. Aquí les cogía la corriente marina y empujaba lentamente el gigantesco ensamblaje hacia el Sureste.

La gente de la balsa vivía durante seis meses en su isla de madera flotante mientras se dirigían a Wethna. Su principal fuente de alimentación era el pescado que capturaban, pero bebían leche de cabra y comían la carne de este animal. Sus almacenes les suministraban nueces y bayas,

quimbombó para sopa y trigo de escandía y harina de mijo para hacer pan. También bebían vino y el áspero licor de turba llamado *i'okoko*, comprado a los Klemqaba del Sur. Guardaban el suficiente para venderlo después de añadirle agua en una proporción de cinco a uno. Los
K'ud"em'o
no engañaban a los de Wethna con esta dilución, pues sólo los Klemqaba podían beber aquel ardiente líquido y vivir después para jactarse de ello.

Pero ahí no terminaba todo. La tribu de la balsa vendía sus troncos con un gran beneficio, ya que la caoba y los demás árboles valiosos no crecían en la parte de la costa de Wethna. También vendían o trocaban objetos de artesanía, diosecillos de la buena suerte tallados, silbatos de hueso de águila, estatuas fálicas de jadeíta que representaban a sus deidades aborígenes, lo que fascinaba a los de Wethna al no estar familiarizados con todo ello. Y polvos afrodisíacos y contraceptivos, hechizos para la fertilidad, brazaletes para librarse del mal de ojo y de las enfermedades, y consoladores ceremoniales ribeteados de plumas de una variedad de martín pescador que sólo se podía encontrar en el país de los
K'ud"em'o
.

—Supongo que no terminaréis vuestro viaje en el puerto de Wethna —inquirió Hadon—. La corriente no siempre podría llevaros a sus puertas.

—Y así es —respondió Qasin—. Las balsas por lo general terminan su viaje a una distancia de entre cincuenta y setenta millas a una parte u otra de Wethna. Luego hay que llegar a acuerdos con los mercaderes de la ciudad para transportar los troncos y las mercancías por la carretera de la costa. Y eso lo pagamos, claro está.

Una vez que ya se había vendido todo, la tribu construía varias embarcaciones pequeñas y volvían remando a su tierra. La mayor de ellas llevaba la piedra de la diosa de la curación.

—¿Os habéis perdido alguna vez por culpa de una tormenta o de un accidente? —preguntó Hadon.

—Nunca. Venimos haciendo esto desde hace ya trescientos años y, aunque nos hemos visto inmersos en algunas tormentas terribles, siempre la balsa con la piedra ha logrado salir adelante con toda seguridad. Sin embargo, hay una profecía entre mi gente que dice que, si la piedra se perdiese, los Dos Mares se secarían entonces.

Y habiendo llegado por fin a casa después de un viaje de regreso que había durado dos meses de dura navegación contra viento y marea, los

viajeros se reunían con los que habían quedado detrás. Desde la costa y las montañas, las gentes de la tribu bajaban a regocijarse con los balseros. La fiesta se prolongaba hasta que se gastaba todo el dinero, durando a veces dos meses o más. En esta ocasión, todos se divertían y bebían gratis. Los entierros se celebraban en medio de una alcohólica hilaridad. Se llevaban a cabo ceremonias matrimoniales, y los niños, algunos de los cuales habían esperado durante tres años, recibían sus nombres públicos.

—Nada que tenga verdadera importancia se realiza fuera de la fiesta de bienvenida —dijo Qasin—. Hasta entonces, los muertos son colocados al aire libre en la cima de una colina. Cuando la fiesta está a punto de empezar, se recogen sus huesos, se lavan y se envuelven en hojas de palma y se bajan a la costa para el entierro. Nadie puede casarse hasta entonces, aunque, por supuesto, las parejas viven juntas y tienen hijos. Ni tampoco se puede divorciar nadie hasta la fiesta, aunque la gente se separe mientras tanto. Lo mismo sucede con la propiedad, que no puede cambiar de manos, al igual que no se puede juzgar a los que quebrantan la ley hasta que comience la fiesta.

—Pero si, como dices, el juez, el fiscal, el acusado y su defensor están todos borrachos, entonces tendréis muchos errores judiciales —comentó Hadon.

—No más que cuando estamos todos sobrios —dijo el jefe.

—¿Y no es injusto encarcelar a un hombre durante dos años mientras espera que se celebre su juicio?

—No encarcelamos al acusado hasta que no se celebra la fiesta —respondió Qasin—, a menos que sea una amenaza pública declarada, en cuyo caso le matamos. Y si ha huido a las montañas, entonces ha asumido automáticamente su culpabilidad.

Qasin se subió a una plataforma y ordenó que tocasen una enorme campana de bronce. Esto hizo venir a la gente desde las pequeños asentamientos situados en las cuatro esquinas de la balsa. Cuando todos estuvieron reunidos, el jefe les contó las noticias del terrible cisma que había hundido al Imperio en un período sangriento. Se levantó un clamor que duró media hora. El jefe volvió a establecer el orden disponiendo tocar la campana de nuevo.

Los marineros y los refugiados heridos, vendados y embadurnados con ungüentos curativos llegaban renqueando o eran trasportados por otros. La sacerdotisa salmodiaba sobre sus cabezas y luego, uno por uno, iban pasando por el agujero de la piedra. Si no podían arrastrarse por sí mismos,

alguien les empujaba o tiraba de ellos. Después de que hubiera pasado cada uno como el extremo de un hilo por el ojo de una aguja, era examinado por dos médicos, una sacerdotisa y un sacerdote, que palpaban el cuerpo y la cabeza de los heridos. Luego hacían señas a una veintena de jóvenes que se hallaban de pie allí cerca. Los jóvenes se llevaban a unos hasta un grupo de chozas cercano para que se curasen. A otros los transportaban en literas hasta una choza situada a cierta distancia al oeste de la aldea central.

Hadon preguntó por la razón de la segregación.

—¿Ves las espirales del interior del agujero de la piedra? —le preguntó Qasin—. Son marcas mágicas que recogen las corrientes que pasan por el cuerpo de la tierra y del mar. Las concentran, las amplifican, las reconstruyen. El campo de fuerza es curativo y cualquiera que lo atraviese queda curado de cualquier cosa que le aqueje. O, si está sano, entonces queda sobrecargado con las corrientes de la bondad.

—¿De la bondad? —se extrañó Hadon.

—Sí —respondió el jefe—. Ser bueno es estar sano y viceversa. Un hombre puede ser malo y, a pesar de todo, parecer que tiene perfecta salud, pero no está realmente sano.

—¿Qué ocurre con esos que han sido colocados en aquella choza a la izquierda?

—Han llegado ya demasiado lejos para beneficiarse del campo curativo del agujero —respondió Qasin—. Serán golpeados en la cabeza con unas mazas bendecidas especialmente —no queremos que sus espíritus ronden por esta balsa— y luego serán arrojados al mar.

—Pero… pero… ¡Podrían sobrevivir! —exclamó Hadon alarmado.

—No —contestó Qasin—. Los vicarios de
C'ak'oguq"o
son muy sensibles ante el aura que irradian los labios de su piedra. Pueden sentir la falta de fuerza vital. Se estremecen ante el frío de la mano de la terrible Sisisken sobre la carne de los infortunados. Es cierto que los enfermos podrían vivir cierto tiempo. ¿Pero por qué prolongar su dolor y su miseria? Además, no tenemos excedentes de comida a bordo. En realidad no podemos dar de comer a todos esos marineros. Así que…

Momentos después los heridos fueron sacados al exterior y sus cráneos aplastados con hachas de piedra. El teniente corrió hacia el lugar donde se estaba llevando a cabo la matanza y protestó con fuertes gritos. El jefe hizo una señal con la mano y un joven descargó su hacha sobre la cabeza del oficial.

—No nos gusta la gente que obstaculiza nuestras tradiciones —dijo el jefe.

—Yo siempre he creído personalmente que un forastero debe honrar las costumbres de la gente entre la que se encuentra —dijo Hadon. Pero se sintió enfermo cuando se fue de allí. Más tarde se dijo a sí mismo que la muerte del oficial había sido lo mejor que podía haber sucedido. Ya no podría nunca informar de que los tan buscados Hadon de Opar y la Hechicera del Mar se encontraban en Wethna.

Este pensamiento le hizo preguntarse por la suerte de los marineros que habían sido perdonados. Y le preguntó a Qasin por ellos.

—Serán interrogados —respondió Qasin—. Los que sean leales a Kho y que escondieron sus verdaderos sentimientos por tener que estar al servicio de Minruth, podrán bajar de la balsa cuando lleguemos a la costa. Aquellos que elevan al Dios Flamígero por encima de su rango natural, que degradan a la Diosa Blanca, Madre de Todos, no se encontrarán entre nosotros cuando avistemos las costas de Wethna.

Posteriores interrogatorios descubrieron que la balsa no transportaba embarcaciones pequeñas que pudieran servir a Hadon y a su grupo para llegar antes a la costa.

—Tendréis que quedaros aquí durante los dos próximos meses —le dijo Qasin—. A no ser que un barco pase lo bastante cerca para que le podamos hacer señas y pueda subiros a bordo. Pero no es muy probable que eso suceda.

—Lalila está embarazada de dos meses —dijo Hadon—. Estará de cuatro meses cuando lleguemos a Wethna. Y, desde aquí, el viaje a Opar es largo y peligroso. En condiciones normales yo no me preocuparía por el tiempo de viaje, puesto que una galera o un barco de vela rápido nos podría llevar en dos meses. Pero ahora hay piratas por todas partes y no hay imperio para mantener la ley. Cada ciudad está preparando su independencia y muchas ciudades pequeñas y aldeas están ansiosas por librarse del gobierno de las grandes ciudades. No sabemos lo que nos podremos encontrar cuando toquemos puerto. Además, por lo que he oído, Minruth dejó barcos y hombres suficientes para cerrar el Estrecho de Keth, lo que significa que tendremos que llegar a Kethna por tierra. La península es un territorio salvaje, áspero y peligroso, montañoso y plagado de depredadores de cuatro y de dos patas. Cinco meses no es mucho tiempo en realidad para ir de Kethna a Opar en esas condiciones.

—Cierto —dijo Qasin—. ¿Pero por qué preocuparse? No puedes hacer

nada hasta que no llegues a Wethna. Mientras tanto, disfruta. Ven a mi choza. Voy a abrir una jarra de
s”okoko
para nosotros y pronto olvidarás tus problemas. Dejémonos llevar por la balsa y disfrutemos de la vida.

Y le dedicó a Hadon una amplia sonrisa con todos aquellos dientes triangulares. Sin duda quería mostrar cordialidad, pero la sonrisa aún parecía siniestra.

Capítulo 21

Setenta días después, todos los componentes del grupo de Hadon, menos Ruseth, abandonaban Wethna en un velero mercante. Ruseth se quedaba, pues trataba de embarcarse al día siguiente como marino en una galera mercante. Y puesto que su barco se había perdido, consideraba que ya no le incumbían las órdenes recibidas de llevar a Lalila a Opar. Volvería a Khokarsa e intentaría interesar a Awineth en la construcción de una flota de barcos de vela cangreja. No le diría nada, claro estaba, de su participación en la fuga de Hadon y Lalila de la isla.

—Iré a Dythbeth —había dicho Ruseth—. O intentaré entrar en la ciudad. Es posible que para estas alturas haya caído ya. Si Awineth está viva y no ha sido capturada, la encontraré y la convenceré de que construya una nueva flota. Si tiene posibilidades de hacerlo… Bueno, no importa. Ya veré lo que puedo hacer cuando llegue allí. Si llego. Los de Wethna dicen que hay muchos piratas ahora que la marina ya no puede mantener el orden en alta mar.

Hadon le deseó suerte, pero no pensaba que Ruseth tuviera muchas probabilidades de éxito.

Y en este terreno, sus propias posibilidades tampoco eran demasiado buenas. Ninguna de las dos rutas abiertas era fácil ni estaba libre de peligros. El camino normal hacia el Mar de Opar era a través del Estrecho de Keth. Pero éste, según los informes de Wethna, se hallaba bajo bloqueo por su extremo norte. Había seis trirremes, cuatro birremes y un cierto número de barcos más pequeños anclados en aquel lugar. Para dificultar más las cosas, al menos doscientos soldados de infantería de marina se hallaban acampados en la parte alta de los acantilados que dominaban la entrada del estrecho. Minruth había ordenado a su flota que permaneciese alerta en la zona, aunque la necesitase muchísimo en Khokarsa.

Bien sabía Minruth lo ambicioso que era el mandatario de Kethna. Los reyes de esta ciudad siempre habían tenido fama de ser excesivamente independientes y arrogantes con frecuencia, porque dominaban la parte sur del estrecho. Ningún barco podía abandonar el Kemuwopar para llevar sus mercancías desde Opar hacia el Kemu si la flota de Kethna no lo permitía. Y en tiempos de conflictos, las flotas de Kethna se habían aventurado a entrar en el Kemu y habían devastado la flota mercante y la marina de Khokarsa. Una expedición de Kethna había llegado en una ocasión a saquear las costas de la propia Khokarsa y había estado a punto de capturar al Emperador.

No había ninguna comunicación de Kethna por el momento, pero las autoridades de Wethna esperaban que la flota de aquella ciudad atravesara algún día el estrecho y atacase a la flota de Khokarsa. Después de todo, los de Kethna tenían a mano una flota mucho mayor y podían enviar una expedición por tierra contra los soldados de infantería de marina que tenían tomados los acantilados de la salida del estrecho.

De hecho, el tema principal de conversación en el mercado y en los muelles era por qué Kethna no había atacado todavía. Algunos especulaban que Kethna tenía proyectos más inmediatos, tales como defenderse de los piratas de Mikawuru. Nadie sabía cuál era la verdadera situación puesto que todas las comunicaciones estaban interrumpidas. Por supuesto que esta falta de noticias fidedignas no impedía que la gente contase toda clase de patrañas como si fuesen verdad. Siempre había sido así y siempre lo sería.

Hadon consideró la posibilidad de viajar por la costa hacia el Oeste hasta llegar a una pequeña aldea situada a unas treinta millas al este del estrecho. Allí podrían desembarcar y seguir por las montañas de la península hasta el Mar de Opar. Podrían dirigir sus pasos por la escarpada costa hasta la ciudad de Kethna. Y allí, con suerte, comprar pasajes en un barco mercante que les llevase a Opar. Otra posibilidad era comprar un pequeño barco de vela. O, si no tenían dinero, robar una embarcación.

El mayor problema que tenía este plan era que el viaje por las montañas, aunque fuera relativamente corto, tenía fama de ser muy peligroso. De las dos rutas posibles, ambas eran difíciles de atravesar y estaban atestadas de bestias salvajes y de forajidos. Se decía incluso que una variedad de Nukaar, el hombre-mono peludo de los árboles, habitaba en esa área. Se decían muchas cosas de esa tierra y ninguna era buena.

Otra ruta sería ir directamente al sur de Wethna. También ésta suponía ir por las montañas y cruzarlas les costaría cinco veces más que por la otra ruta. Sin embargo, una vez cruzadas, el grupo se encontraría mucho más

cerca de Opar. Saldrían, teóricamente, junto a la ciudad de Wentisuh. Allí podrían tomar un barco o incluso una barca de cabotaje hasta el puerto que abastecía a la ciudad interior de Opar. Después de mucho preguntar en el bazar y en los muelles, Hadon descartó la segunda ruta. Era tan peligrosa que nadie conocía a nadie que la hubiera utilizado con éxito alguna vez.

Paga sugirió una tercera alternativa.

—¿Por qué no tomar un barco pequeño y entrar en el estrecho amparados por la noche? Si no hay luna y el barco es lo suficientemente pequeño, podemos deslizamos junto a los grandes navíos. No van a estar anclados junto a los acantilados ni en la boca del estrecho, puedes estar seguro.

—No —dijo Hadon—. Pero el estrecho es muy angosto. Tiene solo unos ocho pies de anchura en la entrada. Los acantilados de los lados alcanzan una altura de doscientos pies y las montañas que tienen directamente detrás se elevan varios miles de pies. Si hay soldados de infantería de marina acampados a ambos lados, pueden observar cualquier cosa que pase por las aguas de abajo. Lo más seguro es que tengan lámparas o antorchas flotando sobre boyas en la boca del estrecho y eso hace que los soldados puedan ver por la noche también. Y, sin duda alguna, tendrán preparadas grandes piedras para lanzarlas sobre el barco, aceite hirviendo y sólo Kho sabe qué más. Podrán llamar a los barcos del bloqueo a toque de campana, con señales de fuego o cualquier otro medio, quién sabe. Además, no hay nada que les impida extender una red de un lado a otro de la boca del paso.

—¿Podríamos deslizamos por detrás de los guardias en cualquiera de los dos costados? —preguntó Lalila—. ¿Y luego caminar por la cima de los acantilados hasta el otro lado del estrecho?

—No —respondió Hadon—. Los acantilados se convierten en auténticas montañas. Hay algunas planicies un poco más allá, pero yo no sabría llegar hasta allí. Además, por esa zona rondan los salvajes Klemqaba.

Mientras se decidía qué hacer, Hadon aceptó un trabajo como guardaespaldas de un rico mercader de Wethna. Kebiwabes reunió algo de dinero cantando en las calles y en las tabernas. Paga se puso a trabajar como aprendiz para un herrero. Aunque no ganaba mucho, aprendió muchísimo sobre la técnica de trabajar el hierro. Esto duró treinta y cinco días, a cuyo final había ya dinero suficiente con el que comprar pasajes para la aldea de Phetapoeth. Sin embargo, no tenían bastante dinero para comprar una pequeña embarcación que sirviera a sus propósitos.

—Nos llevaría tres meses más ahorrar lo suficiente para comprar un

minúsculo esquife de pesca —dijo Hadon—. A Lalila le quedan cuatro meses para que venga el bebé. Dudo que podamos llegar a Opar antes de un mes, y más en estas circunstancias tan confusas. Pero si ahora compráramos pasajes para un barco que nos llevara a Phetapoeth, no podríamos abandonar la aldea una vez que nos encontrásemos en ella. Allí no hay trabajo. Así que…

—¡Así que tendremos que robar un barco! —dijo Lalila—. ¡O ir a Phetapoeth y luego atravesar las montañas!

—Creo —dijo lentamente Hadon— que tendremos que intentar atravesar el estrecho después de todo. Es arriesgado, pero es el camino menos peligroso.

—Y si no conseguimos atravesarlo, ¿podríamos intentar seguir por los pasos de la montaña por encima de Phetapoeth? —preguntó Lalila.

Parecía ansiosa y no era de extrañar, porque semejante viaje podía conseguir que hombres hechos y derechos lo contemplasen con cualquier otro sentimiento menos el de alegría. Para una mujer embarazada y con una criatura, emprender la aventura con sólo un bardo, un hombrecillo y Hadon —por muy diestro que fuera éste con la espada— si no era una verdadera locura, no se hallaba muy lejos de serlo.

Hadon sintió el enfado bullir en su interior. De alguna forma le había fallado a Lalila. ¿Pero qué más podía hacer? No era ninguno de aquellos héroes de los tiempos antiguos, Nakadeth, por ejemplo, que podía robarle un par de zapatos mágicos a una malvada araña y caminar por los cielos a su antojo y pasar por encima de aquellas mismísimas montañas en lugar de tener que rodearlas.

Lalila, mirándole fijamente, le dijo:

—No te enfades, Hadon. No puedes evitar ser solamente humano.

Él se quedó atónito —y no por primera vez— ante su habilidad para leerle el pensamiento. A veces se preguntaba si ella era de verdad una hechicera del mar. La idea de que semejante mujer le amara le hizo sentirse orgulloso pero, al mismo tiempo, también le inquietaba, al recordar ciertos pensamientos indeseables que había tenido con anterioridad. Por ejemplo, si Lalila pudo leer sus pensamientos cuando vio a la bella mujer del mercader para el que trabajaba… ¿qué haría?

Y ahora que surgía aquello… ella siempre tenía una sonrisa muy peculiar en aquellos días.

—¿Qué pasa ahora, Hadon? —preguntó Lalila.

—¡Oh! —respondió él, mirándola fijamente—. Nada. Estaba sólo

tratando de acordarme cómo era el estrecho tal como lo vi hace unos años.

Ella tenía ahora aquella misma sonrisa tan peculiar.

Hadon se fue a los embarcaderos aquella noche después del trabajo. Haciendo preguntas, encontró a un capitán de muelle y le preguntó por el pasaje a Phetapoeth.

—¿Por qué quieres llevar a tu mujer y a tu niña a aquel lugar dejado de las manos de Kho? —preguntó el capitán—. No hay trabajo para un *numatenu* allá. Además, han desaparecido demasiados barcos durante su travesía hacia allá. Hay piratas por toda esa ruta, honorable espadachín. Acechan en cada cala y en cada cueva, listos a arrojarse sobre cualquier barco que parezca presa fácil.

Hadon dudaba. Su primer impulso había sido decirle al hombre que estaba metiendo sus narices en el culo del mono[4]. Pero se contuvo, porque no quería enfadar a aquel tipo. Si llegaba a sospechar de Hadon, podría avisar a las autoridades y éstas podrían —no, lo harían— arrestarle para someterle a interrogatorio. Como en todas las ciudades, la fiebre de la caza de espías estaba en pleno apogeo. Wethna era, en teoría, neutral. No se había declarado ni a favor de Minruth ni a favor de Awineth. Esto la colocaba en una delicada situación puesto que, triunfara quien triunfase, podría decidir castigar a Wethna por no haber tomado partido con claridad. De hecho, pensaba Hadon, eso iba a ocurrir inevitablemente. Los padres y madres de la ciudad tenían que haber elegido un camino u otro, incluso aunque se hubieran visto obligados a lanzar una moneda al aire.

La razón de la neutralidad de Wethna era la esperanza de que el vencedor les estaría agradecido por no haber luchado en el lado enemigo. Hadon pensaba que aquello era bastante irreal. Los reyes y las reinas siempre pensaban que los que no estaban con ellos estaban en su contra. Y la Historia se había encargado de demostrar que las represalias por no haber apoyado totalmente al bando vencedor solían ser terribles. Ciudades enteras habían sido arrasadas y su población, hombres, mujeres y bestias, habían sido aniquilados a causa de haber mostrado tan sólo una tibia lealtad.

Eso, de todas formas, no era asunto de Hadon. Y aunque lo fuera, lo habría olvidado enseguida porque una preocupación repentina y mucho más inmediata vino a complicar aún más las cosas. Cinco días antes de que el grupo fuera a salir por fin en una galera mercante, la peste se cernió sobre Wethna.

Nadie sabía quién había traído la enfermedad a la ciudad, pero la mayoría suponía que los responsables habían sido unos marineros. No tenía

importancia. Lo que sí importaba era que esta peste concreta, llamada «la enfermedad del sudor», se extendía con terrible rapidez. Y mataba con una velocidad más terrorífica aún.

Kebiwabes fue el primero del grupo que oyó hablar de ella. Corrió a casa desde una taberna en la que había estado cantando. Estaba casi reventado en su apresuramiento por contar la noticia, que consistía en que varias docenas de personas en el muelle habían cogido la enfermedad. Y entre ellos estaba Hadon.

La enfermedad siguió su curso normal en los tres días siguientes. Primero le entró a Hadon un inexplicable sentimiento de terror, un sentimiento de condenación a la vez inexpresable y abrumador. Quince minutos después, empezaba a temblar violentamente. Sentía como si de repente hubiera sido sumergido en las heladas aguas de un lago de montaña. Luego se sintió mareado, sufrió un angustioso dolor de cabeza y un gran dolor en cuello, hombros, brazos y piernas. Era incapaz de levantar siquiera la cabeza.

Tres horas después tenía la sensación de estar ardiendo y entonces comenzó el profuso sudor que duró todo un día y toda una noche. El sudor se detuvo de repente, pero fue seguido de más dolor de cabeza, sed intensa, taquicardia y luego delirio.

Al final del proceso, Hadon se vio libre de los síntomas de la enfermedad, pero tuvo que quedarse en cama durante cuatro días más a causa de su extrema debilidad. Durante todo este tiempo no le atendió ningún médico. Aunque el bardo y Lalila se turnaron para buscar un profesional de la medicina mientras uno de los dos cuidaba a Hadon, no pudieron encontrar a nadie. Los médicos se hallaban demasiado ocupados para acudir o se encontraban enfermos o muertos. Lo único que podían hacer sus amigos era cuidarle y esperar lo mejor. Lalila y Paga se turnaban poniéndole compresas de agua fría sobre su cuerpo febril y levantándole la cabeza para que pudiese beber grandes cantidades de agua.

Se habían apagado los ruidos de las calles, las charlas y griterío de los transeúntes y los no demasiado distantes y variopintos sonidos de la plaza del mercado. A no ser por el sonar de los pasos en la calle y el ruido amortiguado del tambor al paso de las patrullas, o el grito de los recogedores de cadáveres para que sacasen fuera a los muertos, todo era quietud y silencio. De vez en cuando gritaba un hombre o una mujer, o lloraba un niño.

Un día después de que Hadon estuviera ya fuera de peligro, a Kebiwabes

le entró la irresistible sensación de una muerte cierta. Lalila y Paga ya tenían dos pacientes a los que cuidar, si bien Hadon ya no era una preocupación constante.

El bardo no murió a lo largo del primer día, lo que significaba que probablemente sobreviviría.

Lalila y Paga tuvieron que turnarse para salir en busca de agua y comida. El bazar había cerrado. Los vendedores se habían encerrado en sus casas o habían escapado al campo. Pero se podía conseguir comida si uno tenía bastante dinero. Unos cuantos mercaderes habían montado unos puestos en los muelles, protegidos por soldados que sólo admitían a aquellos que podían enseñar antes su dinero. En una ocasión, tres personas hambrientas robaron a Lalila cuando venía de vuelta a casa. La golpearon, derribándola al suelo, y echaron a correr con la cesta. Ese día tuvo que hacer dos viajes, llevándose a Paga con ella la segunda vez. No le gustaba dejar solos al convaleciente y al enfermo, pero si no tenían comida morirían de todas formas.

A veces, cuando el viento cambiaba, podían sentir el olor de los cuerpos quemándose en la gran pira funeraria erigida fuera de la muralla oeste. Y después se oía el lúgubre sonido de las gigantescas campanas de bronce de los templos de Kho y de Resu.

Lalila y Paga esperaban caer enfermos en cualquier momento, pensando que aquello era inevitable. Pero a ninguno de los dos les afectó la enfermedad y la niña también escapó de la epidemia. Abeth sí que cayó enferma cuatro semanas después, pero lo que tuvo fue algo parecido al tifus.

La enfermedad del sudor arrasó la ciudad, acabando con la vida de diez mil personas en una población de cincuenta mil. Por lo menos un tercio de la ciudad escapó al campo tan pronto como la enfermedad se extendió. Se la llevaron consigo, por supuesto, y se propagó también por las áreas rurales. Murieron un total aproximado de ochenta mil granjeros, pescadores, leñadores y artesanos. Todo el territorio de Wethna se vio envuelto en una apestosa nube de humo procedente de las piras funerarias.

Entre las víctimas se encontraba la bella esposa del rico mercader. Él se había quedado en la ciudad para recoger las ganancias de las provisiones de alimentos. Ella se fue a su villa de las montañas y allí murió, no de la enfermedad del sudor, sino mordida por una serpiente. Se tropezó con una cobra mientras paseaba una tarde por su jardín.

Al cabo de siete semanas, la enfermedad había pasado por la región y se había ido. Los supervivientes salieron de sus escondrijos y volvieron a

reorganizar la nación otra vez.

La enfermedad de Abeth pasó, dejándola débil e inapetente. Y tuvieron que transcurrir casi dos meses desde que llegaran a Wethna para que la niña pudiera reemprender el viaje.

Hadon había vuelto a trabajar con el mercader puesto que necesitaban dinero desesperadamente. Su puesto como guardaespaldas le daba la oportunidad de escuchar muchos de los detalles de los negocios de su patrón. Se enteró de la existencia de un pequeño barco de pesca que el mercader había comprado a bajo precio a la viuda de un hombre que había muerto durante la epidemia. Después de echarle un vistazo, Hadon decidió que el barco tenía exactamente el tamaño que necesitaban. Lo compró a buen precio y aún le sobró dinero para reaparejar la embarcación. Los hombres que contrató para hacer el trabajo pensaban que, evidentemente, estaba loco. ¿Qué hacía la verga sujeta cerca de la base del mástil y corriendo longitudinalmente? ¿Qué utilidad tenía aquello? ¿Y por qué cortaba diagonalmente una vela estupenda y perfecta, de forma que quedasen ahora dos velas triangulares totalmente inútiles?

Hadon sonrió y les dijo que estaba intentando hacer un experimento. No quiso decirles la verdad por lo que recordaba que Ruseth le había dicho acerca de las reacciones de las personas ante su propio barco. Tampoco quería caer bajo sospecha de brujería y ser sometido a una investigación sumarial.

Una noche, a eso de la una de la madrugada, él y los demás sacaron el barco del puerto. Para el amanecer ya habían perdido de vista la ciudad. Hadon estaba seguro que nadie les perseguiría. ¿A quién le importaba que se fueran? Su patrono se encogería de hombros y se alegraría de no tenerle que pagar la última semana —hasta que descubriese que Hadon se la había cobrado en provisiones—. Una cosa equivalía más o menos a la otra, así que Hadon estaba tranquilo de no haber hecho nada que no fuera honrado.

Alcanzaron el estrecho después de cinco días de navegación. Antes de llegar, sin embargo, pudieron comprobar que algo extraño había sucedido. Vieron los restos de una trirreme encallada y, dos millas más adelante, se encontraron con numerosos cadáveres que flotaban en un área bastante amplia. Hadon dirigió el barco, a plena luz del día, hacia la mismísima boca del paso. No vio señales de ninguna flota hasta que se acercó a la entrada del estrecho. La popa de una birreme sobresalía del agua, bloqueando casi el paso a la embarcación de Hadon. No podía entender qué era lo que mantenía el barco a flote, puesto que la profundidad en aquel lugar

alcanzaba casi cuatrocientos pies.

Habían arriado las velas y remaron despacio hasta sobrepasar el buque inmovilizado y la pared occidental. El sol se encontraba ya directamente encima de sus cabezas, lo que les permitía ver el agua hacia abajo a una cierta distancia. Hadon silbó y Kebiwabes lanzó un juramento. La galera se encontraba apoyada en una veintena de barcos hundidos, amontonados unos encima de otros.

—Aquí debe de haber habido una batalla terrible —dijo Hadon—. ¿Pero quiénes trataban de salir? ¿Los de Kethna?

—Más que probable —respondió el bardo—. Han debido de intentar echarles un pulso a los soldados de infantería de marina apostados en los acantilados. Y algunos deben de haberlo conseguido porque, si no, la flota de Minruth aún estaría aquí. Han debido de acabar con los barcos que llevaban a cabo el bloqueo y, en la batalla, todos se han hundido.

Esa parecía ser la única explicación lógica, si bien se podía pensar que era posible que hubiera sido obra de piratas que habrían atravesado el estrecho y no de los marinos de Kethna. De todas formas, no importaba demasiado quién había sido. El camino estaba libre. Los soldados apostados en las alturas habían desertado o habían sido aniquilados por la flota invasora. Quizás habría sobrevivido a la batalla un barco o dos de Khokarsa y se habría llevado a los supervivientes a casa, puesto que un barco solo no podía mantener un bloqueo.

A pesar de todo, el estrecho aún seguiría cerrado durante algún tiempo para cualquier embarcación que tuviera un calado mayor que el de un pequeño barco pesquero. Cabía la posibilidad de que, con el tiempo, la corriente trasladara los barcos hundidos a aguas más profundas o que los de Kethna quitasen de en medio los barcos situados más cerca de la superficie. Mientras tanto, Hadon y su tripulación, sin siquiera exceptuar a Lalila, cuyo embarazo estaba ya muy avanzado, manejaron el remo a través de las cincuenta oscuras y silenciosas millas del tortuoso estrecho. No avanzaron demasiado debido a la falta de brazos y tuvieron que dormir durante la noche. Les llevó más de una semana conducir el barco hasta el otro lado, semana en la que estuvieron constantemente preocupados por si aparecían los piratas o la gente de Kethna. Estarían perdidos si se encontraban con un barco, fuera cual fuera el tamaño que tuviera. Les sería imposible escapar.

Pero no había nadie más en el estrecho y, al décimo día de viaje, salieron, contra corriente, de la oscuridad y del silencio. Al igual que Keth, un antiguo héroe que fue el primero en entrar en el Mar del Sur, se vieron

cegados por la luminosidad de la luz del sol ecuatorial.

Y Hadon dijo:

—¡Lalila! Tenía miedo de que nuestra hija no pudiera nacer en Opar. Pero ahora tenemos una buena oportunidad de llegar a tiempo. Si Kho nos acompaña, estaremos en mi ciudad natal una semana antes de que se cumpla el plazo.

Lalila sonrió, aunque parecía cansada, macilenta e inquieta. Paga, el mismo pesimista de siempre, gruñó:

—Hadon, los niños no siempre vienen cuando se les espera.

Capítulo 22

Kebiwabes dijo que su viaje de Khokarsa a Wethna contenía material suficiente para llenar dos epopeyas. El viaje de Wethna a Opar ya tenía suficientes aventuras para componer tres epopeyas y eso que aún no había terminado. Hadon, en frase típica suya, dijo que todos los bardos exageraban enormemente, aunque admitía que sus experiencias vividas a partir de la huida de la capital de Khokarsa podrían fácilmente servir para una epopeya, si es que el bardo tenía verborrea suficiente.

—Y yo supongo —dijo Kebiwabes— que tú comprimirías todas las aventuras en tan sólo un poema lírico, en nueve o en veintisiete versos ¿no?

—Eso sería el último grito en poesía —le respondió Hadon. Y luego, viendo que el bardo parecía sentirse herido, añadió—: No hagas ningún caso a lo que estoy diciendo, Kebiwabes. Estoy cansado, tengo hambre y estoy nervioso. Lalila está tan hinchada que parece que vaya a explotar como un pellejo de vino demasiado lleno. Y estoy descargando mi frustración y mi miedo sobre ti.

—Para no mencionar tu falta de gusto —añadió Kebiwabes. Y se fue al otro extremo de la embarcación, que no estaba a demasiada distancia, y se puso a mirar hacia adelante. Pero su espalda expresaba el enfado.

Lo que había dicho el bardo no era del todo exagerado. Había habido numerosas ocasiones en las que Hadon pensó que estarían todos muertos un minuto después. Pero de alguna forma, con la ayuda invisible pero evidente de la poderosa Kho, habían logrado salir airosos del trance.

También había habido veces en las que el peligro no se había mostrado tan de cerca y, a pesar de ello, se habían sentido amenazados. Justo tres días antes, al anochecer, su embarcación pasaba por una desolada región pantanosa, por unas marismas que se extendían tierra adentro millas y millas y que luego terminaban de repente detenidas por las escarpadas

montañas. La única protuberancia entre el mar y las montañas era una masa montañosa situada a una milla hacia el interior. Hadon les contaba que se decía que aquello era el lugar donde había estado enclavada una antigua ciudad.

—Fue fundada por Bessem, el hijo exiliado de Keth. Discutió con su padre y luego mató a su hermano en un ataque de ira y, por eso, se vio obligado a escapar. Keth no salió tras él —para entonces era ya un anciano de casi sesenta años— pero hizo proclamar que si Bessem volvía alguna vez, debería morir instantáneamente, sin juicio alguno. Por eso Bessem se dirigió hacia el Sur por esta cosía y se detuvo cuando llegó aquí. No había pantano en aquellos tiempos, sino unas tierras bajas que subían suavemente hacia las montañas. Y Bessem construyó aquí una ciudad de piedra roja extraída de la montaña. Y la llamó, naturalmente, Mibessem, es decir, la ciudad de Bessem.

»Todo fue bien. Mucha gente vino de Kethna y de Sakawuru y del Mar del Norte, el Kemu, para vivir en la ciudad de los gigantescos bloques de piedra. Esto sucedía cuando el Mar de Opar era casi desconocido y Mikethna era sólo una pequeña colonia. De hecho, era más o menos la misma época en que la sacerdotisa Lupoeth dirigió una expedición hacia el interior y encontró el lugar que luego se llamaría Opar, la ciudad de los tesoros.

»Aunque la ciudad de Mibessem prosperaba, se oían a la vez, sin embargo, historias inquietantes que hablaban de algo que vivía en las montañas del otro lado de la ciudad. Se decía que tocaba un caramillo y que su música volvía locos a los hombres y hechizaba a las mujeres, que seguían al músico a los bosques de las montañas y que nunca más se volvía a saber de ellas. Al anochecer podían verse criaturas deformes cerca de los límites de las tierras de labor que rodeaban la ciudad. Y éstas, aunque tenían aspecto bestial, se parecían a algunas de las mujeres desaparecidas.

»Se decía que Bessem, en un desatinado momento, había elegido construir la ciudad en las tierras de un demonio. Y se decía que este demonio era nada menos que el jefe de los demonios, el caudillo de todas aquellas criaturas sin nombre a las que la poderosa Kho había expulsado del Kemu para que Su pueblo pudiera establecerse allí. Los demonios que no habían muerto o los que no habían quedado enterrados tan profundamente que no pudieran volver a salir a la superficie hasta el día del fin del mundo, aquellos demonios huyeron a la tierra situada en la costa del Mar del Sur.

»Y por eso el demonio sin nombre estaba enfadado, porque su refugio

había sido invadido. Sin embargo, se encontraba bajo la antigua prohibición que Kho había impuesto sobre los de su especie. No podía poner una mano, una garra o un tentáculo sobre ningún ser humano hallándose dominado por la ira. Lo que la Madre de Todos no había hecho, sin embargo, era prohibir a los seres sin nombre la utilización de otros métodos. Además, un demonio podía tocar, o incluso abrazar, a un humano siempre que lo hiciera sin ira o sin intenciones de hacerle daño. Y de esa forma el flautista de las sombras, el ser sin nombre que respira por las noches al otro lado de las ventanas, esa cosa, tocaba su caramillo. Y los hombres se volvían locos y las mujeres le seguían hasta su madriguera cerca de las montañas. Y allí yacían de forma extraña con él y concebían y parían niños horribles.

»Pero Bessem era un héroe de los antiguos, ya me entendéis, un hombre poderoso que no se ha vuelto a repetir al cabo de los siglos en ninguno de los dos mares. Así que se armó con una lanza que dos hombres fuertes hoy en día no podrían levantar y se metió en el desierto en busca de la cosa sin nombre para destruirla. Pero nunca regresó y la flauta siguió sonando en los campos que rodeaban la ciudad. Fueron los marineros los que contaron esta historia en Kethna y en los puertos del Kemu. Y por eso, un día, la Emperatriz de Khokarsa envió un barco a Mibessem para averiguar si las historias que había oído eran ciertas. Si lo eran, enviaría a una sacerdotisa para que librase al territorio del demonio. El barco tardó un año en llegar a Kethna por culpa de las tormentas y de problemas con los piratas. Y allí le dijeron al capitán que llegaba demasiado tarde. Un mercader de Kethna que entraba en el puerto de Mibessem al anochecer había oído una música espectral que helaba la sangre y que procedía de un caramillo. Se oía a millas de distancia sobre el mar en calma, mucho antes de que el vigía pudiera divisar la ciudad roja. En realidad, nunca la pudo ver, pues no había encontrado más que una oscura colina en el lugar donde se había hallado antes la ciudad. O quizás sí vio su cobertura exterior, la tierra amontonada sobre ella por el demonio sin nombre. Nadie lo sabe, porque nadie se ha atrevido jamás a entrar en el pantano y adentrarse en dirección a la colina.

»Y el barco se acercó a la orilla, que ya no era una playa de fina arena sino una marisma. La suave pendiente se había convertido en una perfecta planicie y los cocodrilos y los hipopótamos se bañaban entre las palmeras y los otros árboles que crecían en los islotes. ¿Y dónde estaba la gente? Nadie lo sabía, pero se temía que se hubieran encontrado con algún terrible destino y que se hallaran bajo las aguas del pantano. O quizás bajo la tierra que algo maligno e irresistible había arrojado sobre las, en un tiempo,

orgullosas torres y poderosas murallas de Mibessem. De todas formas, la tripulación del barco no se quedó mucho tiempo. El sonido de la flauta se fue haciendo cada vez más fuerte y oyeron un ruido como si unos enormes pies salpicaran en el pantano. Los árboles se doblaban como impelidos por una fuerza gigantesca. Incluso la sacerdotisa se sintió atemorizada y el capitán gritó a sus remeros que sacaran la galera de allí. Consiguieron escapar de aquello que, fuera lo que fuese, caminaba por el pantano, pero no pudieron librarse del sonido de la flauta hasta que no pusieron muchas millas entre el barco y el antiguo territorio de Mibessem.

Hadon se calló. Lo único que se oía era el viento que soplaba entre las jarcias y el salpicar del agua contra la quilla. Y entonces, como si sobre ellos cayese un manto de terror, empezó a oírse suavemente la música de una flauta que venía de la orilla.

Abeth dio un grito. Kebiwabes juró y se puso pálido bajo su rostro tostado por el sol. Los grandes ojos violeta de Lalila se agrandaron aún más. Paga se agarró a unas cuerdas y se mantuvo agarrado a ellas mientras, con los ojos enormemente redondos y las ventanas de la nariz completamente abiertas, miraba hacia tierra. Hadon se agarró al timón como si fuera el único objeto real existente en el mundo. Todo lo demás parecía confuso, ligeramente distorsionado, intangible. Hasta ese mismo momento había estado disfrutando de la historia, infundiendo un poco de miedo en sí mismo y en los demás. Paga, por supuesto, le había estado mirando escéptico y en varias ocasiones había soltado risotadas de incredulidad. Pero era evidente que había quedado más impresionado de lo que había dado a entender.

El sol desapareció bajo el horizonte del mar. La oscuridad cayó con rapidez. Las agudas notas se hicieron más fuertes.

Hadon salió de su parálisis y dio órdenes, en voz baja, de forma que el flautista de los pantanos, fuera lo que fuese, no le pudiera oír. Movió el timón hasta que la embarcación navegó rumbo al Suroeste. La botavara se movía de un lado a otro, frenada por las cuerdas sujetas por las manos de Paga y Kebiwabes. Hadon mantuvo el rumbo, sin variarlo en absoluto, hasta una hora después de que la música hubiera dejado de oírse.

Después de un rato, Paga preguntó:

—¿Qué supones que era? ¿Algún pescador joven que tocaba su flauta?

—No hay pescadores ni aldeas en esta zona. Nadie se atrevería a vivir aquí.

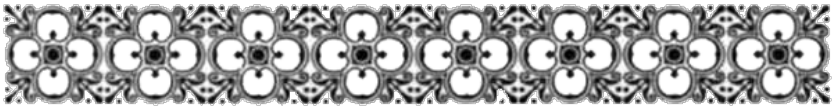
—Puede ser que algún barco de pesca haya sido arrastrado hasta el

pantano por una tormenta —aventuró Paga—. Puede que haya naufragado. Uno de los supervivientes, quizás el único, utilizó su flauta para atraer nuestra atención.

—Eso lo podía haber hecho mejor gritando —respondió Hadon—. ¿Quieres que volvamos allí a buscarlo?

Paga no contestó. Los otros no dijeron nada pero no se hubieran quedado callados, eso era evidente, si Hadon hubiese virado en redondo la embarcación. No tenía, de todas formas y para tranquilidad de todos, ninguna intención de hacerlo.

Y no se volvió a hablar más del tema. Parecía que lo mejor era que nadie hablara del flautista desconocido.



Capítulo 23

La columna de humo que vieron todo el día no procedía de Nangukar, el puerto de Opar. Ese lugar ya había sido incendiado antes y la lluvia había llegado a enfriar las cenizas. Aquel humo venía de una pira de cadáveres de piratas. Ochenta piratas de Mikawuru habían muerto durante la incursión. Los atacantes habían sido derrotados pero se las habían arreglado para rescatar veinte de sus muertos. Y habían izado velas, dejando allí a sesenta de sus compañeros y una ciudad envuelta en llamas. Los cuerpos de aquellos piratas eran los que ahora se consumían en las llamas, lo que significaba que sus almas se moverían entre las nubes hasta que Kho decidiera que ya habían sufrido bastante en su estado de fantasmas nómadas llevados por los vientos. Luego sus espíritus serían enviados al interior de la tierra, a la siniestra casa de la horrible Sisisken.

Mientras Hadon conducía el bote hacia la playa —todos los muelles habían quedado destruidos— se iba quedando aturdido. Todos los edificios que rodeaban el fuerte habían quedado destruidos por el fuego. Las cabañas y las casas, los grandes edificios comunales, los almacenes, los depósitos y las tabernas, todo había quedado reducido a cenizas. Las dos grandes puertas de madera del fuerte habían sido arrancadas y parte de los edificios de madera del interior de la muralla también habían resultado arrasados por el fuego.

Se había iniciado ya la reconstrucción. El lugar era un hervidero de trabajo y un verdadero hormiguero de carretas tiradas por bueyes, llenas de madera y de cañas de bambú moviéndose por todas partes. Los martillos y las sierras golpeaban y chirriaban por doquier.

Hadon ancló el barco a unas cien yardas de la costa. Una lancha conducida por cuatro remeros salió de la playa en dirección a la embarcación recién llegada. Hadon regateó unos instantes con el dueño y

poco después todos pasaban a bordo para trasladarse a tierra. Aquí, un oficial de aduanas comenzó a interrogarles, pero se detuvo de repente al reconocer a Hadon.

—¿Cómo habéis conseguido recorrer todo el camino desde Khokarsa hasta aquí? —exclamó el hombre.

—La Propia Kho, mediante Su Voz, me ordenó regresar a mi ciudad natal —contestó Hadon—. Había que cumplir una profecía y por eso, aunque el camino ha sido largo y peligroso, estamos aquí.

El oficial no le preguntó cuál era la profecía. Hubiera sido indiscreto indagar en asuntos relacionados con la Diosa.

—Si las cosas hubiesen resultado un poco diferentes —dijo el oficial— podrías haber llegado justo a tiempo para caer en manos de los piratas. Estuvieron a punto de conseguir sus propósitos, atacando el fuerte e irrumpiendo en el torreón central. Por suerte, nos habían enviado desde Opar unos trescientos hombres para reforzar el puerto en previsión de que algo como esto sucediese. Sorprendimos a los de Mikawuru por la espalda y la guarnición salió del fuerte y atacó de frente. Ellos consiguieron abrirse camino en retirada y llegar a los barcos, pero dejaron muchas bajas en el camino. Nosotros capturamos a cuarenta de ellos, la mayoría heridos.

Hadon no preguntó por la suerte de los cautivos. Sabía que sus jefes serían torturados para obtener información sobre planes de futuros ataques. La tortura de los jefes piratas era una costumbre, basada en el principio de que aquello exigía venganza. Después de que se hubiera obtenido toda la información posible, los jefes serían decapitados y los piratas sin rango que se encontraran ilesos serían enviados como esclavos a las minas que se hallaban en las colinas por encima de la ciudad de Opar. Los heridos graves y los mutilados serían decapitados.

—Tú eres el último que ha llegado de Khokarsa —dijo el oficial—. Estamos hambrientos de noticias.

Hadon trató de decirle que sabía muy pocas cosas que no fueran meros rumores. Había estado demasiado aislado y por eso no podía decir a ciencia cierta lo que de verdad había sucedido. Eso no importaba. La gente quería oírlo todo, hechos, conjeturas, rumores, falsedades obvias. El grupo fue conducido de inmediato, a través de la gran puerta de la ciudad, hasta el templo, donde Hadon vio a la sacerdotisa principal, Klyhy, por primera vez desde que saliera de la ciudad. Era todavía tan bella como la noche en que ambos habían dormido juntos, la noche antes de que Hadon se embarcara para los Grandes Juegos que se iban a celebrar en Khokarsa. Tenía un poco

más de peso que entonces y sus grandes y torneados pechos se habían caído un poco, pero sus grandes ojos grises, sus espesas y negras cejas, su larga y estrecha nariz, sus carnosos labios, su barbilla redonda, todo conformaba uno de los rostros más bellos y sensuales que Hadon había visto en su vida.

Klyhy sonrió a Hadon y se levantó de su silla tachonada de diamantes. Se tocaba con una corona de oro alta y fina, con nueve esmeraldas engarzadas en los bordes suavemente ondulados, y llevaba un rosario de esmeraldas y rubíes y una falda de paño blanco que le llegaba hasta el tobillo. Se ceñía con un cinturón de eslabones de oro adornados con minúsculos rubíes. Sus pechos desnudos estaban pintados, en círculos concéntricos, de rojo, blanco y azul. Los pezones formaban los centros rojos. En su mano derecha llevaba una larga vara de madera de roble, importada de Khokarsa, en cuyo extremo superior estaba tallada la representación de Kho como una mujer esteatopígica con cabeza de hipopótamo.

—¡Tres veces seas bienvenido, Hadon de Opar! —dijo ella con voz potente—. ¡Bienvenido aquel que debería haber sido Emperador con todos los derechos pero a quien Kho ordenó no detentar semejante rango! ¡Y tres veces bienvenida seas, Lalila, la de allende el Mar Circundante, la Hechicera del Mar! ¡Sea también bienvenida tu hija, de la que hemos oído hablar mucho, y tu criatura aún no nacida, de quien mucho oiremos hablar! ¡Bienvenido sea también el pequeño hombre, aunque afirme que es enemigo de nuestro sexo; y Kebiwabes, el bardo que será grande!

Hadon no se sorprendió ante estos saludos. El sistema de información de las sacerdotisas era bueno en demasía y por eso era de suponer que Klyhy supiera muchas cosas de su grupo y de su misión. Probablemente había muy poco que él le pudiera contar y que fuera novedoso, a excepción de sus aventuras en Rebha y de las ocurridas después.

Unas sacerdotisas iniciadas introdujeron sillas y el grupo se sentó. Abeth fue llevada con los niños del templo. Se les ofreció comida, hidromel y vino, que fueron inmediatamente aceptados. Klyhy interrogó a Hadon, no antes de que hubiera terminado de comer y de beber hasta hartarse, hasta que su historia quedó acabada. Se hizo el silencio durante unos instantes, roto sólo por los eructos de los invitados, que así indicaban cortésmente que habían encontrado la comida excelente.

Finalmente dijo Klyhy:

—Ya he enviado un mensajero a Opar para informar a la Reina de que Lalila y tú estáis aquí. El mensajero reservará la noticia sólo para el oído de

la Reina. Y también he dado órdenes a Kaheli —el oficial de aduanas— de que no diga a nadie que habéis llegado ya.

Hadon, alarmado, preguntó:

—¿A qué se debe eso?

—El rey Gamori se ha enterado de que estás —estabas— camino de Opar. Tiene muchos espías, de los que no todos son sacerdotes de Resu. Ya sabes, Hadon: el cisma que ha dividido el Imperio en los Kemus está también aquí. Gamori es un hombre muy ambicioso, como Minruth, y a él también le gustaría elevar al Dios Flamígero por encima de la Gran Madre. Y no por razones religiosas, sino por su propia ambición. Pero nosotras también tenemos nuestros espías y conocemos lo que pasa entre Gamori y los sacerdotes inferiores de Resu. Sabemos que Gamori aborrece estar subordinado a su esposa. En este momento, ciertamente, Gamori y nuestra suma sacerdotisa, la Reina Phebha, ya no viven juntos. Se han separado después de años de infeliz matrimonio, discutiendo por la política y por la categoría relativa del rey y de la reina, del hombre y de la mujer. Gamori vive ahora en el Templo de Resu y no se ha acostado con Phebha desde hace un año. Sólo aparece con ella en las ceremonias oficiales.

»Y también, como tú sabes perfectamente, a Gamori nunca le ha gustado tu padre, Kumin. Esto viene desde aquella lucha en los túneles contra los forajidos cuando el antiguo Rey, el primer marido de Phebha, murió. Antes de que tu padre perdiera un brazo en aquella batalla, había intentado, según Gamori, matarle. Tu padre afirma que fue un accidente, que la poca luz y el calor del combate hicieron que confundiera a Gamori con un forajido. Esto es razonable. ¿Por qué iba a matar Kumin a uno de sus camaradas? Gamori afirmaba que él y tu padre habían discutido seriamente acerca de algo —ahora no importa sobre qué— y que Kumin trataba de matarle por esto. Cualquiera que fuese la razón, Gamori se casó luego con Phebha y se convirtió en Rey y Sumo Sacerdote; y quedó en situación de procesar a tu padre. Fue únicamente la protección de Phebha la que impidió que tu padre friera acusado de intento de asesinato.

—Conozco todo eso demasiado bien —respondió Hadon—. Mi padre tuvo que buscar un empleo en el Templo de Kho, de donde rara vez se atrevía a salir por miedo a que los hombres de Gamori le asesinasen. Mi padre, que había sido uno de los más grandes *numatenu* del Imperio, se vio obligado a tener que barrer los suelos del templo para poder ganarse la vida. Eso no quiere decir que no estuviera agradecido a Phebha por el trabajo. Si no hubiera sido por ella, todos nosotros nos hubiéramos muerto de hambre.

Gamori se sintió muy contrariado cuando vio que yo era uno de los tres jóvenes que consiguieron el honor de representar a Opar en los Grandes Juegos. Odia a toda mi familia a causa de su vieja inquina contra mi padre.

—Esa es la razón por la que Gamori no debe saber que tú estás aquí —dijo Klyhy—. Y ya sabes que hay otra razón por la que Gamori no querría que llegases vivo a Opar o, una vez allí, que te refugiases en el Templo de Kho. Por medio de sus espías se ha enterado de la existencia de Lalila, esta Hechicera del Mar. Y sabe que se esperan grandes cosas de su criatura. Rumores —por supuesto que infundados pero, así y todo, potentes—, hay rumores que dicen que la niña va a ser la única gobernante de Opar, que ya no volverá a haber más reyes aquí. Eso es ridículo, pero Gamori está atemorizado. Y como es una bestia irracional, no ve que la criatura nunca podrá ser un posible peligro para él, puesto que estará ya muerto para cuando la niña alcance su mayoría de edad. Por otro lado, los rumores pueden ser correctos en cierto sentido. Si Gamori intenta hacerle daño, está expuesto a precipitar el mismo peligro que teme. Producirá una confrontación que podía haber sido evitada.

—¿Y qué se espera que hagamos nosotros? —preguntó Hadon.

—Os quedaréis en este lugar hasta el anochecer. Luego seréis escoltados para salir de aquí, tan discretamente como sea posible. Os introduciremos en Opar y después os dirigiréis al templo de Kho. Una vez en el interior del templo, entonces estaréis a salvo. Ni siquiera Gamori se atrevería a profanar su santidad.

—Hace algún tiempo yo hubiera dicho que el templo era un lugar seguro y hubiera apostado por ello —dijo Hadon—. Pero Minruth ha violado muchos de los templos, por no mencionar a las sacerdotisas. Nada está a salvo de la blasfemia o de la profanación en estos días.

—Puede que tengas razón —respondió Klyhy—. Pero no puedes quedarte aquí. Según la Voz de Kho, Lalila debe dar a luz a su hija en el templo. Por su aspecto yo diría que le queda muy poco tiempo para poder llegar allí.

Tomó en su mano un pequeño gong de bronce disimulado en un hueco en el brazo de la silla y lo golpeó con un pequeño martillo de bronce cuya maza representaba la cabeza de un leopardo. Al tercer golpe, la cortina de la entrada más distante se separó. Un muchacho de unos cuatro años fue introducido en la cámara por una sacerdotisa de mediana edad. El niño corrió hacia Klyhy gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Ella lo cogió en brazos, le dio un beso y se volvió sonriente hacia Hadon.

—Este es el fruto de nuestro amor, Hadon —dijo—. Es nuestro hijo, Kohr.

Capítulo 24

Les llevó tres días viajar río arriba desde el mar hasta la catarata. El grupo de Hadon iba en una lancha en la que remaban diez fuertes soldados. Klyhy subía en la lancha de cabeza con el muchachito. A ratos le pedía a Abeth que se pasase a su lancha para que los dos niños pudiesen jugar juntos. Y en ocasiones le decía a Hadon que se sentase a su lado en la proa para charlar. Varias veces Lalila también se sentó con ella.

Lalila se había quedado tan sorprendida como Hadon ante la presentación de Kohr. No se había puesto celosa, sin embargo, sabiendo que no había ninguna razón para estarlo. Klyhy no tenía proyectos respecto a Hadon ni ningún deseo de arrebatárselo a Lalila. Lo único que había sucedido era que ella había tomado a Hadon como amante durante varias noches y no había utilizado las hierbas de la esterilidad mientras tanto. Había querido tener un hijo de un hombre que podía ganar los Grandes Juegos. Klyhy había tenido muchos amantes antes que Hadon y muchos después, y todavía tendría muchos más.

—Un sueño me convenció de que Hadon debía ser el padre —le dijo a Lalila—. Bhukla, la antigua diosa de la guerra antes de que Resu usurpase sus funciones, se me apareció. Me dijo que debía yacer con Hadon y concebir de él. No necesité ninguna orden para el primer acto, si bien me sentía feliz de tener la sanción divina. En cuanto al segundo, sentía que, de todas formas, ya era hora de tener un hijo.

—Y ahora —le preguntó Lalila— ¿qué va a pasar con Kohr? ¿Se va a quedar contigo o se irá con Hadon?

Klyhy la miró sorprendida. Luego le dijo:

—¡Ah, sí; se me olvidaba! Tú no estás familiarizada con todas nuestras costumbres. Si yo decidiera casarme pronto, Kohr se quedaría conmigo y con mi marido. Pero no tengo intenciones de hacerlo, así que, a la edad de

cinco años, se irá a vivir con su padre la mitad del año. Tú serás su madre-sustituta durante ese periodo. Si yo muero, entonces Kohr se convierte en hijo de Hadon a tiempo completo. Y tuyo.

Al anochecer del cuarto día acamparon al pie de las grandes cataratas. Allí había un grupo de personas, miembros de las caravanas de mercaderes procedentes de Opar en su camino hacia el puerto. Aconsejado por Klyhy, Hadon se quedó en su tienda todo el tiempo que le fue posible. Si alguien le reconocía, uno de los sacerdotes de Resu podría volverse y apresurarse a llegar a Opar con las noticias.

Hadon, sentado en la tienda, vio al menos a diez personas a las que había conocido bien en Opar. A otros les recordaba como habitantes de aquella ciudad. Dado que había vivido toda su vida en Opar hasta hacía pocos años, era allí una figura familiar. Después de todo, la población permanente de Opar ascendía tan sólo a treinta mil habitantes. Y puesto que había ganado los Juegos Menores, su figura les era familiar a todos.

No se desmontó su tienda hasta que las caravanas no hubieron emprendido su camino río abajo, y entonces el grupo atacó el camino ascendente cortado en la pared del acantilado. Al mediodía habían alcanzado la cima y desde ella caminaron por el sendero de la jungla hasta llegar a una zona de embarque donde se hallaban las lanchas dejadas por los viajeros con los que se habían encontrado al pie de las cataratas. Tomaron dos de las más pequeñas y los soldados volvieron a doblar sus espaldas ante los remos. Era un trabajo duro, pues había que remar constantemente contra corriente. Tardaron tres días en dejar atrás las orillas cubiertas de arbustos, llegando a tocar a veces en los fondos fangosos donde los cocodrilos bostezaban y bramaban o se deslizaban escurriéndose en el río marrón. Por la noche acampaban en lugares amurallados, situándose junto a grandes hogueras mientras oían las toses de los leopardos. Todos olían abominablemente, pues se habían embadurnado con grasa de cerdo para ahuyentar las enormes multitudes de mosquitos.

En cuatro ocasiones pasaron junto a flotas de lanchas cargadas de mercancías que se dirigían al puerto. Hadon se agachaba cuando esto sucedía, esperando que el sombrero de ala ancha que llevaba pudiera ocultar su rostro.

—Y ahora que el estrecho de Keth está cerrado —preguntó Hadon a Klyhy— ¿adonde llevan todas esas mercancías?

—Todavía quedan Kethna, Wentisuh y Sakawuru —respondió ella—. Aunque los piratas de Mikawuru andan alborotados, el comercio aún sigue

en pie. Además, se ha fundado una nueva colonia al sur del Kemuwopar: Kartenkloe. No es más que una comunidad minera. Hay mucho cobre y algo de oro allí abajo. Pero es la puerta de acceso a las sabanas de detrás de las montañas, en donde pastan grandes manadas de elefantes. El mercado del marfil se espera que vaya a ser enorme y Kartenkloe va a manejar todo lo que pase por allí. Pertenece jurisdiccionalmente a Opar, así que Opar va a obtener la mayoría de los beneficios. Parte de esas mercancías que has visto van destinadas a Kartenkloe.

Hadon miró entonces al muchacho. Kohr era ciertamente su hijo: tenía el mismo cabello rizado y rojizo como el bronce, la misma frente alta y estrecha, ligeramente hinchada en los extremos. Sus orejas eran pequeñas y pegadas a la cabeza y algo puntiagudas por arriba. Las cejas eran gruesas y casi se juntaban. Tenía la nariz recta y no demasiado larga, aunque aún era demasiado joven para haber tenido tiempo de desarrollar una gran nariz. Su labio superior era corto, tenía los labios carnosos pero no gruesos y su barbilla mostraba una hendidura vertical en el centro.

Sus piernas eran largas en relación al torso y sus brazos parecían muy largos. Tendría la zancada y el alcance de brazo de su padre.

Los ojos, sin embargo, eran los de su madre, grandes y de color gris oscuro.

—Una criatura preciosa —dijo Klyhy captando la mirada de Hadon—. Le quiero muchísimo. Pero temo que no seré su madre por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Hadon. Klyhy era una persona excepcionalmente alegre que siempre estaba sonriente y se reía con ^frecuencia. Pero ahora su aspecto era grave.

—Poco después de que llegases al puerto, tuve un sueño. Me encontraba en un lugar oscuro y profundo bajo la tierra y vagaba por un túnel o algo parecido. Algo terrible me perseguía. Y me cogió. Luego me desperté, temblando, llorando.

—Pero no morías en tu sueño ¿no?

—No. Pero me entró un sentimiento como si estuviese sentenciada de forma inevitable.

Klyhy sonrió mientras añadía:

—Pero ahora que estás aquí para cuidar de él, ya no tengo ninguna preocupación. Y de lo que pueda sucederme, bueno, nadie vive eternamente. Y estoy engordando, se me empiezan a caer los pechos; me miro en el espejo y veo un rostro que todavía puede atraer amantes pero que dentro de otros diez años les puede hacer correr. He tenido una buena vida,

mucho mejor que la de la mayoría de la gente. Y si me muriera en este momento, sería infeliz sólo porque mi hijo se apenaría por mí.

—Si todo el mundo tuviera tu actitud —le respondió Hadon— este mundo podría dejar de ser un lugar tan mezquino.

—No habría guerras —añadió ella—. Ni tanta gente que se vuelve loca.

Cuando Hadon realizó su viaje río abajo, le había costado cuatro días llegar hasta las cataratas y tres más alcanzar el puerto. Yendo contra corriente, les llevó cuatro alcanzar las cataratas y cinco y medio llegar hasta Opar. Una hora después de que el sol alcanzara su cénit, las lanchas doblaban un recodo del río. Este, que había tenido una anchura de un cuarto de milla, se ensanchó de repente para entrar en un lago que medía milla y media de un lado a otro. A su derecha se veía una estrecha tira de tierra llana y después se elevaban abruptos los acantilados. Detrás de los acantilados se divisaban enormes picos. A la izquierda, a una milla de distancia, se encontraba Opar. Opar, la ciudad de los fabulosos tesoros, del oro y de las joyas, de las torres, cúpulas y minaretes recubiertos de oro y de las inmensas murallas de granito. Opar, su ciudad natal.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió un dolor en el pecho y se le escapó un sollozo. Lalila, viéndole tan emocionado, le puso el brazo alrededor de la cintura, hizo que bajara el rostro y le dio un beso en la mejilla. Las lanchas siguieron en el centro de la corriente hasta que hubieron navegado media milla más. Luego viraron en ángulo, rumbo a su derrotero anterior, hacia la ciudad. Había ya mucho tráfico en este lugar: barcos de pesca, esquifes y lanchas que llevaban los productos de las granjas por la costa oeste al norte de Opar. Aquel valle era relativamente estrecho y se extendía unas quince millas hasta que terminaba en unas grandes cataratas al Norte.

La costa oeste era más llana y más ancha que la costa este pero luego comenzaban las montañas y, tras ellas, los poderosos picos, tan altos como los orientales.

A una milla de la ciudad en línea recta hacia el Este había un islote, el único en todo el lago. Rodeado por una circunferencia de árboles, en su interior se encontraba un templo cubierto por una bóveda blanca. Este islote se hallaba habitado únicamente por tres personas, tres sacerdotisas al servicio del santuario de Lupoeth. El islote era el primer lugar del valle en el que se había detenido la sacerdotisa-exploradora Lupoeth. Allí había conocido a los primeros habitantes del valle, los primitivos Gokako. Y era allí donde había preguntado a uno cuál era el nombre del lugar. Y él,

respondiendo en su propia lengua, había dicho «Opar», que significa «No entiendo lo que dices». Y Lupoeth llamó Opar a este valle, creyendo que era su nombre indígena. Más tarde, también la colonia allí establecida se llamaría Opar.

El islote era también el lugar donde había muerto la sacerdotisa a la avanzada edad de setenta años. Había sido deificada y se erigió un templo a ella dedicado. La Isla de Lupoeth, como la de la diosa Karneth, era tabú para los machos. Las lanchas se deslizaban por las estelas de los demás navíos y dejaron atrás las cabañas de madera y edificios comunales construidos fuera de las murallas de la ciudad. Se extendían media milla hacia el Oeste y un cuarto de milla hacia el interior. Eran las casas de los Gokako, esclavos y libres, y de los supervisores humanos, capataces y soldados que los mantenían en orden. Había también enormes almacenes alineados frente a los muelles de madera. Al otro lado de las murallas norte había también una ciudad similar, pero ésta albergaba a las clases más pobres, todos libres y humanos.

Hadon se ató el barboquejo del sombrero. El viento estaba soplando fuerte y no había ninguna necesidad de que se le volara el sombrero y quedaran al descubierto su pelo y su rostro. Para completar aún más su anonimato, se había puesto un parche negro sobre el ojo izquierdo. Su espada de *numatenu* viajaba envuelta en una manta y la llevaba sobre el hombro junto con una caja plana de las que usaban los comerciantes. Caminaría detrás de Klyhy como si fuera su siervo.

Las lanchas atracaron en un muelle de madera perteneciente al Templo de Kho. La sacerdotisa esperó hasta que estuvieron listos para salir y luego comenzó a caminar valientemente por la calle junto a la parte exterior de la muralla. Un soldado abrió un parasol de bambú y se apresuró a ponerlo sobre la cabeza de la sacerdotisa. Otro tocó un pequeño tambor. Y un tercero sopló un caramillo. Klyhy hubiera preferido ir en silencio pero, como muchos podrían reconocerla, pensó que lo mejor era ir según el estilo acostumbrado. De esa forma la gente no se preguntaría por qué trataba de pasar tan desapercibida.

La muralla exterior tenía una altura de cincuenta pies y estaba construida con bloques ciclópeos de granito veteados de cuarzo rosa. A medio camino en el muro este había una entrada lo suficientemente amplia para que pudieran pasar por ella veinte hombres colocados hombro con hombro. Las dos puertas, que tenían un grosor de diez pies, eran de bronce macizo y estaban decoradas con altorrelieves de la historia de Opar. Las

puertas sólo se habían cerrado en tres ocasiones desde que fueran instaladas ochocientos años atrás. Sin embargo, sí que habían sido derribadas en tres ocasiones, cada vez por un terremoto. La propia ciudad había sido reconstruida tres veces y sin duda lo sería muchas veces más en el futuro.

Los viajeros atravesaron el mercado, que se extendía frente al río por espacio de media milla. Era muy similar a cualquier mercado-bazar del Imperio a no ser por la presencia de tantos Gokako. Estos eran peludos, bajos, rechonchos, de cuello grueso, pecho amplio y frente sesgada y habían sido antaño numerosos, pero ahora sólo se los podía encontrar en aquel valle, aunque se decía que también se los podía encontrar en cualquier parte del Mar del Sur en estado salvaje. Había lanceros a ambos lados de la puerta. Cada contingente estaba formado por treinta. Los de la izquierda eran los del Rey y los otros los de la Reina.

Klyhy no se detuvo y siguió adelante como si lo que se traía entre manos fuera un asunto claro y honrado. Lo que en realidad era, pensó Hadon, si es que se podía confiar en Gamori. Los oficiales de la Guardia la saludaron y ella les bendijo y siguió adelante. El grupo atravesó la muralla exterior, de veinte pies de grosor, y entró en el muro interior. Era de la misma altura que el otro, pero estaba coronado con pequeñas torretas redondas que alternaban con monolitos de granito. Las torres escondían centinelas y los monolitos se elevaban en memoria de los héroes y heroínas de Opar. Debería de haber dos en su honor, pensó Hadon, puesto que había ganado los Juegos Menores y los Grandes Juegos. Estarían al otro lado, de todas formas, fuera de la vista.

La entrada interior estaba también libre, con sus pesadas puertas de bronce abiertas de par en par. Y desembocaron en la amplia Avenida de las Deidades-como-Aves. Tenía una anchura de ciento cincuenta pies y la mayor parte de ella estaba ocupada por otro mercado. Muchos de los animales y de las aves que allí se encontraban estaban destinados a ser sacrificados en el Templo de Kho, situado al otro lado de la calle.

Klyhy les llevó por entre los puestos, corrales y cobertizos donde se encontraban los ruidosos animales y los aun más ruidosos mercaderes y clientes. Su meta era la gigantesca puerta eneagonal del templo, una masa de granito macizo coronada con una enorme cúpula en forma de bulbo recubierta de hojas de oro. A ambos lados de la puerta se hallaban tres filas de monolitos de granito, con doce de ellos en cada fila. Cada uno de los bloques tenía dos veces la altura de Hadon y en su parte superior tenían todos tallada la figura de un pájaro. Los atributos de las aves, esculpidas

según modelos naturales, habían sido exagerados y distorsionados. Las cabezas eran mayores o menores que lo normal, los picos más curvados e incluso retorcidos, los ojos en número que iba de uno a nueve, las plumas demasiado largas o demasiado anchas, las garras enormes o a veces inexistentes.

Aunque parecía que habían sido talladas por una persona demente, si uno las miraba más despacio se hacían inteligibles. Todas representaban aves convirtiéndose en seres humanos, etapas de distintas metamorfosis.

Hadon había estado nervioso y sudoroso desde que abandonaran la lancha. Y ahora, a sólo veinte pies de la puerta del templo, comenzó ya a respirar con más facilidad. Tenía todavía la boca seca, pero podría beber del surtidor que había justo a la entrada del templo.

Fue entonces cuando oyó que alguien le llamaba:

—¡Hadon! ¡Hadon!

Se volvió y vio a un viejo amigo, Sembes, compañero de juegos de la infancia y competidor en los Juegos Menores. Había sido eliminado por Hadon durante la competición de lucha libre pero no se había enfadado. De hecho, cuando Hadon partió para Khokarsa, Sembes le hizo un regalo y le deseó lo mejor.

Pero las cosas podían haber cambiado ahora. O Sembes estar cumpliendo órdenes. Sería un buen oficial y cumpliría con su deber aunque le costase obedecer.

Hadon sintió ya prevención cuando vio el uniforme de Sembes, que era el de teniente de la guardia del Templo de Resu, el Dios Flamígero.

Sembes debería haber estado sonriendo al ver a un amigo que había estado ausente durante años, pero quizás se encontraba tan sorprendido que no lo podía hacer. En realidad su voz había sonado tensa, como si estuviera bajo una gran tensión emocional.

Detrás de él se hallaba un pelotón de doce lanceros.

Se dirigió hacia Hadon con la mano extendida. Parecía que se le descomponía el rostro; luego se le volvía a componer, para cambiar de nuevo. Tenía los ojos entreabiertos y brillantes y su mirada saltaba de Hadon a Klyhy y al resto del grupo, para volver de nuevo a Hadon.

—¡Escucha, Hadon! Patrullaba por esta zona por casualidad y ¡fíjate! ¡Te he visto! ¡Pero yo pensaba que estabas en Khokarsa!

Detrás de Hadon, Lalila murmuró:

—¡Cuidado, Hadon! ¡Está mintiendo! ¡Apesta a miedo!

Klyhy se había detenido y ahora siseaba sus palabras como una

serpiente:

—Lalila tiene razón. Alguien te vio en el muelle, Hadon, y corrió hasta el Rey. Sus espías están por todas partes.

—¡Saludos, mi viejo amigo! —dijo Hadon. Descolgó la carga del hombro y metió la mano entre los pliegues de la manta. Su mano se cerró sobre la empuñadura de Karken, una pieza de marfil de elefante con unos surcos grabados en su superficie para poder empuñarla mejor.

Sembes se detuvo y dijo:

—¿Qué le ha pasado a tu ojo, Hadon?

—Lo he tenido descansando —respondió Hadon quitándose el parche. Y le dijo a Klyhy en voz baja—: Mete a los demás en el templo.

Sembes puso la mano en la empuñadura de su espada, un arma pesada de costoso hierro con carbono hecha de láminas soldadas. Tenía la misma forma de hoja que la de los reclutas, pero era un pie más larga.

—¡Así que ya lo sabes! —dijo Sembes enarcando las cejas—. Bueno, lo siento de verdad, Hadon, pero tengo órdenes. ¡Estás arrestado bajo sospecha de traición!

Hadon esperó un momento antes de responder. Lalila, tomando de la mano a Abeth y a Kohr, corrió por detrás de él hacia la entrada. La mirada de Sembes se detuvo en ella unos segundos, pero era evidente que no tenía instrucciones respecto a la mujer. Paga salió tras ella ceñudo, con la mano en la empuñadora de su espada corta. Kebiwabes, dudando, dijo:

—Oficial, yo soy un bardo y, por lo tanto, mi persona es sagrada —y añadió—: Inviolable ante los ojos de la gran Kho y de toda la humanidad.

—Quédate a un lado entonces —le dijo Sembes. Le corría el sudor por todo el cuerpo. Se lo quitó de los ojos con el dorso del brazo y luego sacó de un tirón su espada de la vaina. Esta era la señal para que los soldados se desplegasen formando un semicírculo con las lanzas apuntando hacia Hadon.

Kebiwabes, que se había colocado ahora detrás de Hadon, susurró:

—Dije eso sólo para ganar tiempo, Hadon. Lucharé a tu lado.

—Gracias —le contestó Hadon en voz baja—. Pero entra en el templo lo más rápido que puedas. No quiero que te quedes en medio.

El bardo se quedó boquiabierto y luego dijo por lo bajo algo insultante. Hadon no tenía tiempo de dar explicaciones. Extrajo el *tenu* del envoltorio y dio un paso adelante.

Klyhy avanzó también al mismo tiempo. Levantó su báculo y dijo:

—¡Deteneos! ¡Este hombre está bajo la protección de Phebha y, por lo

tanto, de la propia y poderosa Kho! ¡Es el marido de una mujer que ha recibido la sonrisa de Kho y a la que le ha hablado Su Voz! ¡Toca a cualquiera de los dos y sufrirás la ira de la Diosa!

Sembes sudaba cada vez más. Los lanceros estaban todos pálidos.

Hadon miró a su alrededor. El bullicio, los gritos y las charlas del mercado se habían acallado. La mayoría de los vendedores y compradores los miraban en silencio. El único ruido existente provenía de los animales.

Sembes dijo:

—Yo tengo mis órdenes, sacerdotisa, y proceden del Rey, el Sumo Sacerdote del propio Resu. A no ser que sean revocadas por un agente del Rey o por la Reina en persona, debo cumplir con mi deber. Tú entiendes eso, por supuesto.

—¡Yo entiendo que estás haciendo caso omiso a todo lo que te he dicho antes! —gritó ella—. ¿Quieres que te lo repita?

Hadon miró de nuevo hacia su izquierda. Lalila y los niños estaban ya en el interior del templo. Paga se había quedado en la entrada lanzando feroces miradas. Parecía estar inseguro, como si no acertase a decidir entre quedarse y proteger a Lalila o regresar a ayudar a Hadon.

Hadon dijo:

—¡Corre como si la propia Kopoethken fuera tras tu virilidad, Kebiwabes! ¡Ya no puedo contenerlos más! ¡Vete ya!

Dando un grito, dio de nuevo un paso hacia adelante, sosteniendo la empuñadura de Karken con ambas manos, la derecha acoplándose en el extremo y la izquierda sujetándola por encima de la mano derecha. Sembes dio un grito y avanzó, con el pie derecho adelantado y el torso inclinado para formar una línea recta con su pierna izquierda. La hoja de la espada de Hadon golpeó la de Sembes, que le fue a dar de refilón en la vena yugular. Hadon dio un paso atrás mientras Sembes, con el cuello chorreando sangre, caía. No era tan buen espadachín como Hadon. Sólo era una víctima del sistema. Sólo los *numatenu* utilizaban aquel arma larga, ligeramente curvada y de punta roma. Aunque obviamente era superior a la de hoja corta e incisiva en el combate individual, su uso estaba prohibido al personal naval y militar en todo el Imperio —excepto en Mikawuru, pero los piratas no tenían ningún sentido de la decencia—. Era cierto que Sembes, incluso aunque hubiera estado armado con un *tenu*, habría perdido de todas formas, pero no lo hubiese hecho en tan corto espacio de tiempo y sus lanceros se podrían haber movido para quitarle a Hadon de encima.

Pero ya, antes de que los lanceros pudieran cambiar de posición,

levantar sus lanzas y arrojarlas contra Hadon, éste se había quitado de en medio y había desaparecido. La puerta del templo estaba a veinte pasos y él era el corredor más rápido del Imperio. Y aún así, no podía correr el riesgo de que comenzaran a volar las lanzas antes de que alcanzara la protección del santuario. En los últimos seis pies, dio un salto hacia adelante, sujetando en alto el *tenu* con una mano y se deslizó boca abajo por el suelo. Se quemaba el pecho, las rodillas y los dedos de los pies, pero entró disparado en el interior de las sombras de la cámara.

Paga se había lanzado a un lado justo a tiempo de evitar que Hadon le atropellase. Tres lanzas cayeron cerca, estrellándose una contra uno de los costados de la puerta, volando otra por encima de Hadon y atravesando a un portero y rebotando la otra contra el pavimento y deslizándose después para venir a reposar junto a Hadon.

Se puso inmediatamente en pie y se tiró a un lado. Aunque en teoría se encontraba a salvo de posteriores ataques, no confiaba demasiado en que los lanceros se encontraran lo suficientemente fríos como para recordarlo.

Hadon se puso de nuevo en pie. Paga, que parecía no ser más que una barba con pies que daban vueltas en un rincón, logró incorporarse. El desgraciado portero yacía tumbado boca arriba, con la lanza asomándole en el pecho. Tosió sangre y dio unas cuantas patadas antes de expirar.

Lalila y los dos niños se habían ido, posiblemente a la siguiente cámara. Klyhy entró a continuación. Era evidente que estaba afectada.

—Ya veo que no has intentado hablar para salir del aprieto —le dijo a Hadon—. Yo esperaba que se amedrentarían y que podría meterte en el templo sin derramamiento de sangre.

—En estas situaciones yo suelo tener corazonadas —replicó él—. Lo único que íbamos a conseguir hablando era retrasar lo inevitable. Además, yo conozco a Sembes. Mejor dicho, lo conocía. Era un tipo estupendo, un rigorista en lo tocante al procedimiento adecuado, a la legalidad. Y estaba al servicio del Rey. Sólo lo hubiéramos pospuesto. Y en cuanto yo diera un paso hacia el templo, ése habría sido el último. Me habría encontrado con su espada clavada en la espalda. Tenía que sorprenderle a él y a sus hombres. Qué se le va a hacer. Me gustaba Sembes. Pero no hay tiempo para apenarse por él ahora. Eso vendrá después.

Si viene alguna vez, añadió mentalmente. Los acontecimientos se habían ido sucediendo con demasiada rapidez en los últimos tiempos para pensar en cosas tales como la pena o el arrepentimiento. Y Hadon sentía que el ritmo de las cosas iba a ser más exigente y brusco en el futuro inmediato.

La cámara en la que se encontraba no había cambiado nada desde la última vez que la había visto. Lo cual no era de sorprender, puesto que tampoco había cambiado un ápice en los últimos quinientos años. Su suelo era de roca calcárea —no el original, por supuesto— y sus muros eran de granito recubierto con una gruesa capa de yeso. Habían sido pintados con murales de escenas de la religión y de la historia de Opar. La mayoría de ellas se centraban en la jungla, y destacaban sus verdes venenosos y rojos sanguinolentos. De vez en cuando, entre los murales, se veían figuras talladas de hombres y animales. Planchas oblongas de oro se encontraban adosadas a las paredes en los espacios existentes entre los murales. Reproducían jeroglíficos, reliquias de los días en que aún no se había adoptado el silabario del héroe Awines. Era un lugar antiguo, como todas las cámaras y recintos sagrados del templo. Parecía que el tiempo se cernía melancólico sobre él, radiando una espesa aura gris por entre el rumor de las multitudes que lo llenaban día y noche. El tiempo se detenía pesadamente allí, impregnando los muros de granito y las obras de arte, y parecía haber pagado renta para toda la eternidad. Se decía que el templo permanecería en pie durante diez mil años más, que la poderosa Kho así se lo había prometido personalmente a quien lo había construido, la sacerdotisa Lupoeth. Y en realidad era el único edificio de Opar que no había caído durante ninguno de los tres grandes terremotos que habían asolado la ciudad, si bien se habían tenido que realizar abundantes obras de reparación.

El ensueño de Hadon fue breve. Un fuerte clamor en la calle le llevó de nuevo a la puerta. Por un momento no fue capaz de entender qué era lo que estaba pasando. La multitud se arremolinaba delante de la entrada, chillando, aullando y gritando. Y, a continuación, a través de un hueco abierto en aquel muro de cuerpos, se vio a un lancero que era golpeado hasta morir por la enfurecida multitud.

Todo terminó en unos pocos minutos y enseguida empezaron a oírse silbatos que sonaban a un lado y otro de la calle. La multitud volvió en sí, se dio cuenta de que venían los hombres del Rey y se desperdigó. Dejaban tras de sí doce cadáveres purpúreos y ensangrentados.

Capítulo 25

Instantes después la calle quedó vacía de civiles. Sus únicos ocupantes eran las bestias y las aves abandonadas por sus atemorizados propietarios y unos cincuenta soldados. Hadon se alegró al ver que llegaba un número igual de soldados de la Reina unos minutos después. De otra forma se habría sentido obligado a retirarse a las profundidades del templo. Teóricamente al menos, estaba seguro a un pie de la puerta en el interior, pero sentía que en la práctica los sobreexcitados hombres del Rey podían profanar el santuario. Pero ahora, ante la vista de los hombres de la Reina, no se atreverían a hacerlo.

Klyhy había enviado a una novicia para avisar a la Reina y había administrado después los últimos ritos al desgraciado portero. A continuación salió al exterior. Fue saludada por los comandantes de ambas fuerzas y se los llevó aparte para discutir la situación.

Y mientras hablaban acaloradamente, apareció Phebha. Era una mujer alta y delgada de unos cincuenta años de edad. Había sido bella cuando era joven, con unos pechos llenos y altos, cuerpo suavemente redondeado, piernas largas y unas facciones sorprendentes a pesar de tener una nariz más bien larga. Ahora, después de unos años padeciendo una fiebre de origen misterioso, a pesar de las oraciones de sus súbditos, parecía una bruja. Pero seguía siendo impresionante y podía mostrarse aterradora si quería.

Llevaba una faldilla de piel de leopardo hembra sujeta a la cintura por una especie de cadena corta formada por anillos de oro salpicados de diamantes. Su pelo negro y largo estaba atado en un nudo de Psique y sujeto por un bonete de oro confeccionado con muchas piezas ovales y circulares. De cada lado de él colgaban hasta su cintura cuerdas de monedas ovaladas. Los brazos y las piernas aparecían cubiertos de numerosas tiras de oro

macizo incrustadas de piedras preciosas. Una daga larga, profusamente adornada de pedrería, colgaba de un anillo de oro fijado a su cinturón y, en la mano derecha, llevaba un cetro de roble largo y delgado en cuyo extremo se encontraba engarzado un enorme diamante.

Al entrar en la cámara, seguida de una verdadera horda de sacerdotisas, consejeros y ayudantes, hombres y mujeres, la Reina saludó a Hadon. Luego salió a la calle para pedir en voz alta que se le informase de lo que había sucedido.

Hadon estaba a punto de seguirla cuando oyó pronunciar su nombre. Se volvió ante el sonido de aquella voz familiar y corrió a abrazar a su padre. Kumin puso su único brazo alrededor de los hombros de su hijo y lloró. Cuando se hubo dominado, dijo:

—Lloro no sólo porque has regresado tras una larga ausencia, hijo mío; lloro también porque tu madre ha muerto.

—¿Cuándo?

—Hace tres días, hijo. Se fue al lecho quejándose de dolor en el bajo vientre. Me despertó poco antes del amanecer diciendo que tenía un dolor inmenso, aunque no hacía falta que lo dijese, porque yo lo veía bien a la luz de la vela. Debería haberme despertado mucho antes, aunque dudo que hubiera servido para nada. Salí en busca de una médica, pero antes de que pudiera venir, tu madre dio un gran grito y unos minutos después moría en medio de un gran paroxismo. Las médicas realizaron la autopsia, puesto que era necesario determinar si su muerte había sido causada por el veneno o por brujería o porque la gran Kho así lo había querido. Y dijeron que algún órgano en su interior llevaba enfermo bastante tiempo y había reventado, desparramando sus venenos por el interior de su cuerpo. Mandamos llamar a tu hermano y a su familia de las montañas. Empezó a trabajar allí como especialista de minas cuando tú te fuiste. Y la enterramos al mediodía del día siguiente.

Hadon movió la cabeza pensativo.

—Sacrificaré una buena vaca sobre su tumba —dijo Hadon—, cuando tenga la oportunidad de hacerlo.

Luego comenzó a llorar con su padre. Al poco tiempo, Lalila le sacudió el hombro y él se volvió hacia ella.

—Los dolores ya han empezado —anunció.

Hadon se levantó y se secó los ojos. Desde el exterior se oía la voz estridente de Phebha. Estaba denunciando a los hombres del Rey por haber violado el derecho de asilo en sagrado. Aunque hubiera sido un accidente,

habían asesinado a un portero del templo y Kho no se olvidaría de ello tan fácilmente.

El coronel de los hombres del Rey gritaba que los soldados que habían realizado aquella acción estaban muertos, que ya habían pagado su falta. De todas formas era un accidente, como ella admitía, y por lo tanto no había profanación. Ella contestó que no estaba acostumbrada a que se le replicase y que, accidental o intencionado, el sacrilegio ya estaba cometido. El coronel comenzó a decir algo pero ella le gritó que debía quedarse callado. Y luego sonaron las trompetas y se oyó el redoble de los tambores, mientras la gente gritaba:

—¡El Rey! ¡El Rey!

Hadon llamó a una sacerdotisa de mediana edad que se hallaba detrás del gentío todavía dentro del templo:

—¡Darbha!

Ella se volvió y dijo:

—¿Sí? —y luego, reconociéndole, sonrió y gritó—: ¡Hadon!

—Mi mujer, Lalila, empieza a tener dolores de parto —le dijo—. Deberían llevarla a la Cámara de la Luna.

Darbha tardó cierto tiempo en sustraerse a los acontecimientos de la calle. Hadon le dijo gritando:

—¡Esta es Lalila! ¿Conoces la profecía sobre su hija?

Darbha contestó:

—Sí, la conocemos. Nos enteramos ayer.

Se abrió camino entre el gentío y habló con Klyhy, que se encontraba fuera, junto a la puerta. Klyhy dejó su puesto de mala gana pero, cuando vio a Lalila, se puso en acción a toda prisa. Llamó a tres sacerdotisas a su lado y dio órdenes de que se llevasen a Lalila a la cámara preparada para ella.

Hadon besó a Lalila y le dijo:

—Todo saldrá bien.

—¡Y así me gustaría que fuera! —gritó—. ¡Pero me temo que algo terrible va a suceder aquí, Hadon! ¡Y muy pronto!

—No hay nada que tú puedas hacer si es que es así —le dijo él. Una sensación de frío le recorrió la piel y se le metió en la parte posterior del cuello, pero se comportó como si las palabras de ella estuvieran fuera de lugar—. Debes irte con Klyhy. Todo irá bien. Ya estamos en el templo y, de acuerdo con la sibila, nuestra hija tendrá una larga y gloriosa vida si nace dentro de estos muros.

Klyhy se dirigió a una cuarta sacerdotisa:

—Cuando tengas la menor oportunidad, habla con Phebha. Dile que Lalila está aquí y que pronto va a dar a luz*

Klyhy y las demás rodearon a Lalila y, mientras una de ellas daba comienzo a una lenta salmodia, se la llevaron de allí a toda prisa. Hadon se volvió hacia la puerta. No le estaba permitido entrar en la Cámara de la Luna, así que no podía hacer nada para consolarla.

Su padre parecía confuso. Evidentemente las sacerdotisas no le habían dicho nada de la profecía. Hadon comenzó a explicárselo, pero sus palabras se vieron interrumpidas por un floreo de trompetas y tambores.

—Luego, padre. Cuando tengamos tiempo —le dijo. Y comenzó a abrirse camino hacia la puerta por entre la gente.

El Rey se había presentado con unos cien soldados más. Él y su esposa se encontraban frente a frente en el espacio situado entre sus dos fuerzas. Casi se echaban el aliento, mientras se gritaban el uno al otro. Gamori era un hombre de anchos hombros, nariz ganchuda, mandíbula autoritaria, velludo y moreno, pero con muchos retazos grises en su negro pelo. Sus bucles le caían sobre los hombros, ocultando el hecho de que hacía ya tiempo que había perdido su oreja derecha. Se la habían cortado en la misma batalla en la que Kumin perdiera su brazo.

Phebha, como si estuviera cansada de discutir y fuera consciente de que estaba en peligro de perder por completo su dignidad, dejó de hablar de repente. Se dio media vuelta y se dirigió hacia la entrada del templo mientras Gamori se quedaba gritando tras ella. Él le ordenó que volviera, pero ella, Reina y Suma Sacerdotisa —y, por lo tanto, de rango superior—, no le prestó ninguna atención.

Con el rostro casi de color púrpura, Gamori se dio media vuelta y arrancó una lanza de las manos del soldado más próximo. Un grito de horror salió de la multitud, incluyendo a muchos de sus propios hombres. Hadon gritó a la Reina que tuviera cuidado y se lanzó como un rayo hacia ella con la espada desenvainada. Al mismo tiempo, el oficial de las fuerzas de la Reina se adelantó corriendo para defenderla. Gamori le gruñó algo —Hadon pudo ver su expresión pero no pudo oír sus palabras— y arrojó la lanza hacia el rostro del soldado. La punta le penetró por la boca. El hombre dejó caer su espada, se agarró al mango de la lanza y luego cayó hacia atrás. Un rugido salió inmediatamente después de las gargantas de los hombres de la Reina mientras empezaban a cargar. Hadon asió a Phebha por la cintura y la llevó en volandas hasta la entrada, manteniendo su cuerpo entre ella y los soldados del Rey. Gamori le podía haber apuñalado por la espalda pero, a su

vez con su propia espalda vuelta, corría hacia la seguridad de las lanzas de sus hombres. Luego volaron las lanzas de los dos lados y ambas fuerzas chocaron, se mezclaron, se arremolinaron y lucharon con salvajismo inusitado.

Hadon soltó a Phebha una vez que se encontraron en el interior de la habitación. Ella mostró su furia y su rabia durante unos minutos y luego, como si alguien le hubiera arrojado agua fría sobre el rostro, se calmó.

—Mis hombres morirán. Son inferiores en número —dijo. E hizo llamar a un trompetero, quien, a sus órdenes, inició el toque de retirada. Al cabo de unos instantes, muchos de sus hombres consiguieron librarse de la reyerta. Unos veinte llegaron hasta la cámara. Los otros se quedaron atrás como cadáveres.

Phebha dio otra orden y sobre la enorme entrada se dejó caer un rastrillo. Le siguió la aparición de una puerta de hierro macizo que bloqueaba a los hombres de Gamori incluso aunque se hubieron introducido en el templo.

—¡Es la guerra abierta desde este momento! —gritó Phebha—. ¡Actuaremos de inmediato! —miró a su alrededor, vio a Klyhy, que venía en ese momento hacia ella, y le preguntó:

—¿Qué sucede?

—La mujer de Hadon, la Hechicera del Mar —respondió Klyhy—. Fue conducida a la Cámara de la Luna. Pero sus dolores de parto se han detenido. Eran falsos.

—Que siga donde está, de todas formas —replicó la Suma Sacerdotisa —. La profecía debe cumplirse —y dirigiendo su mirada a Hadon, le dijo—: ¡Bienvenido a casa, buen mozo! ¡Aunque sea una bienvenida triste y espantosa! ¡Pero no inesperada, a pesar de todo! Bueno, Gamori ya ha revelado su verdadera ambición, que ya conocía desde hacía mucho tiempo. Una ambición que le hace exaltar al Dios Flamígero por encima de la Madre de Todos y que, y no por casualidad, le hace exaltarse a sí mismo por encima de la Reina. Ya lo ves, Hadon. Sus agentes han oído también la profecía y Gamori teme a esa niña. También teme que tú, al haberte visto privado de tu trono de Emperador, pudieras desear reclamar el suyo como Rey. Y tiene miedo, y no le falta razón, de que yo pudiera tratar de deponerle y convertirte a ti en Rey.

—¿Yo? ¿Rey? —preguntó Hadon.

—Tú fuiste el vencedor de los Grandes Juegos —agregó ella— y por eso deberías ser rey. Tú eres adorador sincero de Kho y deberías sustituir a esa

miserable hiena que es Gamori. Y luego está la profecía. Si tu hija va a alcanzar las glorias que se le han prometido, debe ser protegida. ¿Y de qué mejor manera puede estar protegida que si su padre es el Rey? ¿Y su madre la Reina?

—Mi Reina… —comenzó Hadon.

—Estoy enferma y no me queda mucho tiempo de vida —continuó Phebha—. Si yo muriera pronto, Gamori y los adoradores de Resu tendrían una gran ventaja. Klyhy es una mujer capaz, una mujer fuerte, pero necesita un buen hombre que dirija sus fuerzas. Tú eres el hombre. Pero tú no puedes casarte con ella puesto que eres el marido de la mujer de los ojos violeta que viene del otro lado del Mar Circundante y sobre la que hay una profecía. Y tú eres el padre de la criatura que va a nacer. Por eso yo te proclamaré como el nuevo rey para que tomes el trono de Gamori por los dictados de la poderosa Kho. Y tu esposa se convertirá en la nueva Reina. No te preocupes por Klyhy. Ella espera esto y está contenta. No tiene ambiciones de ser Suma Sacerdotisa y Reina.

—Es verdad —dijo Klyhy, que había aparecido al lado de Hadon un momento antes—. Pero hay una gran diferencia entre proclamar a Hadon y a Lalila como soberanos de Opar y poder sentarlos en el trono. Gamori se interpone en el camino.

Phebha miró en derredor y dijo:

—Hay demasiada gente aquí para discutir asuntos de Estado —hizo señas a una sacerdotisa y le dijo—: Hala, cuídate de la niña Abeth y del niño Kohr y encárgate de que los hombres de Hadon estén cómodos. Kumin, ven con nosotros.

Phebha les condujo a través de numerosas habitaciones. Todas eran espléndidas y algunas de ellas ofrecían incluso una magnificencia y belleza mayores que las que podían encontrarse en el palacio de la emperatriz de Khokarsa. Una habitación contenía siete enormes pilares de oro y otra estaba pavimentada con una única hoja de oro cuyo grosor se decía que era de tres pies.

Opar era verdaderamente rica, pero el orgullo de sus habitantes se veía atemperado por la certeza de que era objeto de envidia y codicia. Se encontraba a salvo cuando el Imperio era fuerte, pero, ahora que la guerra civil lo debilitaba, Opar era vulnerable a cualquier ataque. La incursión de los piratas de Mikawuru había sido sólo un sondeo ideado para comprobar las defensas. Y, de repente, la propia Opar se veía partida en dos con una guerra entre sus ciudadanos.

Subieron tres tramos de escaleras de granito y cruzaron un largo salón de mica pulimentada hasta llegar a las habitaciones de Phebha. Eran verdaderamente lujosas, pero ella les llevó hasta una pequeña habitación casi desnuda de ornamentos y les pidió que se sentaran ante una sencilla mesa de madera. Mientras iban trayendo vino y comida, les explicó las líneas generales de su plan de ataque. Hadon se hallaba sorprendido. Al parecer hacía mucho tiempo que Phebha había estado esperando que se produjera aquella situación.

Antes de poder terminar, sin embargo, se vio obligada a sentarse en una silla. Tenía las mejillas rojas, los ojos enfebrecidos, la respiración pesada. Sus oscilantes pechos subían y bajaban con rapidez.

—Es la fiebre —dijo, aunque no hacía falta ninguna clase de explicación —. No hay forma de vencerla. Tengo una voluntad fuerte, pero no puedo conseguir que mi carne ignore el fuego que la debilita. Pero tú, Hadon, y tú, Klyhy, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Y en cuanto a ti, Kumin, tú ya sabes el camino. No has olvidado los antiguos túneles, las viejas trampas. Puedes llevar a tu hijo a la batalla.

—¡Más que eso! —dijo Kumin—. Puede que yo tenga sólo un brazo y que haya pasado muchos años barriendo suelos y quitando el polvo a las estatuas, ¡pero soy un *numatenu*! ¡Puedo blandir una espada con una sola mano y puedo dar buena cuenta de mí mismo!

Phebha cerró los ojos, sonrió y dijo:

—Bien. Eso es lo que harás.

Kumin parecía muy emocionado. Era dos pulgadas menos alto que su hijo, pero, con seis pies, todavía era un hombre alto en Opar. Tenía el pelo gris, si bien, cuando contaba la edad de Hadon, había sido tan negro como el ala de Kagaga, el cuervo. Había acumulado algo de grasa y un poco de barriga, pero aún se conservaba fuerte y su aspecto lo era también. Y además, habiéndose visto obligado a utilizar un solo brazo durante veinte años, había desarrollado una fuerza extraordinaria en él.

—Yo le di mi espada, Karken, a mi hijo, pero eso no quiere decir que no pueda utilizar otra.

—Entonces deberás hacerlo esta noche, Hadon —dijo Phebha—. Escoge varios hombres más. Klyhy te dirá los nombres de los mejores. Y que Kho te dé la discreción y el valor para librarnos de esa hiena de Gamori.

Alguien llamó a la puerta. Un sirviente la abrió y entró una sacerdotisa. Se inclinó y susurró algo al oído de Phebha, mirando de vez en cuando, alternativamente, a Hadon y a Kumin. Después se fue. Phebha permaneció

en silencio unos instantes.

—Tengo malas noticias —dijo finalmente—. Kumin, tu hijo Methsuh ha sido capturado por los hombres de Gamori. Lo tienen justo frente a la Puerta de los Nueve. Mi marido, el muy cerdo, nos ha enviado un mensaje en el que dice que quiere hablar contigo, Hadon.

Kumin juraba. Y Hadon dijo:

—¿Qué querrá él con…? —se detuvo, con el entrecejo fruncido, y añadió—: Supongo que quiere hacer un trato. Si yo me entrego en persona, liberará a Methsuh sin hacerle daño.

—Me imagino que eso es exactamente lo que te propondrá —dijo Phebha—. Pero no puedes hacer eso, Hadon, incluso aunque quisieras. Lalila te necesita; tu hija aún no nacida te necesitará; y Opar te necesita. Yo lo siento por Methsuh pero no puedes sacrificar tu persona por la de tu hermano.

—Vayamos a ver qué es lo que Gamori tiene que decir primero —dijo Kumin. Estaba pálido pero se le veía decidido.

Phebha ordenó que le trajeran una litera. Fue acomodada en ella y llevada tras de Hadon y su padre. Por el camino Hadon preguntó por su hermana.

—Dedar está ya casada —dijo Kumin—. Se fue con su marido, Nanquth —ya te acuerdas de él— a la nueva colonia de Kartenkloe. Fue hace un año. He tenido noticias de ella seis veces. Vive feliz, aunque dice que es una vida muy dura. Está embarazada, así que estoy contento. Está a punto de darme otro nieto, aunque sólo Kho sabe si viviré para verlo.

—Tú vivirás para ver muchos más nietos, padre —le dijo Hadon.

Otra vez hubo que apartar a la gente frente a la puerta para que Phebha, Hadon y los demás pudieran mirar hacia fuera. La puerta maciza de hierro había sido levantada, pero el rastrillo seguía aún abajo. Después de cambiar la litera por una silla, la Reina dijo:

—Alzad el rastrillo.

Los hombres cogieron su silla y llevaron a Phebha hasta la misma puerta. Hadon pensó que eso no era prudente, puesto que la hacía muy vulnerable, pero evidentemente ella creía que ni siquiera Gamori se atrevería a atacarla.

El mercado estaba lleno de hombres del Rey, cuyo número alcanzaría el millar, según estimación de Hadon, todos en formación. Mirando a hurtadillas desde la puerta, pudo ver, calle abajo y una vez pasada la masa de armaduras de bronce, más hombres con armas también de bronce. A

ambos lados había una multitud de ciudadanos. Y frente a ellos, mirándoles, había tres filas de lanceros. Los ciudadanos no se mostraban muy ruidosos, pero había algún grito de vez en cuando que se elevaba por encima del hosco murmullo.

Contribuirían a que Gamori fuese prudente, pensó Hadon. No querría enfurecerlos amenazando a la propia Suma Sacerdotisa.

Por otro lado, Gamori podría ser lo suficientemente temerario para forzar una prueba de fuerzas definitiva. Podría creer que una matanza de ciudadanos en la calle amedrentaría al resto de la población. Y podría tener razón.

Sonaron las trompetas. Las tropas de la derecha se abrieron y, por la estrecha avenida, aparecieron seis soldados y un prisionero.

Hadon gritó:

—¡Methsuh! —y oyó que aquel nombre era repetido como un eco, desesperadamente, por su padre.

Methsuh, de un gran parecido con Hadon, con las manos atadas a la espalda y la cara ensangrentada e hinchada, fue arrojado de golpe contra el suelo. Gamori hizo un gesto y las trompetas y los tambores resonaron potentes. Se hizo el silencio entre la multitud. Gamori rugió:

—¡Un trato, Phebha! ¡Un trato! ¡Un traidor por otro!

La voz de Phebha era clara pero débil.

—¿Qué dices, Gamori? ¿Quién es un traidor? ¡Tú eres el único traidor que yo puedo ver aquí!

—¡Yo no! —gritó Gamori—. ¡Yo no llevo la guerra contra ti, esposa! ¡Lo único que hago es afirmar el derecho de Resu a la primacía, establecer el orden de las cosas como debería ser! Pero no estoy aquí para discutir contigo. ¡Quiero a ese traidor, a Hadon! ¡Nuestro Emperador me ha informado de que debe ser arrestado y enviado de nuevo a Khokarsa!

—¡No hay ningún Emperador legal! —dijo Phebha—. ¡Nuestra Emperatriz, la Suma Sacerdotisa Awineth, ha declarado a Minruth traidor, blasfemo y profanador! ¡Por eso, Gamori, no tienes bases legales para pedir lo que pides! ¡Y además, al presentar aquí la petición del rebelde Minruth, tú mismo proclamas, ante todos los que puedan oírte, que eres un rebelde, un blasfemo y un profanador! ¡Y por eso la gran Kho te desaprueba, Gamori! ¡Y desaprueba a todos los que te apoyan! ¡La muerte y la destrucción visitarán a aquellos que Kho desaprueba!

—¡Silencio, mentirosa perra sarnosa! —gritó Gamori. Su rostro estaba rojo, pero los rostros de los soldados que se encontraban cerca de él estaban

pálidos—. Yo no estoy aquí para discutir de religión o de política o de cualquier cosa que no sea un intercambio de traidores. ¡Quiero a Hadon! Y si se niega a rendirse o si tú te niegas a arrojarlo fuera del templo, ¡entonces ejecutaré a su hermano! ¡Ahora! ¡Ante sus ojos y los tuyos! ¡Y ante los ojos de las deidades! ¡La sangre de Methsuh caerá sobre las manos de Hadon, sobre tus manos!

—¡Tú no puedes ordenar a la Suma Sacerdotisa de Kho que guarde silencio, ni la puedes insultar —insultando de esa forma a Kho— sin desagravio! —dijo Phebha. Su voz sonaba más alta ahora pues la ira había remontado su anterior debilidad por un momento.

Kumin, de pie junto a Hadon, se lamentaba:

—¡Gran Kho, no me hagas esto a mí! ¡He perdido a mi mujer tan sólo hace dos días y ahora voy a perder a uno u otro de mis dos únicos hijos!

Methsuh se hallaba de rodillas a tan sólo veinte pies de la puerta del templo. Dos oficiales, con las espadas desnudas, se encontraban detrás de él. Gamori estaba a un lado y a unos diez pies por detrás de ellos. Las filas de lanceros más cercanas se encontraban situadas a unos treinta pies de cada lado de la puerta.

Hadon se preguntó si aquel espacio había sido preparado así para que se lanzase fuera y tratase de rescatar a su hermano. Probablemente sí.

Hubo unos instantes de silencio. Gamori, aún con la cara roja, los labios abiertos y los dientes apretados, se paseaba dando grandes zancadas hacia adelante y hacia atrás. Y luego gritó:

—¡Bueno, Hadon! ¡No voy a esperar mucho más!

—Tú no harás, por supuesto, semejante cosa —le dijo Phebha a Hadon —. Sería un acto valiente y noble que dieras la vida por tu hermano. Y también un acto extremadamente estúpido y egoísta. La suerte de Opar y el curso de la verdadera religión en Opar dependen de ti. Nadie más puede reagrupar a los devotos de Kho como tú. Tú eres un héroe, ganador de los Grandes Juegos.

—¡Todo eso ya lo sé! —dijo Hadon en voz alta, atreviéndose, embargado por la ira y la pena, a interrumpirla—. Ya sé que Gamori no espera que me sacrifique por Methsuh. ¿Qué provecho habría en ello a no ser para Gamori y la causa de Resu?

—Es la crueldad la que inspira a Gamori a hacer eso —dijo Kumin—. No puede violar el lugar sagrado y por eso, para hacernos daño, va a matar a Methsuh. Espera que alguno de nosotros no pueda soportar ser testigo de la muerte de Methsuh y corra a salvarle.

—¡Tú no harás eso! —dijo Phebha bruscamente.

Kumin dio un grito, arrancó a Karken de la mano de Hadon y atravesó la entrada antes de que Hadon pudiera detenerle. Hadon salió corriendo tras él, pero un soldado que se hallaba junto a la silla de la Reina le puso la lanza entre las piernas y Hadon cayó al suelo, ya en la calle, junto a la entrada. Inmediatamente se levantaron las lanzas contra él. Y él comenzó a rodar hacia el interior mientras dos lanzas le pasaban por encima, una de ellas tan cerca que el palo le pegó en las costillas. Una tercera cayó al suelo justo frente a él, clavándose en la roca calcárea del suelo. Se movió gateando hasta encontrar la protección del muro de detrás de la puerta de entrada y ya no se arrojaron más lanzas.

Dio un salto hasta la puerta tres segundos después, decidido a ver qué estaba sucediendo aunque aquello significase tener que esquivar más proyectiles. Y vio caídos en el suelo a los dos oficiales que habían estado custodiando a Methsuh, con las gargantas cortadas. Methsuh estaba caído de costado, pero luchaba por ponerse en pie. Gamori se defendía con su espada contra la ensangrentada arma de Kumin. Y aunque Kumin tenía un solo brazo, utilizaba a Karken como si sostuviera su empuñadura con dos manos. Y entonces ocurrió lo inevitable. Empezaron a caer lanzas sobre Kumin desde ambos lados y desde atrás. Se tambaleó unos instantes y cayó, todavía tratando de herir a Gamori.

El Rey dio un paso hacia adelante y cercenó con su espada el cuello de Kumin. La sangre salió como un surtidor, cubriendo los pies de Gamori mientras éste se agachaba y cogía la cabeza de Kumin por los pelos y la elevaba por encima de su cabeza mientras gritaba exultantemente.

Hadon, dando un grito, arrancó la lanza de las manos a un soldado y la arrojó contra Gamori.

Voló casi en línea recta, alcanzando a Gamori en el hombro. Este bajó la cabeza y cayó en el charco de sangre, agarrándose al mango de la lanza.

Un soldado atravesó a Methsuh con su lanza. Otros soldados, olvidando en su furia y en su excitación que estaban cometiendo sacrilegio, arrojaron sus lanzas contra la puerta de entrada. Varias de ellas estuvieron a punto de alcanzar a Phebha y a Hadon. Una dio de lleno en el estómago de una sacerdotisa. Un segundo después caía el rastrillo y la puerta se cerraba de golpe.

Observadores situados en las ventanas de los pisos superiores del templo informaron después que Gamori fue trasladado de allí enseguida. La lanza no parecía haber causado una herida mortal, a no ser que se presentase la

infección. Pero Gamori había dado una orden antes de marchar, y ésta fue llevada a cabo sin piedad: los civiles fueron asesinados en masa, aunque algunos lograron escapar. Y la guerra civil se extendió decididamente por todo Opar.

Capítulo 26

Acabo de venir de la Cámara de la Luna —dijo Phebha—. Los dolores de parto de Lalila han comenzado de nuevo. Ha sido ordenada sacerdotisa y he dado instrucciones de que se extienda la noticia de que ella será nuestra nueva Reina. Y tú serás el nuevo Rey.

—¿Y cómo vas a conseguir que el pueblo se entere? —preguntó Hadon —. Ningún pregonero se aventurará a salir a la calle. Morirían todos.

—Tenemos nuestros medios —respondió ella—. Lalila tendrá que aprenderlos. Tendrá que aprender muchas cosas en realidad. Yo le enseñaré todo lo que pueda antes de que me llegue la muerte. Y después, Klyhy y Hala y las demás le enseñarán.

—Es demasiado pronto para hablar de eso —dijo Hadon—. Primero nos tenemos que librar de Gamori.

—Lo que se hará antes de que termine la noche, si Kho quiere —respondió ella—. Dentro de dos horas será media noche. He sacrificado un gallo y he encontrado que los augurios son buenos, aunque un poco ambiguos. ¿Pero no lo son siempre? La medianoche es la mejor hora para comenzar. Klyhy será tu guía puesto que ya no podemos contar con tu padre.

Hadon trató de no pensar en Kumin ni en su hermano. No había tiempo para apenarse ahora. Sólo quedaba tiempo para pensar en la venganza.

Se dirigió hacia la ventana y miró hacia el exterior. La noche estaba nublada y, por lo general, en la ciudad habría reinado la oscuridad, sólo rota por las antorchas de las patrullas. Pero ahora la noche se iluminaba con las llamas de los alojamientos de los hombres libres ardiendo en el Norte y las de los barrios de los esclavos en el Sur y en algunos grandes edificios de la propia ciudad. Las nubes estaban rojas y reflejaban los fuegos que ardían abajo. Las antorchas de la calle titilaban, dando la impresión, en la distancia,

de que se trataba de luciérnagas. Casi toda la lucha había cesado durante la noche, si las noticias que llegaban eran creíbles. La mayor parte de la población había abandonado la ciudad para evitar quedar atrapada entre los hombres del Rey y los de la Reina. Sin embargo, muchos civiles se habían unido a uno u otro bando o se habían lanzado al pillaje. Las construcciones de madera de las afueras de las murallas estaban destinadas a arder en su totalidad. Nadie intentaba sofocar las llamas. Toda la lucha contra el fuego quedaba confinada en el interior de las murallas.

La mayor parte de la ciudad estaba construida de piedra maciza, por lo que los fuegos eran bastante limitados aquí. Pero la gente había sacado gran cantidad de muebles a la calle para que sirvieran como barricadas y éstas habían sido incendiadas. En muchos edificios se habían amontonado colgaduras y muebles y se les había prendido fuego para impedir el paso al enemigo.

Gamori había rodeado el enorme templo, apostando un centenar de hombres en cada entrada. Luego había dado principio a la matanza masiva por toda la ciudad que había desembocado en el pánico total de los civiles. La riada de refugiados había conseguido que los hombres de la Reina retrasaran considerablemente su avance hacia la defensa del templo. No podían avanzar contra la masa que se dirigía hacia el río y hacia la jungla de detrás de la ciudad.

Gamori había sido trasladado a su cuartel general en el Templo de Resu para ser atendido allí de sus heridas. Según los espías de Phebha, no había abandonado sus habitaciones, pero dirigía las operaciones a través de su general, Likapoeth. Si el informe era de fiar, Gamori estaría en pie para el día siguiente por la mañana a más tardar. Mientras tanto, Likapoeth había atacado dos veces la Puerta de los Nueve, arremetiendo contra ella con pesados arietes de bronce. A la vez, los soldados habían intentado entrar por las ventanas de los segundos pisos. Habían recibido descargas de aceite hirviendo y las escalas colocadas al efecto habían sido apartadas o empujadas y se habían desplomado con sus cargas humanas dando alaridos. Los arietes habían fracasado en su intento de romper la doble barrera de rastrillo y puerta y más aceite arrojado desde las ventanas de arriba había terminado por desanimar a los atacantes.

Al cabo de un rato se abrieron el rastrillo y la puerta y Hadon dirigió una salida al exterior. Esta dio como resultado que sus fuerzas fueran obligadas a retroceder con fuertes pérdidas. El propio Hadon había sufrido varias heridas de escasa consideración y había estado a punto de ser

capturado.

Más tarde, una fuerza compuesta por unos trescientos hombres pertenecientes al ejército de la Reina habían logrado abrirse camino y llegar hasta la puerta. Hadon había conducido de nuevo a sus hombres hasta el exterior para ayudarlos y entre todos consiguieron que doscientos hombres de los refuerzos entraran en el templo.

Phebha había enviado mensajeros al puerto con órdenes de que al menos la mitad de las tropas estacionadas allá, seiscientos hombres, llegaran hasta Opar. Pero serían necesarios varios días para que un mensajero pudiese llegar hasta allí, aun viajando día y noche. Y serían necesarios otros cuatro días para que hombres fuertemente armados consiguieran llegar a Opar remando a marchas forzadas. Además era seguro que Gamori tendría el río vigilado, por lo que no había ninguna garantía segura de que los mensajeros pudieran cumplir su misión.

Había ya unos quinientos hombres en el interior del templo. Desgraciadamente, la mitad de ellos habían sido bajas. Después de tomar la sopa preparada en las grandes cacerolas de la cocina, doscientos cincuenta de ellos se habían puesto muy enfermos. Al cabo de una hora, casi un centenar había muerto en medio de una horrible agonía. Los otros habían conseguido sobrevivir, pero estaban demasiado enfermos para ser de alguna utilidad. Phebha inició una investigación media hora después de que la primera docena hubiera sentido los primeros síntomas de la enfermedad. Ya para entonces, los sospechosos, dos jefes de cocina, habían desaparecido. Unas cuerdas colgando de las ventanas del tercer piso revelaban el lugar por donde habían huido.

—Gamori no es tan estúpido como yo pensaba, aunque es mucho más vil aún —comentó Phebha—. Bien, nos ha pegado fuerte. Pero si tú tienes éxito esta noche, Gamori y todas sus ambiciones acabarán en su pira funeraria.

Hadon estaba sorprendido.

—¿Vas a quemar a Gamori?

—¿Y por qué no? Se merece la suerte del traidor y del blasfemo. ¿Querrías que le dedicase un funeral de héroe y le erigiera un monolito sobre su tumba sólo porque una vez se sentó en un trono y fue mi marido?

—Quiero decir que rara vez se hace eso —contestó Hadon.

—Si vas a ser un buen Rey, harás muchas cosas que rara vez se hacen.

—Ya he estado aprendiendo a hacer esas cosas —respondió Hadon.

Se excusó y se dirigió a sus habitaciones. Abeth y Kohr se encontraban

dormidos en una cámara interior, vigilados por una anciana sacerdotisa. Esta levantó la vista cuando Hadon asomó la cabeza por la habitación. Sonrió e hizo un gesto indicando que todo iba bien con los niños. Hadon se dirigió a su propio lecho pero fue incapaz de dormir. Después de dar mil vueltas en la cama, se levantó y bebió varias tazas de té de hibisco. Luego se puso a pasear. Después de un tiempo interminable, el reloj de agua le indicó que ya era hora de partir.

Klyhy se reunió con él frente a la puerta de las habitaciones de Phebha.

—Está dormida —dijo—. No hay necesidad de despertarla. Nosotros ya sabemos qué hacer.

El esclavo de Klyhy llevaba una gran jarra con un producto negro dentro. Ella la abrió y ambos se untaron y embadurnaron con el ungüento. Luego se vistieron, si bien no había mucho que ponerse. Cada uno de ellos llevaba un taparrabos negro muy ajustado, mocasines de piel de antílope y un cinturón del que colgaban varias vainas y ganchos de metal. De algunos de los ganchos pendían unas bolsas. Una presilla en el cinturón de Hadon sostenía un curioso artefacto de hierro en forma de T. Durante este tiempo, otros cuatro hombres, también recubiertos de ungüento negro, habían llegado hasta ellos. Llevaban rollos de cuerda a la espalda y en sus respectivas vainas, cuchillos y hachas de mango corto. Las bolsas que colgaban de los ganchos contenían proyectiles bicónicos de plomo. Sus hondas estaban aseguradas mediante presillas en sus cinturones.

Hadon se había reunido con aquellos cuatro hombres aquella misma tarde. Había repasado los diagramas con ellos y con Klyhy hasta que todos habían sido capaces de dibujarlos de memoria. Al igual que los otros hombres, Hadon había tenido que jurar solemnemente no revelar nunca lo que había aprendido en los diagramas. También había jurado no caer vivo en manos del enemigo.

Equipados ya del todo, Hadon y Klyhy condujeron a los otros a través del vestíbulo, pasaron por delante de un centinela al doblar una esquina y fueron luego hasta un pequeño vestíbulo lateral. Allí Klyhy sacó de una bolsa una gran llave de hierro y abrió una pequeña puerta, también de hierro. Una vez dentro de la habitación, estuvo tanteando a ciegas hasta encontrar antorchas en sus soportes. Utilizando un pedernal, un hierro y un poco de yesca, consiguió que ardiera un fuego minúsculo, que luego dejó caer sobre la antorcha empapada de aceite. Los demás también encendieron antorchas.

Se veía claramente que la habitación se utilizaba como almacén. La

sacerdotisa se dirigió a un lugar detrás de una pila de cajas de madera y los demás la siguieron. Había un espacio entre la pila de cajas y una caja solitaria y grande situada contra la pared de piedra, que estaba construida con bloques de tres pies cuadrados cada uno. Klyhy abrió la tapa de la caja, descubriendo que se encontraba llena hasta la mitad con rollos de papiro. La sacerdotisa les dijo que los quitasen, cosa que ellos hicieron de inmediato. En el fondo se veía un lingote de plomo que pesaría unas cuarenta libras. Lo levantaron y una plancha de bronce se elevó unas pulgadas del fondo.

—El bloque de plomo mantiene la plancha abajo —dijo Klyhy—. Lo elevas y la plancha sube, y los contrapesos de detrás de la pared comienzan a funcionar. ¡Rápido! ¡A la abertura!

Se acababa de abrir un hueco en la pared. Rápidamente se movieron todos y se encontraron en un túnel. Hadon, siguiendo las órdenes de la sacerdotisa, levantó una enorme palanca de madera desde el interior de la abertura. Klyhy volvió a colocar el peso, echó encima los rollos de papiro, puso la tapa de la caja y se metió en la abertura de la pared. Hadon dejó de hacer presión sobre la palanca y la sección de piedra se volvió a colocar en su sitio.

—Sólo la Reina tiene la llave del almacén —dijo Klyhy—. Sólo ella y dos sacerdotisas conocen el secreto de esta habitación. Y ahora, vosotros, los hombres, lo conocéis porque ésta es una situación de extrema emergencia. Pero Kho os fulminará si habláis de esto. Si nosotros podemos utilizarlo para llegar hasta nuestros enemigos, ellos pueden utilizarlo para llegar hasta nosotros.

El túnel tenía una anchura de unos diez pies y su altura era de ocho. Estaba bien ventilado, aunque la fuente de aire no era visible. Las llamas de las antorchas se curvaban hacia el oscuro fondo del túnel. Klyhy, que abría la marcha, giró hacia la izquierda. No tenían necesidad de saber hacia dónde se dirigía el pasadizo de la derecha y por eso no se lo habían dicho. El pasadizo de la izquierda era más bajo y más estrecho. Corría durante unas cien yardas, desviándose a menudo, yendo al parecer por entre las paredes de las habitaciones y de los pasillos. De vez en cuando aparecían nichos excavados en las paredes. Algunos de ellos contenían calaveras.

—Se supone que pertenecieron a los esclavos que construyeron estos pasadizos secretos —dijo la sacerdotisa—. Yo lo dudo, puesto que deben de tener unos setecientos años y creo que un cráneo se convierte en polvo al cabo de tanto tiempo. Los muros son gruesos, pero están húmedos.

Personalmente, me inclino a pensar que se trata de reliquias de los enemigos de las Sumas Sacerdotisas de las últimas generaciones pasadas. Pero si eso es verdad ¿dónde están los esqueletos?

Los que podían tener respuesta para sus preguntas estaban también muertos.

Los hombres hacían una señal para alejar a los malos espíritus cada vez que pasaban cerca de una calavera.

Ocupado con sus propios pensamientos acerca de los cráneos, Hadon seguía de cerca a Klyhy. De repente tropezó y cayó sobre ella, haciendo que la sacerdotisa se llevara un sobresalto y luego soltase un juramento.

—¡Pedazo de adoquín! —exclamó—. ¡Mira por dónde andas! ¡Por poco me lanzas ahí dentro!

Y señaló un pozo abierto justo a sus pies.

Hadon no dijo nada. Tenía razón. Debería haber andado con más cuidado. Si no se olvidaba de todo menos de lo que tenía en ese momento entre manos, llevaba camino de tener que olvidarse de todo para siempre.

Las luces de las antorchas aparecieron reflejadas en la profundidad del agua. También se vio una escalera enclavada en la piedra. Klyhy se agachó hasta el borde y comenzó a descender velozmente. Un hombre llamado Wemqardo sujetaba la antorcha de forma que ella pudiera ver todo el recorrido hasta el fondo. Al llegar a él, saltó desde la escalera y desapareció en una abertura lateral. Wemqardo ató la antorcha al extremo de una cuerda y la dejó caer lentamente hasta Klyhy. Luego bajó él. Al cabo de unos minutos, los seis se encontraban en el interior de otro túnel. El pasadizo que se curvaba bruscamente hacia la izquierda les llevó durante un cuarto de milla por un sendero parecido al que suelen dejar las serpientes en el polvo. Al llegar a lo que parecía el final del pasadizo, la sacerdotisa hizo presión sobre una de las paredes del muro cerca de un rincón. Giró pesadamente, necesitándose todo el peso de Hadon para moverla. Los goznes de bronce chirriaron estrepitosamente, lo que hizo que Klyhy soltase una maldición.

Un aire húmedo y frío les azotó el rostro. Avanzaron por la abertura hasta una plataforma redonda de granito sobre la que se encontraba un bote lo suficientemente grande para albergar a seis adultos incómodamente. Aunque pequeño, el bote ocupaba casi todo el espacio del saliente. Un río oscuro y grasiento se deslizaba a unas pocas pulgadas por debajo de la superficie de la piedra. Hadon levantó la antorcha para poder ver mejor. El otro extremo se hallaba a trescientos pies de distancia por lo menos. El techo y los muros formaban un arco que lanzaba destellos con la luz. Había

numerosas venas de cuarzo en el granito. La parte más alta del techo estaba a unos treinta pies sobre el nivel del agua, si bien esa altura variaba según el recorrido.

—He oído hablar de este río que transcurre en las profundidades por debajo de la ciudad —dijo Wemqardo—. Y se dice que la Fría Serpiente mora en el espeso fango de su lecho. Y que cuando…

—¡Calla, loco! —requirió Klyhy—. ¡Vas a dar un susto de muerte a todo el mundo!

Wemqardo no dijo ya más, pero había puesto en marcha toda una serie de extraños pensamientos en las cabezas de los demás. Hadon pensó en los tétricos cuentos que había oído siendo niño, horripilantes historias de los demonios de la roca y de los seres, medio gorilas, medio gusanos, que se decía tenían encantados aquellos túneles. Se hablaba de que los esclavos que excavaban en busca de oro en aquellas profundidades desaparecían sin que se supiese nunca más de ellos. O que sus compañeros los veían desaparecer arrastrados por cosas oscuras y deformes… Era mejor no pensar en semejantes monstruos. ¿Pero cómo podía uno conseguir no pensar en algo que no quería?

Bajaron el bote al agua y subieron todos a la embarcación. Poco les faltó para que el bote volcase durante la operación. Comenzaron a dirigirlo corriente abajo ayudados por los remos cortos de que estaba provisto. Unos soportes colocados en la popa y en la proa sujetaban las antorchas. La tercera la llevaban apagada. Las vacilantes luces revelaban nichos excavados en los muros que contenían una calavera cada uno. También mostraban, aquí y allá, un repentino hervor en las aguas cuando un remo se introducía en ellas. Hadon, en voz baja, preguntó a Klyhy qué era lo que causaba aquel fenómeno.

—Son unos peces pequeños que infestan estas aguas —contestó—. Son ciegos, no tienen color y su tamaño no sobrepasa las cuatro pulgadas. Pero tienen una cabeza grande y multitud de afilados dientes y se presentan en grandes bandadas. Así que, si te caes al río, te verás limpio de carne en menos de diez minutos y sólo quedará de ti el esqueleto.

—¿Por qué no nos hablaste antes de ellos? —preguntó Hadon un tanto enfadado.

—Ya tienes bastantes cosas de las que preocuparte.

Hadon alzó su remo y lo sostuvo frente a la luz de la antorcha durante unos momentos. La hoja de madera estaba mordida en varias partes de su superficie.

—Si hay tantos como dicen, ¿cómo se las arreglan para comer en un medio tan estéril como éste? —preguntó—. ¿Hay otras clases de peces aquí? ¿Y qué comen?

—Sí que hay otros tipos de peces —contestó Klyhy—, aunque no muchos. No los suficientes para poder compararse con los enjambres de estos peces diablo.

—¿Y entonces qué comen?

—Me gustaría saberlo. Aunque quizás sea mejor para mi paz interior no saberlo.

Hadon se arrepintió de haber sido tan curioso.

Tras dejar atrás dos repisas de piedra, que probablemente daban paso también a sendas aberturas articuladas, la sacerdotisa les indicó que enfilasen hacia la tercera. Llegaron a un minúsculo muelle sin contratiempos y entre ella y Hadon empujaron y abrieron el corte en la roca. Éste, como el de la vez anterior, chirrió estrepitosamente. El bote debía ser abandonado en la repisa, ya que era un poco más largo de lo que permitía la abertura del muro. A Hadon no le gustó. ¿Qué pasaría si los hombres del Rey patrullaban por esa zona —tal como decían las sacerdotisas que ocurría de vez en cuando— y veían el bote? Se lo llevarían consigo, dejando así a Hadon y a los suyos aislados.

—No vienen por aquí con frecuencia —respondió ella—. Y puesto que Gamori necesita todos los hombres que pueda conseguir para la lucha, dudo que se permita el lujo de enviar a nadie a esta zona. Además, los hombres del Rey no saben nada de los pasadizos secretos. Es posible que sospechen que los tenemos, pero no saben dónde están.

—¿Y no pensarán que es muy raro encontrarse con un bote ahí solo, pegado a una pared?

—Supongo que sí —respondió ella—. A veces desaparece un bote y nos imaginamos que una patrulla lo encuentra y se lo lleva, aunque lo mismo puede suceder con una subida del nivel del río. Cualquiera que sea la razón de las desapariciones, parece ser que los hombres del Rey nunca han tratado de empujar las paredes en los cortes de la roca. Puede que hayan pensado que los botes son utilizados por los demonios de la roca o por cosas aún más desagradables. No creo que a las patrullas les guste dejarse caer por aquí.

—Una cosa más de la que preocuparse —murmuró Wemqardo.

Hadon, por su parte, se habría preocupado por Wemqardo, pero Phebha le había asegurado de que se trataba de un veterano de plena confianza.

Wemqardo podía refunfuñar y parecer aprensivo, pero cuando llegaba el momento de la acción podía mostrarse verdaderamente activo.

Continuaron su camino por un estrecho túnel, tan bajo que Hadon tuvo que andar en cuclillas durante un rato. Luego el techo se elevó de repente. Al cabo de trescientos pies, Klyhy se detuvo. Hadon esperaba que hiciese presión sobre el corte de la pared del final del pasadizo, pero ella se limitó a levantar la antorcha. Allí arriba, en el techo, se veía una abertura cuadrada de unos tres pies de lado. Le pasó la antorcha a Hadon, se quitó la cuerda del hombro y la desenrolló. En su extremo había un garfio de hierro de tres púas. Lo lanzó hacia arriba tres veces hasta que agarró. Después de tirar de él para asegurarse de que estaba bien enganchado, se apuntaló con los pies en la pared y comenzó la ascensión por la cuerda.

La antorcha de Hadon mostró que la cuerda caía desde el travesaño de una escalera de bronce enclavada en la roca. Klyhy subía ya por ella.

Él la siguió con la antorcha. Al cabo de cinco minutos subían todos por los travesaños, detrás de la sacerdotisa. Al llegar a su final, siguieron por un túnel tan estrecho que tuvieron que avanzar en fila india y tan bajo que tenían que moverse agachados o arrastrándose. Al terminar la travesía descendieron por otra escalera de bronce, de al menos cincuenta pies de profundidad, y luego siguieron otro túnel que les llevó directamente bajo el río.

Klyhy se detuvo de nuevo, después de haber andado por sucesivos recovecos del túnel, y señaló un signo grabado en la roca a su derecha y a unos cinco pies de altura sobre el suelo. Era una sencilla y única línea vertical cruzada por dos líneas horizontales en la parte superior.

—Esto significa que es una trampa —dijo Klyhy, si bien todos ellos habían sido previamente instruidos por Phebha en el uso de las señales secretas.

La sacerdotisa se dirigió hacia la piedra oblonga colocada en el suelo al lado de la señal. Tenía cinco pies de largo y era fácil saltar por encima. Klyhy saltó y dejó sitio a los demás, que también saltaron, teniendo cuidado de caer al menos un pie más allá de la grieta.

—La última vez que vine —y ésa ha sido la última vez que alguien ha estado aquí— fue hace seis años —dijo Klyhy—. Abrí la puerta de la trampa por órdenes de mi superiora —ahora ella está muerta— para comprobar si funcionaba. Había dos esqueletos allí abajo, en el fondo, que nunca antes habían estado, según mi superiora. Como veis, la piedra no cede inmediatamente. Hay un efecto retardado que permite que varias personas

pasen por la piedra antes de que ceda. Al parecer dos de los soldados del Rey, por lo menos, habían encontrado este pasadizo. Su armadura sirvió para identificarles. Pero cayeron aquí, y si alguien más estaba con ellos decidió no explorar más.

—¿Qué le impide al Rey poner trampas también? —preguntó Wemqardo.

—Nada en absoluto —respondió ella, sin demasiada alegría.

Wemqardo gruñó. Klyhy se volvió y los llevó durante unas cincuenta yardas en línea recta. Luego lanzó su gancho otra vez y, al poco, estaban todos de nuevo siguiendo un pasadizo horizontal. En una ocasión se detuvo para señalar otra incisión en la roca, esta vez una línea horizontal trazada justo debajo de un círculo. A un pie de ella había una hendidura excavada en la roca. Era lo suficientemente grande como para admitir la mano de un hombre corpulento. Puso sus dedos en el interior, agarrando el borde que sobresalía.

—Tira fuerte de esta piedra y saldrá de su agujero, haciendo que los bloques del techo desde aquí hasta allá —y señaló hacia adelante— en un espacio de cien pies, se derrumben. No lo olvides.

—¿Ha sido probado este invento? —preguntó Wemqardo.

—Bueno, no —contestó ella—. Al menos que yo sepa. Fue construido sólo Kho sabe hace cuántos años. Quizás cientos de años.

—Entonces puede que no funcione —remató Wemqardo.

—Ojalá no tengas que usarlo —replicó ella—. Pero si tienes que hacerlo, será mejor que funcione. Hay como dos docenas de estos inventos en el complejo. Si ves que alguien te persigue, mantente alerta para encontrar esta señal. La manivela del artilugio no estará lejos.

—Qué mala suerte no tener una antorcha —refunfuñó Wemqardo.

—Hablar de mala suerte trae mala suerte —comentó uno de los hombres.

—Silencio ya —ordenó Hadon—. Estamos acercándonos a la chimenea de ventilación que lleva al tejado del templo ¿no?

—Sí —corroboró Klyhy.

Unos instantes después desembocaban en lo que parecía otro de los finales del túnel. Klyhy hizo funcionar el mecanismo para hacerlo girar sobre su eje. El grupo se encontró ante otra extensión del túnel que tenía un agujero en el suelo a unos seis pies de distancia de ellos. Por encima del agujero había una chimenea ascendente y, en sus paredes, una escalera de bronce. El agujero descendía, como pudo averiguar Hadon cuando se

asomó, una treintena de pies.

—El río subterráneo —explicó Klyhy—. Fueron los hombres del Rey los que construyeron esta chimenea descendente —continuó—. El viejo rey Madymeth, el tatarabuelo de Gamori. Quería una salida de emergencia hacia el río en caso de revuelta o invasión. No informó a su esposa acerca del asunto, pero ella se enteró, por supuesto, y mandó excavar la chimenea de ventilación y los túneles necesarios para salir hasta aquí. De esa forma las representantes de Kho hace tiempo que han tenido un pasadizo secreto que llega hasta el Templo de Resu, aunque nunca haya sido utilizado hasta ahora. La escalera de bronce original también fue puesta allí por Madymeth. Hace unos cincuenta años, un terremoto derrumbó parte de ella y cayó al río, y la actual fue incrustada en la piedra.

—Espero que los hombres que la colocaron fueran buenos artesanos —murmuró Wemqardo.

—Lo averiguaremos —respondió Hadon.

Saltó al agujero y se agarró a una barra con ambas manos mientras raspaba la pared con un pie y luego empujaba contra un travesaño. El bronce parecía ceder un poco, pero posiblemente era fruto de su imaginación. Ascendió un trecho hasta que hubo dejado sitio para el siguiente. Klyhy se agarró a un travesaño, pero se le resbaló el pie y se quedó colgando, jurando y, a no dudar, sudando, durante unos momentos hasta que encontró un apoyo.

Hadon recibió una antorcha por el aire y la sujetó a la cuerda para subirla consigo, junto a la pared, de forma que no goteara sobre los de abajo. Cuando llegó a la señal —¿cuántas décadas o siglos llevaría grabada allí?— se detuvo. Levantó la antorcha por encima y la sujetó a una altura de dos peldaños sobre su cabeza.

El último hombre había atado la segunda antorcha a la escalera al nivel del túnel. Ahora tenían luz desde arriba y desde abajo y se movían sin trabas. Arriba, en lo alto, un pálido óvalo indicaba el final de la chimenea. La luz venía del reflejo de los incendios contra las nubes.

La señal era una flecha invertida sobre una línea horizontal, el símbolo del silabario que significaba, entre otras cosas, sol, dios sol, águila. En este caso indicaba la entrada a las habitaciones del principal vicario de Resu, el Dios Flamígero.

Según Phebha, la pared era muy delgada en aquel lugar. En realidad se trataba de una lámina de piedra, delgada como una cáscara. Funcionaba como un puente levadizo y la parte superior describía un arco de arriba a

abajo hacia el suelo de la estancia. En su origen, sólo se podía poner en funcionamiento desde el interior. Madymeth no había querido que nadie entrase desde el túnel vertical, naturalmente. Tenía, sin embargo, acceso desde el tejado y ésa era la razón por la que siempre había doce guardias en la parte superior de la chimenea.

Madymeth no había contado, claro está, con la silenciosa y tenaz astucia de la Suma Sacerdotisa, que sabía que algún día podía haber una confrontación entre Resu y Kho. Las sacerdotisas habían excavado, taladrado y abierto pasadizos a través del duro granito, empleando quizás cincuenta años o más hasta conseguir por fin su objetivo.

La etapa final había requerido taladrar un agujero en la piedra cerca de aquella plancha que diese acceso a la maquinaria que hacía descender aquella sección de la pared. Ahora Hadon se soltó del cinturón el largo instrumento de hierro modelado tan curiosamente siglos atrás. Había estado esperando todo este tiempo para que alguien lo usase por única vez. Y nunca más volvería a ser empleado.

Insertó la protuberancia del extremo del instrumento de hierro en el agujero y luego presionó para introducir en la pared dos tercios del vástago. El extremo encajado se deslizó suavemente por el extremo eneagonal de un manubrio. Luego, asegurándose de que estaba ya en el lugar exacto, giró la manivela en forma de T. Nueve veces la giró por completo mientras hacía aparatosas muecas ante los chirridos que salían del agujero.

Se oyó un grito desde arriba. Hadon recibió tal susto que casi se le resbalan los pies del travesaño en que se encontraba. Movió la cabeza hacia atrás para mirar arriba. La mortecina luz de las nubes había desaparecido y había sido reemplazada por la brillante luz de las antorchas. Y luego una parte de aquella luz comenzó a caer a toda velocidad hacia ellos.

Por suerte, la antorcha ardiendo sólo le pasó cerca. Si hubiera dado en el blanco, Hadon habría tenido que soltarse y dejarse caer, lo que le habría sido imposible y entonces tendría que haberse dejado golpear por ella.

Klyhy dio un grito de protesta horrorizada. Wemqardo profirió un juramento y dijo:

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Los demás dieron rienda suelta a su terror según su propia manera, pero Hadon no pudo distinguir lo que decían. Tampoco le importaba. ¿Cómo les habían encontrado? Los que se hallaban de guardia no podían haber visto las antorchas. La chimenea estaba demasiado lejos y tenía que haber demasiado resplandor procedente de los enormes incendios y de los reflejos

de las llamas sobre las nubes.

Quizás alguien, hacía mucho tiempo, había detectado los añadidos hechos por los hombres de la Reina al mecanismo de apertura del muro y, en vez de quitarlos, les había añadido un sistema de alarma. Y así, cuando Hadon había girado la manivela había desencadenado un mecanismo de aviso a los hombres del Rey de que alguien se encontraba fuera, en la chimenea.

Fuese lo que fuese lo que había causado la alerta de los centinelas, ya era demasiado tarde para introducirse en las habitaciones reales. En realidad no había ninguna posibilidad de hacerlo. El encaje de la pared no respondía, no se movía ni una pulgada hacia adentro, como se suponía que debería hacer.

De hecho, y aquí empezó a sentir algo más que un poco de alarma, la parte superior de la pared ¡se empezaba a mover hacia afuera!

Hadon tuvo el tiempo justo para darse cuenta de que su idea era correcta: el mecanismo había sido descubierto hacía mucho tiempo. El muro había sido preparado para que se abriese hacia la chimenea. Y cualquiera que estuviese sujeto a la escalera se quedaría colgado de ella cabeza abajo a no ser que consiguiera alcanzar los travesaños que se hallaban inmediatamente debajo.

Hadon gritó a Klyhy que descendiera, pero ella ya había comenzado a hacerlo, cayendo detrás de los otros, que, por suerte, no se habían quedado paralizados de miedo. Hadon tenía las manos en el travesaño situado justo debajo de la parte inferior de la abertura cuando ésta cayó hacia afuera mientras la parte superior de la sección del muro se detenía con un golpe seco contra el extremo opuesto de la chimenea.

Al menos el bloque de piedra actuaría como escudo, pensó Hadon en su frenesí. Evitaría que los guardias de la parte superior de la chimenea y los que se encontrasen en las habitaciones reales les arrojasen objetos contundentes. Los malditos locos de las habitaciones no serían capaces de perseguirles. ¿No se habían dado cuenta de que su propia trampa les impediría salir a la chimenea?

Sí, ya habían tenido eso en cuenta. No eran tan malditos locos como Hadon pensaba. La plancha de piedra separada de la pared continuó descendiendo con un chirrido, barriendo la chimenea en línea recta hacia Hadon a lo largo de toda la longitud de la escalera.

Capítulo 27

Puesto que no había ninguna posibilidad de que la pared se desviase, se vio obligado a tomar la única decisión posible en semejantes circunstancias: se soltó del travesaño y dio un salto hacia atrás, cayendo por la chimenea y tratando de mantenerse en posición vertical y con la cabeza hacia arriba tanto tiempo como le fuera posible.

Por encima de él se oían los gritos de los hombres mientras la sección del muro caía sobre ellos.

Todo a su alrededor era una mancha oscura y se notaba helado en su interior y ni siquiera acertaba a preguntarse lo que le había sucedido a Klyhy ni el porqué de su extraño silencio.

Luego pasó por el área de luz de la antorcha sujeta en el último travesaño. Se encontraba inmerso en la oscuridad y cayendo, cayendo, aunque todavía en posición vertical y con los pies hacia abajo. Quizás el agua del fondo de la chimenea fuera lo suficientemente profunda para que pudiera sobrevivir al impacto si entraba de pie.

Después se encontró fuera de la chimenea —una sensación muy breve de que de repente se ampliaba el espacio a su alrededor, un frío terrible— y chocó contra el río.

La fuerza del golpe fue suficiente para aturdirle un poco, aunque había entrado limpiamente, presentando un mínimo de resistencia al agua. Y fue bajando, bajando, disminuyendo paulatinamente de velocidad. Los dedos de los pies tropezaron de repente con el frío cieno del fondo. Se le habían doblado las rodillas y durante unos segundos se encontró agazapado en el fondo, como la divinidad del río, aquel monstruo tantas veces descrito pero rara vez visto. Él también se sentaba en cuclillas y miraba hacia arriba, a la espera de las víctimas, generalmente una doncella; se sentaba enorme e informe, acuclillado, respirando agua lentamente, esperando, esperando,

paciente, tan paciente como sólo los inmortales pueden serlo.

Con semejantes pensamientos Hadon salió a la superficie. La corriente le había alejado de la chimenea o, al menos, así lo creía él. No podía ver nada y sólo podía sentir el frío del agua y un terror aún mucho más entumecedor. Ya no pensaba en el diosecillo del río sino en los pequeños peces ciegos con aquellas grandes cabezas y sus afilados dientes. Esmeraba sentir algo que le arrancase un trozo de carne en cualquier momento y luego un centenar de mandíbulas recorriendo y cebándose en su cuerpo, y después —la mano que tenía fuera tocó algo: ¡carne!— y casi dio un alarido.

Aunque se había alejado brusca e instintivamente de aquello, se volvió a acercar nadando y le pasó la mano por encima. Era el cuerpo de un hombre. Tenía la cabeza abierta en dos mitades. Un rollo de cuerda se mantenía aún sobre su hombro. Era uno de sus hombres.

No había apenas ningún ruido, a no ser por el batir del agua contra las paredes y algún que otro borboteo de vez en cuando. Hadon nadó hacia su derecha y al cabo de unos minutos sintió ya la fría piedra. Se puso a nadar entonces como los perros, sintiendo la piedra de vez en cuando, con la esperanza de dar contra uno de los salientes que conducían a un pasadizo. Hasta entonces no había encontrado nada más que la resbaladiza piedra. En realidad no tenía grandes esperanzas de encontrar un saliente: el número de pasadizos debía de ser muy limitado y se vería restringido seguramente a una cierta zona muy determinada. Por lo que suponía, debía de haber sobrepasado ya esa zona. Y al cabo de un rato, habría dejado atrás la ciudad que se encontraba encima, llevado a donde sólo Kho y las deidades y demonios del oscuro subterráneo sabían. Acabaría excesivamente cansado para seguir nadando y se hundiría. O el techo se haría cada vez más bajo y más bajo hasta hundirse en las profundidades de las aguas, llevándole allí consigo. O los pequeños peces ciegos…

El grito fue tan inesperado, tan cercano, tan agudo y cargado de terror que casi le paralizó el corazón.

Sin embargo, supo inmediatamente que tenía que ser de Klyhy.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oh, Kho, ayúdame! ¡Me están comiendo viva!

Hadon se puso en pie sobre la piedra del fondo, se volvió poniendo en máxima tensión sus oídos para adivinar la dirección de la voz.

—¡Klyhy! —gritó—. ¡Soy Hadon! ¿Dónde estás?

Los gritos de Klyhy y su propia voz rebotaron en las paredes del túnel, reverberando. No podía distinguir dónde se encontraba ella, pero pensó que podía estar a su izquierda.

—¡Oh, Kho! —gritaba Klyhy—. ¡Ayúdame! ¡Me están despedazando!

Hadon nadó hacia la voz. Klyhy dejó de gritar por unos instantes. Se oyó de repente un golpe en el agua y Hadon nadó hacia allá, convencido ya de que sabía aproximadamente dónde se encontraba ella. Y entonces algo tocó su pierna derecha. Un segundo después, un buen número de «algos» le estaban mordiendo el talón y se le pegaban furiosos a los dedos y al talón de Aquiles. Al principio no sintió dolor, sólo una especie de entumecimiento. Luego fue como un fuego que ardía en una docena de lugares.

Su mano izquierda golpeó contra una carne suave. Klyhy gritaba delante mismo de su oído. La mano derecha de Hadon pegó en la pared, resbaló por ella y se detuvo contra un saliente de piedra de quizás cinco pulgadas de espesor. Sus dedos se cerraron a su alrededor. Los dedos de la otra mano agarraron el hombro de Klyhy. En su agonía, ella se quería soltar de aquella mano, pero Hadon consiguió por fin cerrar sus dedos sobre el largo cabello de Klyhy.

Gritándole para que dejase de luchar contra él, tiró de ella para acercársela a su cuerpo. Con el impulso recibió un buen golpe en el rostro y ella, con las uñas, trató de arañar los ojos y la nariz de Hadon. Y ahora sintió él que su pierna izquierda comenzaba a recibir el ataque de los peces. Le entró un dolor inmenso. Y luego, más dolor, esta vez en las nalgas y después un tirón brusco de su taparrabos.

Fue este último ataque el que le dio una fuerza sobrehumana. Se apoyó en el saliente con una mano y se impulsó hacia arriba, temeroso de que Klyhy se le escapara de la otra mano. Con la parte superior de su cuerpo situada en la pequeña meseta, sintiendo aún el ataque en sus piernas y en sus nalgas, tiró de Klyhy hacia la pequeña lengua de piedra. Le dio un puñetazo en el hombro, palpó su rostro y le dio otro golpe en la mandíbula. Ella se desvaneció y dejó de gritar. Se incorporó por completo sobre la piedra, pronunciando palabras ininteligibles de aborrecimiento y de miedo y se arrancó a golpes los peces de las piernas con los cantos de las palmas de las manos. Los dientes se soltaban a duras penas y se llevaban más carne con ellos. Se inclinó luego y arrastró a Klyhy más hacia el interior de la meseta de piedra y repitió el proceso que había iniciado consigo mismo. Algunas de aquellas cosas retorcidas y grasientas caían fácilmente, pero otras se quedaban pegadas, obligándole a agarrarlas de la cabeza para arrancarlas, lo que hacía gritar a Klyhy. Y aunque no podía ver la sangre, sí que podía sentirla.

Se volvió en redondo después y comenzó a tantear con la esperanza de

encontrar un bote. No pudo hallar ninguno, así que comenzó a palpar la pared y entonces encontró una delgada línea de separación y la siguió con el dedo. Empujó sobre uno de los lados y la piedra giró lentamente, crujiendo, requiriendo un gran esfuerzo por parte de Hadon. Esta entrada, al parecer, no había sido utilizada durante mucho, muchísimo tiempo.

El aire en el interior era rancio y denso y sorprendentemente seco, pero el aire más húmedo y más frío del río pronto lo reemplazó. Palpó la pared de su izquierda subiendo y bajando la mano. Cuando encontró un hueco grande se detuvo. Sus dedos detectaron varias antorchas —bastante secas—, pedernal, hierros y una caja. Esta última contenía yesca, también sorprendentemente seca. Al cabo de unos minutos había conseguido encender una antorcha. En su vida se había alegrado tanto de volver a ver la luz*

Sangraba por las piernas y las nalgas, aunque, por fortuna, las heridas no eran profundas. Sin embargo, sí que eran bastante dolorosas.

Salió a la meseta del río y se quedó horrorizado. El cuerpo de Klyhy era una ruina sanguinolenta. Por todas partes le faltaban trozos de carne y era sorprendente que pudiera seguir viva después de haber perdido tanta sangre.

La tomó en brazos y la llevó al interior del túnel. Cuando la depositó en el suelo, vio que había perdido varios dedos de los pies y un pezón y que los huesos de uno de los meñiques estaban totalmente limpios.

Klyhy gemía y le miraba con ojos vidriosos.

—Me duele, Hadon.

—Ya lo sé, Klyhy —le contestó él—. Pero aún no estás muerta. Vivirás.

Le quitó el taparrabos y se quitó el suyo, los escurrió y se los ató a ella alrededor de las peores heridas. Pero la sangre siguió manando.

—¡Oh, gran Kho, cómo me duele! —decía gimiendo. Luego, mirándose el cuerpo, preguntó—: ¿Y por qué tengo que vivir? ¿Así? ¿Quién va a querer ahora acostarse conmigo?

—Es más importante vivir que acostarse con amantes —dijo él—. Además, las heridas curarán.

—Eres un mentiroso —dijo con una voz aún más débil—, Hadon…

Él se agachó para poner el oído cerca de sus labios.

—Cuida de Kohr. Dile…

—¿Sí?

—Me duele. Sólo que…

—¿Qué es? —preguntó.

—Que ya no siento dolor. Todo se está poniendo oscuro…

Murmuró algo y, con un lamento, expiró.

Hadon murmuró las palabras rituales e hizo los signos necesarios. Prometió a Kho y a Sisisken sacrificarles un toro escogido y un gallo selecto en nombre de Klyhy. También prometió a su espíritu que sería honrada como heroína de Opar. Erigiría un monolito puntiagudo sobre su cuerpo cuando hubiese sido adecuadamente enterrado y se encargaría de que una de las tabletas de oro del Templo de Kho llevara escrito su nombre y sus hechos. Su tableta estaría junto a la del propio Hadon.

En ese momento se dio cuenta de que empezaba a verse una débil luz proveniente del río. Se incorporó dolorosamente, notando casi inconscientemente que sus heridas, en su mayor parte, habían dejado de sangrar. Sólo de algunas corría aún algún hilillo de sangre. Colocó la antorcha en el hueco de forma que su luz no incidiera directamente en la boca del túnel. Luego cerró la sección de la roca hasta que sólo quedó una pulgada abierta entre la pared y la puerta de piedra. Acercando un ojo a la abertura, miró hacia el río. Acababa de aparecer un lanchón en ese mismo momento.

Llevaba a bordo unos treinta hombres. Cuatro antorchas, dos en la proa y dos en la popa, iluminaban los cascos y las corazas de bronce de los remeros y de los dos oficiales. No había lanzas a la vista, pero éstas, supuso Hadon, estarían depositadas en el fondo de la embarcación.

Cerró la abertura y se llevó la antorcha. Tomó el puñal de Klyhy y se lo colocó en el cinturón. Ya sólo debía preocuparse por sí mismo y su única idea debía ser escapar. Su misión había fracasado y los hombres del Rey habían salido ya en su busca. No exactamente a buscarle a él, puesto que no sabrían la identidad de los invasores —ni si alguien había sobrevivido a la caída—, pero el hecho era que las partidas de búsqueda ya estaban en marcha, buscando. Los hombres del lanchón podrían ver la sangre en el saliente de piedra y podrían también detenerse para investigar. Podrían empujar el corte de piedra que servía de entrada y en poco tiempo estarían tras sus pasos.

Y también podía suceder que aparecieran otros hombres por el túnel frente a él. Y llevarían ventaja, puesto que algunos de ellos, con toda probabilidad, conocerían los pasadizos o tendrían planos de ellos al menos. Y Hadon no tenía la más mínima idea de adonde llevaba cada uno de ellos.

Caminó durante varios cientos de pies hasta que llegó a lo que parecía el final del pasadizo. Tras pasar la antorcha lentamente por el muro en busca

de alguna señal de aviso, empujó un corte en la pared y ésta se abrió. Daba a una cámara redonda que era el fondo de una chimenea vertical. Una serie de travesaños de bronce clavados en la roca facilitaban que pudiera avanzar unos cincuenta pies hacia arriba. La chimenea terminaba en el centro de un túnel horizontal. Hadon dudó, no sabiendo qué dirección tomar. De repente oyó un ruido detrás de él. Miró hacia abajo y vio hombres. Diez de ellos subían por los travesaños mientras que otros iban llenando la cámara redonda. Los de los travesaños no avanzaban demasiado, pues el hombre que iba en cabeza llevaba una antorcha en una mano y se veía obligado a utilizar su muñeca derecha como gancho sobre cada travesaño en lugar de agarrarse firmemente a él.

Hadon pensó que lo mejor sería retrasar aquel avance lo más posible. Bajó por el túnel de su derecha —el lado limpio o el de la buena suerte— hasta llegar a una curva. Colocó la antorcha en la pared y regresó, guiado por la luz de las antorchas de la chimenea. Se tumbó al borde de ésta y esperó. Al poco, la luz se hizo más intensa y pudo ya oler un fuerte aroma a resina. Entonces apareció la cara del primer hombre.

Hadon le arrebató la antorcha de la mano. La lanzó por detrás de él y agarró al hombre por la garganta. La punta de su daga atravesó el ojo del hombre y se clavó en su cerebro. El hombre dejó de gritar'.

Hadon soltó el puñal y agarró al hombre por el cuello con la otra mano. Tiró del cuerpo hasta subirlo hasta donde se encontraba él en el túnel. Abajo, los hombres gritaban. No sabían qué sucedía, pero los gritos del hombre que iba en cabeza les habían alarmado. Hadon desató el tahalí del cadáver y se lo puso alrededor de la cintura. Luego le quitó el casco y la coraza y se asomó al borde de la chimenea con el casco en una mano y la coraza en la otra. El hombre que iba ahora en cabeza miró hacia arriba y dio un grito. Su cabeza estaba a sólo cinco pies por debajo de Hadon, quien le arrojó encima la coraza de bronce. El hombre dio un grito ahogado y cayó hacia atrás, pasando junto a los que se encontraban en los travesaños. Pero su cuerpo fue a caer sobre los que se hallaban en el fondo, derribando a la mayoría de ellos.

Hadon lanzó el casco contra la cara del siguiente, haciéndole también caer y herir o matar a alguno más en su caída.

Tomó Hadon ahora el cadáver con ambas manos y lo levantó por encima de su cabeza. Este esfuerzo hizo que algunas de sus heridas comenzaran a sangrar de nuevo. Y lanzó el cuerpo hacia abajo. Cayó sobre el primer hombre y lo arrancó de los travesaños. Ahora caían los dos

cuerpos sobre el siguiente hombre. Y los tres cayeron, dos de ellos gritando. Cuatro hombres más fueron alcanzados por la caída y todos chocaron contra el montón de muertos y de soldados malheridos del fondo.

Pero aún quedaban dos hombres en los travesaños. Además, a pesar de la gimiente maraña del fondo, venían más soldados desde el túnel hacia la chimenea. Hadon contó ocho. Había, por lo tanto, inmovilizado a todos menos a diez de los treinta. No estaba mal para un sólo hombre, pensó.

Los supervivientes o estaban locos o eran muy valientes; o las dos cosas. Subían ya por los travesaños decididos a su captura, haciendo caso omiso del revoltijo sanguinolento del fondo.

Hadon decidió que aquellos hombres eran unos estúpidos. Estaban en una posición de total desventaja si él se quedaba donde estaba. Y sería una locura irse de allí. Una vez que se encontraran a su altura en el túnel, sería él quien se viera abrumado por su número.

Hadon esperó junto al borde. Al cabo de un rato oyó la pesada respiración del primer hombre. Se incorporó y cuando apareció lentamente el casco de bronce —el hombre era cauto— golpeó con el filo de la espada en la parte superior de la protección de la cabeza. Pero no lo suficientemente fuerte, sin embargo, como para partirlo en dos ni, tan siquiera, para dejar inconsciente al soldado. El hombre dio un grito, pero se quedó pegado a los travesaños. Hadon se agachó, se asomó al pozo y desató la tirilla de cuero del casco del soldado. Y se lo quitó. El hombre se le quedó mirando con ojos estrábicos. Hadon le agarró del largo pelo y tiró del individuo hacia arriba. Cuando llegó casi a su altura, Hadon le dio un rodillazo bajo la mandíbula. El individuo quedó tumbado sin sentido.

Asomándose al borde de nuevo, Hadon lanzó el casco contra el rostro del siguiente hombre, que subía, veloz y desesperadamente, mirando hacia arriba. La fuerza del golpe rompió la nariz del soldado, pero no quiso soltarse de los travesaños.

Hadon le quitó el puñal y la espada al hombre que yacía en el suelo a su lado e hizo rodar al quejumbroso soldado hasta el borde. Se produjeron dos gritos: uno del hombre que caía, que había recuperado el sentido lo suficiente como para darse cuenta de lo que estaba sucediendo; y el otro que provenía del individuo al que le había caído el cuerpo encima. Con la mano rota, cayó con su compañero encima y juntos barrieron a tres más que se hallaban en los travesaños.

Lo cual los dejaba ya reducidos a tres.

Pero estos hombres se habían vuelto muy sabios de repente, y

comenzaron a retirarse. Hadon, sin embargo, no quería que quedase ninguno que fuera capaz de seguirle. Lanzó una espada hacia abajo, con la punta abriendo camino, y ésta fue a dar en la parte superior del casco del soldado que iba en cabeza. Dando un grito, cayó sobre el hombre que tenía debajo y los dos se aplastaron contra el montón de cuerpos que yacían en el fondo de la chimenea. El único superviviente bajó a toda velocidad, demasiado veloz por las alas que le daba el pánico. Se le resbaló la mano y cayó de costado desde una altura de veinticinco pies. Hadon pensó que se había matado, pero no: se puso en pie y comenzó a trepar por la maraña de cuerpos en la que había caído.

Hadon le lanzó un puñal. Falló, clavándose en su lugar en el cuello de un hombre que yacía boca abajo encima de varios cuerpos más. El soldado se fue por el hueco de la entrada y, aunque Hadon esperó cinco minutos, no volvió a ver su cara.

Hadon dudó si debía volver a bajar por la escalera y matar al soldado. Pero eso no le reportaría ninguna ventaja. El hombre estaba atrapado allí puesto que él solo no podría manejar el pesado lanchón. No se atrevería a volver a subir por la chimenea durante mucho, mucho tiempo. Trataría de asegurarse primero de que Hadon había abandonado la zona.

Que era exactamente lo que Hadon estaba haciendo. Se fue de allí, llevando una antorcha en la mano y un puñal y una espada en sus respectivas vainas. Ya no había duda sobre cuál de los dos túneles escoger. Por el de su derecha, se veía una débil luz y un murmullo de voces. Y a continuación, un sonido que le heló la sangre: un repentino estallido de ladridos. ¡Perros!

Capítulo 28

Hadon anduvo o corrió, quién sabe, durante lo que pudieron ser horas. Subió y bajó y atravesó túneles, confuso y sediento. En una ocasión fue a dar a otro reborde sobre el río, donde bebió hasta saciarse. Pero allí no había ningún bote, así que retrocedió sobre sus pasos hasta encontrar otra galería. Y la siguió. Varias veces oyó los ladridos de los perros y los gritos de los hombres, pero todas las veces consiguió alejarse de allí. Y por fin pudo conseguir poner una respetable distancia entre ellos y él. Aunque los perros conocían su olor, no podían subir por los travesaños clavados en las paredes de las chimeneas. Tenían que ser subidos y bajados mediante cuerdas, por lo que los perseguidores perdían mucho tiempo en aquellos lugares.

Al final posiblemente acabarían cogiéndole, a no ser que lograra encontrar una salida en aquel laberinto tridimensional.

Descendió por una chimenea de unos treinta pies de profundidad que terminaba en el techo de un túnel. Saltó desde el último travesaño hasta el suelo de piedra. A unos cinco pies de distancia se encontraba lo que parecía el final del túnel, una pared compuesta de losas de granito de diez pulgadas de ancho y seis de alto, sujetas por cemento. Se acercó a la pared y presionó en ambos extremos, pero la pared resistió sus más fuertes empujones. Podía suceder que el mecanismo del eje de bronce no funcionase o que aquello fuese verdaderamente lo que parecía.

A diez pies en dirección contraria había una chimenea. Se acercó a ella y miró hacia abajo. La antorcha se reflejó en el agua, que podía ser del río o de un pozo. Una débil luz rojiza brillaba en la parte superior de la chimenea: allí estaba el exterior. Los grandes incendios de los alrededores de la ciudad se reflejaban en las nubes, proporcionando una luz vacilante allá arriba, un óvalo mortecino y tostado.

Pero no había travesaños en los muros de la chimenea y las paredes se

inclinaban ligeramente hacia dentro desde este punto hasta arriba.

El túnel continuaba quince pies más al otro lado del pozo. No podía imaginarse por qué no había un puente allí. ¿Pretendían los constructores del pasadizo que el viajero saltara por encima del obstáculo? ¿O había existido en tiempos un puente de madera que se había desintegrado para entonces? ¿O una especie de manubrio de montacargas para el pozo?

Desconocía la respuesta. Lo único que sabía era lo que ahora había.

Oyó el lejano ladrido de los perros y regresó a la chimenea de donde había salido. Las antorchas alumbraron el aire sobre su cabeza y varios rostros dirigieron su mirada desde arriba hacia él. Los furiosos ladridos ahogaban sus gritos, aunque era evidente que sus bocas abiertas estaban anunciando su presencia.

Hadon dio rápidamente un paso atrás para quedar fuera del alcance de la vista de sus perseguidores. Dio media vuelta y, sujetando la antorcha con una mano, volvió hacia la pared de manipostería. Allí se agachó ligeramente y luego comenzó a correr tan velozmente como pudo. Al llegar al borde del pozo, saltó.

Cayó al otro lado con relativa facilidad y con unas pulgadas de sobra. Quince pies no eran mucho para él en un salto de longitud. Sus perseguidores, sin embargo, iban a quedar detenidos un rato todavía. Hadon dudaba que los perros se atrevieran a saltar. Y los soldados tendrían que desprenderse de sus pesados cascos y corazas de bronce antes de intentar el salto. Y tal como se presentaba la situación, sólo los más atrevidos y ágiles lo intentarían.

Por un momento pensó en esperar al otro lado del obstáculo e ir golpeando a los saltadores y tirarlos al pozo. Pero la idea, aunque atractiva, no era viable. Los soldados le podrían arrojar lanzas o proyectiles con sus hondas que él no podría esquivar. No, no tenía otro remedio que seguir adelante a toda prisa, esperando que el agujero sobre el abismo les hiciera dudar durante un rato.

El túnel del otro lado del pozo tenía unos quince pies de anchura. Esta parte en la que ahora se encontraba Hadon era más estrecha, pues tenía tan sólo siete pies. Siguió avanzando por espacio de unos cien pies más y llegó a un tramo de escaleras cortadas en la roca que se dirigían hacia abajo. El descansillo del fondo se encontraba a unos veinte pies y, desde ahí, el túnel continuaba. Minutos después llegaba ante una pesada puerta de madera asegurada con dos enormes barras.

Descorrió las barras y abrió la puerta. Sus goznes de hierro chirriaron.

Esperando que no hubiera nadie al otro lado de la puerta que hubiera podido oír los ruidos, atravesó la entrada. Se encontró en una gran habitación de unos sesenta pies de largo, treinta de ancho y cincuenta de alto. Se hubiera podido decir que se hallaba totalmente vacía a no ser por la existencia de tres lingotes de oro. Hadon pensó que, antaño, habría servido de almacén y que había sido vaciado de todas sus existencias a excepción de los tres lingotes. O quizás estaba siendo llenado otra vez y los tres lingotes eran lo primero que se colocaba allí.

Eso carecía de importancia. Lo que sí la tenía era el hecho de que cerca de la puerta, sobre la húmeda pared de piedra, había una señal grabada en la roca, el mismo signo que Klyhy le había señalado, una línea horizontal debajo de un círculo. Cerca de la señal se hallaba la depresión en la roca que encerraba el asidero.

Hadon atravesó la cámara de lado a lado. En el extremo opuesto había otra puerta, pero ésta se hallaba desatrancada. Justo al lado de la entrada, otra señal con la respectiva depresión en la piedra y el correspondiente asidero se hacían visibles a la luz de la antorcha.

Una vez franqueada la puerta, el túnel corría recto como una espada en una longitud que equivalía a todo lo que abarcaba la vista.

Hadon regresó a la cámara, tratando ahora de imaginarse el porqué de la extraña presencia de las barras sobre las puertas.

¿Cuál era la verdadera razón de la existencia de aquellas barras?

¿Era para evitar que alguien viniera en aquella dirección?

Hadon tenía el presentimiento de que el largo y recto túnel llevaba a algún lugar fuera de los muros de la ciudad. Y puesto que allí fuera había forajidos, esclavos fugitivos, los salvajes Gokako e incluso Nukaars, los homínidos peludos de los bosques, las puertas tenían que tener la barra echada para evitar su entrada.

De todas formas, ya se enteraría más tarde de lo que significaba todo aquello. No tenía, de momento, una importancia inmediata.

Miró a través de la puerta por la que había entrado. Una luz brillaba allá a lo lejos, en el túnel, lo que significaba que alguien había logrado saltar. Y probablemente eran más de uno por la velocidad con que avanzaba la luz. Uno o dos hombres no se comportarían tan decididamente. Y sobre todo cuando sabían que él podía estar emboscado esperándolos.

Hadon retrocedió a toda prisa hasta la otra puerta. Se detuvo nada más traspasarla y puso sus dedos dentro de la depresión del asidero. Se echó hacia atrás y tiró con todas sus fuerzas. La sección de piedra se deslizó

chirriando y, de repente, quedó libre y Hadon tuvo que retroceder tambaleándose para evitar la caída. Luego comenzó a correr, mientras detrás de él el techo, que estaba hecho de ladrillos y rocas calcáreas en un tramo de unos treinta pies, se desplomaba. El golpe fue tremendo, y el ruido atravesó todo el túnel, produciendo un eco profundo y continuado. No se produjo polvo, puesto que la humedad era demasiado fuerte en las piedras para que se levantara una polvareda.

Después de esto, ya no vio ni oyó nada que indicara que la persecución continuaba. Incluso aunque los ladrillos no hubieran taponado el túnel por completo, habrían detenido momentáneamente a los hombres del Rey. Se preguntarían cuántas trampas más les quedaban todavía por sortear. Pero Hadon pensó que el pasadizo seguiría aún bastante tiempo sin quedar expedito. El mecanismo de las antiguas sacerdotisas había funcionado magníficamente.

Al cabo de unos treinta minutos de marcha llegó a un estrecho tramo de escaleras. Subió por aquella espiral y se encontró de repente ante una hendidura lo bastante ancha para que pasaran sus hombros entre dos bloques de granito. Las nubes brillaban rojizas por encima de su cabeza. Los escalones habían desaparecido, sustituidos ahora por una pronunciada rampa de granito pulido. Subió por ella y desembocó en un lugar al aire libre. Se encontraba en la cima de una enorme roca.

Debajo de él se hallaba un pequeño templo de mármol de planta redonda que brillaba en su blancura a la luz de un gran fuego. Era más un santuario que un templo y consistía en un círculo de blancos pilares de mármol coronados por un techo recubierto de oro. El suelo era un mosaico de piedras multicolores con una gran estatua en el centro. Justo enfrente de la estatua se veía un fuego que ardía en una enorme caja de bronce.

Hadon se había sentido confuso al principio. Pero ahora sabía el lugar exacto donde se encontraba. Estaba en la Isla de Lupoeth. Y allí, a una milla sobre el lago, se encontraba la ciudad de Opar. Sus torres, sus cúpulas y sus murallas brillaban frente al fuego que todavía ardía a ambos lados de la ciudad.

El túnel se extendía una longitud enorme bajo el río y por debajo de la ciudad y le había llevado hasta el islote, aquel islote consagrado a la semidiosa Lupoeth y prohibido para los machos humanos. Había cometido sacrilegio, si bien era cierto que sin saberlo.

El hecho no podía permanecer oculto ante los ojos de Kho, él lo sabía. Pero quizás, puesto que había llegado hasta allí mientras estaba a Su servicio

y no sabía lo que estaba haciendo, posiblemente sería perdonado. Si pudiera salir de allí antes de que las sacerdotisas le descubrieran, podría salir del paso sin consecuencias peligrosas. Dado que con un simple vistazo sus ojos podían recorrer toda la extensión del islote y dado que no veía por ninguna parte a las tres mujeres, supuso que estarían en sus minúsculas habitaciones situadas justo debajo de donde él se encontraba, es decir, en la parte de la gran roca que había sido vaciada al efecto. Una de ellas estaría despierta, puesto que había que cuidar del fuego durante las veinticuatro horas del día.

Descendió por la parte posterior de la roca, que en aquel lugar era parecida a un pequeño acantilado. El río bañaba la base de la enorme roca, por lo que tuvo que vadearlo siguiendo el trazado de la roca vertical. En cierto momento resbaló y cayó en un espacio donde el agua alcanzaba una profundidad considerable y tuvo que nadar hasta que sus pies consiguieron tocar fondo otra vez. Dio la vuelta a todo el islote en cinco minutos, pero no pudo encontrar ninguna embarcación.

Las tres sacerdotisas recibían posiblemente la comida y la leña para el fuego por medio de alguna embarcación y el túnel serviría únicamente para casos de emergencia o para enviar o recibir mensajes secretos.

Solamente había una cosa que hacer. Tendría que nadar por el río para regresar a Opar. Pero la corriente era muy fuerte en mitad del río y él se encontraba muy débil por la tensión emocional y física del día y de la noche.

Podía intentar enfilar hacia la orilla, pero se encontraría muy alejado de Opar cuando la alcanzase.

Por otro lado, pensó, ¿por qué no nadar hacia la orilla este, es decir, hacia la más cercana? Encontraría pescadores o cazadores a lo largo de la faja de tierra situada entre el río y los acantilados del Este. Tendrían botes y él podría tomar uno prestado.

Eso era lo más sensato que podía hacer.

Hadon se sentó con el agua a la cintura y descansó unos instantes. El templo tenía un aspecto espectral a causa del reflejo de las nubes y del fuego encendido en la caja de bronce. La gigantesca estatua de Lupoeth, con un tamaño tres veces mayor que el de la figura humana, se elevaba majestuosa en el centro de las columnas de mármol. Estaba tallada según el estilo rígido y sin gracia de los antiguos, y era de mármol pintado con los colores de la carne y con los ojos y el pelo también pintados. Y como era todavía costumbre en aquellos días, el cuerpo, de cintura para abajo, tomaba la forma de un animal, en este caso la de los cuartos traseros de un cocodrilo.

Sus pechos eran enormes y redondos, y cada uno llevaba la marca de la cabeza estilizada de un cocodrilo, el tótem de Lupoeth. Tenía los ojos pintados de azul. El pelo era largo y negro, coronado con una triple tiara de oro engastada con diamantes. En su mano derecha sostenía una enorme lanza de oro.

A través de los pilares, Hadon pudo ver la oscura abertura excavada al pie de la gran roca. ¿Dónde estaban las sacerdotisas que cuidaban del fuego sagrado?

Esta pregunta le fue contestada de forma súbita y alarmante. Una blanca figura surgió desde detrás de una pequeña roca situada a su derecha. Comenzó a avanzar hacia él, convirtiéndose en algo más preciso al acercarse a la luz del fuego de la caja de bronce. No era un espíritu, puesto que Hadon se quedó pensando al principio dónde la había visto antes. Era una mujer cubierta con un manto blanco y una capucha.

Al parecer, la luz era lo bastante fuerte como para permitirle distinguir a Hadon. La sacerdotisa se detuvo al borde de la sólida orilla de roca y permaneció inmóvil, mirándole fijamente durante un buen rato. Finalmente, nervioso por tan prolongada inspección y por tanto silencio, dijo:

—¡Guardiana del Templo de Lupoeth! Yo soy Hadon, hijo de Pheneth y de Kumin el *numatenu*, y soy el vencedor de los Juegos Menores de Opar y de los Grandes Juegos de Khokarsa. Soy un refugiado…

La mujer se echó la capucha hacia atrás, revelando un rostro de mujer de mediana edad. Y dijo:

—Te conozco, Hadon. ¿No te acuerdas de Neqokla, la guardiana de la Cámara de la Luna durante tantos años? Yo solía darte dulces de vez en cuando y algún abrazo y algún beso también. Esperaba grandes cosas de ti, Hadon, aunque también predije que tendrías grandes problemas.

—¡Neqokla! —exclamó Hadon lleno de alegría—. ¡Claro que me acuerdo! ¡Fuiste destinada aquí hace unos doce años! ¡Y no te he vuelto a ver desde entonces! Y sí, recuerdo con nostalgia tus amables acciones y tus bondadosas palabras. Fuiste muy buena con un muchacho pequeño que sólo era hijo de padres pobres.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó ella—. ¡Claro! ¡Llegaste al río por el túnel! Me pareció sentir un temblor de tierra hace un rato, pero me había quedado dormida, sólo una cabezada, y me dije a mí misma que lo había soñado. O que había sido Lupoeth la que me había recordado mis deberes.

—El temblor de tierra fue causado por la caída de parte del túnel que se encuentra junto a la gran cámara que contiene tres lingotes de oro —explicó Hadon—. Solté la trampa para escapar de los hombres del Rey. No sabía que el túnel llegaba hasta aquí. Cometí sacrilegio sin saberlo.

—Nosotras sólo sabemos lo que sucedió en la ciudad hasta ayer por la noche —respondió Neqokla—. El capitán del barco de suministros nos trajo las noticias y añadió que no podría volver al cabo de dos días, como era su costumbre. Vimos los incendios durante mucho tiempo y ofrecimos sacrificios a Lupoeth para pedirle que guardara la ciudad que ella había fundado y que ayudara al pueblo de Kho en su lucha contra los herejes. Y, respecto al sacrilegio, esmero que alguna penitencia mínima satisfará a Lupoeth. Tú estás aquí al servicio de Kho, su madre, la Madre de Todos.

—En este caso —preguntó Hadon— ¿puedo salir a la orilla?

—Puedes —respondió ella—, pero también tendrás que tomar el río de nuevo.

La sacerdotisa le señaló un punto a su espalda. Hadon se volvió y vio un grupo de antorchas que salían de la ciudad y se dirigían hacia la isla.

Neqokla habló de nuevo:

—Vienen hacia aquí. Esas antorchas pertenecen a una lancha tripulada por los soldados del Rey. Han debido suponer que te encuentras aquí.

—¿Y cómo? —preguntó Hadon—. Supongo que los hombres que quedaron bloqueados por la caída del techo regresaron a donde el Rey y le informaron. Y él debe de haber sacado la conclusión, por la situación de la trampa del techo, de que estaba bajo el río. Y luego se habrá figurado también que el túnel era utilizado por las sacerdotisas para ir y venir de la isla. ¡Os he traicionado!

—No se podía evitar —respondió Neqokla—. Despertaré a las demás y oiremos tu historia a toda prisa para poder planear lo que haya que hacer.

Y se dirigió presurosa hacia la redonda entrada excavada en la base de la gran roca. Sin embargo, sus voces debían de haber despertado a las dos mujeres, puesto que aparecieron vestidas con sus fantasmales ropajes blancos antes de que Neqokla hubiera llegado al templo. Les hizo señas y ambas se unieron a ella de inmediato. Una era mayor, con el pelo blanco y encorvada, impedida por la artritis. Era la jefa, Awikloe. La otra, Kemneth, tenía unos veinticinco años y era una linda muchacha que había estado con Hadon en la escuela del templo.

Neqokla explicó rápidamente todo lo que sabía y Hadon completó los datos que faltaban. Kemneth y Neqokla trajeron una gran silla de madera de

sus habitaciones destinada a la anciana. La silla fue colocada a unos veinte pies del fuego, que Neqokla volvió a alimentar con leña.

—Gamori es un hombre desesperado y duro —dijo Awikloe—. Ya ha pecado gravemente violando lugares sagrados y atacando y matando a sacerdotisas y adoradores de Klto. No dudará en violar otro tabú y pisar esta isla. Puede que incluso tenga intención de matarnos, aunque eso sería ir demasiado lejos incluso para él. En cuanto a sus hombres, deben de tener tan poca conciencia y tanta codicia como él porque, de otra forma, nunca hubiera conseguido meterlos en la lancha.

—Perdóname, Awikloe —interrumpió Hadon—, pero me da la impresión de que piensas que el propio Gamori se encuentra en esa lancha.

—Creo que ahí estará —dijo, flexionando sus deformes y anquilosadas manos—. Querrá estar seguro de que vas a morir. Querrá ser testigo presencial de tu muerte. Además, sus hombres, y no importa lo endurecidos que estén, podrían resistirse a tocar suelo tabú si no fuera el propio Rey el que los dirigiera. Pero ya veremos si tengo o no razón.

—Si yo no estoy aquí, entonces no tendrán excusa para poner pie en tierra —dijo Hadon—. Puedo ir nadando hasta la orilla este.

—¿Después de todo lo que has pasado? —interrumpió Awikloe—. Di la verdad, Hadon. ¿Podrías nadar media milla en el estado de agotamiento en que te encuentras?

—Pudiera ser —contestó.

—Lo más probable es que te resultara imposible —respondió ella—. De todas formas, ésta es una situación demasiado buena para abandonarla. Este asunto podría quedar resuelto de una vez por todas y para siempre. Si tú matas a Gamori, la rebelión caerá hecha pedazos.

—¿Y cómo podré hacerlo si él tiene una lancha llena de hombres? —preguntó Hadon—. Suponiendo, claro está, que se encuentre él en la lancha.

—Eso depende de ti —respondió ella—. Por lo que he oído, tú has demostrado fehacientemente que no careces de recursos. Eres un hombre de muchas facetas, equilibrado en cualquier ocasión de peligro, que improvisas donde sea necesario y que eludes la muerte donde otros habrían quedado atrapados.

—Incluso el rey de los zorros fue atrapado en la casa de los patos —replicó Hadon.

—No me vengas a mí con refranes, jovencito.

—Si me quedo aquí desafiándole temerariamente, sus hombres me arrojarán lanzas hasta convertirme en un puercoespín humano erizado de

púas —dijo Hadon—. No, no debo dejarme ver al principio. Al menos no deben reconocerme.

Hadon hizo algunas preguntas y luego explicó lo que se podía hacer. Las tres estaban de acuerdo en actuar como él proponía. No creían que tuviera muchas probabilidades de éxito, pero era mejor que nada.

Y de esa forma, Gamori y sus hombres contemplaron una impresionante visión cuando se acercaron al islote del Templo de Lupoeth. El fuego ardía potente y su luz iluminaba la gigantesca estatua desde abajo, produciendo realces impresionantes y sombras profundas. Lupoeth tenía un aspecto siniestro y terrible, con una dureza extrema alrededor de los ojos y de la boca. La anciana sacerdotisa se sentaba acurrucada en su silla, con la espalda hacia el fuego y su rostro cubierto por la capucha y a oscuras. La sacerdotisa de mediana edad permanecía en pie junto a la gran caja de bronce, dispuesta a echar más combustible al fuego. También ella iba cubierta de blanco, como si llevara una mortaja. La joven sacerdotisa permanecía en pie a la derecha de la anciana, pero se había desprendido de todos sus ropajes y se había hecho unos cortes a lo largo de los pechos, brazos y piernas con un pequeño y afilado cuchillo. Su cabello suelto se movía sin que hubiera viento. Al poco, cuando la proa de la lancha tocó suavemente el fondo de roca de la orilla, Gamori vio por qué aquel cabello parecía tener vida propia: de aquella melena asomaba una cabeza plana y pequeña, con una lengua partida y en forma de dardo, que se volvía hacia Gamori.

—¡Por el veneno de esta serpiente, yo invoco a la muerte! —gritaba la joven desnuda—. ¡Por mi sangre invoco a la tuya!

Hubo un murmullo entre los hombres, treinta remeros, un timonel y un oficial que permanecía detrás de Gamori en la proa. Los remeros habían puesto los remos en la lancha y habían desenvainado sus espadas o asido con fuerza las lanzas. Gamori llevaba una espada corta de oficial en su mano izquierda. Se protegía con casco y coraza y llevaba un gran manto escarlata, un faldellín también escarlata con plumas de martín pescador cosidas y sandalias de piel de hipopótamo. Alrededor de su brazo se veía un abultado vendaje que le cubría la herida producida por la lanza de Hadon. Al ser zurdo, aún podía manejar la espada con efectividad.

—¡No bajéis a tierra! —gritó la anciana sacerdotisa con una voz temblorosa—. ¡Esto es suelo sagrado, Gamori, y a todos los machos les está prohibido tocarlo!

Algo raro había en toda aquella escena, pero Gamori no acertaba a ver

de qué se trataba. Entonces, el oficial, un coronel, le tiró del manto y le dijo en voz baja:

—¡Majestad! ¡La lanza dorada de Lupoeth no está en su sitio!

Gamori elevó la vista por encima de la silla y a través de los pilares y sintió un sobresalto repentino. ¡Era cierto! ¡La gran lanza de oro había desaparecido! La mano del ídolo seguía aún doblada, pero sólo asía el aire.

—¿Dónde está? —preguntó, recorriendo con su mirada salvaje toda la isla. El fuego iluminaba los blancos pilares y los blancos sudarios de las dos sacerdotisas y la blanca figura manchada de sangre de la más joven. Bruñía también la estatua de Lupoeth, que parecía que le miraba fijamente a él, y la inmensa superficie de la gigantesca roca, de la que se decía que había caído del cielo poco antes de que Lupoeth y su expedición llegaran a aquel valle fluvial.

La anciana sacerdotisa gritó:

—¡La lanza de la diosa está conmigo, Gamori! ¡La diosa me la ha entregado a mí, a su representante, para que la utilice contra el primer hombre que viole su isla, que la ensucie, que se mofe de Lupoeth y de la poderosa Kho! ¡Ya has cometido suficientes crímenes contra la Diosa, Gamori, y contra tu esposa y Reina, la Suma Sacerdotisa! ¡Pronto pagarás por todo! Pero no aumentes el número de tus infames acciones tocando un territorio que las deidades te tienen prohibido. ¡Vete, Gamori, antes de que la airada lanza de Lupoeth exija venganza!

Los hombres de la lancha murmuraron de nuevo. El oficial les gritó que estuvieran callados, pero su voz carecía de autoridad.

Gamori, sin embargo, aunque hubiera estado tan atemorizado como ellos, no podía retroceder. Mostrar miedo ahora, después de haber atacado el Templo de Kho y de haber matado sacerdotisas, después de haber asesinado a una cuarta parte de la población en nombre del Dios Flamígero y de los superiores derechos del Rey, volverse atrás debilitaría su causa y, además, de una forma fatal y definitiva. No tardaría mucho tiempo en dar la vuelta el flujo de la victoria. Aunque había conducido a sus hombres a cometer sacrilegio, no había conseguido erradicar todas sus ansiedades interiores. En el fondo, aunque sus ojos habían brillado con codicia ante los tesoros y el poder que les había prometido, aún seguían siendo unos seres temerosos de la Diosa. Esta intranquilidad les había llevado a la histeria, a atacar con frenesí todo lo que les había sido enseñado desde la infancia que debían reverenciar y honrar. Era esa histeria la que les había llevado a asesinar cuando no había necesidad de haberlo hecho y a profanar más allá

de las órdenes recibidas.

Para Gamori, mostrar ahora la más mínima debilidad suponía debilitar también la fe de los que creían en él. Se preguntarían por qué Gamori no había transgredido la ley una vez más cuando su mayor enemigo, Hadon, se encontraba a su alcance. Hadon estaba en alguna parte de aquel minúsculo lugar, escondido probablemente en las cámaras excavadas en la roca. Y todas aquellas preguntas de sus hombres les conducirían paulatinamente a sufrir una considerable pérdida de confianza en él. Si vacilaba ahora, quizás era porque estaba reconsiderándolo todo de nuevo. Quizás creía realmente, bajo semejante excusa, que Resu no era la deidad suprema y que Kho era la más grande de las deidades.

El rostro de Gamori se mostraba demacrado a la luz del fuego, profundamente marcado por la fatiga, la preocupación y el temor. Pero no estaba dispuesto a retroceder. Se volvió hacia sus hombres y dijo a gritos:

—¡Voy a bajar a tierra! ¡Seguidme todos y registrad cada palmo de la isla! ¡Y si las sacerdotisas se oponen, matadlas!

Ayudado por el oficial, saltó por encima de la elevada proa. El río le llegaba a la cintura en aquel punto, pero levantó la espada con la mano izquierda mientras su derecha avanzaba rozando el agua. Agachó la cabeza como un toro y empujó contra el río. Pronto se halló en la orilla con el agua corriéndole por el manto y la faldilla.

La anciana de la silla pareció hacerse más alta y encontrarse más derecha. Y gritó:

—¡Tú mismo te has acercado a la casa de la terrible Sisisken! ¡No le sigáis, soldados traidores a vuestra Reina y a vuestra Diosa! ¡Aún podéis escapar de la ira de Lupoeth! ¡Marchaos ahora con vuestra lancha! Id a informar a Phebha y solicitad misericordia y decidle que Awikloe os envía.

El coronel, que había estado a punto de saltar de la barca, se detuvo.

Gamori se volvió hacia la embarcación y gritó:

—¡Obedecedme!

El coronel no se movió. Algunos de los soldados se habían puesto en pie, pero se sentaron ahora.

—¡Ellos esperan ver lo que haces ahora, Gamori! —dijo la vieja del manto con un claro tono de burla en su voz.

Gamori giró en redondo, gruñendo, y dijo:

—¡Te mataré, viejo saco arrugado! ¡Y luego verán que tu Lupoeth no tiene ningún poder para proteger a su sacerdotisa principal! ¡Y si aún no es suficiente, mataré a las otras dos!

La joven sacerdotisa volvió a hacerse nuevos cortes en sus brazos y muslos mientras gritaba:

—¡Mi sangre convoca a tu sangre, Gamori!

La serpiente se deslizó de su pelo y bajó por el cuello, enrollándose despacio alrededor del hombro ensangrentado de la sacerdotisa.

Gamori se dirigió resuelto hacia la sacerdotisa principal con la espada levantada.

La sacerdotisa que se encontraba cerca del enorme brasero de bronce arrojó un manojo de astillas al fuego y luego lanzó un puñado de polvo verde a las llamas. Una nube verde surgió inmediatamente y se elevó como una exhalación, cubriendo a la sacerdotisa por unos instantes y extendiéndose luego hasta velar la figura de la anciana de la silla. Los hombres de la lancha se quedaron de repente sin respiración o exhalaron un lamento y Gamori se detuvo en seco.

La nube verde se aclaró al poco, dejando ver a una Awikloe, erecta y alta, mágicamente alta, puesta en pie detrás de la silla. En su mano derecha sostenía la poderosa lanza de oro, sorprendentemente levantada por encima de su cabeza, pues ningún hombre podía haber levantado semejante peso de oro con una sola mano.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Lupoeth me ha dado la estatura y la fuerza necesarias para matar a su enemigo y al enemigo de la Reina y enemigo mío!

Es posible que Gamori, que se encontraba mucho más cerca de la escena que los hombres de la lancha, hubiera visto las facciones que se ocultaban bajo la capucha. También podía haber considerado que la lanza no estaba hecha de oro macizo, después de todo.

Fuera lo que fuese lo que pensó, no tuvo la oportunidad de expresarlo.

La lanza, en un instante, se elevó hacia atrás mientras la sacerdotisa se preparaba para el lanzamiento. Y luego voló rauda hacia su objetivo.

Gamori dio un grito y trató de volverse, pero la punta de la lanza se le introdujo en el cuello y le atravesó la tráquea. Asfixiado, aferrado frenéticamente al pesado mango de la lanza que se arrastraba por el suelo, Gamori retrocedió tambaleándose. La anciana sacerdotisa dio la vuelta a la silla y se sentó, pareciendo que se encogía y volvía de nuevo a su pequeño tamaño habitual.

Gamori cayó de espaldas al agua y ésta le cubrió el rostro. La lanza dorada desapareció bajo la superficie, arrastrando con su peso el cuerpo y evitando que se moviera con la corriente.

Las sacerdotisas permanecían tan inmóviles como el ídolo. Nada decían ni hacían nada que se pudiera decir. El coronel hizo una señal y los soldados se aferraron a los remos, dirigieron la lancha hacia atrás y viraron en redondo. Salieron a toda velocidad rumbo a la ciudad de Opar, lívidos a la luz de las llamas.

Hasta que la embarcación no se hubo encontrado en la mitad del trayecto entre la isla y la ciudad, la sacerdotisa no se levantó de la silla. Entonces se desprendió de su vestimenta, revelando el rostro sonriente y el espigado cuerpo de Hadon. La anciana salió renqueando por la puerta redonda. Hadon se dirigió hacia el cuerpo de Gamori, arrancó de él la enorme lanza y la arrojó al suelo. Luego arrastró el cuerpo del Rey hasta la orilla, porque tenía que ser mostrado al pueblo de Opar para convencerle de que Gamori estaba realmente muerto.

Neqokla, utilizando una manta para tapar el fuego a intervalos correctos, había enviado señales al vigilante de la cúpula del Templo de Kho. Una embarcación salía una hora después y regresaba con Hadon al amanecer. El héroe fue recibido en el muelle por Phebha, que llevó a cabo los ritos de purificación del regicidio y de la profanación de la Isla de Lupoeth. Después de esto, rodeado de soldados que trataban de mantener a cierta distancia a la multitud que le aclamaba, fue llevado al templo y, a través del templo, hasta la habitación donde Lalila se encontraba en la cama.

Aunque parecía pálida y demacrada, sonrió al verle. Él la besó y luego tomó en sus brazos una forma minúscula envuelta en una manta. Retiró el embozo de la cara y vio el bebé más precioso que jamás hubiera visto en su vida. Unos grandes ojos azules le miraban, fijándose en él con una habilidad que los niños de esa edad nunca tenían.

Phebha, sentada en su silla detrás de él, le dijo:

—¡Hadon, aquí tienes a tu hija! ¡Lá de Opar!

Notas

[1] La segunda fecha indica una reelaboración del texto publicado anteriormente. < <

[2] Los recuerdos de Hadon que ocupan lo que queda de capítulo vienen a ser un resumen del argumento de *Hadon, el de la antigua Opar*, publicado en la presente colección. *(N. del E.)* <<

[3] La historia completa se narra en la novela de H. Rider Haggard *Alian y los dioses de hieb*. < <

[4] Traducción literal de una expresión khokarsana ampliamente difundida. Se basa en un antiguo cuento folklórico de demasiado mal gusto, incluso para los cánones de un editor actual. Como la mayor parte de los chistes, tomó su origen en el Paleolítico inferior y, en una u otra forma, se encuentra en todas las culturas. *(N. del E.)* <<